

LA ALIANZA OBRERA SPARTACUS

JAVIER BENYO

LA ALIANZA
OBRERA
SPARTACUS

*Anarquismo, vanguardia obrera e
institucionalización del movimiento
sindical en la década de 1930*



Benyo, Javier

La Alianza Obrera Spartacus - 1a. ed.
Buenos Aires: Libros de Anarres, 2005.
224 p.; 20x12,5 cm. (Utopía Libertaria)

ISBN 987-20875-8-X

1. Anarquismo. I. Título
CDD 320.57

© Libros de Anarres
Corrientes 4790
Buenos Aires / Argentina
Tel: 4857-1248

ISBN: 987-20875-8-X

La reproducción de este libro, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias está permitida y alentada por los editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo no podría haber sido realizado sin la imprescindible colaboración de varias personas que facilitaron datos y documentos sobre la Alianza Obrera Spartacus. Todos ellos me alentaron a llevar adelante el proyecto y creyeron en la necesidad de sacar a la luz la historia del grupo.

Deseo agradecer en primer lugar a Olga Basanta y Ariel Badaraco, por el valioso material cedido, su excelente predisposición para ser entrevistados y su buena memoria. A Nicolás Iñigo Carrera, no sólo por aporte de información y su orientación bibliográfica, sino también por su paciencia para responder mis inquietudes.

También quiero destacar la generosidad de Juan Rosales, que me facilitó textos vitales para la reconstrucción del final del grupo.

Este libro está basado en mi tesina de licenciatura en Ciencias de la Comunicación, cuyo tutor fue Christian Ferrer. A él también mi reconocimiento.

Muchos de los temas tratados en este trabajo fueron discutidos con Verónica García Viale. Su constante aliento facilitó en gran medida las labores.

J. B.

EN NOMBRE DE UN ESCLAVO
POR CHRISTIAN FERRER

Las ideas, tanto como los movimientos políticos que las transportan, experimentan momentos de cuarto creciente, de mediodía y de decadencia. El anarquismo no fue excepción a esta regla natural. Pero la caída desde una posición privilegiada –y los sindicatos anarquistas llegaron a ser poderosas correas de transmisión de las luchas populares– suele ser más penosa que la pérdida de una posición menor, y también causa de extravío ideológico y de un sinfín de erratas políticas. Hacia 1930, la disgregación en beneficio de otras fuerzas o el atrincheramiento inconducente eran las alternativas que les tocaron en suerte a los hombres y mujeres libertarios de la Argentina. Antes, los golpes encajados habían sido proporcionales al esplendor cultural y a la potencia organizada de tiempos previos: el desgaste acumulado tras centenares de huelgas, no importa si fallidas o victoriosas; el agotamiento de las energías individuales; el empobrecimiento intelectual y la ofuscación política de los capítostes del movimiento; la consunción de vidas valiosas luego de la Semana Trágica y de las grandes huelgas sucedidas en la Patagonia; y al fin las inevitables persecuciones y encarcelamientos luego del golpe de Estado del general Uriburu. Tal era la arriesgada condición de las agrupaciones ácratas cuando Horacio Badaraco, aún joven, reunió a varios de sus compañeros en la Alianza Obrera Spartacus con el fin de remozar las formas de resistencia y de lanzar amarras hacia simpatizantes no necesariamente enrolados en la Federación Obrera Regional Argentina (FORA). Eso ocurrió en 1934.

Era hijo de familia enriquecida, propietaria de astilleros y de bancos, y por lo tanto su porvenir económico estaba garantizado. Horacio Badaraco sustituyó la herencia por la publicitación de ideas en *La Obra* y en *La Antorcha*, periódicos anarquistas de entonces, por un viaje a Barcelona en tiempos de la revolución española, y también por numerosas temporadas en la cárcel, dos de ellas cumplidas en el infierno hela-

do de Tierra del Fuego. La opción de Badaraco no debe entenderse tanto como voluntad de “proletarización” sino como renegación de un destino que juzgó ajeno a las creencias que adoptó durante la adolescencia. Más adelante, una vez alejado de la ortodoxia sindical de los “foristas”, adoptará el nombre de un esclavo para su pequeño grupo político, al cual no se le retaceó cierta influencia, particularmente durante la huelga de los gremios de la construcción, la más importante de la “década infame”. Fue, este combate, la prueba de fuego para una intuición política, a saber: que nuevos actores, tal como los estudiantes universitarios, comenzaban a tomar conciencia de los males del mundo, y que los obreros que hacían equilibrio en andamios y en losas, no obstante carecer de adherencia a las ideas redentoras tradicionales, estaban bien dispuestos a pelear por lo suyo. Ocurre, a veces, en tiempos de cambio social acelerado, que un solo hombre se da cuenta del callejón sin salida en que ha quedado atrapada su ideología, e intenta actuar en consecuencia. Sin embargo, el anarquismo organizado no sólo obstaculizó las intenciones de los espartaquistas, también los combatió, abriendo el camino de esta manera a la hegemonía comunista en el sindicato de la construcción. De este modo, la Alianza Obrera Spartacus quedó a la intemperie, en tierra de nadie, tal cual un despojo de la historia. El propio Badaraco se fue de este mundo a los cuarenta y cinco años, cuando Perón acababa de asumir su primer período presidencial.

Por mucho tiempo nadie se interesó por Badaraco y por los otros integrantes del espartaquismo argentino. Sólo en los años '80 Osvaldo Bayer rememoró su gesta en un ensayo publicado en una revista cultural. Luego, algunas migajas aquí y allá. Fue Javier Benyo, alumno de la carrera de Ciencias de la Comunicación, quien recuperó periódicos, manifiestos, panfletos y testimonios orales para su tesis de graduación. Y lo hizo con paciencia y dedicación, y sin dinero, pues con esas dignidades se hacen las cosas en la Universidad de Buenos Aires, hasta dar contorno y contenido a una historia que estaba destinada al olvido, a la borradura, quizás apenas a la cita al pie de página. A él corresponde el mérito de traerla a memoria, y de restaurar sus logros y sus impotencias, pues Horacio Badaraco no fue un

nombre propio, como tampoco lo fue en la antigüedad el de Espartaco. Ambos fueron condensaciones históricas, además de oportunidades perdidas, porque una vez transcurridos los años '30, el anarquismo argentino comenzó a eclipsarse y a languidecer en su propia jaula, hasta que al fin murió como un pajarito. Curioso, entonces, que este libro no pretenda únicamente ser una contribución a la historiografía académica sino a la conmemoración activa. Ninguna idea enorme se extingue del todo en sus cenizas. A veces retorna, crepitante, dando chispazos, forjando el tipo de nidos donde se gestan las aves inmunes al fuego.

1. PRESENTACIÓN

Alrededor de la Alianza Obrera Campesina Spartacus se ha tejido durante décadas un extenso manto de silencio. Hasta hace no muchos años era imposible encontrar referencias explícitas al grupo anarquista en alguna de las obras sobre el movimiento obrero, tanto en las escritas por militantes como en aquellas producidas por historiadores provenientes de la academia. Ni siquiera era posible hallar menciones entre los trabajos referidos específicamente a la formación del sindicato de la construcción, dentro del cual Spartacus cumplió un rol decisivo. En su investigación sobre la Federación Nacional de la Construcción (FONC), Celia Durruty mencionó la existencia de una oposición anarquista en el interior de la federación pero sin nombrar al grupo.¹ Tampoco el dirigente comunista Rubens Íscar dio cuenta de la existencia de Spartacus en su historia del nacimiento del gremio de la construcción, publicada a comienzos de la década de 1940. Aunque nombra a varios de sus principales dirigentes, elude, por una cuestión de rivalidad ideológica, cualquier referencia a la importante fracción espartaquista que existía entre los trabajadores de la construcción y minimiza los conflictos suscitados con ellos en los debates sobre la aprobación del estatuto del Sindicato Único de la Construcción.²

Durante mucho tiempo, las únicas y breves referencias al grupo fueron las que se encontraban en algunas autobiografías de militantes del movimiento obrero. La escasez de material y documentación, el silencio de muchos de los rivales políticos de su época, la importancia nula que los historiadores otorgan al anarquismo de los años '30, sumado al hecho de que el pico de la influencia política de Spartacus se haya dado durante una huelga que hasta hace poco no había sido objeto de investigaciones profundas, contribuyeron a forjar un olvido persistente en torno de la agrupación anarquista.

Hay otro factor a tener en cuenta a la hora de evaluar las razones por las cuales el nombre de Spartacus permaneció durante tanto tiempo en el ostracismo. El grupo, a diferencia de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) o la Federación

Anarco Comunista Argentina (FACA) que tienen una longeva trayectoria que llega hasta la actualidad y que se encargaron de documentar su vida, gozó de una breve existencia y ninguno de sus militantes se ocupó de redactar su historia. A esto se le puede sumar que muchos anarquistas, al trazar una mirada retrospectiva del movimiento, no consideraron a Spartacus como parte de él por su acercamiento al marxismo y por el derrotero posterior en el Partido Comunista de algunos de sus militantes. Todo ello conspiró contra la difusión de la experiencia de renovación libertaria. Por otra parte, los distintos avatares sufridos por sus integrantes –allanamientos, persecuciones, encarcelamientos, exilios y hasta inundaciones– impidieron que hoy se pudiera contar con una colección completa del periódico *Spartacus*. Ésta es una de las razones por la que están disponibles apenas seis de los once números editados entre 1934 y 1938.³

Oswaldo Bayer fue el primero en rescatar a Badaraco y Spartacus de las sombras de la historia en un artículo publicado en la década del '80 y recopilado posteriormente en *Rebeldía y esperanza*.⁴ Bayer traza una síntesis de la actividad del grupo, menciona a sus principales dirigentes y destaca su participación en la huelga de la construcción. El historiador resalta los motivos que promovieron su formación: “[Badaraco] Buscaba desesperadamente un nexo con aquellos que buscaban una sociedad más justa. Quería la unidad de los que luchan”.⁵ La lucha de los obreros de la construcción, según Bayer, confirmó momentáneamente las hipótesis del grupo. Luego, las disputas entre las distintas tendencias de la izquierda vendrían a reavivar las divisiones y a hacer naufragar el proyecto de unidad antiburocrática.

La publicación en 1989 del libro de Domingo Varone, uno de los principales integrantes de Spartacus y el único que editó sus memorias, vino a arrojar un poco de luz acerca de la vida del grupo.⁶ Varone, que perteneció al sector de militantes que una vez disuelto Spartacus adhirió al Partido Comunista, es severamente crítico con su pasado como dirigente del movimiento libertario. A lo largo de toda la obra, no es difícil encontrar los típicos calificativos comunistas sobre el anarquismo: irresponsabilidad, incapacidad organizativa, falta de realismo, etc. A diferencia de otras autobiografías de sindicalistas comunistas que reconocen ciertos méritos al anarquismo, su libro está escrito

desde una visión de los hechos que no se desvía en ningún momento de los lineamientos establecidos por la lectura del marxismo oficial acerca la historia del movimiento obrero argentino. Por otra parte, cuando se contrasta el trabajo de Varone con otros testimonios y documentos se hace evidente que incurre en graves tergiversaciones, en especial en todo aquello que se refiere a las causas del regreso de Horacio Badaraco de España. Pese estos defectos y el tono de abjuración permanente, es un testimonio valioso porque aporta datos acerca de los comienzos del grupo y sus disputas con otros sectores anarquistas.

Recientemente, Nicolás Iñigo Carrera rescató en dos oportunidades el nombre del grupo: en su rigurosa investigación acerca de la huelga general de 1936⁷ y en un artículo dedicado específicamente a reconstruir y analizar su historia.⁸ Este último constituye el único texto dedicado a dar cuenta de la actividad de Spartacus destacando el lugar de relevancia que llegó a tener en el movimiento obrero. Imprescindible como presentación y primer acercamiento al grupo, en el artículo persisten algunos puntos oscuros sobre la historia de Spartacus, en particular en lo que se refiere al final. Iñigo Carrera insinúa que es posible rastrear cierta influencia subterránea posterior de Spartacus en las organizaciones insurgentes de los años '60 y '70. Es cierto que muchos de los puntos que constituían la postura espartaquista serán retomados en esas décadas. El antiburocratismo, el antimonopolismo y el antiimperialismo y hasta el anticapitalismo reaparecen luego en la escena política. Pero el rasgo más específico del anarquismo, su antiestatismo radical que cuestiona al Estado como garantía metafísica de lo social, no tuvo herederos visibles en aquellos años.

Publicada poco tiempo después de los trabajos de Iñigo Carrera, la biografía novelada de Horacio Badaraco escrita por Juan Rosales dedica uno de sus capítulos a la Alianza Obrera Spartacus.⁹ Centrada en la máxima figura del grupo, en la obra es posible encontrar una correcta descripción del clima de época que rodea la creación de la agrupación, sus objetivos, sus disputas con otros sectores anarquistas y las verdaderas razones del retorno de Badaraco de España. Las tensiones internas que atravesaron a Spartacus al regreso de su principal dirigente son esbozadas por Rosales, que sin embargo no menciona ex-

plícitamente ni las causas determinantes de la crisis final, ni la fecha aproximada de la disolución del grupo. El estilo del libro, que mezcla fragmentos de artículos y declaraciones con un relato ficcional, obliga al investigador a tomarlo con precaución para no confundir la muy respetuosa recreación del discurso de los personajes históricos con los elementos pertenecientes a documentos reales.

Los autores nombrados han expuesto con bastante precisión los objetivos y las motivaciones que impulsaron a un grupo de anarquistas, provenientes en gran parte del periódico *La Antorcha*, a la formación de una agrupación obrera. Como ha sido señalado, quedan varios puntos oscuros por resolver acerca de la historia de Spartacus. Es necesario reconstruir el alcance de su influencia en el movimiento obrero y realizar un análisis más profundo del proyecto espartaquista. Por otra parte, los motivos y el momento en que se produce su autodisolución no han sido indagados todavía en profundidad y resultan de enorme importancia si se quiere vislumbrar el proceso de institucionalización del sindicalismo argentino.

NOTAS

- ¹ Celia Durruty. “La Federación Nacional de la Construcción”, en *Clase obrera y peronismo*, Córdoba, Pasado y Presente, 1969.
- ² Rubens Íscar. *Breve historia de la lucha, organización y unidad de los trabajadores de la construcción*, Bs. As., S. E., 1940.
- ³ La mayor colección de *Spartacus* de la que se tiene registro se encuentra en Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDinCI). Los números disponibles son: el 4 (15 de abril de 1935), el 5 (1° de mayo de 1935), el 6 (noviembre de 1935), el 8 (1° de mayo de 1937), el 10 (10 de septiembre de 1937) y el 11 (marzo de 1938). En Amsterdam, en la colección del International Instituut voor Sociale Geschiedenis (IISG), se encuentran los números 4 y 8.
- ⁴ Osvaldo Bayer. “Badaraco”, en *Rebeldía y esperanza*, Bs. As. Ediciones B, 1994.
- ⁵ O. Bayer. *op. cit.*, en *Rebeldía y esperanza*, pág. 289.
- ⁶ Domingo Varone. *La memoria obrera*, Bs. As., Cartago, 1989.
- ⁷ Nicolás Iñigo Carrera. *La estrategia de la clase obrera. 1936*, Bs. As., Pimsa-La Rosa Blindada, 2000.
- ⁸ N. Iñigo Carrera. “La Alianza Obrera Spartacus”, en *Pimsa 2000*, Bs. As., N° 4, año IV, 2000.
- ⁹ Juan Rosales. *Badaraco, el héroe prohibido*, Bs. As., La Rosa lindada, 2001.

2. INTRODUCCIÓN: EL MOVIMIENTO OBRERO Y EL ANARQUISMO EN LOS AÑOS '30

2.1. LA CREACIÓN DE LA CONFEDERACIÓN GENERAL DEL TRABAJO Y LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO

La década del treinta comienza para el movimiento obrero con un hito fundamental: la creación en septiembre de 1930 de la Confederación General del Trabajo (CGT). Producto de la unificación de las centrales socialista y sindicalista,¹ la CGT sostuvo frente al golpe de José Félix Uriburu una posición de prescindencia política que en los hechos significaba un apoyo más o menos velado a la dictadura. Ya en sus primeras declaraciones, la central obrera se mostraba dispuesta a secundar las actividades de la gestión militar. Los artículos publicados en esos años por los órganos cegetistas tenían una apelación respetuosa hacia el poder estatal: “nos asiste la seguridad de que el Superior Gobierno Provisorio de la Nación tiene los mejores deseos de que el país regularice su vida y consolide las instituciones”.² Hacia el final de la dictadura el tono se fue endureciendo hasta reconocer el carácter francamente antiobrero del “gobierno provisional”: “el gobierno surgido del 6 de septiembre de 1930 (...) ha hecho recaer sobre las espaldas de los trabajadores organizados, que no tenían vínculo alguno con el depuesto y eran por lo mismo ajenos a él, toda la fuerza coercitiva”.³ La prescindencia política había sido durante años la fórmula utilizada por la corriente sindicalista, que mantuvo su hegemonía dentro de la CGT hasta mediados de la década,⁴ para evitar que el movimiento obrero se inmiscuyera en la lucha política electoral apoyando a algún partido político. La prescindencia política, que en teoría les impedía a los sindicatos pronunciarse sobre un tema clave como el fascismo, había sido uno de los blancos favoritos de socialistas y comunistas en su ataque contra los sindicalistas. Pese a que los sindicalistas se habían pronunciado en contra de los totalitarismos europeos, eran frecuentes en la prensa obrera las denuncias de los socialistas acerca de connivencia y de admiración de los dirigentes

pertenecientes a esta corriente con los elementos y el régimen fascista. La cuestión del mantenimiento de la independencia del movimiento obrero actuó, durante las primeras tres décadas del siglo pasado, a modo de una divisoria de aguas que ubicó de un lado, aunque en diferentes organizaciones, a anarquistas y sindicalistas y del otro a socialistas y comunistas. Motivo recurrente de disputas, el debate sobre la prescindencia política sólo llegó a su fin con el advenimiento del peronismo.

Varios aspectos del movimiento obrero en los años '30 continúan siendo materia de controversia entre los historiadores. Un tema de debate hasta cierto punto reciente es el que se refiere a la dimensión de las luchas obreras y la identidad de las clases trabajadoras. Desde una de las perspectivas, aquellos fueron “años relativamente tranquilos” en los que se constituyó una nueva identidad de los trabajadores centrada ya no en el proceso de producción sino en el tiempo libre. De esta manera, “[la] identidad trabajadora y contestataria fue disolviéndose, y progresivamente se constituyó otra que hemos caracterizado como popular, conformista y reformista”.⁵ Estas afirmaciones, especialmente las referidas a la tranquilidad del período, deben ser relativizadas. Si bien es cierto que a comienzos de la década se produce una notable reducción de la actividad huelguística como producto de la represión uriburista (particularmente en deportar y encarcelar a militantes anarquistas y comunistas) una vez retomada cierta normalidad, con el levantamiento de estado de sitio en el gobierno de Agustín P. Justo comienza a producirse un aumento de las medidas de fuerza. Los datos del Departamento Nacional del Trabajo indican para la Capital Federal en el año 1932 un total de 105 huelgas y 34.562 huelguistas, una cifra superior a la del año anterior de la instalación de la dictadura de Uriburu. La agitación obrera tiene su pico en el bienio 1935/36 con las huelgas de la madera, textiles y la construcción, y el movimiento contra el monopolio del transporte.

La idea de un repliegue de los trabajadores en los barrios en detrimento de las organizaciones obreras también puede ser puesta en cuestión. Según la versión de Gutiérrez y Romero, los trabajadores redujeron su actividad sindical para constituir en su lugar de residencia sociedades de fomento, bibliotecas popu-

lares, etc. En realidad, durante la “década infame” se formaron nuevos y poderosos sindicatos, nacidos a veces de las cenizas de los gremios por oficio de los anarquistas. El ejemplo más elocuente de este proceso es la creación de la Federación Obrera Nacional de la Construcción (FONC) que apenas cuatro años después de fundada, llegó a constituirse en el segundo gremio en importancia detrás de la tradicionalmente hegemónica Unión Ferroviaria.

El otro debate entre los historiadores de este periodo tiene su eje en la relación del movimiento obrero de los '30 y principios del '40 con el advenimiento del peronismo. Es imposible aquí eludir la referencia al trabajo de Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, que dio lugar a toda una escuela de interpretación de la historia del movimiento obrero.⁶ En este texto Germani postula la existencia de una “masa en disponibilidad” constituida por trabajadores que provenían del interior del país. Esta “masa en disponibilidad” carecía de una tradición de luchas obreras sobre sus espaldas y al llegar a Buenos Aires había buscado restablecer las relaciones paternalistas típicas del interior argentino. Perón se sirvió de este nuevo proletariado “manipulándolo” para que constituyera el núcleo mayor de apoyo a su proyecto político. Según Hiroshi Matsushita, las pruebas empíricas reunidas no alcanzan para demostrar tal hipótesis.⁷ Como también señala Iñigo Carrera, estas explicaciones “basadas en un cambio de la composición y reclutamiento de los obreros (...) o en un reemplazo de los dirigentes sindicales como resultado de la política gubernamental después del golpe de Estado de 1943 han tenido que ser abandonadas o relativizadas por sucesivas investigaciones que señalan que las continuidades entre el momento anterior a 1945 y el posterior eran al menos tan importantes como las rupturas”.⁸ Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero respondieron a Germani en *Estudios sobre los orígenes del peronismo*.⁹ Allí, los autores señalan que el apoyo fundamental hacia Perón provino de trabajadores con experiencia en el movimiento obrero, en especial grupos dirigentes de extracción sindicalista. Para Murmis y Portantiero, no hubo un corte radical en la forma que adquirieron las relaciones entre el movimiento obrero y el Estado, sino la profundización de una tendencia a la colabora-

ción entre ambos sectores producto de una alianza de clases existente ya durante los años treinta.

Dentro del campo sindical, se produce durante esta época un fenómeno de enorme repercusión en la historia posterior del movimiento obrero: la aceleración de los procesos de institucionalización de las luchas de los trabajadores. Esta institucionalización se produce por el reconocimiento político o jurídico del Estado de una forma social como equivalente de las demás. Institucionalizarse es “adoptar las formas y las normas instituidas con el fin de existir como institución”. El reconocimiento estatal traza un signo de semejanza entre todas las formas sociales que son sometidas al juego de las fuerzas económicas, ideológicas y políticas. Lourau denomina a esta tendencia de lo estatal a dirigir toda la vida social, toda innovación y hasta en ocasiones la acción revolucionaria, principio de equivalencia generalizado. Extensión del concepto económico de equivalencia de las mercancías elaborado por Marx, el principio de equivalencia generalizado apunta a que las nuevas fuerzas sociales generen formas semejantes en mayor o menor grado a las actuales, pero dejando siempre intacto el lugar del Estado como garantía metafísica de lo social.

En síntesis, la década del treinta es un momento de reconfiguración del movimiento obrero: se acelera su institucionalización; pierde influencia la corriente sindicalista y las cúpulas obreras pasan a estar integradas principalmente por socialistas. La industrialización incipiente del país provoca la bancarrota de los sindicatos por oficio y su reemplazo por gremios organizados por rama de industria; decae definitivamente la tendencia anarquista y crece en gran medida el peso en el movimiento obrero del comunismo, de fuerte arraigo entre los trabajadores metalúrgicos, obreros de la construcción, de los frigoríficos y la industria textil.

2.2. EL ANARQUISMO EN LOS COMIENZOS DE LA DÉCADA INFAME

La década del '30 encontró al anarquismo profundamente debilitado y dividido. Hacia 1930 la FORA se encontraba en una posición de franco declive en el movimiento obrero. La

fuerte represión desatada después del golpe del 6 de septiembre cayó con un peso desmesurado sobre las raleadas filas ácratas y acentuó esta tendencia al debilitamiento de las organizaciones libertarias.

Las divisiones entre los anarquistas que iban a marcar la década de 1930 se remontaban, al menos, a mediados de los años '20. Hacia aquella época se sucedieron numerosos conflictos que contribuyeron a reformular el mapa del movimiento libertario. Las tensiones incubadas desde hacía tiempo entre la conducción de la FORA y el sector *antorquista* terminaron por estallar en 1924. En septiembre, la reunión de delegados de la FORA resolvió “aislar a los grupos *La Antorcha*, *Pampa Libre* e *Ideas* no consintiéndoles injerencia en los organismos federados y retirándoles todo concurso material”.¹⁰ Sobre los tres grupos anarquistas pesaba la acusación de llevar adelante una “labor derrotista” y obstaculizar la propaganda del comunismo anárquico. La resolución venía a coronar una escalada de violencia entre ambos sectores que había alcanzado su máximo grado el 4 de agosto, cuando un grupo vinculado con *La Protesta* atacó la sede del periódico *Pampa Libre* de General Pico, encolumnado en el antorchismo. Como resultado de la refriega, fallecieron Isidro Martínez (administrador de la publicación pampeana) y Domingo Di Mayo (vinculado con *La Protesta*). En el enfrentamiento quedaron también heridos Jacobo Prince (redactor de *Pampa Libre*) y Jorge Rey Villalba (perteneciente a *La Protesta*).¹¹ Lejos de interrumpirse, los hechos de violencia se agudizaron al interior del movimiento anarquista. El accionar de las bandas de *anarquistas expropiadores* vino a agregar un nuevo foco de conflicto entre quienes consideraban válidos el asalto y el atentado como formas de lucha y los que se oponían a esta metodología. La confrontación entre ambos sectores alcanzó su punto máximo en octubre de 1929, cuando fue asesinado Emilio López Arango, director de *La Protesta*, en un atentado protagonizado por Severino de Giovanni.¹²

Esta situación de lucha interna no le impidió al anarquismo argentino resurgir brevemente en dos oportunidades en la década de 1920. En agosto de 1923, la FORA declaró una huelga general en protesta por el asesinato de Kurt Wilckens en prisión. La medida de fuerza tuvo amplio acatamiento y contó

con la adhesión de la central obrera mayoritaria, la Unión Sindical Argentina (USA). El paro, que se extendió a lo largo de cuatro días, tuvo una fuerte repercusión en los principales centros urbanos del país y el saldo de los violentos enfrentamientos en las calles entre manifestantes y policías fue de dos muertos y 17 heridos. Las protestas contra la ejecución de Sacco y Vanzetti fueron la segunda ocasión en la que el anarquismo pudo exhibir cierta revitalización de sus organizaciones. El 9 de abril de 1927, fecha en la que se preveía que se iba a dar a conocer la sentencia del caso, la FORA resolvió llevar adelante un paro general por 48 horas pidiendo la liberación de los anarquistas. A pesar de no haber contado con el apoyo de la USA, la huelga se hizo sentir con intensidad en La Plata, Tandil, Rosario, Tucumán y Córdoba. Posteriormente, el 15 de julio la USA declaró un paro general apoyado por los anarquistas. El 22 de agosto, en la víspera de la ejecución de la sentencia a muerte, se llevó a cabo una nueva medida de fuerza que contó con la participación de las tres centrales sindicales, FORA, la USA y COA. Al calor de las protestas por Sacco y Vanzetti, el anarquismo argentino adquirió nuevos bríos desplegando una amplia labor propagandística en actos y publicaciones. Culminada la campaña a favor de los italianos, el movimiento libertario retomó rápidamente la senda descendente que signó su trayectoria en los años '20.¹³

Ante el golpe de Uriburu, los anarquistas no tuvieron una postura unificada. En nombre de la prescindencia política, el Consejo Federal de la FORA rechazó la posibilidad de declarar una huelga general para enfrentar a la dictadura. Según Diego Abad de Santillán: “dijeron que era un asunto político y que en nada debíamos interferir. Yo les replicaba que un golpe militar no era un asunto puramente político: es una cuestión nacional que compromete a todos”.¹⁴ Apenas asumida la presidencia por Uriburu, existió un incipiente intento de establecer una resistencia al régimen. Con este objetivo se llevaron adelante reuniones entre representantes de algunos gremios y destacados militantes libertarios con el objetivo de impulsar una huelga general. Del movimiento participaron, entre otros, Abad de Santillán, Rodolfo González Pacheco, Horacio Badaraco, Juan Antonio Morán, dirigente de la Federación Obrera Marítima e

integrantes de la Asociación de Trabajadores del Estado. Morán se había comprometido realizar actos de sabotaje y a sumar el apoyo de los ferroviarios, en tanto que Badaraco se encargó de redactar el manifiesto que daría a conocer públicamente el movimiento. De acuerdo con el testimonio de uno de sus protagonistas, los hechos que frustraron la realización de una reunión decisiva ocurrieron de esta manera:

Al concurrir, si no nos falla la memoria, el 11 de septiembre, por la mañana, al local de Trabajadores del Estado, para firmar el manifiesto explicativo de las razones que había para el acto de protesta y de resistencia, González Pacheco, desde un automóvil que circulaba por los alrededores, tuvo ocasión de advertirnos que la policía se hallaba apostada en el lugar de la cita, sabedora de lo que se preparaba.¹⁵

A pesar de las intensas gestiones, este sector no logró modificar la decisión que adoptó la FORA frente al golpe. La falta de apoyo de la central anarquista, sumada a la represión oficial de las actividades políticas, terminó por hacer fracasar toda posibilidad de establecer un movimiento de resistencia a la dictadura. Para quienes intentaron oponerse al régimen de Uriburu, sólo quedaron los caminos del exilio o la cárcel.

Los rigores represivos de la dictadura cayeron con todo su peso sobre las organizaciones anarquistas. Sus locales fueron clausurados, su prensa prohibida y sus militantes encarcelados o deportados gracias a la ley de Residencia. Varios casos resonantes resumen la actitud del nuevo gobierno ante el anarquismo. El obrero catalán, residente en Rosario, Joaquín Penina, fue fusilado por distribuir “propaganda subversiva”. Idéntico destino tuvieron Severino Di Giovanni y Paulino Scarfó. El régimen también condenó a muerte a tres militantes de la Unión Chauffeurs. Pero la campaña de solidaridad realizada a favor de José Montero, Florindo Gayoso y José Santos Ares logró que la condena fuera conmutada a prisión perpetua en Ushuaia, que posteriormente el gobierno de Justo redujo a sólo dos años.

Una vez retomada una cierta normalidad institucional, en septiembre de 1932 se llevó a cabo en Rosario el Segundo Congreso Regional Anarquista del que participaron las principales

agrupaciones y militantes. Allí se aprobó la creación de una organización específica del anarquismo, lo que dio lugar a la fundación del Comité Regional de Relaciones Anarquistas (CRRA) que en 1935 se transformará en la FACA.¹⁶ A fines de ese mismo año, la FORA declaró la primera huelga general de la década. El paro fue convocado contra los ataques de las bandas armadas de derecha a los actos obreros y tuvo el apoyo del Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC) de extracción comunista. La medida de fuerza tuvo escasa repercusión –sólo adhirieron los conductores de taxis, algunas líneas de colectivos, portuarios de la Boca y Barracas y pocos obreros industriales– y fue criticada con sorna por la CGT. “Las huelgas de la FORA han fracasado –no diremos ruidosamente porque el vacío no produce ruido– porque la FORA no existe, por lo menos en el volumen y extensión necesarios para ocasionar una paralización apreciable en la vida económica del país”,¹⁷ sentenciaba el órgano de la principal central obrera.

Si bien en comparación con los grados de represión alcanzados por el régimen de Uriburu, el gobierno constitucional de Agustín P. Justo implicó un relajamiento de la severidad estatal que permitió una cierta reorganización de las agrupaciones libertarias, el retorno a la formalidad democrática no significó un cambio sustancial de la actitud gubernamental hacia el anarquismo. La persecución continuó a lo largo de toda la “década infame”, en especial a través de los procesos por asociación ilícita a los gremios ácratas. A este procedimiento habitual se le sumó la puesta en práctica del novedoso método de la desaparición de personas. Con los nombres de Miguel A. Rosigna, Andrés Vázquez Paredes y Fernando Malvicini se inauguró una práctica que posteriormente dejaría de ser la excepción para pasar a convertirse en la norma del terrorismo de Estado. Luego de ser liberados en Montevideo, el 31 diciembre de 1936, los tres anarquistas expropiadores fueron entregados a la policía argentina. Trasladados al Departamento de Policía porteño, fueron liberados por la justicia por falta de pruebas. Lejos de cumplir con lo establecido por el juez, los policías “pasearon” a los tres anarquistas por distintas dependencias policiales para luego hacerlos “desaparecer”. Sus cadáveres nunca fueron encontrados. Juan Antonio Morán tuvo también un destino trágico.

co que presagió la metodología de las bandas paramilitares en los '70. Fue liberado en mayo de 1935, después de ser sobreseído en todas sus causas judiciales por falta de pruebas. A la salida de la cárcel fue subido por la fuerza a un auto por desconocidos. Su cuerpo apareció días más tarde con un tiro en la nuca en un camino de tierra de General Pacheco.¹⁸

Dentro del cúmulo de arbitrariedades y crímenes sufridos por los anarquistas, fue sin dudas el caso de “los presos de Bragado” el que despertó un mayor grado de solidaridad entre la población. Sin distinción, todas las tendencias del anarquismo dedicaron durante varios años enormes esfuerzos a la propaganda para denunciar la falsedad de los cargos y las torturas infligidas contra Pascual Vuotto, Reclús De Diago y Santiago Mainini. Como parte de la campaña propagandística se editó un periódico, se conformó el Comité Nacional Pro Presos de Bragado y se realizaron innumerables actos en todo el país pidiendo la liberación de los tres libertarios.¹⁹

Los historiadores suelen reconocerle al anarquismo una posición hegemónica en el movimiento obrero durante la primera década del siglo xx. Luego, debido a factores como la apertura del Estado a un diálogo con los sindicatos, la movilidad social y la encarnizada represión estatal contra el movimiento libertario, este lugar de predominio queda en manos de las tendencias socialista y sindicalista. Sin embargo, a pesar de su innegable declive, el anarquismo sigue manteniendo, durante la década del 20, todavía una importante capacidad para conducir las luchas obreras. Esta capacidad reaparece con intermitencias a lo largo del decenio en la “semana trágica” de enero de 1919, las huelgas en protesta por el asesinato de Kurt Wilckens de 1923 y las medidas de fuerza contra la ejecución de Sacco y Vanzetti que se suceden durante 1927. Para los investigadores, 1930 marca el final definitivo del anarquismo dentro del movimiento obrero.²⁰ Incapaces de asumir los cambios sociales, disgregados por la acción represiva que condenaba a sus principales figuras a la deportación o la cárcel, se considera habitualmente que el anarquismo perdió toda gravitación política en los años posteriores a la dictadura de Uriburu. Como se verá más adelante, si bien jamás alcanzaría dimensiones ni siquiera cercanas a su época de esplendor, no fue escasa la importancia

de nuevos grupos ácratas en el movimiento obrero de los años treinta.

NOTAS

- ¹ Tanto la FORA (anarquista) como el Comité de Unidad Sindical clasista (comunista) se negaron a participar de la nueva central.
- ¹ *El obrero ferroviario*, año IX, N° 191, 16 de octubre de 1930, incluido en Roberto Reinoso. *El periódico CGT*, Bs. As., CEAL, pág. 17.
- ³ *Boletín de la CGT*, año I, N° 2, 15 de febrero de 1932, pág. 1, incluido en R. Reinoso, *op. cit.*, pág. 27.
- ⁴ En diciembre de 1935, las tensiones en el interior de la central obrera provocaron su división en CGT Independencia (socialista) y CGT Catamarca (sindicalista).
- ⁵ Leandro H. Gutiérrez, y Luis Alberto Romero. *Sectores populares y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Bs. As., Sudamericana, 1995, pág. 11.
- ⁶ Gino Germani. *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Bs. As., Paidós, 1966.
- ⁷ Hiroshi Matsushita. *Movimiento obrero argentino*, Bs. As., Hyspamérica, 1986, pág. 307.
- ⁸ N. Iñigo Carrera. *La estrategia de la clase obrera. 1936*, pág. 14-15.
- ⁹ Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Bs. As., Siglo XXI, 1971.
- ¹⁰ Antonio López. *La FORA en el movimiento obrero*, vol. 1, Bs. As., CEAL, 1987, pág. 67.
- ¹¹ Véase, Jorge Etchenique. *Pampa Libre. Anarquistas en la pampa argentina*, Santa Rosa, Amerindia-UNQ, 2000.
- ¹² Véase Osvaldo Bayer. *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*, Bs. As., Legasa, 1999.
- ¹³ Sobre la campaña a favor de Sacco y Vanzetti en Argentina véase: Fernando Quesada. *Sacco y Vanzetti. Dos nombres para la protesta*, Bs. As., Reconstruir, 1997.
- ¹⁴ Oscar Troncoso. *Fundadores del gremialismo obrero*, vol. 1, Bs. As., CEAL, 1983, pág. 21.
- ¹⁵ D. Abad de Santillán, “El movimiento obrero argentino ante el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930”, en Fernando Quesada, *Joaquín Penina, el primer anarquista fusilado*, Rosario, Centro de Estudios Sociales, 1974.
- ¹⁶ En 1954, la FACA modificó su nombre por el actual, Federación Libertaria Argentina.
- ¹⁷ “La tragedia de la FORA”, en *Boletín de la CGT*, año 1, N° 11, incluido en R. Reinoso. *op. cit.*, pág. 53.
- ¹⁸ Sobre los casos de Morán, Vázquez Paredes, Malvicini y Rosigna véase: Osvaldo Bayer. *Los anarquistas expropiadores*, Montevideo, Ediciones Recortes, 1992.
- ¹⁹ Los alcances de la campaña de solidaridad con los presos de Bragado

pueden verse en Pascual Vuotto. *El proceso de Bragado. ¡Yo acuso!*, Bs. As., Reconstruir, 1991.

²⁰ Véase: Hugo del Campo. *Los anarquistas*, Bs. As., CEAL, 1971. También, Julio Godio. *El movimiento obrero argentino (1910-1930)*, Bs. As., Legasa, 1988.

3. LA ANARQUÍA SEGÚN SPARTACUS

Existen numerosas razones para investigar a un grupo obrero anarquista de los años '30. No se trata solamente de realizar un acto de justicia historiográfico al rescatarlo del olvido o de desmentir los discursos imperantes que niegan al anarquismo toda influencia en esa década, sino de analizar la importancia que más allá de sus dimensiones pueden adquirir los pequeños grupos políticos en determinado momento histórico. Al observar cómo, en ocasiones, la sociedad se configura en los momentos de crisis como una caja de resonancia de los grupúsculos, se comprende porque sus tesis son retomadas por quienes las miraban con desdén o indiferencia y sus slogans llegan a ser coreados por las multitudes. Como señala René Lourau, la relevancia del grupúsculo está dada porque "en momentos instituyentes, en los períodos de crisis, se comprueba que los pequeños grupos pueden tener una resonancia extraordinaria".¹ Spartacus conoció el pico de su capacidad instituyente en los años 1935/36. Durante ese lapso, en el momento más álgido de la huelga de la construcción, su discurso tuvo una circulación amplia y sus consignas orientaron en gran medida la lucha en las calles. Los intentos de inserción en otros combates obreros de relevancia, en especial el movimiento contra el monopolio del transporte, no resultaron, como se verá más adelante, tan fructíferos.

Los grupos de este tipo presentan una dificultad adicional para su estudio. Su radical cuestionamiento de lo instituido desborda la mayoría de los modelos teóricos que sólo servirían para encorsetar y pauperizar la riqueza de la experiencia. En el caso de Spartacus, al tratarse de una agrupación que no buscaba reformar desde adentro las instituciones estatales sino que se proponía destruirlas al mismo tiempo que problematizaba la cuestión de las características que debían adquirir las organizaciones cuyo objetivo era combatir la forma estatal, los diferentes modelos de análisis del espacio público resultan a todas luces insuficientes. Si aquello que es puesto centralmente en cuestión es lo instituido, y en especial el Estado como metainstitu-

ción, el modelo teórico surgido del análisis institucional se presenta como el más adecuado al poseer una visión dinámica de la institución que da cuenta de su negatividad, de sus contradicciones y de su dialéctica. Habitualmente se entienden por instituciones a las empresas, escuelas, sindicatos o al sistema de reglas que determinan la vida de los grupos sociales. Para el marxismo, por su parte, las instituciones, entendidas esencialmente como los sistemas jurídicos, son un mero efecto superestructural determinado por el modo de producción dado en un momento histórico. Tomando distancia tanto de las definiciones del sentido común como del marxismo, el análisis institucional considera que “las instituciones (...) preexisten a la aparición de una nueva formación económica, influyen sobre la organización y la institucionalización de estas formaciones, y son a su vez modificadas por éstas; subsisten mucho tiempo, en proceso de extinción o manteniéndose intactas luego de la desaparición de una o varias formaciones económicas”.²

Respecto del fenómeno de la institución, existen diversas formas de acción política posible. La *acción institucional* se aproxima a la idea reformista de modificar las instituciones desde su interior. Se trata del “buen compromiso”, de la participación cívica tendiente a conservar o a lo sumo a reformar las instituciones a través de las formas establecidas para tal efecto. La *acción antiinstitucional*, en cambio, se realiza por afuera de los marcos jurídicos previstos y garantizados por el Estado. Respuesta al modo de acción institucional y primer momento de toda actividad revolucionaria, la acción antiinstitucional es una crítica radical, “casi patológica” de lo instituido: “Para la acción antiinstitucional, toda institución es mala porque confisca la energía instituyente de lo social en provecho de las formas en las cuales el Estado es un vampiro”.³ Este primer momento de la lucha, en el que se libera la palabra social y al que se le da habitualmente el nombre de “juventud del movimiento”, da lugar a la formación en un segundo momento de las contrainstituciones. Estas nuevas formas sociales, que garantizan la supervivencia del movimiento, se caracterizan por ser dinámicas, por combatir la división del trabajo existente y por poner “su legitimidad en la iniciativa de la base y no en un principio jurídico o político fijo”.⁴ Las contrainstituciones pue-

den tener distintas funciones: organización del combate militar, de la vida cotidiana, de la producción, de la distribución o pueden tomar en cuenta la totalidad de la existencia impulsando el carácter autogestionario global de la sociedad. Aquellos momentos denominados “calientes” por los historiadores, momentos en los que lo instituyente sumerge a lo instituido, son pródigos en la creación de contrainstituciones. El club revolucionario, la comuna, el soviét y la colectividad española son vivos ejemplos históricos que aparecieron como alternativa al sistema institucional existente, a la ideología dominante y a las relaciones sociales impuestas por el modo de producción. En lugar de limitarse a negar las formas sociales existentes, el modo de *acción contrainstitucional* consiste en actuar a favor de la construcción de nuevas formas sociales experimentales. Entre este último modo de acción y el anterior se da una tensión entre el rechazo de todo y la necesidad de organizarse para sobrevivir y alcanzar un objetivo a un plazo no inmediato. Esta tensión entre la energía combativa, que habitualmente caracteriza los primeros momentos de los movimientos sociales insurgentes, y la demanda de una organización que no provoque una merma del potencial revolucionario, se podrá apreciar con nitidez en los diversos intentos de Spartacus por organizar a los sujetos políticos provenientes del *nuevo proletariado industrial*.

3.1. LA FORMACIÓN DE LA ALIANZA OBRERA SPARTACUS

El nacimiento de la Alianza Obrera Spartacus comenzó a gestarse con la liberación de su principal ideólogo, Horacio Badaraco, que en 1933 venía de sufrir su segundo encierro en Ushuaia. En la cárcel, Badaraco terminó de madurar la idea de un grupo anarquista que rompiera con el sectarismo, que actuara en el interior de todo el movimiento obrero y no sólo de los gremios anarquistas supervivientes. La experiencia en la prisión junto con militantes de otras tendencias durante la dictadura de Uriburu, parece haberlo llevado a la conclusión de que era necesario militar en el interior de un movimiento obrero que se encontraba dividido en tres centrales (CGT, CUSC y FORA) a favor de la unidad del proletariado revolucionario.

Con la creación de Spartacus, Badaraco admitía por primera vez, según uno de los más destacados militantes del grupo, la posibilidad de ejercer “algún tipo de liderazgo a tono con su posición en el movimiento obrero. Su instinto, su sabiduría política, buscaba la forma de influir en los acontecimientos de la época”.⁵

Badaraco, nacido en 1901, provenía de una familia acomodada dedicada a la construcción de barcos y adhirió de adolescente a los ideales ácratas. Formó parte, con apenas 15 años, de los periódicos anarquistas *La Obra* y *La Antorcha* creados por Rodolfo González Pacheco luego de su salida de *La Protesta*. Su experiencia de militancia, por la cual había sufrido persecuciones, encarcelamientos y torturas en varias ocasiones, le había hecho ganarse el respeto de los trabajadores pertenecientes a otras corrientes del movimiento obrero. En 1923, fue acusado de señalarle a Kurt Wilckens quién era Varela. Por esta causa se lo detuvo durante ocho meses en la misma prisión en la que iba a ser asesinado el alemán. Cuatro años después, es acusado junto a Alberto Bianchi de “traición a la patria” por haber quemado una bandera estadounidense en una manifestación a favor de la liberación de Sacco y Vanzetti. Luego de una huelga de hambre de dos semanas, los jueces dictaminaron su libertad condicional. A los pocos meses, fue condenado a un año de prisión por “apología del delito” por redactar un artículo en el que reivindicaba el accionar de Wilckens. En los comienzos de la dictadura militar, el 2 de octubre de 1930, fue nuevamente apresado cuando intentaba organizar la resistencia al régimen y llevado al penal de Ushuaia. Su liberación se produjo un año y medio más tarde. En representación de *La Antorcha*, Badaraco participó del Segundo Congreso Anarquista de 1932. Durante las deliberaciones respaldó la postura de los delegados de la FORA que se oponían a la creación de una organización específica del anarquismo. La derrota de esta posición tuvo como consecuencia directa la creación del CRRA, que en 1935 se transformaría en la FACA.

El 2 de marzo de 1932 llegaba a Buenos Aires desde Tierra del Fuego el buque *Pampa*. En él regresaron los dirigentes gremiales y políticos encarcelados en el penal de Ushuaia por la dictadura de Uriburu. Entre los que regresaron junto con

Badaraco luego de su primer cautiverio en la Patagonia estaban, entre otros, dirigentes sindicales comunistas como José Peter y los anarquistas Mario Anderson Pacheco, César Balbuena y Domingo Varone, que constituyó parte del núcleo fundador de Spartacus. Varone, nacido en 1900, poseía también una larga militancia en el anarquismo. Había pertenecido durante la década del veinte al antorchismo y al grupo editor de *Brazo y Cerebro* de Bahía Blanca. Participó, a título personal, del Segundo Congreso Anarquista y a lo largo de la década del treinta militó en los gremios del transporte. Se afilió al Partido Comunista en las vísperas del XI Congreso de 1946.

Antonio Cabrera (1886-1972) fue otro de los principales fundadores de Spartacus que provenía de *La Antorcha*. Histórico secretario general del Sindicato de Obreros Pintores, Cabrera tuvo antes y después de la disolución del grupo una dilatada actuación en el campo sindical debido a la cual sufrió en numerosas ocasiones la cárcel. Participó del Consejo Directivo de la FONC hasta 1946. Fue delegado al congreso constituyente de la Federación Sindical Mundial en 1945 y tuvo un cargo en la Confederación de los Trabajadores de Latinoamérica en México, donde residió varios años. En 1947 se afilió al PC.

La Alianza Obrera Spartacus estuvo integrada en gran medida por jóvenes. El más destacado de ellos, Joaquín Basanta (1917-1991) tuvo una vida que sin exageración puede calificarse de novelesca. Siendo apenas un adolescente, perteneció al antorchismo en las postrimerías de la publicación. A los catorce años fue arrestado por primera vez por pelearse con un policía. Una vez en Spartacus, Basanta se convirtió en uno de sus principales hombres de acción realizando numerosas acciones de sabotaje en el marco de la lucha contra el monopolio del transporte. En 1945, se afilió al PC, llegando a convertirse en secretario general de la provincia de San Juan. Fue expulsado del partido a fines de los '40, luego de una disputa con el dirigente comunista Juan José Real. En 1950 abandonó la Argentina y participó activamente en el proceso revolucionario centroamericano. A finales de la década formó parte del Frente Revolucionario Sandino, en Nicaragua. Su periplo centroamericano lo llevó a luchar junto a Juan Bosch contra Trujillo en la República Dominicana y a participar del proceso revolucionario cu-

bano. Falleció a los 74 años en la Habana. Su cuerpo descansa en el Panteón de la Revolución de la capital cubana.

Entre los aproximadamente 300 afiliados que tuvo a lo largo de su breve existencia, Spartacus contó con otros militantes destacados en el campo gremial: Lorenzo Cruz, integrante de la comisión directiva del Sindicato de Obreros Pintores; Disábato, perteneciente también a los pintores; Zanata y Alfredo Díaz, militantes del gremio de los panaderos; y Ernesto Romano, obrero gráfico y secretario de redacción de *Spartacus*. La predisposición a actuar en conjunto con los comunistas, así como la acentuación de la heterodoxia anarquista que había caracterizado a Badaraco y lo había llevado a reivindicar figuras del marxismo latinoamericano como Julio Antonio Mella y José Carlos Mariátegui, selló la ruptura definitiva con Alberto Bianchi y Rodolfo González Pacheco, dos de los principales animadores de *La Antorcha*, que se mantenían inflexibles respecto de la colaboración con los comunistas y no se unieron a Spartacus.⁶

Por otra parte, resulta altamente improbable que Badaraco haya pertenecido a la CRRA antes de la creación del grupo. Si se tiene en cuenta que los trabajos de formación del Comité Regional fueron llevados adelante a lo largo de 1933, mientras Badaraco se encontraba detenido por segunda vez en la prisión de Ushuaia, toma asidero la versión de José Grunfeld, que niega su participación en la organización específica del anarquismo.⁷ Si bien no se conoce con exactitud la fecha de creación de Spartacus, los testimonios coinciden en que se produjo durante 1934. En ese mismo año el grupo editó el primer número de su periódico. Basanta atribuye la elección del nombre a un acercamiento a la ideología marxista. Analizado con más detalle, parece deberse a una manifestación de una voluntad de saltar las brechas que aislaban a las diferentes corrientes revolucionarias y reconocer valiosos aportes en cada una de ellas; aun en los marxistas, aborrecidos por una gran parte del anarquismo por la sucesión de represiones sufridas en la Unión Soviética. Más allá de la evidente identificación con el grupo marxista alemán liderado por Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, el nombre del esclavo romano no era ajeno al discurso anarquista y circulaba frecuentemente, ya fuera como seudónimo o como título

de alguna publicación. Espartaco era el ejemplo histórico más acabado que confirmaba la existencia de un instinto de rebelión que impulsaba al hombre, en especial a aquellos que eran sometidos a las peores condiciones de servidumbre, hacia la libertad.

La epopeya del esclavo había merecido en varias ocasiones la atención de diferentes escritores. En la misma época de la fundación de la Alianza Obrera Spartacus en Buenos Aires, un novelista europeo decepcionado en sus convicciones marxistas por los procesos de Moscú retomaba la figuraba del gladiador romano para escribir una obra alegórica acerca de los movimientos revolucionarios. Sus investigaciones históricas llevaron a Arthur Koestler a la conclusión de que el proyecto de los esclavos “sostenía el principio de la igualdad entre los hombres y negaba que la distinción entre ciudadanos libres y esclavos formara parte del orden natural de las cosas. También hay indicios de que Espartaco intentó fundar una comunidad utópica, basada en la propiedad común, en algún lugar de Calabria”.⁸ En su último artículo, escrito un día antes de ser asesinado, Liebknecht señala que el significado del nombre *Spartakus* es “fuego y espíritu, significa alma y corazón (...) significa y encierra en sí toda la conciencia de clase del proletariado y toda su audacia para la lucha”.⁹ Figura mítica y de un amplio arraigo en la cultura popular, Espartaco era considerado uno de los primeros eslabones de un linaje de rebeldes al que el anarquismo siempre había reivindicado su plena pertenencia. “Seguro que en nuestros nervios resuenan, de tiempo en tiempo, los talones de Espartaco”, había escrito en uno de sus “carteles” González Pacheco.¹⁰ El nombre Spartacus, entonces, no sólo evidencia una influencia (más moral que política) del grupo alemán, sino que era un sitio de intersección entre la tradición anarquista, la cultura popular¹¹ y lo más valioso del marxismo revolucionario.

La declaración en la que Spartacus exponía ante los trabajadores su procedencia, sus objetivos y sus métodos puede leerse como una suerte de manifiesto programático de la agrupación:

La Alianza Obrera Spartacus actúa en el campo de la lucha general del proletariado argentino con caracteres precisos y

objetivos concretos. Abona su trabajo en el esfuerzo continuado de sus militantes y recoge, llevándolo al plano de la lucha actual, la trayectoria histórica del proletariado revolucionario. Plantea en este momento de agudización de la lucha de clases en el mundo, de ahondamiento en el desarrollo y proceso de esa lucha en este país entre las oligarquías dominantes y las masas populares, los problemas capitales del proletariado, sin renunciar a todo lo que hace a su acervo histórico contenido en las tradicionales posiciones combativas y espirituales del comunismo anárquico, a cuyo impulso se movilizaron los primeros núcleos obreros en el país, para darles proyecciones ajustadas a la realidad del momento actual de la clase obrera argentina en su paso por un proceso de desintegración de sus primitivas formas gremiales, que en razón del desarrollo y evolución del sistema capitalista, van gradualmente unificándose en su base industrial, creando grandes concentraciones de trabajadores sometidos a la explotación de un solo patrón, empresario y financista. (...)

Trabaja por la unidad proletaria sin mediatizaciones de sector, sellada en el terreno de la lucha por las reivindicaciones del proletariado argentino, postergadas hasta el presente por la presión y el terror gubernativo, por la incomprensión y por una vasta política de entrega de la burocracia sindical.

Señala a la clase trabajadora que para abarcar la solución de sus problemas existe un solo camino, y es el de la unión por las alianzas obreras con el reconocimiento y planteo de todas las cuestiones del proletariado.¹²

El fragmento expone los lineamientos generales que guiaron la acción de la agrupación. La propuesta incluía la recuperación de una tradición combativa reactualizándola mediante de creación de organizaciones acordes con la situación de incipiente concentración capitalista que vivía la Argentina. A su vez, el proyecto proclamaba de necesidad de una “unión proletaria” que, desechando los acuerdos de las cúpulas burocráticas, vinculara los sectores más combativos de cada corriente llevando al movimiento a retomar la senda del modo de acción contrainstitucional.

De acuerdo con el testimonio de Basanta, los primeros tiem-

pos de la agrupación estuvieron dedicados a la creación del “aparato”. En un caserón de la calle Misiones, en el barrio de Once, se desarrollaba la actividad política más visible: reuniones, asambleas y redacción del periódico. El grupo contaba además con una suerte de laboratorio clandestino en el que se preparaba el material que iba a ser utilizado en los sabotajes contra medios de transporte. Basanta relata el *modus operandi*:

El laboratorio elemental y el embalaje de los *cacharros* se hacía allí. Habíamos decidido usar el fuego para sabotajes de manera principal. Las incendiarias de tiempo, fáciles de manejar y de efectividad comprobada, serían el arma principal. (...) Empaquetadas en las coquetas cajas de bombones y distribuidas en un apropiado vehículo, el reparto pronto se convirtió en un trabajo casi rutinario y en cierto modo alegre.¹³

Paralelamente a la actividad clandestina, se buscó formar en el interior de varios sindicatos fracciones identificadas con su programa de acción. El principal bastión de la organización estaba constituido por el Sindicato de Obreros Pintores, cuya dirección estaba en manos de Cabrera y Cruz. A través de panfletos y actas es posible reconstruir cuáles fueron los gremios en los que Spartacus poseía cierto ascendiente. Badaraco y Basanta pertenecían a la Fracción Spartacus de la Unión de Lavadores de Autos y Limpiabronces, adherida a la FORA. Por su parte, Varone, empleado de la línea 2 de colectivos, integraba la Fracción del Transporte Automotor. La fracción de trabajadores de construcción, acaudillada por Cabrera, fue la de mayor gravitación en el movimiento obrero y estaba formada por trabajadores de las distintas especialidades de la rama. Los espartaquistas se constituyeron además como corriente interna dentro de uno de los últimos pilares del forismo, los panaderos. También es posible encontrar referencias a una minúscula fracción dentro de los ferroviarios.

Como parte de una estrategia dentro del movimiento obrero que privilegiaba la difusión de sus ideas entre el “nuevo proletariado”, Spartacus consiguió expandirse en el cordón industrial que rodeaba la Capital Federal, en particular la zona norte del Gran Buenos Aires, llegando a crearse en la locali-

dad de San Martín un Centro Obrero Spartacus. El inesperado arraigo del grupo en esa zona despertó la alarma entre los distintos órganos de los gremios pertenecientes a la FORA. El periódico *El Albañil*, órgano de la Sociedad de Resistencia de Obreros Albañiles adherida a la FORA, admitía que los trabajadores de esos partidos “son influenciados por el espartaquismo en gran proporción, por lo que los influenciados prefieren, en muchos casos, el acercamiento a los comunistas y no a los compañeros foristas”.¹⁴ La expansión alcanzada llegaba hasta las localidades de San Fernando y Tigre. Allí, en la Federación Local, se agrupaban varios de los sindicatos en los cuáles el grupo tenía algún grado de intervención: pintores, albañiles, ladrilleros y aserradores.¹⁵ Todo este trabajo sindical estaba impulsado, más que por la denuncia moral, por un riguroso análisis de la situación política y económica de la sociedad argentina que tenía en cuenta tanto sus características específicas como su inserción en el proceso mundial de concentración capitalista y el conflicto entre bloques imperialistas.

3.2. LA POLÍTICA

Uno de los rasgos más renovadores de Spartacus, respecto de la ideología anarquista, es su rehabilitación de la política, a partir de la cual ésta ya no iba a ser interpretada, como sucedía a principios de siglo, “como la representación artificial de una comedia inútil e innecesaria”.¹⁶ La valoración de una dimensión política de la sociedad no significaba que se hubiera considerado la posibilidad de una participación a través de los canales instituidos para tal efecto. Al contrario, a la habitual crítica libertaria a la acción política que busca transformar las instituciones estatales desde su interior, se le agregaba el rechazo del tradicional apoliticismo sindical. Para el grupo, a la luz de los hechos vinculados con la reticencia de la FORA y la CGT en actuar contra el golpe de Uriburu, el principio del apoliticismo había fracasado porque su concepción reduccionista partía de una premisa falsa que limitaba la política al juego entre facciones partidarias:

Están contra los intereses del proletariado los que a título de apoliticismo pretenden desligar a los explotados de un real intervencionismo en todos los problemas que afectan al país (...) Esa pseudo posición antipolítica encubre una vulgar posición política: la que favorece y deja las manos sueltas a la política feudal y terrateniente de las clases dominantes (...).¹⁷ No bastaría al proletariado o a los sectores revolucionarios del proletariado, la prédica de la abstención, un apoliticismo inicu [sic] o llamada prescindencia, que es un verdadero caballo troyano de la burguesía nacional, si no se lucha y crean las condiciones para que los trabajadores tomen resueltamente una posición beligerante.¹⁸

Según Spartacus, bajo la excusa de que se trataba de cuestiones políticas, el sindicalismo evitaba comprometerse a fondo con los problemas del momento, en especial la cuestión de las luchas antiimperialista y antifascista. Contra quienes se empeñaban en sostener que el movimiento obrero debía permanecer autónomo de las expresiones políticas partidarias, afirmaba que el mero hecho de abstenerse de participar en las instituciones de la democracia representativa no garantizaba que se estuvieran llevando adelante esfuerzos en dirección a la emancipación de los trabajadores:

No sólo se entrega al proletariado en las urnas: hay modos de entrega que superan toda política electoral y de partido, que siembran en los trabajadores decepciones peligrosas, al reparar que de una u otra forma los directores políticos y los jefes sindicales antipolíticos les hacen servir a bandos igualmente funestos de la burguesía.¹⁹

Si bien su arma por excelencia era la lucha económica mediante la huelga, el proletariado tenía algo más que intereses económicos; intereses económicos que, por otra parte, habían sido a su vez reducidos a la conquista de mejores salarios. La actividad política no significaba subordinar al movimiento a las estrategias de algún partido político, sino expedirse sobre una gama de problemas novedosos a los que la perspectiva meramente económica no tomaba en consideración. El interés políti-

co de la clase obrera estaba relacionado con la defensa de ciertos derechos conquistados luego de arduas luchas y que eran útiles a los fines revolucionarios: “derecho de organización, de huelga, de reunión, de expresión ideológica y coalición partidaria. No son derechos ubicables en la esfera del juego parlamentario o de los partidos. Son derechos fundamentales para el proletariado”.²⁰ El avance del fascismo, por su parte, trastocaba la vida política. Al considerársela una fracción más en conflicto con otras, se perdía de vista la especificidad del problema que la aparición de los totalitarismos planteaba al movimiento obrero.

Spartacus desdeñaba la importancia de lo que ha sido destacado como la principal característica de la política de su época, el fraude. Aunque no por ello dejaba de reconocer los inconvenientes causados por la corrupción imperante. El imperio del soborno era atribuido a un efecto colateral de la expansión monopolista y la lucha de intereses entre las diversas versiones del imperialismo. Consecuente con la ideología anarquista, no consideraba relevante ocuparse de la salud de las instituciones republicanas, mucho menos pedir su saneamiento. Por el contrario, trazaba líneas de continuidad entre los gobiernos en los cuales se daba un funcionamiento “normal” de las instituciones y los regímenes dictatoriales o fraudulentos: “Antes del 6 de septiembre, posterior y actualmente, con Alvear, con Irigoyen, con Uriburu y con Justo, con mayorías parlamentarias conservadoras, radicales y concordancistas, la entrega se ha consumado por igual”.²¹ Sin embargo, reconocía un cambio cualitativo en el recrudecimiento de las políticas represivas a partir del golpe de Uriburu: “Es todo un proceso represivo [el] que se inicia ya con un carácter marcadamente sistemático, ‘planificado’, justamente (sic) con el desplazamiento del radicalismo de las funciones gubernamentales”.²² La originalidad del régimen dictatorial radicaba precisamente en esta modificación cualitativa de la actividad represiva y no en su carácter fraudulento. Por esta razón, en lugar de privilegiar el análisis de las instituciones vinculadas con la democracia representativa, el grupo ponía especial énfasis en resaltar las políticas represivas emprendidas por el gobierno de Justo, que intentaba desligarse de su antecesor proclamándose normalizador del funcionamiento de las instituciones republicanas:

Morán fue asesinado, Basanta deportado, el cabo Paz fusilado, he aquí tres inequívocos actos de guerra del poder ejecutivo. El gobierno de los grandes negociados sobre el hambre de los trabajadores, y del monopolio, de la ley de residencia, el terror antiobrero y la pena de muerte, debe cumplir con “mano fuerte”, sin vacilaciones ni debilidades, la presión que pondrá al país ante el hecho sorpresivo y consumado de la guerra.²³

El primer ejemplo al que se refería el artículo era el asesinato de Juan Antonio Morán, dirigente anarquista de la Federación Obrera Marítima. En segundo término, se trata de Pedro Basanta –padre de Joaquín, el militante de Spartacus– al que se le aplicó la ley de residencia. La expulsión se produjo en noviembre de 1934, pero al poco tiempo Basanta pudo regresar ilegalmente al país. El último ejemplo es el caso, de enorme repercusión popular, del cabo Paz, fusilado por haber matado a un superior. Spartacus, de esta manera, ponía en una misma serie tres acciones del Estado que se presentaban desligadas, las despojaba de su carácter policial, militar o social y las unía para demostrar una escalada en la actividad represiva. De acuerdo con el grupo: “no existen episodios aislados de reacción judiciales, o policiales, o gubernativos. Todos están ligados al proceso de desarrollo capitalista”. El hilo conductor entre estos hechos era la necesidad de doblegar toda oposición interna al régimen de cara a una expansión sin obstáculos del capital monopolista y la preparación de una futura guerra, que Spartacus consideraba inminente y casi ineluctable: “siempre los que la preparan [a la guerra] empiezan por vomitar plomo fronteras adentro (...) Las primeras batallas deben librarse sembrando el terror en el enemigo de abajo y no el de fuera, descargando metralla en el pecho del revolucionario o del oscuro proletario de filas”. La represión generalizada contra obreros y estudiantes era la contracara de un mismo proceso cuyo síntoma más visible en las clases dirigentes era la corrupción. La certeza de la intervención de la Argentina en una conflagración motivada por el choque de intereses imperialistas en la región, tal como había sucedido en la guerra del Chaco, era uno de los motivos principales de agitación de Spartacus:

El proletariado de América, los pueblos de este continente, los jóvenes obreros y campesinos de la Argentina están siendo preparados para la guerra (...) los intereses imperialistas en pugna extienden sobre todos los países de Sudamérica el conflicto postergado en el Chaco, buscando el campo propicio a su desarrollo y expansión con el apoyo incondicional de las clases burguesas y gobernantes de esos países.²⁴

De acuerdo con esta perspectiva, el gobierno argentino tenía un papel activo, a nivel local, en la preparación de un nuevo conflicto bélico regional. No le faltaban fundamentos a la preocupación de los anarquistas. Entre 1931 y 1937, el presupuesto militar había aumentado de 190 a 315 millones de pesos. Una declaración del pleno de delegados de la Federación Obrera de Sindicatos de la Construcción (FOSC) de la Capital Federal, se expresaba en este mismo sentido: “los acontecimientos hacen cada vez más inminente la guerra. El aparato diplomático militar y expansionista de los Estados – el de la Italia fascista como el de la democrática Francia– minado por contradicciones insalvables precipitan el estallido de la guerra”.²⁵ El tono de la declaración, que llama a los trabajadores a luchar contra su propia burguesía, hace presumir que fue impulsada por la fracción espartaquista y no por los comunistas, enrolados luego de la convención de Avellaneda de octubre del '35 en la táctica del frente popular aprobada por el VII Congreso de la Komintern reunido entre el 25 de julio y el 21 agosto en Moscú.

La situación política de mediados de los '30, era, para Spartacus, un remedo de las vísperas de la Primera Guerra Mundial con el agravante del ascenso de los regímenes totalitarios europeos. A diferencia de lo que había sucedido entonces, para evitar la guerra los trabajadores debían poner en práctica los olvidados principios de internacionalismo obrero para luchar contra su propia burguesía: “La subestimación y el olvido del internacionalismo obrero está costando lágrimas de sangre al proletariado mundial. (...) ¡Buena tarea de traidores emboscados la de los que procuran prudentemente disuadir a los obreros de su impaciencia revolucionaria, porque ‘sin unidad nacional no hay liberación posible!’”.²⁶

Otro punto al cual el grupo dedicó una propaganda intensiva fue la lucha contra el andamiaje jurídico de la represión “antiobrera”. La ley de residencia y los procesos por asociación ilícita eran las principales armas legales del gobierno de Justo para desarticular a los sectores más combativos del movimiento. Pese a las protestas sindicales, la ley de residencia continuó aplicándose durante toda la década del treinta. La dictadura de Uriburu, antes de abandonar el poder, expulsó del país a alrededor de 150 trabajadores. Posteriormente, los principales dirigentes comunistas de la construcción fueron repatriados a la Italia fascista. Los procesos por asociación ilícita afectaban principalmente a los sindicatos anarquistas. Las redadas contra estos gremios eran habituales y buscaban diezmar a las ya raleadas filas ácratas. Haciendo uso de esta herramienta legal, la justicia argentina encarceló por varios años a activos militantes obreros de los gremios de choferes, lavadores de autos y panaderos adheridos a la FORA. En uno de los más resonantes procesos, junto al de los ladrilleros de San Martín, una veintena de obreros panaderos fueron condenados, en mayo de 1935 por homicidio, tentativa de homicidio y asociación ilícita, después de un proceso de cinco años y en un fallo que sería luego revocado por la Cámara. Pascual Vuotto describió años después la forma de operar de la “represión legal”: “en una razzia represiva se detiene a centenares de obreros pertenecientes a un sindicato y después se reúnen todos los casos no resueltos por investigaciones y se procesa a once obreros seleccionados del conjunto”.²⁷ Desde las páginas de su periódico, Spartacus denunció permanentemente los abusos estatales que apuntaban a destruir las organizaciones obreras más combativas y realizó constantes llamados para que en cada protesta se incluyera el repudio al accionar jurídico-policial: “Ayer en Avellaneda treinta y dos obreros lavadores han sido copados por la policía en una reunión gremial (...) Todos los organismos, las asambleas proletarias deben movilizarse en torno a los lavadores de autos. ¡Impidamos un nuevo proceso por asociación ilícita!”.²⁸

A este arsenal jurídico contra el movimiento obrero se le agregó, hacia 1937, el proyecto de ley de represión del comunismo. Spartacus reclamaba que ningún sector del movimiento

obrero permaneciera indiferente ante esta nueva avanzada de una legislación represiva:

El 2 de mayo se reiniciará en el parlamento argentino el nuevo periodo de sesiones ordinarias y en su transcurso la Cámara de Diputados llevará a la discusión el proyecto de ley de represión al comunismo, ya aprobado en Senadores. Serán las vísperas de la fiesta fascista. Ningún trabajador puede ignorar lo que vendrá tras la sanción de esa ley, las horas de escarnio, de amordazamiento y terror con el que la burguesía nacional pacificará el porvenir interior de la patria.²⁹

El proyecto aprobado por los senadores reprimía con condenas de seis meses a cinco años a quienes enseñaran o propagaran toda doctrina que se definiera a favor de la dictadura del proletariado, el sistema de la propiedad colectiva y la abolición de la propiedad privada. Para quienes imprimieran, tuvieran en su poder, distribuyeran material o hicieran propaganda oral o escrita vinculada con esta temática se preveía una condena de seis meses a dos años. El proyecto contemplaba que los argentinos de nacimiento serían inhabilitados por diez años para votar y ejercer cargos públicos en tanto que a los extranjeros se los deportaría una vez cumplida la condena. Spartacus definía a la ley como la legalización del terror que se ejercía de hecho contra los núcleos revolucionarios del movimiento obrero. El repudio a la ley debía convertirse en la reivindicación inmediata central de todos los sindicatos: “Spartacus dice a los trabajadores que en este 1° de mayo, por arriba de todo, la consigna central de la lucha contra la ley, debe abrir camino a una profunda y amplia campaña, a la agitación y a la resistencia”. Finalmente, en gran medida gracias a la presión del movimiento obrero, el proyecto no obtuvo la sanción de la Cámara Baja.

Pero la represión no tenía sólo un costado legal. A la par del aparato habitual de represión estatal se estaba gestando un aparato paraestatal cuyo objetivo era la fascistización de la vida política. Cabe recordar que, durante la década del '30, fueron numerosos los ataques de actos y manifestaciones obreras por parte de bandas de ultraderecha. Estos grupos tuvieron un notable crecimiento y a la tradicional Liga Patriótica Argentina se

le sumaron la Legión Cívica Argentina, la Milicia Cívica Nacionalista y la Legión de Mayo. Hacia 1931, la Legión Cívica contaba con unos 10.000 miembros y había obtenido su reconocimiento oficial por parte de la dictadura de Uriburu. A través de un decreto presidencial, se le había otorgado el estatus de reserva de las fuerzas armadas, gracias al cual sus integrantes podían recibir instrucción militar en regimientos del ejército y utilizar escuelas estatales para sus actividades políticas. Junto con los comunistas, los anarquistas fueron los más preocupados en combatir el accionar fascista. Ambos sectores dispusieron en diciembre de 1932 la realización de una huelga general, de escasa repercusión, contra la acción de las bandas armadas. Mientras tanto, la CGT negaba que el avance del fascismo en la Argentina fuera un problema real: “la CGT empieza por comprobar que, salvo rarísimas y no reiteradas excepciones, los actos de los sindicatos que la componen no han sido molestados”.³⁰ Según la central obrera, las actividades del movimiento obrero se desarrollaban con normalidad y los ataques de las bandas ultraderechistas no tenían nada de novedoso. Más tarde, los hechos llevaron a la CGT a reconocer la dimensión real de los sucesos y a rectificar su posición pidiendo la disolución de los grupos armados fuera de la ley. Spartacus, en cambio, destacó siempre el vínculo de las legiones con el poder estatal y convocó desde un primer momento a no permanecer pasivos ante los ataques sufridos:

El fascismo está en pie. Y el fascismo es la guerra. Es mayor terror, más miseria para los campesinos y los obreros. El fascismo asesina a Salvatierra, en Santa Fe. Al niño Falcón, en San Lorenzo. Arma las huestes de sicarios para el golpe de estado en la provincia de Buenos Aires. (...) Está a la par de Melo, de Justo y del gobernador Díaz. Ellos son sólo una variante. (...) ¡Preparad la huelga contra el fascio y sus bandas!³¹

El ambiente enrarecido de la época era percibido por Spartacus como la “atmósfera moral del fascismo que crece y se expande como un gas de guerra saturando todos los planos de la vida social”.³² Este avance subrepticio pero constante se expandía por diversos ámbitos políticos, incluyendo a los sindicatos. La au-

sencia de un conductor al estilo del Duce o el Führer no le restaba fuerza ni efectividad al fenómeno: “no hay la figura de un líder único pero todo está suplido por el método persistente de penetración política actuado a diario en el foco vivo de las barridas, en las aulas, en la prensa y en las entrelíneas de la profusa literatura de los partidos políticos pseudodemocráticos”.

De acuerdo con la visión de Spartacus, la sociedad argentina se encontraba atravesada por una red de complicidades que abarcaban a las instituciones estatales, los políticos del oficialismo y la oposición, a la prensa y, por supuesto, los grandes capitales. Estas redes habían quedado en evidencia durante el escándalo del tratado Roca-Runciman mediante la figura de Guillermo Leguizamón, ministro plenipotenciario de la Argentina en Londres, a quien los espartaquistas acusaron de ser hombre de confianza de Justo, Uriburu y Alvear.³³ Caracterizado como el representante local de los intereses del imperialismo norteamericano, al radicalismo, si bien se le reconocía su inserción en las clases populares, no era considerado un partido que tuviera como objetivo la emancipación del proletariado. Como parte de esta red de complicidades, la Unión Cívica Radical ni siquiera representaba una alternativa real al régimen conservador. Por el contrario, había participado de sus prácticas corruptas aceptando sobornos y dinero para su campaña electoral a cambio de votar la prórroga de la concesión de la compañía de electricidad de la Capital Federal. Por estas razones, las expectativas por parte de sectores obreros en que el triunfo del radicalismo transformara la situación político-económica era duramente criticada:

Los trabajadores caen en el más profundo equívoco (...) cuando ven en el empeoramiento general de su situación una consecuencia directa y única del receso radical y no ocultan su convencimiento de que la salvación está en restituir al poder a ese partido. (...)

¿Qué expresa por su parte el radicalismo como movimiento opositor y de arraigo popular, con sus reivindicaciones democráticas y nacional-liberales? Para responder basta advertir el pronunciado desplazamiento favorable a este partido que, acompañando a la pequeña burguesía en desgracia, se marca en un amplio sector de las masas obreras. (...) Para los traba-

jadores hambreados y acobardados por los decretos coercitivos y las medidas de terror y que ceden a la desorientación, el radicalismo expresa la derrota del fascismo y un atenuante a su miseria. Para el imperialismo yanqui expresa una batalla importante ganada al imperialismo inglés.³⁴

La principal acusación por haber cedido en las reivindicaciones de clase recaía sobre el Partido Comunista y el Socialista Obrero. Estos partidos al proclamar su esperanza de que, una vez saneadas las instituciones del fraude, se pudieran obtener mejoras para los trabajadores por la vía electoral, olvidaban la lección española: el triunfo en las urnas de la izquierda no había evitado que los obreros tuvieran que recurrir a las armas para defenderse del fascismo. La depuración de las instituciones de la democracia burguesa se revelaba entonces como una tarea inútil que desviaba las energías de los trabajadores de sus objetivos revolucionarios.

Para obtener una modificación social real, debían evadirse los caminos que llevaban a la lucha a encauzarse por los canales establecidos. Como era característico en Spartacus, no se brindaba un recetario que contuviera la forma definitiva que debían adoptar las organizaciones proletarias, sino apenas unas pautas generales para guiar la acción. Era el colectivo anónimo el que debía poner en acción su capacidad creativa para darse el tipo de organización más adecuada a sus necesidades: “Los trabajadores deben ir creando las formas decisivas donde plantear sus grandes luchas contra la opresión política y económica, la opresión nacional de un Ejecutivo, un parlamento y una serie de institutos [sic] del poder que nos conduce al desastre”.³⁵

3.3. LA ECONOMÍA

Durante la década del '30, el proceso de concentración capitalista cobra cierta aceleración y se constituyen grandes consorcios, muchas veces bajo el amparo de maniobras oficiales teñidas de sospechas de corrupción. Luego del tratado Roca-Runciman, los escándalos más resonantes estaban vinculados con la sociedad de inversiones SOFINA: la prórroga de la con-

cesión a la compañía de electricidad de la Capital Federal, CADE, y la creación de la Corporación del Transporte. Mientras que la postura tradicional del anarquismo y la corriente sindicalista al mando de la CGT era menospreciar el fenómeno de los monopolios puesto que consideraban que para el obrero era indistinta la procedencia del capital que lo explotaba, los socialistas se habían mostrado divididos sobre la cuestión. Aunque había un fuerte predominio de la opinión antimonopolista, ciertos gremios bajo su dirección, por ejemplo la Unión Tranviarios, depositaron esperanzas de obtener mejoras para los obreros con la creación de la Corporación de Transportes.³⁶ Lejos de la indiferencia y el optimismo, Spartacus analizó desde un primer momento las implicancias económicas y sociales del monopolio, y contribuyó en la medida de sus posibilidades a la creación de un movimiento en su contra.

De acuerdo con su visión, la Argentina era un país semicolonial, un terreno de disputas de los imperialismos inglés y norteamericano. En la expansión del capital monopolista el Estado no había jugado un rol neutral, sino sumamente activo: “insospechadas maniobras de Estado han puesto en manos de consorcios financieros, ingleses y yanquis, la administración de las más importantes fuentes de producción”. Cada nueva iniciativa “modernizadora” del Estado funcionaba a modo de una coartada para fortalecer los intereses monopólicos. Los proyectos de constitución de una flota mercante y del Banco Central —que terminó de conformarse en marzo de 1935 con un directorio mixto en el que tenían mayoría los representantes de la banca extranjera— apuntaban en esa dirección:

El monopolio busca extenderse, y es lógico, hacia aquellas actividades que de una u otra manera están ligadas a las necesidades económicas de la población (...). Esta razón es la que determina el novísimo proyecto del Poder Ejecutivo de “organización de la Marina Mercante de la Nación. (...) La creación del Banco Central es la desembozada entrega de las finanzas nacionales al manejo del capital extranjero.³⁷

El grupo presagiaba que la formación del Banco Central de acuerdo con el proyecto oficial acarrearía terribles perjuicios a

la clase obrera mediante la “desvalorización de la moneda, rebaja de salarios, ruina y hambre”. La Argentina, en este sentido, no estaba exenta de un proceso mundial de concentración capitalista, que era el corolario lógico dinámico de este modo de producción. Los efectos del monopolio se hacían sentir especialmente entre la clase obrera que debería sufrir la pérdida de conquistas gremiales, el acrecentamiento de la represión del movimiento sindical, a lo que se le agregaba “una violenta opresión económica sobre la población en general”. De modo paradigmático, en el caso del monopolio del transporte, su creación provocaría entre los trabajadores de la rama: “la transformación de la economía actual con vistas a la más cruda explotación, bajo condiciones de trabajo y jornales aún desconocidos en el transporte, la violenta y previa supresión de sus cuadros y focos gremiales.”³⁸ Pero, la “coordinación” del transporte tendría además otras consecuencias inmediatas sobre la pequeña burguesía, que vería acelerado su proceso de proletarización. Por otra parte, los grandes trusts económicos traían consigo la aplicación de técnicas de racionalización del trabajo que provocaban el aumento de la desocupación.

Es también durante la década del treinta en la que, a causa de la crisis del '29, el país comienza una incipiente política de industrialización cuyo objetivo era la sustitución de las importaciones. De esta manera, varios rubros llegaron a gozar de protección aduanera y, debido a la concurrencia de dos factores como la disponibilidad de materias primas a bajo precio y un mercado interno de demanda creciente, posibilitó la instalación en el país de numerosas industrias. La expansión alcanzó de manera primordial a los rubros vinculados con la producción de artículos de goma y caucho, maquinaria y artefactos eléctricos. Las industrias textil y química, instaladas con anterioridad a la crisis, cobraron nuevo impulso y modernizaron su producción. Una enumeración no exhaustiva de las empresas radicadas desde fines de los '20 hasta mediados de la década siguiente puede dar una idea del desarrollo producido en la sociedad argentina. En el rubro *alimentos y bebidas* se instalaron: Nestlé (1930), Suchard (1933), Ginebra Bols (1933) Royal (1935), Quacker Oats (1936), Adams (1936); *textiles*: Sudamtex (1934), Anderson Clayton (1936), Ducilo (1937); *metalúrgica*,

maquinarias y artefactos eléctricos: Sylvania (1928), RCA Victor (1929), Philco (1931), Olivetti (1932), Hierromat (1934) Elab. Gral. de Plomo (1934), CAMEA (1934), Phillips (1935), Osram (1934) Eveready (1937); *productos de caucho*: Goodyear (1930), Firestone (1931), Pirelli (1930); *productos químicos y farmacéuticos*: Colgate Palmolive (1927), Stauffer Rousselot (1928), Lever Hnos. (1933), Cooper (1933), Duperial (1935), Electrocolor (1936), Rohm y Haas (1936), Johnson y Johnson (1931), Abbot (1937). Como resultado de este crecimiento, en 1938 el porcentaje del PBI correspondiente a la industria superó por primera vez, aunque muy ligeramente, al agropecuario. La afluencia de capitales extranjeros modificó el paisaje económico de la Argentina y tuvo un efecto notable dentro del movimiento obrero con la creación de grandes fábricas que aglutinaban miles de trabajadores. El censo industrial de 1935 relevó la existencia de 36 establecimientos, que representaban el 0,1%, con más de 1.000 trabajadores, en los que se concentraban casi el 13% del total de la mano de obra.

Estos hechos, presentados por el presidente Justo como éxitos de su gestión –en especial el aumento de los índices de ocupación, uno de los pilares de la campaña electoral de su sucesor, Roberto Ortiz– eran refutados por Spartacus que los tildaba de “prosperidad artificial”. Las críticas señalaban que el repunte de los indicadores macroeconómicos no se traducían automáticamente en ventajas para la clase trabajadora y por el contrario generaba miseria entre los asalariados: “hemos visto crecer en poco tiempo innumerables centros fabriles a través de las principales zonas del país, mientras paralelamente crecía también la miseria de las casas proletarias”.³⁹ Efectivamente, durante la década del '30 los salarios cayeron constantemente hasta alcanzar su piso en 1934. Tomando como base 1929=100, en 1934 el índice llega a 77,22. Estaba claro que el proceso de industrialización no era una ficción del poder, pero su contracara, la pauperización de los trabajadores, era un tema eludido por el discurso oficial. Spartacus buscaba que los trabajadores no se conformaran con haber salido de la condición de desocupados para ingresar en la esfera productiva, sino que debían mantener intactas sus aspiraciones y reivindicaciones históricas.

Una de las denuncias del grupo, vinculadas con los efectos de la reconfiguración del capital en Argentina, sostenía que el proyecto de creación de la Corporación de Transporte era apenas el inicio de una expansión monopolista que amenazaba extenderse a zonas sensibles para el consumo de los trabajadores, los productos de primera necesidad, encareciendo el nivel de vida y poniendo a merced de grandes grupos económicos a la clase obrera:

Hay además el amago de monopolizar los medios de abastecimiento de la Capital Federal. No otra cosa es el pedido al Consejo Deliberante por un particular, de concesión exclusiva por el término de cuarenta años para la construcción y administración de doscientos mercados en el perímetro de la Capital Federal. (...) ¿Cómo no suponer que tras el nombre de ese particular está oculto un trust de indudable perfil imperialista?⁴⁰

Ante los conflictos planteados por el desembarco de grandes grupos económicos, algunos sectores, como FORJA, comenzaron a sostener que para obtener una soberanía plena el país debía nacionalizar los servicios públicos hasta entonces en manos de capitales extranjeros. La solución de Spartacus difería de las fórmulas que apostaban a que las empresas pasaran a la esfera estatal. La propiedad estatal no garantizaba que las compañías fueran puestas al servicio de los intereses de la sociedad, ni que se respetaran las conquistas y derechos de los trabajadores. Para terminar con las contradicciones del modo de producción capitalista, el grupo tenía en mente un modelo autogestivo de características similares al que estaba poniendo en práctica la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en la España revolucionaria, en el que fueran puestos en cuestión al mismo tiempo las formas de heterogestión estatal y capitalista.⁴¹

3.4. LA PUBLICACIÓN

La publicación del grupo merece un párrafo aparte en el análisis. Sin embargo, por contar con sólo siete de los once números de *Spartacus*, se debe considerar que las conclusiones

que se puedan sacar ingresarán necesariamente en el terreno de lo provisional. De tamaño sábana, cuatro páginas y apretada tipografía, características habituales en la prensa obrera de la época, el periódico tenía una tirada que oscilaba entre los 3.000 y 5.000 ejemplares. Su aparición era sumamente irregular. Entre un número y otro podía pasar apenas 15 días, como sucede entre el 4 y el 5, o varios meses. La periodicidad puede ser tomada como un termómetro de la actividad propagandística del grupo. Así, los primeros dos años, con seis números editados contra apenas cinco de los restantes cuatro años, serían los de mayor efervescencia. Las dificultades para poner en la calle la publicación en la última etapa delata los conflictos internos que estallaron hacia comienzos de 1938. La crisis, vinculada con el cariz adquirido por la revolución española y la aprobación del estatuto del sindicato único de construcción, determinó las sucesivas salidas de Romano y Badaraco, los principales responsables de la publicación.

Los testimonios coinciden en señalar que *Spartacus* era redactado casi íntegramente por Badaraco. A su partida a España, esa tarea recayó en manos de Romano. Desde el subtítulo que acompañaba al nombre del periódico, “comunista y anárquico”, se reivindicaba su inserción en una corriente ideológica desde la cual interpelaba no sólo a quienes pertenecían a ella, sino también, y con especial énfasis, a obreros sin militancia sindical o que recién hacían sus primeras armas en ella. Los sujetos privilegiados de la estrategia propagandística de *Spartacus* fueron el joven y la mujer, que contaron con secciones específicas dedicadas a resaltar sus demandas y sus luchas.

Parte de los artículos participaban de una de las características de la prensa anarquista de principio de siglo: la denuncia de una situación concreta de explotación o injusticia. Entre los rasgos de la prensa libertaria de principios de siglo descritos por Andreu,⁴² algunos comienzan a desaparecer en la década del treinta. Particularmente, apenas si quedan rastros del utopismo, la exaltación del bello porvenir que le aguarda a la humanidad una vez realizado el ideal ácrata. La otra ausencia notable en *Spartacus* es el anticlericalismo. Son pocas las referencias al poder eclesiástico y no hay ningún artículo dedicado a tocar específicamente el tema. Esto parece indicar que el gru-

po no consideraba a las ideas religiosas como un obstáculo de importancia para la difusión de su proyecto entre los trabajadores. Al mismo tiempo que estas características se apagan, emerge un elemento no presente en los primeros periódicos anarquistas, y al que ya es posible encontrar en la década del veinte: el análisis de la especificidad de los conflictos que atraviesan a la sociedad argentina. Es en este terreno donde *Spartacus* produjo una de las mayores innovaciones en el discurso anarquista, al hacer suyas expresiones interdictas como “patria” o “política”.

En el periódico, no había elaboración puramente teórica, así como tampoco existieron demasiados textos dedicados a expresar en qué consistía el comunismo anárquico que guiaba las acciones del grupo. De acuerdo con Romano: “[era] un periódico dedicado a la actualidad, al momento, lo que iba ocurriendo, lo que se iba sucediendo, Spartacus tomaba una actitud, daba una opinión; ésa era la esencia de Spartacus”.⁴³ La elección de priorizar los contenidos referidos a situaciones concretas antes que a la discusión de temas abstractos se correspondía con la concepción de Badaraco, que sostenía que “hacer abstracción de los problemas del proletariado es desarmarlo”.⁴⁴ Esta preferencia por lo concreto se confirma en el modo que el grupo elige para dar cuenta del contenido de su propuesta comunista anárquica. Antes que la exposición minuciosa de sus principios, el ejemplo de un hecho aparecía a menudo como la forma elegida para mostrar cuáles eran las características del proyecto y los objetivos del grupo. El movimiento revolucionario español se constituyó en una referencia frecuente a la hora de mostrar cuál era el camino a seguir. Pero desde *Spartacus* también se destacaron los esfuerzos de los trabajadores argentinos por darse una forma de organización que eludiera las trampas del compromiso institucional. Éste es el sentido que adquiere la publicación de artículos referidos a los obreros de las fábricas de pintura, los jóvenes trabajadores de los aserraderos o las huelgas en la fábrica La Algodonera Argentina: eran modelos a seguir por el resto de los trabajadores que aún no se había organizado. Este conjunto de notas tiene un carácter pedagógico en el que, por intermedio de *Spartacus*, los propios actores relataban en detalle

su experiencia a otros que estaban en la misma situación en que ellos se habían encontrado.

El rechazo de la abstracción se traducía en *Spartacus* en la ausencia casi completa de “textos doctrinarios” que expresaran en qué consistía la ideología que el grupo reivindicaba como propia. Si en los primeros números pudo haber una cierta preocupación por explicar en qué consistía el comunismo anárquico, con el correr de los números las páginas del periódico –en especial a partir del estallido de la guerra en España– pasan a ser absorbidas en su totalidad por temas de actualidad. El único artículo disponible, dedicado a exponer sistemáticamente cuáles eran los principios ideológicos en que se sustentaba el proyecto espartaquista, fue publicado en el número cuatro bajo el título “¿El comunismo anárquico es una utopía?”. Romano confirma esta desaparición de la dimensión utópica en el discurso espartaquista: “en el contenido de *Spartacus* nunca se hacía mención a proyectos de sociedad futura”.⁴⁵ Esto era generalmente así. Sin embargo, en este texto se trazaban tímidamente los aspectos generales de una sociedad regida por los principios que movilizaban al grupo, y hasta incluía la célebre frase con la que se sintetizaba las bases del comunismo anárquico: “de cada cual se exigirá según sus aptitudes, a cada cual se retribuirá según sus necesidades”. El artículo explicaba en clave kropotkiniana que en la sociedad actual existían los gérmenes que desarrollados sin obstáculos podrían llevar a la instalación del comunismo anárquico a escala global:

La instrucción, el aprendizaje de un oficio o de un arte son cada vez más la realización práctica del apoyo mutuo, de la cooperación libre, espontánea y permanente que se extiende a infinidad de actividades humanas y que la revolución social pondrá en total libertad para la mejor construcción de la vida socialista y libertaria. (...)

¿Qué son las bibliotecas, museos, exposiciones, universidades populares, las sociedades culturales, literarias, científicas, de libre experimentación, de cultura física, etc., etc., sino aplicaciones prácticas inspiradas en ideas anarco comunistas?⁴⁶

El comunismo anárquico, lejos de ser una utopía, en el sen-

tido de quimera de improbable realización, era una realidad que proliferaba en los más diversos ámbitos. Si como pretende Lourau, existe el Estado-inconsciente, un proceso por el cual la forma Estado se instala en el imaginario y tiende a dirigir las representaciones y deseos sociales haciendo que las nuevas formas sociales sean solamente variaciones de lo estatal; para Spartacus, siguiendo la argumentación de Kropotkin, existía cierto anarcocomunismo-inconsciente que se expresaba en las agrupaciones de la sociedad civil que ponían en juego el altruismo y el desinterés, principios básicos de la ayuda mutua. La acción del Estado era la principal traba que se oponía a la extensión de estos principios a la sociedad en su conjunto, y en especial al sector productivo. Para acabar con este obstáculo se hacía necesario conquistar lo que el grupo denominaba “capacidad antipolítica”. Esto significaba que si en su momento el pueblo había tenido que luchar por el derecho de elegir sus propios dirigentes, ahora se imponía la superación de los derechos políticos para lograr “prescindir de dirigentes, de mandones, de dictadores y de jefes, para aplicar toda la atención a las cuestiones vitales de la restauración de la vida popular sobre las firmes bases del trabajo”.

Todas las organizaciones ácratas activas en la década del treinta coincidían en reconocer en el comunismo anárquico el principio que guiaba sus acciones. Sobre este punto no existieron mayores polémicas. Los debates que tensionaron el campo libertario estaban vinculados con la forma de organización necesaria para lograr este fin. Spartacus y la FORA seguían sosteniendo que el sindicato era la forma organizativa más indicada pero disentían sobre la forma que debían adquirir los gremios. Mientras que la central anarquista continuaba impulsando la creación de sindicatos de oficio, los espartaquistas propulsaban la instauración de federaciones por rama industrial. La FACA, por su parte, se mostraba más escéptica respecto de la acción sindical; lo cual no impidió que contara con destacados militantes sindicales que, en ocasiones, llegaron a colaborar con los espartaquistas.

Entre los temas tratados en *Spartacus* el proceso de reconfiguración del movimiento obrero tuvo un espacio destacado. El periódico siguió con atención la emergencia de nuevas

organizaciones dentro del panorama sindical de los años '30. Respecto de este fenómeno, se cedió en muchas ocasiones la voz a los protagonistas de las luchas para que pudieran contar en primera persona los motivos y las dificultades para organizarse. No es extraño entonces que varias notas aparecieran firmadas por “una obrera” o “un obrero organizado”. Los autores de estos artículos no se presentaban como militantes de la agrupación sino como participantes de un proceso de transformación sindical.

Esta “cesión de la voz” se vinculaba también con una estrategia enunciativa de la publicación, a través de la que apuntaba a crear un vínculo de nuevo tipo con sus lectores, diferente a aquel que los relegaba a un rol pasivo. Por esta razón, solicitaba la intervención del público en sus páginas mediante denuncias de la situación obrera. De esta manera, se mostraba abierto para que pudieran hacer llegar sus artículos conteniendo el relato de su experiencia: “Camarada lector: suma tu denuncia a *Spartacus*. Tienes el deber y el compromiso de hacerlo. *Spartacus* es un arma de combate en tus manos (...) Esgrímela. Prepara su carga”. Desde aquí, se plantea la necesidad de una disolución de las distancias entre los polos de la comunicación que desestructurara una división del trabajo político que relega a un sector a la mera difusión de unos contenidos sobre los que no habían tenido influencia alguna. El llamado a “preparar la carga” es claramente una invocación a participar del contenido de la publicación. Es por todas estas razones que *Spartacus* planteaba un tipo ideal de lector – “activista difundidor, corresponsal y redactor a un mismo tiempo” – diferente del “lector inerte de la prensa capitalista”.⁴⁷

El pedido de participación de los lectores parece haber tenido un relativo éxito. En el número cuatro se publicó una nota conteniendo numerosas denuncias de los trabajadores de los ferrocarriles y otras dos firmadas por el “corresponsal F.C.C.G” y “una joven obrera”. Lejos de desactivar la potencia de los escritos que provenían del público confinándolos a una sección, como las cartas de lectores, desvinculada del cuerpo principal del periódico, los textos se editaban a un pie de igualdad con los redactados por los integrantes del grupo. *Spartacus*, entonces, se mostraba preocupado no sólo por ex-

poner su opinión sino también por escuchar, y al mismo tiempo hacerle escuchar a otros, a aquellos sectores del proletariado que no tenían acceso habitualmente a un lugar desde cual dar a conocer su experiencia. La Alianza Obrera Spartacus buscaba evitar mostrarse como una cerrada elite esclarecida o, según sus propias palabras: “un centro selecto o aislado al margen o encima de la vida del gremio”.⁴⁸ Por esta razón, se exhibía abierta y realizaba desde su periódico constantes llamados a los trabajadores para que ingresaran en sus filas. De esta manera, al explicitarse la ausencia de intenciones ocultas, intentaba desligarse de cierta imagen negativa que tenían grupos como el Comisión Socialista de Información Gremial (CSIG), sospechado de confabular desde las sombras con el fin inconfesado de arrastrar al movimiento obrero a la esfera del Partido Socialista.

Otros temas recurrentes en las páginas de *Spartacus* fueron la lucha contra el monopolio del transporte, el crecimiento de la actividad represiva estatal y la persecución contra militantes anarquistas. En el plano internacional –al que la publicación, al estar enrolada en una ideología que se manifestaba internacionalista, otorgaba un espacio más que relevante– se destacaron tres temas: el régimen soviético, el fascismo y el proceso revolucionario durante la guerra civil española. Esta última cuestión revestía una importancia especial por tratarse de la primera vez que los anarquistas tenían el control de un movimiento revolucionario que buscaba organizarse de acuerdo con principios libertarios. Por esta razón, la situación española acaparó el foco de atención principal en los últimos números. La presencia de Badaraco en el escenario de los hechos fue aprovechada al máximo a través de la creación de una sección denominada: “La voz de *Spartacus* en España. Horacio Badaraco escribe”. Estos artículos se encargaban de analizar la situación política de la revolución española, los obstáculos y las contradicciones a la que se enfrentaban los anarquistas a la hora de llevar a la práctica sus ideales. La cobertura de la situación en la península ibérica se completaba en ocasiones con la publicación de textos provenientes de la revista *Ruta*, órgano de las Juventudes Libertarias de Cataluña.

El lenguaje utilizado por *Spartacus* quiebra algunas caracte-

rísticas estilísticas de la prensa de izquierda, a las que el anarquismo no era ajeno. En primer lugar, la ausencia de la clásica sobreadjetivación difamatoria contra adversarios y enemigos. Aun cuando nunca se privó de polemizar duramente resaltando las discrepancias que lo separaban del resto de las corrientes que participaban del movimiento obrero, el periódico siempre lo hizo en un tono respetuoso, sin recurrir a la desvalorización del oponente. Este rasgo distintivo concordaba con la concepción de Badaraco sobre las deficiencias habituales de los modos de la discursividad izquierdista: “No se trata de exteriorizar un fácil y confuso verbalismo revolucionario o violencia de lenguaje contra fracciones adversarias y luego no dar un solo paso en el camino de la fortificación, dignificación y liberación proletarias”.⁴⁹ Spartacus no participó de la moda de aquel momento que consistía, luego del copamiento de la CGT por los socialistas, en realizar acusaciones cruzadas de nazismo. De esta manera, el sector sindicalista desplazado acusaba al CSIG de encarar un “sigiloso asalto de tipo hitlerista”. Mientras que, desde la vereda de enfrente, se calificaba a los sindicalistas como “dirigentes pro-nazis” y “quinta columna hitlerista”.⁵⁰ Badaraco consideraba que este tipo de lenguaje no apuntaba a convencer, sino que hablaba sólo para los ya convencidos y ahuyentaba a los que no participaban de las rencillas internas del movimiento obrero. La cuidada forma estilística característica de *Spartacus* es quebrada en una oportunidad, en el texto de Badaraco dedicado a contestar un artículo de *La voz del chauffeur* en el que se lo difamaba. Allí se refería con duros términos a los dirigentes foristas calificándolos como “escoria del movimiento obrero” y “enemigos de baja estofa”. Sin embargo, dejaba en claro que se trataba de un artículo de carácter excepcional y que el lenguaje de la difamación no era de su preferencia porque “la provocación y la violencia verbal, las acusaciones en falso, son el arma predilecta y eficaz para los trabajos de sondeo de la reacción”.⁵¹

Otro de los rasgos característicos de la publicación es su estrategia retórica, que consistía en ocasiones en ejemplificar con una nota lo sostenido en otra, sin que en esta última se hiciera ninguna referencia a la primera. De este modo, ambas notas, que se presentan desligadas, reforzaban la argumen-

ción del grupo sobre determinado tema. Por ejemplo, en el número ocho, la postura de *Spartacus* sobre las alianzas obreras era expuesta en un largo artículo. En la misma página aparecía publicada una resolución de la CGT chilena en la que se le proponían las bases de un plan de acción común a la central obrera mayoritaria, ilustrando de esta manera la forma concreta que podía tomar la alianza obrera sobre la cual el grupo se había exployado anteriormente. El pequeño artículo con la resolución del Congreso Nacional de la Construcción sobre las milicias antifascistas cumplía idéntica función. Estos dos últimos artículos no son publicados por su valor informativo, sino que están puestos evidentemente al servicio de una estrategia argumentativa que buscaba favorecer la acción conjunta de las diversas corrientes del movimiento obrero. Otro caso del uso de una estructura retórica similar puede apreciarse en la segunda página del número seis, con la discusión en torno de la revolución rusa y las relaciones del anarquismo con el marxismo. En una introducción a un artículo de Rosa Luxemburg, *Spartacus* esbozaba su opinión contra la exagerada prevención de muchos anarquistas sobre todo aquello que proviniera del marxismo. Esta opinión aparecía refrendada en la misma página por un artículo de Luigi Fabbri, la voz anarquista viva más respetada.

Más allá de los análisis políticos, existía en *Spartacus* una zona discursiva dedicada a la descripción de la vida proletaria que se caracterizaba por tener un ritmo ágil que contrastaba con los textos políticos más graves, en los que se presentaba una proliferante adjetivación, con oraciones subordinadas que se extendían por párrafos enteros. Esta serie de artículos no llevan firma, pero no es difícil identificar en ellas a la pluma de Badaraco. Las notas son el retrato de una sociedad desgarrada por divisiones de clase. A través de una clásica polarización, característica de la literatura anarquista, en “Nada nos iguala, todos nos separa: nuestra ciudad no es la de ellos”,⁵² se presentaba a una ciudad que contiene en realidad dos mundos paralelos: el de los que producen y el de los que se apropian de lo producido. La circulación urbana del obrero en el rutinario peregrinar hacia su lugar de trabajo lo ponía en contacto con lo inaccesible, con la contracara de la faz miserable de su hábitat.

El proletario recorría la ciudad con la vista como si se tratara de una gigantesca vidriera con productos que jamás le han estado destinados:

Cuando cruzamos esta ciudad, todos los días, sin poderlo evitar, nuestros ojos observan sus casas enormes, lustrosas y mudas. (...)

En el corazón de esas casas inaccesibles se adivina la animación. (...) En las aceras van y vienen hombres elegantes con caras satisfechas, limpias y seductoras mujeres con caras sonrientes y andar seductor. (...) Luces tempranas y múltiples; rollizos y reposados señores que fuman puros sentados en las aceras ante la mesa de un bar. Oficinas. Bancos de puertas cerradas. Cegadores escaparates. Automóviles fantásticos que conducen a lo desconocido a desconocidas criaturas. Sí, la ciudad de “ellos”, pensamos.

La ciudad del burgués conocía todo lo que le es negado a su oponente: el dinero, el poder, el placer y el arte. Es “la astuta y burlona ciudad de la ley”. Pero había otra ciudad que, privada de todo, empezaba donde termina aquella. Era la urbe proletaria: “[de] calles de tierra o mal empedradas. La escasa luz. El inquilinato. El barrio de extramuros. Aquí no hay banqueros, ni artistas, ni rollizos señores. Es todo lejano, extraño a la otra ciudad”. La ciudad obrera, a diferencia de la otra, no era estéril. Era la tierra donde germinaba silencioso y al acecho un ideal de transformación: “El rojo sueño de que algún día nuestra proletaria ciudad de tierra y lata, ha de conquistar la poderosa ciudad burguesa para hacerla obrera. El común coraje que un día confluirá a ella por todas sus calles para el esperado y final desquite”. La ciudad obrera soñaba con *ese día* en el que, como presagiaba August Spiess, su silencio fuera más poderoso que todos los discursos.

Pero si la vida cotidiana producía dos realidades que no alcanzaban a ponerse realmente en contacto, salvo el que proporcionaba la módica sensación del espectáculo, el despertar del “sueño rojo” que amenazaba con cumplir las promesas realizadas (“porque somos distintos, los conquistaremos”), provocaba el trastorno de “la normalidad”:

Ahora las obras están desiertas; los rascacielos nacientes detenidos en su ascensión; el crecimiento de la urbe paralizado porque el nervio obrero, el puño del proletariado está crispado en un arma que sólo va a serle arrebatada con sangre: ¡el pliego de condiciones!⁵³

El conflicto hacía visible para ambas partes, como en un fulgurante momento de conciencia plena, la realidad desnuda de las relaciones sociales. El antagonismo, innegable, exhibía la trama oculta de las instituciones sociales que se encargaban de enmascarar que “la ciudad de ellos” era un producto del trabajo proletario, auténtica fuente del progreso y la riqueza. La huelga general torcía las trayectorias de los mundos paralelos y los hacía colisionar inevitablemente. Ahora, el trabajador ya no recorría las calles en dirección a la fábrica con la manse dumbre que le era habitual, sino que se hacía dueño de los ámbitos que hasta ayer le eran ajenos mediante la herramienta privilegiada de ejercicio del poder proletario: el piquete. Lejos del monótono itinerario de todos los días, el piquete en su deriva urbana modificaba el paisaje metropolitano impidiendo la circulación (de hombres y mercancías) y doblando los obstáculos que se oponían a la voluntad obrera:

[El piquete] avanza al encuentro del traidor y lo domina; busca al equivocado y lo convence y lo empuja al lado de los camaradas. Del piquete depende la huelga. De la muchachada que lo forma estará siempre pendiente su crecimiento o su receso. En cada puñado de hombres dispuestos que mañana y tarde abandona el local y toma un rumbo desconocido, camina el espíritu de la huelga a través de la ciudad. Por lo que los piquetes informan y relatan de regreso al local, y es posible tomar el exacto pulso del movimiento y situar sus fallas.⁵⁴

Labor no exenta de riesgos, el ejercicio del poder proletario era posible por la existencia de un enorme ejército de reserva que se encargaba de reemplazar a los que eran detenidos: “nunca han faltado voluntarios, ofreciéndose a llenar los claros dejados por los camaradas presos, hasta el punto de suplirlos con exceso”.⁵⁵ La capacidad para suplir a los caídos

denotaba una energía que, proveniente del nuevo proletariado industrial, amenazaba con desbordar los cada vez más estrechos cauces instituidos del movimiento obrero. El piquete reintroduce el nomadismo en la ciudad y, junto con él, la ensoñación del anarquista de un mundo en marcha hacia la emancipación humana.

Spartacus intentó dar cuenta a través de sus páginas de las transformaciones sociales que se estaban produciendo en la sociedad argentina: la emergencia de nuevos sujetos políticos y la desaparición de otros, los cambios profundos provocados por el desembarco de grandes trusts capitalistas, la corrupción como parte de un proyecto de “modernización”. La capacidad para exponerlas, mediante textos periodísticos, le valió en su momento a Badaraco ser convocado por Salvadora Medina Onrubia, la esposa de Natalio Botana, para ocupar el cargo de director de *Crítica*; ofrecimiento que fue naturalmente rechazado por el dirigente anarquista.

3.5. SPARTACUS Y EL ANARQUISMO ARGENTINO

Como ya ha sido mencionado, la década del treinta encontró sumamente debilitado al anarquismo por la represión estatal y la agudización de las divisiones internas. Su principal organización, la FORA, carecía de la fuerza de antaño y poseía sólo unos pocos gremios con una significativa cantidad de adherentes. Entre las principales organizaciones foristas se encontraban la Unión Chauffeurs, la Sociedad de Resistencia de Obreros del Puerto, los lavadores de autos, los panaderos y los obreros ladrilleros. Los anarquistas no sólo participaban en gremios pertenecientes a la FORA. Algunos de ellos lograron alcanzar puestos importantes, como Morán en la FOM o Ángel Geraci, vinculado con la FACA, quien encabezaba una pequeña fracción ácrata en la FOOSC. La influencia de los anarquistas se extendía también hacia pequeños gremios de oficios de la construcción, como los plomeros y colocadores de mosaicos, que permanecieron al margen de la FOOSC. Otros gremios, como la Federación Obreros en Construcciones Navales, sin ser necesariamente anarquistas, seguían reivindicando el federalismo y

acción directa, los dos principios que constituían los pilares de la actividad sindical ácrata.

La creación de Spartacus no pasó inadvertida para la FORA, que desde el comienzo criticó al grupo encabezado por Badaraco. En un artículo publicado en *Organización Obrera* se atacaba duramente, aunque sin mencionarla, a la nueva agrupación libertaria bajo el argumento de que se trataba de un intento de contaminar el anarquismo con elementos teóricos provenientes del marxismo. “Gracias a un compuesto filosófico que pretendía armonizar las tendencias más opuestas –tendiendo un puente de pasada del marxismo al anarquismo para unir los dos extremos del socialismo– surgió a la superficie social una nueva tendencia anarquista”, expresaba el órgano oficial de la central sindical anarquista. Y se agregaba allí:

No se trata en realidad de un anarquismo nuevo sino de una modalidad transitoria que tiene su punto de inspiración en la práctica dictatorial del bolcheviquismo; pero que sus “filósofos” y sus propagandistas persisten en llamarse anarquistas (...) ¿Qué elementos de renovación aportan al anarquismo estos seudolibertarios? Todo cuanto nos presentan como nuevo fue tomado del marxismo y representa, precisamente, lo peor de aquellas teorías políticas-económicas: la teoría autoritaria y estatal puesta en práctica por los comunistas rusos al imponer al proletariado la dictadura de su partido y afianzar su “estado obrero” a costa de la revolución que simulaban defender.⁵⁶

Estos ataques no modificaron la postura de Spartacus que, en sus comienzos, consideró a la FORA la única organización capaz de radicalizar las luchas obreras llevándolas hasta el punto de convertirlas en una incipiente acción revolucionaria. No es posible confirmar a través de la lectura de los primeros números de *Spartacus* las afirmaciones de Laureano Riera Díaz, que en sus memorias sostiene que Badaraco, ya en la época del Segundo Congreso Anarquista, pensaba que la FORA era “un muerto sin resurrección posible”.⁵⁷ Por el contrario, eran frecuentes los llamados al proletariado para que ingresara a la central anarquista, cuyo lugar como vanguardia revolucionaria

ria del movimiento obrero no era cuestionado. Al mismo tiempo que se reconocía a la FORA como la organización obrera más coherente en la defensa de los intereses del proletariado, se le exigía a sus militantes y dirigentes –a través de la inserción en las luchas del momento, en especial la de la lucha contra el monopolio del transporte– una revalidación de los títulos obtenidos a lo largo de la historia. Spartacus proponía un doble movimiento: el encolumnamiento de los trabajadores detrás de la FORA, que a su vez debía modificar ciertas posturas para acceder a la conducción de las luchas:

(...) La FORA debe asumir su presencia, presencia de combate, de dirección coherente, de expansión tácita, a través de los movimientos actuales.

Ningún trabajador negará un puesto a la institución proletaria, porque todo trabajador reconocerá en ella, desde el ferroviario hasta el de la construcción, la vieja bandera del proletariado nacional. Haga cada obrero forista un examen de la situación y reclame de su organización, de su asamblea, de su movimiento, ese puesto de lucha a que tiene derecho. Sin tardanza unión gremial y revolucionaria bajo la común bandera. Sin tardanza intervención con esa bandera en toda lucha, canalizándola en el camino de la revolución proletaria.⁵⁸

[La FORA] Debe fijar una posición clara y firme sobre el monopolio, sus alcances como estadio superior de la explotación capitalista y su derivación sobre el proletariado.⁵⁹

El tratamiento del problema del monopolio era una de las cuestiones que más distanciaban a los espartaquistas de la principal organización anarquista. Al exigir una definición de la FORA sobre esta cuestión, Spartacus estaba intentando modificar la tradicional postura anarquista que permanecía indiferente ante la concentración capitalista bajo el argumento que para el obrero era lo mismo ser explotado por una empresa grande o una pequeña, por un compatriota o un extranjero: “Para los anarquistas y para el pueblo menestero (sic), este fenómeno que representa la invasión de capitales extranjeros, no puede importar gran cosa, por cierto, ya que lo mismo da ser explotado por un capitalista que por otro”.⁶⁰ Spartacus, mucho

más consciente de las implicancias de la concentración económica, temía que la formulación del problema en estos términos hiciera que la FORA se abstuviera de participar del movimiento antimonopolista.

La disposición de Spartacus a actuar en unión con grupos sindicales comunistas y la difusión en la publicación de la agrupación de textos de los espartaquistas alemanes no hizo más que agrandar la brecha ya existente con la FORA, que profesaba una profunda aversión sobre todo aquello que tuviera el mínimo rasgo marxista. De acuerdo con Romano: “Badaraco consideraba ya que los anarquistas no tenían por qué permanecer al margen o ignorando un episodio del campo obrero de estas características, aunque ello estuviera conducido por los comunistas (...) Y así fue como Badaraco terminó siendo un personaje que para la gente de la FORA, gente de *La Protesta*, era un desviado”.⁶¹ No son casuales la referencia de Romano sobre la “desviación ideológica” de Badaraco y la mención de Varone a una forma de sanción institucional como la excomuniación. Al poner en duda la estrategia de la organización y aglutinar a su alrededor a otros heresiarcas, Badaraco reuniría en sí varias características del desviante ideológico. La aparición de la hostilidad hacia toda crítica, el endurecimiento ideológico, el rechazo de la novedad, son mecanismos de defensa que dejan en evidencia a una organización esclerosada. En el caso de la FORA, no se trata tanto de una burocratización clásica, puesto que su finalidad (la instauración del comunismo anárquico) no había sido abandonada, sino que se estaría ante la fetichización de un modo de organización que, dado de una vez y para siempre, sería el garante del cumplimiento de los principios ideológicos que la guían. Lapassade resalta que en los sindicatos por oficios anarcosindicalistas del siglo XIX no se plantea el problema de la burocracia.⁶² La FORA de los años treinta resulta un caso extraño, porque si bien no se da aquí la famosa “ley de desplazamiento de los fines” formulada por Robert Michels, según la cual la organización se convierte en el fin los organizadores,⁶³ no están ausentes ciertos rasgos burocráticos tradicionales: la sanción con dureza a los desviados, la negativa a introducir cambios y la indiferencia ante las transformaciones históricas.

A pesar de las persistentes diferencias, había habido un breve acercamiento entre Badaraco y el grupo forista durante el Segundo Congreso Anarquista de 1932. Allí, Badaraco fue uno de los pocos en proclamarse a favor de que la FORA continuara siendo la única organización anarquista, en contra de la formación de la organización específica del anarquismo que proponían quienes después integrarán la FACA. Según Riera Díaz, esta postura de Badaraco era una concesión a los foristas: “La recomendación de reconstruir la FORA fue un engaño pichanga, una especie de transacción para no correr a los Huerta [representante de la FORA en el Congreso]”.⁶⁴ El único vínculo capaz de acercar las posiciones de espartaquistas y foristas era el carácter marcadamente obrerista de ambas organizaciones. Como señala Romano, Spartacus sostenía que “el anarquismo tenía su centro y su campo de acción mejor era el del movimiento obrero, que el anarquismo no podía distanciarse del movimiento obrero, que la propaganda anarquista independientemente del movimiento obrero era la de una elite de intelectualoides”.⁶⁵

3.5.1. EL DEBATE ALREDEDOR DEL MODO DE ORGANIZACIÓN SINDICAL

Las formas de la organización sindical era otro de los puntos fundamentales de discusión al interior del movimiento libertario. En acto audaz de innovación, Spartacus oponía a la tradicional postura forista de sindicatos por oficios la organización por rama de industria a la que se consideraba más acorde con el momento de desarrollo de las fuerzas productivas: “La expansión industrial irá paulatinamente transformando la faz gremial y lo que hasta hace algunos años constituía un oficio diferenciado (...) hoy o mañana engrosará un rodaje de producción más complejo. (...) la corporación, el oficio, el gremio no se bastan ya a sí mismos. El proletariado ha sido empujado a otras condiciones y abandona el viejo simplismo gremial”.⁶⁶ Tal como lo explica Varone la necesidad de adoptar un nuevo tipo de organización le eran impuestas al movimiento obrero por el desarrollo capitalista:

Los de Spartacus ya teníamos nuestras propias ideas sobre la necesidad de adecuar las viejas estructuras sindicales a las nuevas necesidades del desarrollo de la industria incipiente de nuestro país, lo que nos valió el mote de “industrialistas” por parte de los anarquistas ortodoxos de la FORA y la excomunicación. Propugnábamos el sindicato por rama de industria, en reemplazo del sindicato de oficio que dividía a los obreros de una misma industria, haciendo completamente ineficaz la organización, situación que en la práctica debía ser superada por las necesidades de hecho.⁶⁷

Basanta coincide:

[El accionar de los gremios anarquistas] no era otra cosa que la resistencia desesperada, nihilista, al avance del capitalismo en la Argentina y al consecuente replanteo del movimiento obrero a nivel industrial y nacional que propiciaban grupos avanzados del anarquismo junto a los militantes socialistas y comunistas del campo sindical.⁶⁸

La FORA había rechazado la organización por rama de industria en numerosas ocasiones. Emilio López Arango, uno de sus principales ideólogos, había afirmado en 1924: “Hablar de industrialismo entre nosotros es como pretender crear un órgano que no tiene función alguna que cumplir”.⁶⁹ Para la tendencia forista, el industrialismo traía consigo el peligro de un “centralismo autoritario” y un “funcionalismo burocrático”. La organización por rama de industria no era necesaria si los sindicatos estaban animados por un “espíritu solidario” que rigiera las relaciones entre los diferentes oficios de una industria. Con anterioridad a la existencia de Spartacus, esta defensa a ultranza del sindicato por oficio ya había sido criticada por antiguos hombres provenientes del riñón forista que empezaban a notar las modificaciones que el creciente proceso de industrialización provocaba en la sociedad argentina. Abad de Santillán solicitaba en 1933 la flexibilización de los férreos esquemas organizativos de la FORA: “No nos parece tampoco un feliz hallazgo el del cercenamiento del pacto del IV congreso en lo relativo a las federaciones de oficios afines, algo parecido

a lo que se denomina *organización por industria*. El pacto de solidaridad del IV Congreso respeta la organización por oficio, pero no obstruye, sino que recomienda la federación nacional de oficios y la asociación de oficios afines”.⁷⁰ En la época de publicación del libro de Abad de Santillán, los efectos de la política de sustitución de las importaciones comenzaban a verse de manera incipiente y el rechazo a ultranza de cualquier forma de organización de tipo industrialista se convertía en una caprichosa negación de la nueva forma que el capitalismo estaba adquiriendo en la sociedad argentina.

Para los espartaquistas, la confianza en el “espíritu solidario” se revelaba a todas luces insuficiente a la hora de organizar las luchas obreras y la dispersión de los sindicatos por oficio terminaba por conspirar contra la eficacia de las protestas. Si bien admitían que el industrialismo acarrearba la posibilidad de engendrar una clase burocrática, la organización de tipo federalista era el remedio propuesto para contrarrestar este peligro. En su proyecto de estatuto para la unificación de los gremios de la construcción, se establecía que el sindicato debía ser:

Una organización que asegure una democracia interna en sus diversas especialidades. Centralismo en su economía, pero de manera que cada especialidad pueda disponer de sus fondos sociales cada vez que lo estime necesario al planteamiento de su organización o de sus luchas, y facultades concernientes a su especialidad.⁷¹

A modo de reafirmación de una postura favorable a la creación de grandes federaciones obreras, en *Spartacus* son constantes los llamados a la unidad de aquellos trabajadores pertenecientes a la misma rama de la industria. Estas apelaciones se fundamentaban en un análisis que percibía que “la expansión industrial irá paulatinamente transformando la faz gremial y lo que hasta hace algunos años constituía un oficio diferenciado, con elementos capaces de presionar sindicalmente en una rama, hoy o mañana engrosará un rodaje de producción más complejo”.⁷² De la toma de conciencia de estas condiciones que provocaba el desarrollo del capitalismo dependía también en gran medida el triunfo del movimiento de ope-

sición al proyecto de monopolizar el transporte público. Tal como lo expresa la agrupación en un panfleto: “es preciso unir a todos los obreros del automotor en un vasto y poderoso Sindicato Único, expresión unitaria, básica e indispensable para ir a la creación de una real y combativa Federación Local del Transporte”.⁷³

Frente al forismo, que sostenía que la adaptación a la nueva realidad industrial era funcional a los intereses capitalistas, Spartacus consideraba que, para no frustrar las luchas obreras, se hacía imperativo contestar a la reconfiguración del capital en grandes empresas, con un movimiento similar al nivel de los sindicatos. En esta lectura del proceso industrializador se admitía que el movimiento obrero no elige las condiciones en que se libran sus batallas, sino que éstas le son impuestas. Lejos de implicar necesariamente una defeción de los principios libertarios, la organización por rama de industria se mostraba acorde con el desarrollo de las fuerzas productivas y era conciliable con los principios de funcionamiento democráticos de las organizaciones ácratas. La renovación de las estructuras sindicales posibilitaría el fortalecimiento del movimiento obrero por la creación de poderosos gremios de masas. En un intento de modificar el rumbo de la FORA, ante la resistencia de la central anarquista de participar en los movimientos huelguísticos que empezaban a gestarse, Spartacus hacía una velada advertencia a sus militantes:

Es posible que aun haya hoy trabajadores que (...) tomen por buenas fórmulas que los llevaron a chocar contra la pared (...) Nadie volvería contra ellos una acusación. Pero sí cabe advertir y señalar a su pasividad, en la sensación de amargura e impotencia que los domina, causas extrañas a ellos mismos, que culminan en la insolidaridad y anuncian el desastre en sus propias filas.⁷⁴

El consejo no tuvo ningún efecto en la postura de la FORA con respecto al movimiento de los obreros de la construcción. Confirmando el presagio espartaquista, el sindicato anarquista de albañiles no sólo no participó de la huelga, sino que hizo todo cuanto estuvo a su alcance para sabotearla.

3.5.2. EL LUGAR DEL ANARQUISMO EN EL MOVIMIENTO OBRERO

A partir de la huelga general del 7 y 8 de enero de 1936, en la que la FORA se negó a participar, se produce un viraje en una agudización de la brecha entre ambas organizaciones. La modificación puede apreciarse especialmente en el número ocho de *Spartacus*. Publicada en mayo de 1937, la edición estaba dedicada en gran parte a analizar la cuestión de las alianzas obreras. La defección de la FORA en aquel importante capítulo de las luchas obreras la había hecho perder su posición de privilegio para ubicarla en un plano de igualdad con el resto del sindicalismo:

Los trabajadores de la FORA, de la CGT, de los sindicatos autónomos, sobre un pie recíproco pueden convivir para la lucha y la defensa. ¡Que cada sindicato exija de su central, de la CGT, de la FORA, de las federaciones autónomas, el abandono de la comodidad teórica, de la pasividad o de la cobardía!⁷⁵

Abandonado todo discurso elíptico, ahora la acusación era directa: la FORA estaba reproduciendo los mismos vicios burocráticos que las centrales obreras socialista y sindicalista. El cambio de postura se hace mucho más evidente cuando se analizan los artículos de aquel número relacionados con el movimiento contra el monopolio del transporte. La FORA ya no era llamada a asumir la conducción de la lucha, sino que ésta debía quedar en manos de una Alianza Sindical Obrera. Las “camarillas” que habían “precipitado la descomposición del movimiento forista” eran acusadas de oponerse, junto con la burocracia sindical de La Fraternidad y la Unión Ferroviaria, a la formación de un movimiento de unidad de los trabajadores que impulsara las reivindicaciones de cada rama del transporte. A pesar de las diferencias ideológicas que pudieran existir entre ellas, Spartacus interpretaba que todas las centrales sindicales habían actuado de manera similar: rechazando y oponiendo todo tipo obstáculos a las demandas de unidad antimonopólica de las bases.

Un pequeño suelto de Errico Malatesta con tipografía des-

tacada da la pauta de cuál era la posición que habían tomado los espartaquistas sobre las relaciones entre el anarquismo y el movimiento obrero:

La verdadera Internacional de los Trabajadores debería unir a todos los trabajadores que tienen conciencia de clase (...)

En esta Internacional de los Trabajadores podíamos unirnos todos, anarquistas, socialistas, sindicalistas, sin que ninguno renuncie a sus propios fines y a sus propios métodos. En ella cada uno encontrará un campo para su propia propaganda; todos encontraremos una palanca potente para impulsar a las masas a la lucha definitiva.

Por ahora esperamos.⁷⁶

El artículo es significativo porque remite al debate del anarquista italiano con López Arango y Abad de Santillán a mediados de la década de 1920. Para los principales referentes del forismo, las organizaciones obreras debían tener como finalidad explícita el comunismo anárquico. Esto implicaba excluir de los gremios a las otras tendencias ideológicas. “Nosotros no queremos ser dominados mentalmente por el sindicato; queremos dominar el sindicato”,⁷⁷ afirmaban Abad de Santillán y López Arango. La posición de Malatesta, en cambio, no sólo era favorable a la convivencia con otras tendencias, sino que rechazaba los intentos por imponerle al movimiento obrero una explícita finalidad anarquista: “Para mí, los anarquistas no deben querer que los sindicatos sean anarquistas, sino que deben actuar en su seno a favor de los objetivos anarquistas”.⁷⁸ El principal objetivo del movimiento obrero, según el propagandista italiano, era unir a los trabajadores que quisieran modificar sus condiciones de vida, aglutinarlos en organizaciones masivas. En el interior de los gremios, los anarquistas debían convivir con sus rivales ideológicos al mismo tiempo que tenían que llevar adelante acciones para contrarrestar las tendencias reformistas intrínsecas a toda organización sindical y, en lo posible, orientarlas hacia la acción revolucionaria. Abad de Santillán y López Arango creían, en cambio, que el reformismo sindical era producto de las desviaciones introducidas en los gremios por aquellas tendencias no anarquistas y sostenían la

necesidad de crear “tantos movimientos obreros como tendencias dividen al proletariado”:

Cuando nosotros luchamos por la orientación anarquista del movimiento obrero, no lo hacemos en la convicción de imponer un credo político o social a una masa mayor o menor de trabajadores, sino que queremos que esos trabajadores no sean desviados de su objetivo, la conquista de la libertad.⁷⁹

Se debe considerar que los contextos en que fueron escritos los artículos difieren notablemente. López Arango y Abad de Santillán eran parte de una central sindical anarquista que, más allá de su declive, mantenía un importante peso político; mientras que en Italia los ácratas eran un grupo reducido que no podía aspirar a controlar el movimiento obrero. Puede deducirse de la adopción por parte de Spartacus de la tesis de Malatesta que el grupo consideraba que la situación del anarquismo en la Argentina de los años '30 era en gran medida análoga a la de los libertarios peninsulares de la década del '20 y que ya no era posible que el anarquismo ocupara la posición hegemónica que supo tener en el movimiento obrero. Se hacía imperativo, entonces, replantear las relaciones con las otras facciones existentes al interior del movimiento obrero y abandonar, para no perder gravitación entre la masa proletaria, todo rasgo de sectarismo que condenaba al anarquismo a un aislamiento cada vez mayor.

En este sentido, Spartacus rescataba como ejemplar la experiencia de la central anarcosindicalista chilena que intentaba consensuar la unidad del movimiento sin abandonar los objetivos revolucionarios. La finalidad propuesta por la CGT chilena para la alianza sindical con la Confederación de Trabajadores de Chile no era el comunismo anárquico, sino “la socialización de la tierra, de las industrias y en general de todos los medios de producción”.⁸⁰ Se trata, sin duda, de un objetivo mucho más amplio que abandona la pretensión de imponerle al movimiento obrero la adhesión explícita a una ideología en particular. Al estilo de lo que reclamaba Malatesta, a la finalidad propuesta por la CGT, por su generalidad, podía adherirse desde las diversas tendencias de izquierda. Spartacus, por su

parte, hacia algo semejante a la central anarquista trasandina al reivindicar como propia la declaración de la FOSC que impulsaba “la instauración de una sociedad basada en la propiedad colectiva de los medios de producción y de cambio”.⁸¹

La muestra más destacada de la ruptura con la FORA es el artículo que Badaraco escribe antes de partir para España. El texto era la respuesta a una nota de *La Voz del Chauffeur*, el órgano de la Unión Chauffeurs adherido a la FORA, y era de una dureza inédita en los adjetivos utilizados. Lejos del espíritu conciliador que había caracterizado a sus escritos sobre la central anarquista, Badaraco califica a los dirigentes foristas de “enemigos de baja estofa”, “escoria del movimiento obrero”, “miserables sectarios” y los acusa nuevamente de ser los responsables de la debacle del movimiento libertario. A pesar de todo, Badaraco era optimista y confesaba viajar a España con la confianza de que estos dirigentes serían apartados del medio por la lucha misma.⁸²

Para no entrar en contradicción con su discurso antiinstitucional, Spartacus necesitaba moverse principalmente al interior de los escasos espacios no institucionalizados que quedaban dentro del movimiento obrero. Fue por esta razón que la FORA, que carecía de todo reconocimiento legal, era tan importante en los comienzos del grupo. Varias de las principales figuras de Spartacus militaron en gremios pertenecientes a la central anarquista y lucharon en su interior para imponer sus ideas. Hacia la época de publicación del artículo de Badaraco, las actas de las reuniones del grupo registran reiteradas quejas acerca de la dificultad de realizar propaganda dentro de los gremios foristas.

Es posible leer, a través de los años, un corrimiento en la estrategia de Spartacus. A medida que crecía la hostilidad de los dirigentes foristas, el grupo dejó de interesarse por la vieja central ácrata, que continuaba declinando y había demostrado su voluntad de no modificar su concepción del anarquismo. En su lugar, se desplazó el interés a los nuevos sindicatos, un movimiento que crecía vertiginosamente y al que se le había prestado atención desde un principio. Estos sindicatos –gremios formados o reformados a partir de mediados de la década del '30: la FONC y la UOT, principalmente– emergen como nuevos

ámbitos que no eran reconocidos ni política ni jurídicamente por el Estado y por lo tanto servían de perfecto sustituto de la FORA como espacios desde los que se podía desarrollar una lucha antiinstitucional. Con la ventaja de que uno solo de ellos, el de la construcción, reunía más afiliados que la totalidad de la central anarquista. Al interior de estos gremios, Spartacus tuvo, como parte de su lucha contra la institucionalización del movimiento obrero, serias disputas con los comunistas que propiciaban el reconocimiento legal de los sindicatos y el arbitraje estatal en los conflictos entre capital y trabajo.

En su voluntad de transformación del movimiento libertario, Spartacus deseaba que el anarquismo no se fosilizara para terminar convirtiéndose en una ideología en el sentido más peyorativo: un sistema de ideas que sirve más para ocultar una realidad que para develarla. Para el grupo, lo hechos demostraban que el modelo del sindicato por oficio estaba en quiebra y era necesario modificar las estructuras obreras organizando a los trabajadores por rama de industria. En 1962, a 23 años de su desaparición, Spartacus obtiene lo que podría considerarse una victoria póstuma: la FORA sostiene en su Reunión Regional la posibilidad de “ampliar el sistema orgánico de sindicatos por oficio, admitiendo la formación de organizaciones por industria, en el orden local o en el orden regional”.⁸³ Pero ya era demasiado tarde para conseguir el renacimiento del movimiento libertario.

NOTAS

- ¹ René Lourau. “El fuego de la hornalla”, reportaje de Silvia Chejter en *El ojo mocho*, N° 2, invierno de 1992, Bs. As., pág. 32.
- ² R. Lourau. *El análisis institucional*, Bs. As., Amorrortu, 1988, pág. 82.
- ³ R. Lourau. *Libertad de movimientos*, Bs. As., Eudeba, 2000, pág. 118.
- ⁴ R. Lourau. “Instituido, instituyente, contrainstitucional”, en Ferrer, Christian (comp.), *El lenguaje libertario*, Montevideo, Nordan-Comunidad, 1991, pág. 36.
- ⁵ Joaquín Basanta, “Nota enviada a un homenaje a Horacio Badaraco”, mimeo.
- ⁶ El distanciamiento con este sector no impidió que alguno de los primeros números de *Spartacus* se incluyera el fragmento de un “cartel” de González Pacheco sobre Florencio Sánchez.

- ⁷ N. Iñigo Carrera. *op. cit.*, pág. 109.
- ⁸ Arthur Koestler. *Espartaco*, Barcelona, Altaya, 1996, pág. 341.
- ⁹ Karl Liebknecht. “A pesar de todo”, en Rosa Luxemburg y K. Liebknecht, *La comuna de Berlín*, México, Grijalbo, 1971, pág. 83.
- ¹⁰ Rodolfo González Pacheco. *Carteles*, vol. 2, Bs. As., Americalee, 1956, pág. 10.
- ¹¹ Desde la década del '10, la vida del gladiador romano contaba con una versión fílmica que fue exhibida con gran suceso en círculos socialistas. Véase Dora Barrancos. “El proyecto de ‘extensión universitaria’ en la Argentina: el movimiento obrero entre 1909 y 1918”, en María del Carmen Arnaiz (comp.). *Movimientos sociales en la Argentina, Brasil y Chile*, Bs. As., Biblos, 1995.
- ¹² “A los obreros del transporte” panfleto de la Fracción Obrera Spartacus del Transporte Automotor.
- ¹³ J. Basanta, *op. cit.*, mimeo.
- ¹⁴ *El Albañil*, 3ª época, N° 2, 1/5/36, citado en Iñigo Carrera, *op. cit.*, pág. 235.
- ¹⁵ “San Fernando y Tigre proletarios”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.
- ¹⁶ Juan Suriano. *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*, Bs. As., Manantial, 2000, pág. 272.
- ¹⁷ “El deber del momento: objetivos precisos”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- ¹⁸ Horacio Badaraco. “Una hora decisiva para los trabajadores”, en *Claridad*, abril de 1936.
- ¹⁹ *Ibid.*
- ²⁰ *Ibid.*
- ²¹ “El deber del momento: objetivos precisos”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- ²² “Partidos de la burguesía y fuerzas del proletariado. Una posición permanente del proletariado”, en *Spartacus*, N° 10, 10/9/1937.
- ²³ “Actos de guerra del Poder Ejecutivo”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.
- ²⁴ “El imperialismo quiere la guerra continental. La realidad del pacifismo burgués”. En *Spartacus*, N° 10, septiembre de 1937.
- ²⁵ “¡Basta de ‘Unión sagrada’! Declaración de los Sindicatos de la Construcción”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- ²⁶ “Como en fortaleza sitiada”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938.
- ²⁷ P. Vuotto. *op. cit.*, pág. 97.
- ²⁸ “Otra vez bajo la asociación ilícita”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- ²⁹ Sin título, en *Spartacus*, N° 8, 1/5/1937.
- ³⁰ “La Junta Ejecutiva expresa sus opiniones sobre la situación actual y aboga por la independencia del movimiento obrero”, en *Boletín de la CGT*, N° 24, 25/11/1933. Citado en R. Reinoso, *op. cit.*, pág. 68.
- ³¹ Suelto, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.
- ³² “¿Qué hay detrás de Justo?”, en *Spartacus*, N° 8, 1/5/1937. A los ataques contra el movimiento obrero hay que sumarles una seguidilla de asesinatos políticos contra opositores al régimen: el mayor Regino Lezcano, en 1932; el diputado socialista cordobés José Guevara en 1933 y, el más resonante de todos, el asesinato del senador electo Enzo Bordabehere en el recinto del Senado el 23 de julio de 1935.

- ³³ “Spartacus denuncia el tratado de Londres. Bajo qué presión se firmó el pacto Roca-Runciman”, en *Spartacus*, N° 6 noviembre de 1935.
- ³⁴ “Partidos de la burguesía y fuerzas del proletariado. Una posición permanente de la clase obrera”, en *Spartacus*, N° 10, 10/9/1937.
- ³⁵ “El deber del momento: objetivos precisos”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- ³⁶ H. Matsushita. *op. cit.*, pág. 190.
- ³⁷ “El nudo corredizo tendido en la garganta de obreros y campesinos”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.
- ³⁸ “Luchas y tareas de la FORA en la organización de los trabajadores del transporte urbano”, en *Spartacus*, N° 5, 1/5/1935
- ³⁹ “¿Qué hay detrás de Justo?”, en *Spartacus*, N° 8, 1/5/1937.
- ⁴⁰ “El nudo corredizo tendido en la garganta de obreros y campesinos”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.
- ⁴¹ “La economía en manos de obreros y campesinos. Cómo funciona la colectividad catalana del plomo”, en *Spartacus*, N° 8, 1/5/1937.
- ⁴² Jean Andreu, Maurice Fraysse y Eva Golluscio de Montoya. *Anarkos. Literaturas libertarias de América del Sur 1900*, Bs. As., Corregidor, 1990.
- ⁴³ N. Iñigo Carrera. *op. cit.*, pág. 113.
- ⁴⁴ H. Badaraco. “Una hora decisiva para los trabajadores” en *Claridad*, abril de 1936.
- ⁴⁵ N. Iñigo Carrera. *op. cit.*, pág. 113.
- ⁴⁶ *Ibid.*
- ⁴⁷ “Denuncias: obreras, campesinas, políticas, económicas”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1934.
- ⁴⁸ “Nuestra palabra a los trabajadores de los garages y los obreros del transporte”, panfleto de la Fracción Spartacus de Lavadores de Autos. Sin fecha.
- ⁴⁹ H. Badaraco. “Una hora decisiva para los trabajadores” en *Claridad*, abril de 1936.
- ⁵⁰ Véase Hugo Del Campo. *El “sindicalismo revolucionario” (1905-1945)*, Bs. As., CEAL, 1986.
- ⁵¹ Horacio Badaraco. “Unas palabra finales a los camaradas”, en *Spartacus*, N° 8, 1/5/1937.
- ⁵² “Nada nos iguala, todos nos separa: nuestra ciudad no es la de ellos”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.
- ⁵³ “La gran huelga”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- ⁵⁴ “Los piquetes”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- ⁵⁵ *Ibid.*
- ⁵⁶ “¿Dos anarquismos?”, en *Organización Obrera*, año II (nueva época), N° 12, 1° de julio de 1934, pág. 1.
- ⁵⁷ Laureano Riera Díaz. *Memorias de un luchador social*, vol. 2, Bs. As., edición del autor, 1981, pág. 179.
- ⁵⁸ “La F.O.R.A. en la preparación de nuevos grandes combates de nuestro proletariado”, en *Spartacus*, N° 4, 15/ 4/ 1935.
- ⁵⁹ “Luchas y tareas de la FORA en la organización de los trabajadores del transporte urbano”, en *Spartacus* N° 5, 1/5/1935.
- ⁶⁰ *La Protesta*, 22/9/1928, citado en H. Matsushita, *op. cit.*, pág. 42.
- ⁶¹ N. Iñigo Carrera. *op. cit.*, pág. 142.

- ⁶² G. Lapassade, *op. cit.*, pág. 43.
- ⁶³ Robert Michel. *Los partidos políticos*, Bs. As., Amorrortu, 1969.
- ⁶⁴ L. Riera Díaz. *op. cit.*, pág. 179.
- ⁶⁵ N. Iñigo Carrera. *op. cit.*, pág. 112.
- ⁶⁶ “¿Qué es el pacto obrero? Una posición para el proletariado”, en *Spartacus*, N° 5, 1/5/1935.
- ⁶⁷ Domingo Varone. *op. cit.*, pág. 131.
- ⁶⁸ Joaquín Basanta. *Apuntes para una autobiografía*, mimeo.
- ⁶⁹ Emilio López Arango. “La manía innovadora”, en A. López. *op. cit.* vol. 2, pág. 203.
- ⁷⁰ Diego Abad de Santillán. *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario*, Bs. As., Nervio, 1933, pág. 306. La cursiva no se encuentra en el original (J. B.).
- ⁷¹ “Los obreros de la construcción en un debate de trascendencia”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938.
- ⁷² “¿Qué es el pacto obrero? Una posición para el proletariado”, en *Spartacus*, N° 5, 1/5/1935.
- ⁷³ “A los obreros del transporte”, panfleto de la Fracción Obrera Spartacus del Transporte Automotor.
- ⁷⁴ “Contra las fórmulas de la derrota”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- ⁷⁵ Suelto en *Spartacus*, N° 8, 1°/5/1937.
- ⁷⁶ “La Internacional de los Trabajadores”, en *Spartacus*, N° 8, 1°/5/1937.
- ⁷⁷ Diego Abad de Santillán y Emilio López Arango. *El anarquismo en el movimiento obrero*, Cosmos, Barcelona, 1925, pág. 63.
- ⁷⁸ Citado en Vernon Richards. *Malatesta, vida e ideas*, Barcelona, Tusquets, pág. 177. Publicado originalmente el 16 de abril de 1925 en *Pensiero e Volontá*.
- ⁷⁹ Diego Abad de Santillán. “El movimiento obrero puro”, en *El anarquismo y la revolución en España. Escritos 1930/38*, Madrid, Ayuso, 1977, pág. 25. Originalmente publicado en *El Productor*, Barcelona, N° 13, 29/1/1926.
- ⁸⁰ “Objetivos y bases de la alianza propuesta por la C.G.T., anarcosindicalista, a la C.T.Ch., nueva ‘central única’”, en *Spartacus*, N° 8, 1°/5/1937.
- ⁸¹ “Los obreros de la construcción ante un debate de trascendencia”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938.
- ⁸² H. Badaraco. “Unas palabras finales a los camaradas”, *Spartacus*, N° 8, 1°/5/1937.
- ⁸³ A. López, *op. cit.*, vol. 2, pág. 153.

4. EL MOVIMIENTO OBRERO

4.1. LA ACCIÓN SINDICAL

La concepción de la acción sindical que postulaba Spartacus no se diferenciaba demasiado en sus principios de la tradicional acción directa de cuño anarquista que ponía el énfasis en la adquisición de mejoras mediante la confrontación antes que el recurso a la negociación. Basanta describe de esta manera la forma en que los gremios anarquistas hacían valer sus reclamos:

[La acción directa] Consistía en –una vez presentados los pliegos anuales de condiciones de trabajo– atacar con sabotajes y asaltos las instalaciones y empresas de los miembros más desatcados de la patronal hasta que se rendían, lo que ocurría pronto. De ese modo singular, obteníamos salarios y contratos de trabajo privilegiados con relación al resto de la clase obrera.¹

Los sabotajes y atentados no eran en realidad la principal actividad, sino el complemento de las medidas de fuerza. Spartacus mantenía la concepción anarquista para la cual la huelga general era la herramienta primordial del proletariado revolucionario. Pero advertía que este instrumento quedaba desarmado de su potencia si no estaba puesto al servicio de un proyecto de emancipación: “tampoco creemos bastarían las amenazas de huelga general, si ésta no estableciera para la mayoría un programa claro de confluencia en la lucha”.² Si bien nunca criticaron a quienes las practicaban y hasta podían justificarlos y defenderlos enérgicamente, los espartaquistas no alentaban las expropiaciones por considerarlas contraproducentes. De acuerdo con el testimonio de Basanta, en una ocasión Badaraco le dio a un grupo de militantes las siguientes instrucciones para la realización de actividades clandestinas:

Queremos un trabajo prolongado continuo y efectivo de acción y sabotajes. No nos interesan acciones espectaculares o

heroicas, sino un golpe sistemático a los intereses monopolistas ingleses. (...) Un trabajo que en ningún caso sustituya al movimiento de masas, que en lugar de suplantarle se subordine a sus necesidades políticas. (...) Los medios serán aportados por el movimiento obrero popular, por lo que no será necesario recurrir a las expropiaciones.³

Manteniendo una postura típica del anarquismo, se profesaba una profunda aversión por la intromisión del Estado en los conflictos entre el capital y el trabajo. Este rechazo se fundamentaba en la desconfianza ácrata a que el Estado, custodio fiel de los intereses capitalistas, pudiera constituirse en un árbitro imparcial que regulara las relaciones entre obreros y patronos. Por esta y otras razones, cualquier proyecto que implicara el menor grado de institucionalización era condenado por el grupo. El argumento indicaba que todo intento por legislar la actividad del movimiento obrero, al generar un compromiso con lo instituido, era necesariamente coercitivo y pernicioso para su libertad de acción. En su crítica a un proyecto de ley del diputado socialista y dirigente del gremio municipal, Francisco Pérez Leirós, queda en evidencia cuál era la interpretación que se le daba a la legislación gremial:

[el objetivo del proyecto] es de limitar los propósitos y fines de las organizaciones sindicales obreras a los intereses, conveniencias del capital privado; en la intervención activa del Estado como en las demás disposiciones del referido proyecto, propósito fundamental es el mismo: anular el movimiento obrero en su acción independiente de clase.⁴

En el mismo sentido era catalogado el proyecto de los comunistas para el sindicato único de la construcción. La aceptación de la legislación vigente promovida por la mayoría del gremio, que incluía el pedido de reconocimiento estatal mediante la personería jurídica, desviaba de sus fines a la organización convirtiéndola en una entidad de defensa de los intereses corporativos de los trabajadores, a la vez que socavaba la legitimidad de su principal arma, la huelga:

Todos los articulados del Proyecto se afirman en a) "El respeto a las leyes vigentes del trabajo y bregar por otras que contemplen las necesidades de los trabajadores de la industria". De ahí hay un paso a las huelgas ilegales porque los obreros, cansados de esperar la aplicación de las "leyes del trabajo", no encuentran otra salida que apelar a un derecho que hoy niegan todos los gobiernos capitalistas.⁵

Otro de los puntos que más irritaba a los anarquistas era el que se refería a la instauración de una comisión paritaria integrada por representantes patronales, del sindicato y la Dirección Nacional del Trabajo, que había sido calificada anteriormente por el grupo como una "institución de tipo capitalista gubernamental". Rechazar los proyectos que promovían su institucionalización le permitía al movimiento obrero contrarrestar las tendencias que lo impulsaban a acercarse a la esfera estatal y a una pérdida consiguiente de capacidad instituyente. En este sentido, el mantenimiento de su autonomía frente a las tácticas de los partidos y el Estado para someterlo a su influencia era uno de los puntos vitales sobre los que hacía hincapié la propaganda del grupo: "Las organizaciones obreras deben mantener su independencia como organizaciones de clase, o pasarán a ser simples dependencias del Estado capitalista".⁶ Al impulsar un proyecto que contemplaba la institucionalización en los gremios de la construcción, los comunistas jugaban con fuego al permitir la injerencia del Estado en las organizaciones obreras: "el reconocimiento de 'la personería jurídica' (...) establece normas legales que obligan a las organizaciones obreras que la adoptan a someterse a sus disposiciones".⁷ De esta manera, se le abría las puertas al Estado para que pudiera establecer que era legal respecto del movimiento obrero y descargar luego sobre él, amparado ahora también por el derecho, todo el peso de su aparato represivo.

4.2. LA BUROCRATIZACIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO

De acuerdo con el análisis de Spartacus, el movimiento obrero se hallaba en una difícil encrucijada. De un lado, existían

fuerzas que tendían a burocratizarlo. Por el otro, estaba el riesgo para las organizaciones más combativas de caer en lo que se denominaba “clandestinismo”. Este último peligro era un terreno desventajoso para la lucha obrera porque reducía a los gremios “a pequeños núcleos divididos entre sí, y desvinculados de la mayoría de los trabajadores que se ven así forzados a recurrir a las soluciones ofrecidas por el reformismo estéril y el colaboracionismo patronal”.⁸ Por ello, se advertía: “es preciso que los trabajadores estén alerta y rechacen, en la medida que en que ofrezcan un cuadro de reducción o desmoralización, todas aquellas tendencias al clandestinismo previo, la ilegalidad, etc.”.⁹ El clandestinismo era el principal problema que debían afrontar los sindicatos anarquistas que, declarados ilegales, eran recurrentemente perseguidos bajo la acusación de asociación ilícita. Por el imperio del secreto, la imposibilidad de la discusión pública y la falta de contralor para las decisiones tomadas, la vida clandestina tenía funestos efectos para los sindicatos. Dentro de los gremios anarquistas, en los cuales se había constituido una fracción espartaquista, el grupo abogaba por la apertura a la vida pública. Así sucedió entre los Lavadores de Autos, que aprobaron por mayoría que la organización saliera a “la luz del día”: “la resolución de vida y asambleas públicas (...) significa enfrentar y dar fin a un modo de represión en uno de sus aspectos más opresivos y hábilmente tramados para asfixiar y reducir al movimiento obrero”.¹⁰ Resultaba vital, entonces, que para contrarrestar esta tendencia uno de los objetivos de cada lucha fuera el mantenimiento de los derechos políticos conquistados por los trabajadores: derecho a organizarse, a la propaganda política, a la huelga, derecho de reunión, etc. Spartacus intentaba de esta manera aprovechar una coyuntura política favorable para dotar de nuevos bríos a la actividad del movimiento obrero.

En los mayores méritos del grupo está el haber sido un pionero en el análisis de la burocracia sindical. Antes de mediados de los '30, las acusaciones contra la CGT, provenientes de distintos flancos, daban cuenta de la aparición de una incipiente clase burocrática. Sin embargo, lo que prevalecía era el apóstrofe antes que el análisis del fenómeno. El estudio de las estructuras de las capas dirigentes de los sindicatos lleva a la con-

clusión que en esta década empiezan a cumplirse algunas de las condiciones que llevan a la constitución de una clase burocrática. Es decir, que se realiza el paso de la división técnica a la división social del trabajo; que da como resultado el “ejercicio únicamente por los funcionarios de las tareas de dirección, innovación y regulación del trabajo, y no ya por el conjunto de la comunidad”.¹¹ La defensa de la central obrera apuntaba a dejar en claro que sus dirigentes eran “hombres de trabajo” que “casi en su totalidad viven del jornal del taller, de la oficina o de otra actividad igualmente honorable. Los menos están al servicio de la organización y por ello retribuidos”.¹²

Los espartaquistas se encargaron de focalizar tempranamente el fenómeno, realizando una severa crítica de las tendencias burocratizantes. Como ya se ha visto, el grupo sostenía que la verdadera divisoria de aguas en el movimiento obrero no pasaba por la adhesión a algún principio abstracto, sino por la participación en las luchas obreras. La burocracia, que no era característica de una de las corrientes sindicales sino de todas ellas, promovía la desactivación de estas luchas porque ponían en riesgo su propia existencia. En este sentido, la división de la CGT en diciembre de 1935 era interpretada como un acto de sabotaje burocrático:

Los trabajadores pueden documentar cómo las direcciones hoy opuestas de ambas CGT estaban estrechamente unidas contra una salida anticapitalista. En 1935, cuando el movimiento obrero se resolvía sobre la lucha, una faz progresiva con la construcción y ferroviarios y su inevitable vínculo final, se proyectó como un elemento de desmoralización la imprevista escisión cegetista, en la que podemos advertir una hábil maniobra del gobierno y las empresas imperialistas.¹³

Allí donde las facciones implicadas veían una lucha entre principios opuestos, Spartacus sólo observaba un conflicto entre fracciones burocráticas que más allá de los matices compartían un mismo objetivo: la obturación de cualquier salida anticapitalista. Por esta razón, “ni la central única, ni las existentes, comprobada su quiebra ante el más mínimo de los actos de lucha de nuestro proletariado, ni los equipos burocráticos

actuales, sean socialdemócratas y comunistas unificados en la CGT, sean sindicalistas que intentan sobrevivirse dan respuesta a las demandas de fondo planteadas”. El aumento de la combatividad y el surgimiento de organizaciones que escapaban a su control implicaban un reto para la burocracia. Su misión era poner freno a toda costa al proceso de ascenso del movimiento huelguístico fomentando las divisiones, desarticulando y aislando las luchas y, sobre todo, transformando las organizaciones en ámbitos de confiscación de la capacidad instituyente del proletariado: “Organizaciones que alentaron la esperanza han devenido, en el curso del tiempo, en diques de contención de sus aspiraciones y centro de luchas intestinas en una mezquina y repugnante disputa burocrática”¹⁴. Spartacus, por su parte, impulsaba la constitución de organizaciones que escaparan a la lógica de la burocratización mediante el ejercicio de una amplia democracia obrera nacida al calor de las luchas. Por ello, para los espartaquistas lo que necesitaba el movimiento obrero no era “una formación burocrática, de comités extraños al contenido real de la lucha obrera, sino un verdadero frente común, una viva democracia proletaria para todo momento”.¹⁵

Uno de los mayores aportes al esclarecimiento del fenómeno burocrático fue el establecimiento de una distinción al nivel de las bases del movimiento obrero entre dos tipos de subjetividades opuestas: el combatiente y el cotizante. Este último, cuyo rasgo más distintivo estaba constituido por su pasividad, era el producto de la institucionalización entre los militantes sindicales. De acuerdo con la caracterización de Rosa Luxemburg, retomada por Spartacus: “con la psicología de un sindicalista que no está dispuesto a holgar sino cuando está seguro anticipadamente de un subsidio fijado con precisión en el caso de que sea despedido no se puede hacer revolución ni huelga de masas”.¹⁶ Este tipo de subjetividad política constituía la contracara y el sostén sin el cual la clase burocrática no podía existir. Lejos de la demagogia que habitualmente sólo se ha ocupado de resaltar “la traición de la burocracia”, el grupo se encargó de destacar la emergencia de este tipo de subjetividad entre los trabajadores de ciertos gremios, que como los ferroviarios, alentaban el corporativismo sindical.

Spartacus identificó claramente uno de los rasgos principa-

les de la burocratización sindical: la realización de lo que Michels denomina la *ley de desplazamiento de los fines*. En el caso de la CGT este proceso podía advertirse con claridad y se volvía difícil ocultarlo. Al rechazar las acusaciones de burocratización, el periódico CGT incurre en una especie de *lapsus* que da por tierra con toda la argumentación previa: “la CGT no está al servicio de los intereses partidarios (...). *Está al servicio de sí misma y nada más*, que es lo mismo que decir que no se moverá más que para defender los intereses de los trabajadores que la constituyen”.¹⁷ Aquello que desde la principal central obrera se definía como el interés de la clase trabajadora ya no contemplaba la emancipación del régimen salarial, como sostenían las organizaciones de antaño, sino que era mucho modesto: “la CGT se ha impuesto a sí misma la misión de luchar sin descanso por la elevación de la economía, de la educación y de las condiciones de trabajo y salarios del proletariado del país”.¹⁸ A este tipo de actividad gremial Spartacus le daba el nombre de “corporativismo sindical, mejorativista y neutro” y distinguía como su principal rasgo la anulación de su función de instrumento al servicio de la liberación de la clase obrera. La propia central sindical mayoritaria reconocía sin tapujos el cumplimiento de la ley de desplazamiento de los fines y la consecuente primacía de la organización por encima de los principios. Aunque, lejos de considerarlo un síntoma de la burocratización, veía en este proceso un ejemplo de la madurez de las organizaciones obreras: “Perder lo material por ir detrás de los ‘principios’ es una táctica suicida de la que huyen las organizaciones que tienen una noción cabal de las realidades contemporáneas”.¹⁹ Otro de los puntos esenciales del problema burocrático es que las decisiones de lucha se toman en aparatos que escapan al control de quienes han elegido. En un acto de brutal sinceramiento y refugiándose en el pretexto de que, en realidad, aquello que se denunciaba como burocracia no era sino “la minoría interesada en la buena marcha de la organización”, la CGT admitía de buena gana que las iniciativas no partían de sus bases sino de las cúpulas dirigentes.²⁰

Respecto de la burocratización, los espartaquistas llegaron a conclusiones análogas a las que décadas después arribó “Socialisme ou Barbarie”. Para el grupo francés, la burocracia

tización no se producía a causa de los defectos estructurales de las organizaciones, de una “concepción errónea” o algún maleficio que se ha posado en ellas, sino que el establecimiento de una relación de dirigente a ejecutante “significa que el proletariado ha aceptado que se instaure en su interior una relación capitalista”.²¹ En la perspectiva de Spartacus, el movimiento obrero al ceder su autonomía en un proceso de institucionalización producía grietas en las organizaciones por las cuales ingresaba un fenómeno de desviación identificado como “la infiltración capitalista”, cuyo propósito era someterlas a los intereses de la burguesía. La corrupción en las cúpulas no era concebida como la tendencia intrínseca de todo tipo de organización, sino un síntoma de que “el capitalismo ha hecho de modo proficuo su labor de disolución y captación de los sectores dirigentes del campo sindical”.²² De este análisis, se desprende como conclusión que los burócratas no se habían transformado en instrumentos del capitalismo porque eran corruptos, sino que era a la inversa. La “traición” de la burocracia sindical no sería completamente tal, sino que su accionar correspondería a ciertas demandas del sector más institucionalizado de la clase obrera. Esta concepción, entonces, es similar a la que décadas después va a sostener Castoriadis cuando afirmaba: “Nadie puede traicionar mucho tiempo a quienes no quieren ser traicionados y hacen lo necesario para no serlo”.

Cualquier tipo de transformación del movimiento obrero, en dirección a una mayor democratización y combatividad, tenía que tomar en cuenta una necesaria modificación que lidiara con el tipo de subjetividad del cotizante:

La actuación pública, las asambleas sindicales, los locales abiertos, el derecho de organización y de huelga, el vencimiento de la reacción judicial, sólo será posible cuando los cuadros del movimiento obrero, con su programa de lucha, enrolen no sólo contingentes de cotizantes pasivos, sino los más elementales que agitan y colocan frente al capitalismo a sectores cada vez más numerosos del proletariado.²³

La transformación del movimiento obrero implicaba una acción tendiente a superar los obstáculos impuestos por las di-

recciones burocráticas, pero esta actividad se revelaba inútil sin una contrapartida a nivel de las bases que se propusiera modificar la pasividad del cotizante. Por esta razón, Badaraco señalaba la necesidad de “sustituir el andamiaje burocrático por el método revolucionario, los cotizantes por los combatientes, la inacción por la acción, el neutralismo corporativo por el finalismo social”. El grupo apostaba a que la dinámica de las luchas proletarias fuera lo suficientemente fuerte para lograr la modificación de la actitud de este sector de los trabajadores hacia la posibilidad de una salida anticapitalista. Esta confianza era idéntica a la que expresaba Rosa Luxemburg en este fragmento de uno de sus más conocidos artículos, que *Spartacus* reprodujo en su número 11: “en la tormenta del período revolucionario el proletariado se transforma de padre de familia prudente que exige un subsidio en un ‘revolucionario romántico’ para el cual hasta el bien supremo –la vida– tiene muy poco valor en comparación con el objetivo real de la lucha”. Sería esta dinámica de las luchas la que conseguiría concretar “la lógica de Spartacus”: “estar prontos y a tiempo a cambiar el carnet por las balas, la petición por las barricadas”.

En oposición a las figuras gemelas del cotizante y el burócrata, Spartacus percibía una forma de subjetividad que emergía renovada de la luchas obreras y a la que denominaba “el combatiente”. Si de la burocracia participaban adherentes a las distintas corrientes del movimiento obrero, lo mismo sucedía con esta figura que podía estar constituida por “trabajadores socialistas, sindicalistas, comunistas y anarquistas que no venimos de las direcciones partidarias, que hemos aprendido a conocernos a través del movimiento obrero, del diario piquete y la diaria y anónima tarea de organización”.²⁴ El perfil del combatiente lo revela perteneciendo a las organizaciones más recientes del movimiento obrero. Por lo general joven, él es “el obrero nuevo en el que el optimismo, el coraje y la inquietud forman una sola línea tensa y vibrante”, es el que “se ha educado al pie del combate desechando las preocupaciones abstractas movidas por la moral burguesa y es hondamente agitado por las más serias cuestiones obreras”. Pero no todos eran jóvenes. Estaban también “los viejos combatientes de la clase obrera, los militantes tenaces sostenidos hasta hoy en el áspero

torrente de una actividad que les llena treinta o cuarenta años de su vida”.²⁵

Spartacus aspiraba a conseguir sustraer al combatiente de la influencia de las tendencias burocráticas que lo terminarían convirtiendo en cotizante. Intentaba prevenir un proceso de institucionalización en el que “los trabajadores reabsorben más o menos pasivamente los modelos sociales dominantes, las actitudes y los valores de la burguesía”.²⁶ Esta reabsorción de lo establecido ya era visible, por ejemplo, entre los socialistas, que luego de los disturbios en la huelga de enero de 1936 sostuvieron: “Los desórdenes y atentados criminales nada tienen que ver con la clase obrera organizada. Ningún trabajador piensa en cometer delitos”.²⁷ En contraste con esta posición, Spartacus interpretaba que los deseos verdaderos de la clase obrera permanecían ajenos a cualquier rasgo de moral burguesa: “Todos, débil o intensamente deseamos alguna vez hacerlo: desde violar caudales para volver al hambriento el pan que se le robó, hasta volar de un dinamitazo a los que lo atesoran o custodian, milicos y burgueses”.²⁸ Para que este deseo se pudiera expresar políticamente, el grupo ponía a disposición de los novatos del movimiento la amplia experiencia de sus militantes en organizaciones sindicales.

4.3. LA PROPUESTA ESPARTAQUISTA

Spartacus reconocía que el movimiento obrero se encontraba en un periodo de profunda transformación. Las viejas organizaciones nucleadas de acuerdo con la división por oficio se mostraban ineficaces para emprender el desafío que planteaba la penetración del capital monopolista. Este proceso de desaparición de ciertas formas de organización no implicaba una decadencia de la actividad gremial. Por el contrario, surgía paralelamente a ella un poderoso empuje hacia la unificación de los trabajadores en sindicatos reunidos por rama industrial. Debe recordarse que, salvo el breve período que va de agosto a diciembre de 1935, en el cual luego de la disolución del CUSC sólo coexistieron la CGT y la FORA, en la década del treinta el movimiento obrero se encontró dividido en, al menos, tres cen-

trales. Ante este panorama, el grupo se propuso desde sus comienzos combatir la tendencia a la fragmentación del sindicalismo. La constitución de lazos que ligaran las luchas obreras y conjuraran las tendencias burocratizantes podía lograrse mediante la realización de Pactos Obreros que englobaran a los trabajadores de todas las tendencias, oficios e industrias. ¿Qué era el Pacto Obrero para Spartacus?

Es un puente lanzado en este período de transición por el propio movimiento obrero que quiere buscarse y salvarse a sí mismo. El Pacto Obrero no es una formulación de partido o de sector, es una amplia formulación de clase. (...)

El Pacto Obrero, conjunción de todas las organizaciones sobre una base común, que escalona desde el episodio de huelga hasta la acción defensiva (...) respetando la finalidad y la función de cada una de ellas, sellará la inicial trabazón e interrelación sindical, pondrá en vivo contacto las asambleas, intercambiará delegaciones sobre cualquier aspecto de la lucha, creará un nexo orgánico donde afluirán constantemente esfuerzos e iniciativas, acercará a grandes sectores obreros y hará madurar la política revolucionaria del proletariado.²⁹

Ante el aumento de la actividad huelguística producida luego de la dictadura de Uriburu, Spartacus se planteaba el problema de la articulación de las luchas para, en un movimiento de intensidad creciente, dirigir las hacia la emancipación definitiva del proletariado. Por ello, se revelaba necesaria “una verdadera actuación política con estallidos cada vez más crecientes de huelgas que unifiquen y establezcan un pacto viviente entre las organizaciones”.³⁰ El Pacto no exigía la disolución de las organizaciones preexistentes, sino que las reconocía y les proporcionaba a cada una un puesto de batalla. Según el grupo, la nefasta experiencia de la fragmentación ponía en evidencia la urgencia por evitar que se siguieran dispersando las energías combativas, y la necesidad de dar un carácter continuo a los esfuerzos de los trabajadores. Con la mira puesta en la consecución de estos objetivos, el Pacto posibilitaba la existencia de una organización en red que, en lugar de sofocar las tendencias más combativas, las alentara disponiendo a estas energías

en un despliegue constante, en lugar de los característicos arrebatos intermitentes.

Dotado de un contenido concreto, el Pacto debía servir para nuclear a las organizaciones alrededor de una serie de demandas básicas urgentes para toda la clase trabajadora. De acuerdo con la concepción espartaquista, en un primer momento estos reclamos se referirían a temas de carácter económico, para luego, con la agudización de los conflictos, pasar a otros de tipo político (defensa del derecho de organización, de prensa, de huelga, reclamo de la liberación de los presos, etc.). De continuar la corriente ascendente de las reivindicaciones obreras, ambos serían superados en un tercer pacto, el Pacto Obrero Revolucionario. Mientras llegaba ese momento, la consigna que Spartacus proponía para nuclear a los trabajadores era: “no entregar ni un hombre ni una conquista a los planes de la reacción y la guerra”.

Posteriormente, el grupo volverá a lanzar su llamado a la unidad de los sectores más radicalizados del movimiento obrero. La propuesta ya no llevaba el nombre de Pacto, sino de Alianza Obrera o Sindical. Las Alianzas Obreras eran la respuesta de Spartacus a los llamamientos a la unidad desde ambas CGT, a las que se acusaba de procurar un acuerdo de cúpulas a escondidas de los afiliados de base: “la unidad no se realiza burocráticamente por acuerdo de dirigentes, por buenos pasos políticos o en marchar del brazo a escondidas de los obreros”.³¹ Nuevamente, el grupo sostenía la necesidad de establecer nexos entre las organizaciones de base y una unidad alrededor de un programa de acción con objetivos claros y ampliamente discutidos. Pero, lejos de hacer de ella un fetiche, considera que la unidad sin un contenido combativo solamente produciría el refuerzo de las tendencias burocráticas imperantes en ambas centrales obreras y dejaría definitivamente aislados a los sectores más revolucionarios. De allí su oposición a “la concepción unilateral de una unidad en la cual no podría ser comprendido todo el proletariado y que no involucraría un verdadero programa donde la clase trabajadora del país pueda encontrar el camino de sus combates inmediatos”. Esta unidad que no se encontraba sustentada por un proyecto emancipador, “la unidad por la unidad misma”, es blanco de largas críticas

que tomando en cuenta la experiencia histórica del movimiento presagiaban que su realización conllevaría el sacrificio del “potencial ideológico que ha proyectado el proletariado revolucionario”:

Nosotros no decimos central única, desplazamiento hacia la CGT, tomar partido por una u otra burocracia, unidad a toda costa, sino unión proletaria, cada organización en su puesto y exigencia para cada una de tomar un lugar con toda energía en la común batalla.³²

De acuerdo con la visión de Spartacus, el momento se presentaba especialmente propicio para la realización de unidad obrera. Las luchas sociales estaban alcanzando a mediados de la década del treinta su punto más álgido y se presentaba nuevamente la necesidad de crear instrumentos para canalizarlas sin desperdiciar ni sofocar toda la corriente de energía antiinstitucional que atravesaba a amplios sectores de la clase obrera. Como el Soviet y la Comuna española, la Alianzas Obreras proveían al trabajador de “organizaciones que resuelven en el momento histórico preciso las cuestiones del nuevo orden revolucionario”. En el replanteamiento de la unidad obrera mediante las Alianzas, Spartacus ampliaba algunos de los objetivos que debían constituirse en su contenido vivo. A las demandas por los presos, la libertad de acción sindical, el derecho a la huelga y la libertad de expresión se les agregaba el antifascismo, “la lucha nacional por la unión industrial, por el antiparlamentarismo revolucionario y el antiburocratismo”. Este contenido de las Alianzas se aproxima a la caracterización que el propio grupo había realizado sobre el tercer momento del Pacto Obrero, al que identificaba como el momento revolucionario. Cabe, entonces, conjeturar que los espartaquistas daban por finalizado el capítulo de las reivindicaciones económicas y políticas, y consideraban que se había ingresado en una nueva etapa en la que el contenido de la lucha pasaba por una crítica profunda de las instituciones capitalistas. Si en 1935, el Pacto Obrero era la respuesta dada para vincular a los trabajadores con la espera de la llegada del periodo revolucionario; menos de dos años después el grupo insinuaba que ese período comen-

zaba a tomar forma. Las Alianzas Obreras tendrían que estar listas, entonces, para engarzar una variedad de organizaciones de base que nacerían al fragor de la luchas obreras: comités obreros en las fábricas, grupo obreros juveniles, milicias obreras, comités de soldados y marineros en los cuarteles. Spartacus pugnaba por construir un modo de organización que tomara en cuenta al mismo tiempo la eficiencia revolucionaria y el deseo de transformación de la clase obrera. La intransigente negativa del grupo a integrar tanto en el Pacto como en las Alianzas Obreras a sujetos y organizaciones provenientes de la burguesía nacional o tomar en cuenta sus intereses, es una muestra de un clasismo tan radical como heterodoxo según el cual: “el comunismo anárquico no niega la lucha de clases y tiende a la superación del régimen capitalista por la estructuración socialista de la sociedad”.³³ Esta concepción clasista chocaba con lo establecido por Abad de Santillán y López Arango, para quienes la idea de clase “contradice los principios sostenidos por el anarquismo. (...) al afirmar la idea de clase preparamos el terreno a una nueva dominación”.³⁴ Al poner el énfasis en la inscripción de los sujetos en el sistema productivo en lugar de la tradicional interpelación anarquista a los oprimidos, la reivindicación del carácter clasista del comunismo anárquico, delata la permeabilidad de Spartacus a algunas concepciones del discurso político marxista. Sin embargo, para los espartaquistas el sujeto que debía llevar adelante la revolución social no era la clase obrera tal como la concebía el marxismo sino las masas proletarias, una suerte de nucleamiento de los diversos sectores de trabajadores dispuestos a radicalizar su demandas para hacerlas confluir en el horizonte final de la abolición del Estado y la liquidación del régimen capitalista.

4.4. SPARTACUS EN LAS GRANDES LUCHAS OBRERAS: EL ANALIZADOR 1936

El año 1936 es un momento clave en el estudio del período que va de la finalización de la dictadura de Uriburu a los albores del peronismo. Hacia esta época, se ubica en el punto más álgido de la curva de las luchas sindicales de los años treinta. Si bien 1935 había tenido casi el doble de días de huelga (2.642.000

contra 1.344.000), 1936 supera notoriamente al resto de la década en cantidad de huelguistas y número de huelgas: 85.438 y 109, respectivamente. Pero su importancia no está dada sólo por una cuestión cuantitativa. Son también para destacar la calidad de las luchas de aquel año. En el '36 llegan a su cumbre dos movimientos que sacudieron el escenario político de la Argentina: la huelga de los obreros de la construcción y la lucha contra la creación de la Corporación del Transporte. Es por esta sucesión de conflictos, pero sobre todo por el carácter cualitativo de las luchas, que es posible establecer que 1936 funciona al modo de lo que Lourau define como un analizador. Esto sucede porque, durante buena parte de esos doce meses, distintas luchas sociales hicieron aparecer el instituyente aplastado bajo lo instituido, desmaterializando al mismo tiempo las fuerzas que se esconden en las formas de la opresión. El analizador desnaturaliza las relaciones sociales instituidas y saca a la luz las partes de la institución que no son visibles de un modo inmediato. El analizador, en definitiva, es “lo que permite revelar la estructura de la institución, *provocarla, obligarla a hablar*”.³⁵

A comienzos de 1935, Spartacus calificaba la situación del movimiento obrero como “una hora de confusión y desánimo en las masas”. Simultáneamente a esta evaluación pesimista del momento de las luchas sociales hacía un llamado a los militantes que se consideraban revolucionarios para que redoblaran el esfuerzo propagandístico y de agitación entre los trabajadores: “Cada cual a su arado. Hendir [sic] la reja y repechar a través de las masas”.³⁶ El balance negativo de la fuerzas populares se encuentra sin duda inspirado por la situación de fuerte reflujó de la actividad huelguística a lo largo de 1934. Exceptuando el bienio dictatorial, aquel año marca el punto más bajo de la década en relación con las medidas de fuerza, apenas 42 huelgas son registradas por el Departamento Nacional del Trabajo.

Antes de finalizar el '35, Spartacus reconocía que durante aquel año se había producido rápidamente un cambio profundo en el movimiento obrero mediante una significativa alza de la conflictividad gremial. De acuerdo con la visión del grupo:

En la arena proletaria del país, se están librando las más grandes luchas de los últimos tres años. Cada día es más vasto y

más decisivo el proceso de las huelgas. Son movimientos que abarcan a millares de trabajadores, cuyo lanzamiento a los sucesivos crecientes conflictos no es el producto circunstancial de las actitudes de un sector del proletariado sino la acumulación de aspiraciones, cada vez más imperiosas en las masas obreras.³⁷

Entre los grandes combates proletarios a los que se refiere Spartacus pueden incluirse, además de la huelga de la construcción, a la constante agitación al movimiento de oposición a la creación de la Corporación del Transporte; a la lucha de más de 90 días de los obreros madereros; y los numerosos paros, que se extenderían durante 1936, en el gremio textil. En la lectura del grupo, la extensión y agudización de los conflictos encontraba su explicación en los largos años de reivindicaciones insatisfechas. Existía en efecto un “malestar proletario”, como lo caratulaba Spartacus, producto del terreno ganado a las conquistas obreras por el sector capitalista que había aprovechado el período fuertemente represivo que siguió a la caída del yrigoyenismo para inclinar la balanza a favor de sus intereses. Las ventajas para los empresarios, conjugadas con el efecto de la crisis mundial, se habían traducido de manera primordial en un aumento considerable de las tasas de desocupación, un abrupto descenso de los salarios y en la precarización de las condiciones de trabajo debido a la persecución de las organizaciones gremiales.

4.4.1. LA HUELGA GENERAL DE ENERO DE 1936

La huelga general de enero de 1936 no sólo es la cúspide de las luchas obreras de la década, sino también el pico de la influencia política de Spartacus. El movimiento huelguístico de los obreros de la construcción culminó con dos días de intensos combates que hicieron recordar a los de enero de 1919. La huelga había comenzado el 23 de octubre del año anterior. De acuerdo con lo decidido tres días antes en una asamblea general de los albañiles, los trabajadores abandonaron el trabajo ante la negativa de la patronal de aceptar el pliego de condiciones que

exigía aumentos de salarios, mejores condiciones de trabajo y el reconocimiento del Sindicato Obreros Albañiles, Cemento Armado y Anexos. El 15 de noviembre en una multitudinaria asamblea en el Luna Park se decidió el paro de todos los gremios afiliados a la Federación Obrera de Sindicatos de la Construcción. *Spartacus* dio una vívida descripción de una de las asambleas que dictaminó una suspensión total de la actividad del ramo durante casi 60 días:

Por sobre el rumor de colmena de la muchedumbre que llena el estadio, puñados de blancos volantes flamean en el aire. Las manos se alzan y cazan al vuelo los papeles. Hay sed de leer todo lo que pueda decir una palabra nueva de la huelga; manifiestos y periódicos tiemblan en esas manos endurecidas por los trabajos más rudos. Cuando el altavoz grita su primer palabra, el rumor se ahoga en un suspiro denso y los millares de ojos buscan la cara amiga de los camaradas del comité de huelga y de los delegados.³⁸

La FOOSC, que tuvo en los comienzos la dirección del movimiento, había nacido por una iniciativa de Spartacus a través del Sindicato de Obreros Pintores comandado por Cabrera. Además de la organización de orientación espartaquista, la federación reunía al Sindicato Obreros Albañiles (de dirección comunista), y a una serie de pequeños gremios que en su mayor parte, según Durruty, estaban dirigidos por anarquistas: el Sindicato de Obreros Marmolistas, Sindicato de Obreros de la Industria Eléctrica, Sindicato de Obreros Yeseros, Sindicato de Obreros Picapedreros, Sindicato de Colocadores de Vidrio, Sindicato Obreros Montadores de Calefacción.³⁹ Este proceso de unificación, cuyo ejemplo Spartacus esperaba que cundiera en otras ramas industriales, fue calurosamente saludado por el grupo como la realización de una de sus principales aspiraciones: la creación de sindicatos por rama de industria:

El movimiento de concentración proletaria se está operando en todas las ramas. La construcción, con millares de trabajadores en vísperas de una total reorganización unitaria, con los centenares de huelguistas que en los últimos tiempos han

revistado en sus cuadros gremiales, opondrá al capitalismo de empresa el compacto block de un proletariado que ha elaborado, bajo las normas del más nítido federalismo obrero, verdaderas armas para la lucha sindical revolucionaria.⁴⁰

Una vez declarada la medida de fuerza se procedió a la formación de un Comité de Huelga. Los militantes de Spartacus Cruz y Cabrera, en representación de los pintores, participaron en él de manera destacada. Ellos invitaron a Badaraco a una de las reuniones y, luego de una de sus intervenciones, se decidió que fuera él, con la colaboración de Romano, quien redactara los boletines del Comité.⁴¹

El modo de acción sindical adoptado por la FOOSC se correspondía en todo con la acción directa propugnada por los anarquistas. La secuencia de los hechos se condice a la perfección con la descripción dada por Basanta acerca de las características de la acción directa: se decidió en una asamblea general los puntos que integrarían el pliego de condiciones, se lo presentó a los empresarios y ante la negativa de la patronal de satisfacer las demandas, se llamó a la huelga. Como afirma Durruty: “El movimiento no está precedido por una fase de negociaciones; el 22 de octubre el sindicato hace llegar a las empresas un pliego de condiciones; al día siguiente comienza la huelga”.⁴² Si a esto se le agrega que la FOOSC no había sido reconocida oficialmente, y por el momento no buscaba ese reconocimiento sino el de las cámaras empresariales, la actuación en su interior no implicaba para Spartacus grandes contradicciones con los principios anarquistas. Cabrera, el dirigente espartaquista que tuvo mayor protagonismo en la constitución de la federación, alcanzó en la primera época el cargo de secretario de la Comisión de Organización. Posteriormente, integró en varias ocasiones tanto el Consejo Federal de la FONC como la Comisión Directiva del Sindicato Único de Obreros de la Construcción.

La huelga despertó enormes caudales de solidaridad entre la población. Se llevaron adelante exitosamente numerosas campañas en los barrios de la Capital Federal para reunir fondos destinados a los comedores obreros dispuestos para alimentar a los huelguistas y sus familias. Con el correr de los días el

conflicto fue tomando un carácter cada vez más violento. Fue así que, en uno de los actos realizados en diciembre para apoyar el paro, fue asesinado por la policía un obrero anarquista en el barrio de Flores. Por esa misma época se formaba el Comité de Solidaridad y Defensa con los Obreros de la Construcción que sería el encargado de declarar la huelga general del 7 de enero y su extensión por 24 horas más. El Comité, cuyo secretario era Mateo Fossa (del Partido Socialista Obrero y dirigente del sindicato de la madera), fue establecido a partir de un núcleo original de organizaciones que estaba integrado por la Federación Obrera Marítima, la Federación Obrera en Construcciones Navales, la Federación Obrera de San Fernando, el Sindicato Único de Obreros en Madera y la FOOSC. De este núcleo, el Comité de Solidaridad se expandió hasta agrupar a 68 organizaciones de distinta importancia. Spartacus ocupó un lugar de relevancia en su interior principalmente a través del Sindicato de Obreros Pintores, pero también mediante otras organizaciones. Las crónicas registran la inclusión de una “Seccional de Lavadores y Limpiadores de Autos”: es probable que se trate de una fracción del gremio en que militaba Badaraco, acaudillada por el dirigente espartaquista. También estaba presente la Federación Local de San Fernando en la que, como ya se ha visto, el grupo parecía tener algún predicamento.

Para expresar su posición ante la huelga, la agrupación anarquista emitió un manifiesto dirigido “a todo el proletariado, a los obreros de todos los sectores, a los trabajadores volcados en la lucha”. Allí sostenía:

Hoy, por resolución vuestra, por voluntad vuestra, es la huelga general. Desde vuestro seno, a vuestro lado, luchando junto a vosotros, los trabajadores anarquistas os invitamos a levantar la causa de la huelga general, lo más alto que os sea posible para sacarla de lo más profundo de las masas proletarias, del corazón y los puños de los millares de jóvenes, de obreras y obreros ardientemente identificados en la calle, como una sola y enérgica voluntad de clase, de la inmensa clase obrera que por sobre todas las defecciones, los derrotismos, el terror, las prisiones, deportaciones y procesos, sabe concentrar en sí

misma la vigorosa respuesta de la huelga general contra el patronato industrial, la reacción y el fascismo.

Sea la huelga general la afirmación totalitaria del vuelco del proletariado en la calle. Sea el creciente y vigoroso acto donde todos los trabajadores, unidos en la lucha, por sobre las defeciones y las sombras de derrota, las jefaturas parlamentarias y de partido, divisionismo de las burocracias sindicales y todos los emboscados propósitos de entrega, hagan la recapitulación de su verdadera fraternización proletaria. Alzad, entonces, el movimiento de la huelga general al nivel de las grandes demandas del proletariado.⁴³

La huelga era vista como el momento decisivo de un proceso de creciente agitación entre las masas. Se estaba entrando en una etapa de definiciones en la que las fuerzas burocráticas y aquellos que formaban parte de la oposición a las direcciones obreras, pero que pregonaban la acción de tipo institucional, se verían desbordados y derrotados por la potencia del proletariado en lucha. Por otra parte, Spartacus promovía que la huelga de la construcción no terminara en el reclamo de un solo sector del proletariado. La gigantesca energía movilizada alrededor de la lucha de los albañiles debía transformarse en una huelga general para que en ella encontraran cauce una multiplicidad de luchas y reclamos que hasta el momento se hallaban dispersos. De esta manera, confluirían el pedido por los procesados de Bragado y otros presos sociales, la lucha contra las leyes 4144 y de Asociación Ilícita, el antifascismo, y los reclamos por los derechos de libertad de prensa, reunión y organización.

La influencia de Spartacus en el movimiento puede apreciarse en el hecho de que buena parte de estos reclamos fueron tenidos en cuenta por el Comité de Solidaridad a la hora de declarar la huelga general. En un comunicado redactado el mismo día en que se convocaba al paro, el Comité expresaba su solidaridad con los presos de Bragado, los panaderos condenados a cadena perpetua y los procesados por asociación ilícita de los gremios de Chauffeurs, Panaderos y Lavadores de Autos. Se exhortaba, finalmente, al pueblo a “proseguir firmemente en la lucha por la liberación de todos los presos sociales”.⁴⁴

Para el día 7, el Comité había dispuesto la realización de

asambleas por la mañana en numerosos puntos de la Capital Federal. En cada una de las reuniones hablarían dirigentes de los gremios de la construcción y de los que se habían plegado a la lucha. Las asambleas debían confluír en un acto central a las 16 horas en Plaza Once. La organización de la huelga preveía que Cabrera hablara a las 10, en Almirante Brown y Pedro de Mendoza, barrio de la Boca. Cruz, por su parte, lo haría a las 11 en Rivadavia y Centenera. Algunos testimonios indican que este plan fue diseñado por Badaraco.⁴⁵ Los hechos de violencia sucedidos desde horas muy tempranas impidieron que este esquema se pudiera llevar adelante. Los espartaquistas tuvieron un rol fundamental en la organización de los combates callejeros. De acuerdo con el relato de Romano: “[Badaraco] tuvo mucho que ver en la planificación de esos actos; porque no fueron actos hechos a tontas y locas; fueron actos que tuvieron una más o menos calculada efectividad”.⁴⁶ Otro militante sostiene: “la consigna que nosotros teníamos era meterle fuego al barrio. Era una directiva de Antonio Cabrera de parte de Horacio Badaraco”. Los piquetes se adueñaron de las calles antes del mediodía, no sin antes hacer uso de violencia, en especial contra los medios de transporte, para hacer cumplir las directivas del Comité de Solidaridad. “En Nazca y Arregui encontramos un ómnibus Imperial, bajamos a los pasajeros, hablamos con el conductor y después lo escupieron, la gente estaba indignada con el conductor, finalmente quemamos el ómnibus”, relata el mismo militante de Spartacus.

Más temprano, alrededor de las siete de la mañana se había producido en Villa Urquiza el primer enfrentamiento armado que tuvo como resultado tres muertos, dos policías y un manifestante, y 16 heridos. En el mismo lugar, las fuerzas del orden sufrieron otra baja un par de horas después cuando el agente Beloppo murió a causa de las heridas de bala recibida en un tiroteo con huelguistas. La policía acusó a Basanta de ser quien puso fin a la vida de uno de los agentes. Para escapar de la persecución estatal, tiempo después el militante de Spartacus debió huir de la Capital y refugiarse clandestinamente durante ocho años en San Juan, en donde llegaría a ocupar el cargo de secretario general del PC.⁴⁷ De esta manera, el grupo perdía a uno de sus principales hombres de acción.

Otros dos manifestantes murieron en extrañas circunstancias. Jaime Chudi murió en el Hospital Israelita de una “conmoción cerebral” luego de haber sido detenido por la policía. La versión oficial indicaba que Chudi falleció como consecuencia de un golpe al caerse antes de ser arrestado. El sindicato textil al que pertenecía Chudi denunció que su muerte era producto de los golpes aplicados por los agentes de la ley. Algo similar ocurrió con Jerónimo Osechuk, en el barrio de Nueva Pompeya. El relato policial sostuvo que el obrero panadero murió en un tiroteo. El diario *La República* dio una versión diferente del hecho: “Osechuk se hallaba ese día tranquilamente esperando la iniciación de la conferencia autorizada por la policía, en Sáenz y Roca, cuando sin que mediara incidencia alguna, se le acercó un sargento y le disparó un balazo a quemarropa”.⁴⁸ A esta altura del día, la policía ya había detenido a varios dirigentes de la huelga. Entre ellos figuraban Cruz y el secretario del Comité de Solidaridad, Mateo Fossa. A estos se le agregaría en horas de la tarde Guido Fioravanti, el principal dirigente de la construcción. Al terminar la jornada entre 500 y 3.000 personas, según las distintas fuentes, habían sido detenidas.

La gravedad de los hechos y la necesidad de luchar por la libertad de los detenidos impulsó al Comité de Solidaridad a extender por 24 horas el paro general. Pese a que se había comprometido a hacerlo, la CGT Independencia no se plegó a la huelga, así como tampoco lo hizo en un primer momento la Federación Líneas de Autos Colectivos, que en el correr de las horas cambiaría de actitud. El resto de los gremios que habían parado durante la primera jornada continuó con la lucha. La huelga prosiguió con idéntica intensidad al día anterior. Nuevamente, los medios de transporte fueron el blanco principal de los manifestantes, que hicieron todo cuanto estuvo a su alcance para evitar la circulación de ómnibus y trenes. La actividad comercial fue prácticamente nula en los barrios en los que se habían producido los principales focos de violencia.

Hacia las 6 de la tarde, el Comité de Solidaridad, “frente a las formales promesas de reapertura de los locales y la libertad de los presos”, da por concluida la huelga general. A pesar de la directivas sindicales, en algunos puntos de la ciudad, en par-

ricular en Mataderos, tuvieron lugar incidentes aislados. Por la noche, lentamente los detenidos comenzaron a recobrar su libertad. Pero todavía, el día 10 quedaban 600 detenidos. En una declaración firmada por Cabrera, la FOSC afirmaba que el Comité de Solidaridad se encontraba haciendo gestiones para que los presos fueran liberados y los locales reabiertos. Simultáneamente, el Comité de Huelga de la Construcción hacía un llamado a los trabajadores de la construcción: “a permanecer en sus puestos hasta vencer a la terquedad patronal, única responsable de los hechos sucedidos y del paro decretado”.

El conflicto liderado por los albañiles continuó durante una semana más. Fue en ese momento que el gobierno nacional tomó cartas en el asunto. El Poder Ejecutivo, a través del mismísimo presidente Justo, emplazó a las empresas a terminar con su intransigencia y llegar a un acuerdo con los huelguistas para evitar la prolongación de un movimiento que “puede degenerar en conflictos de otra clase o facilitarlos”. En el despacho del ministro del Interior se llevaron adelante las negociaciones entre la parte obrera y la patronal. Una asamblea, realizada en el Luna Park el 23 de enero, aceptó la propuesta empresaria que fijaba salarios un tanto más bajos de los reclamados originalmente en el pliego de condiciones y puso fin al paro.

Los comunistas exhibieron el resultado de la huelga como un rotundo triunfo para la causa de los trabajadores. Algunos años después Chiarante en su biografía afirma: “La unidad del gremio, la solidaridad de los trabajadores y del pueblo en general, la justa táctica y estrategia de los dirigentes, en su mayoría comunistas, habían conseguido doblegar, por primera vez, a una patronal poderosa y a su aliado cómplice, la dictadura justista.”⁴⁹ Sin embargo, la minoría anarquista de la FOSC se mostraba en desacuerdo con el balance que hacían los comunistas y señalaba que ciertos puntos no habían podido lograrse, en especial el reconocimiento del sindicato por la patronal. La CRRA, que poseía una pequeña fracción en el interior del Sindicato de Albañiles capitaneada por Ángel Geraci, denunciaba en un documento que “se vuelve al trabajo, sin el reconocimiento del Sindicato, aceptándose en cambio comisiones paritarias que funcionarán bajo control del Estado”.⁵⁰ El lugar otorgado al Estado en la resolución del conflicto era el otro

punto sobre el cual los ácratas discrepaban con la conducción del gremio. Los pequeños gremios adheridos a la Federación de la Construcción presentaron una queja, argumentando: “nuestras bases establecen claramente que las tácticas de lucha han de ser las de la acción directa (...) [y no] las gestiones legalistas solicitando los buenos oficios de legisladores y otros personajes de influencia”. Entre los firmantes de la declaración se encontraban los sindicatos de Obreros Marmoleros y Anexos, de Colocadores de Mosaicos y Azulejos, y de Colocadores de Vidrio y Herreros de Obra. La ausencia en esta lista de Obreros Pintores lleva a pensar que el gremio controlado por Spartacus no parece haber opuesto mayores reparos a la forma en que se dio por terminada la huelga.

Cabe destacar que la ausencia, entre las colecciones a las que se ha tenido acceso, del número posterior a la finalización del conflicto hace que no sea posible establecer con certeza cuál fue el balance que hizo el grupo sobre la medida de fuerza. Pero es posible reconstruir hasta cierto punto su opinión tomando en cuenta documentos posteriores al conflicto. Spartacus parecía destacar, por encima de sus discusiones con otras tendencias en el interior de la FOOSC, los aspectos positivos de las luchas de enero: la unidad en la calle de los distintos sectores, las muestras de solidaridad y el despliegue de una capacidad combativa inédita. En un panfleto fechado en 1937, en ocasión de otra huelga de la construcción, se expresaba: “la huelga del treinta y cinco no dio iguales ventajas económicas para todos los gremios, ella levantó y afirmó la moral combativa del proletariado de la edificación, haciendo triunfar la resistencia, el sacrificio y el corazón solidario de la clase obrera sobre la soberbia y el poderío de los imperialistas”.⁵¹ Al mismo tiempo señalaba que era necesario seguir apoyando a la FONC “a pesar de todas sus fallas, de todos sus vicios, de todas sus debilidades y desaciertos”.

La huelga general de enero de 1936 implicó la irrupción dentro del movimiento obrero de sectores de trabajadores que no se encontraban encuadrados en organizaciones que tuvieran un cierto grado de institucionalización. En cierto modo, esto determinó la forma que adoptó la lucha obrera, que rápidamente se transformó en huelga salvaje. Una metodología que,

al decir de Durruty, había sido superada por los núcleos obreros organizados.⁵² La capacidad combativa manifestada a lo largo de las dos jornadas desbordó a los propios organizadores de la protesta y confirmó las hipótesis de los espartaquistas sobre la gestación de una fuerza renovadora en el seno del movimiento obrero. Estas acciones radicales, como señala Iñigo Carrera, “están poniendo en evidencia, no sólo su disposición a enfrentar las condiciones en que se desarrolla su vida, sino también, al menos embrionariamente, al sistema social mismo”.⁵³ El desarrollo de las huelgas salvajes no está necesariamente librado a un espontaneísmo caótico carente de dirección y objetivos. Por el contrario, la huelga salvaje suele tener estrategias propias que buscan eludir las vías oficiales para la resolución de los conflictos. Estas estrategias tienen como resultado que, al enfrentamiento habitual con la patronal, se le suma la oposición de hecho al Estado y las burocracias dirigentes. De allí el cariz violento que habitualmente adoptan este tipo de paros. La huelga salvaje había sido por antonomasia el instrumento de lucha antiinstitucional del movimiento obrero durante las dos primeras décadas del siglo xx. Con la apertura de canales oficiales de negociación y la actitud pragmática de la dirigencia sindicalista, esta metodología de protesta va cayendo en desuso y reaparece a mediados de los treinta de manera inesperada para muchos, aunque no para Spartacus. A partir de entonces, el grupo puso más énfasis que nunca en la necesidad de encauzar toda esta energía antiinstitucional en organizaciones que no la sofocaran.

4.4.2. EL MOVIMIENTO CONTRA EL MONOPOLIO DEL TRANSPORTE

La lucha contra el establecimiento de la Corporación de Transporte tuvo también a Spartacus como un destacado protagonista. El nacimiento del movimiento antimonopolio había sido gestado de forma simultánea a los reclamos de la Compañía Anglo Argentina de Tranvías, que exigía una ley de Coordinación en la Capital Federal que pusiera fin a lo que la empresa consideraba un caos en el transporte. La presiones sobre el ejecutivo municipal para la regulación del transporte

en la Capital Federal se remontaban a fines de la década del veinte, cuando la principal empresa de tranvías tomó conciencia que el fenómeno de expansión del colectivo era irreversible. El argumento de la Anglo estaba dirigido contra la “competencia indiscriminada” de los colectivos que perjudicaba a las finanzas de la compañía. Por esta razón, la regulación del transporte debía garantizar cuotas de pasajeros a los tranvías, ómnibus y colectivos.⁵⁴ La pretensión de la Anglo chocó con el fuerte obstáculo que le oponía un Concejo Deliberante que quedó conformado, al retomarse la legalidad democrática en 1932, por doce socialistas, un demócrata progresista y un concejal de Concentración Obrera, una agrupación que se había escindido del PC en 1927 y era liderada por uno de los fundadores del partido, José Penelón. Por su parte, la Concordancia oficialista contaba con once bancas y el radicalismo con cuatro. Esta configuración de fuerzas en el poder legislativo municipal implicaba que las iniciativas a favor de la Corporación fueran sistemáticamente bloqueadas.

Desde el ejecutivo nacional y municipal, el oficialismo llevaba adelante una política que beneficiaba a los intereses de aquellos que querían la instalación del monopolio. En cumplimiento con esta política y para asegurarse un dictamen favorable a la creación de la Corporación, el intendente Mariano de Vedia y Mitre cambió, vetando una ordenanza, la composición de una comisión nombrada por el Concejo Deliberante para el estudio del problema del transporte. Como era previsible, las conclusiones de la comisión fueron convenientes a los intereses monopólicos, hasta el punto de pedir la intervención del ejecutivo nacional en el tema, elevando, al mismo tiempo, un anteproyecto de ley para la creación de la Corporación de Transportes de Ciudad de Buenos Aires. Subsistía para los conservadores un problema: sacar el tema de la Corporación de la esfera municipal en la que, debido a la mayoría opositora en el Concejo Deliberante, el proyecto naufragaría irremediablemente. Esta cuestión fue rápidamente subsanada con el decreto 38.608, firmado, el 14 de marzo de 1934, por el presidente Justo y el ministro del Interior, Leopoldo Melo. La resolución expresaba que de ahora en más sería el Congreso Nacional, en donde el oficialismo tenía mayoría, el encargado de tratar “el problema

legislativo sobre la organización y coordinación de los transportes colectivos dentro de la capital y su extensión a poblaciones de la provincia de Buenos Aires”.⁵⁵ Por diversas razones, el tratamiento de la ley en el recinto de la cámara baja se demoró por un año y medio y recién fue aprobada por los diputados el 26 de septiembre de 1935.

Mientras tanto el movimiento de oposición iba en aumento. Los primeros en rechazar la medida fueron los colectiveros a través de la Federación de Líneas de Autos Colectivos. A ellos se le sumaron diversos gremios y organizaciones: Unión Obreros Municipales, Sindicato de Obreros de la Industria Metalúrgica, Federación de Empleados de Comercio, Obreros de la Carne; Cortadores de Confección, Sindicato de Obreros Peluqueros, Peinadores y Afines, la Federación Gráfica Bonaerense, la FONC, la Liga Antiimperialista y las Federaciones Universitarias de Buenos Aires, La Plata, Córdoba, el Litoral y Tucumán. Ésta iba a ser la base sobre la que se crearía el Comité Intersindical contra el Monopolio del Transporte. La Unión Ferroviaria, por su parte, fue la única organización obrera que se pronunció a favor de la Corporación. Los sindicatos participantes del movimiento pertenecían principalmente a direcciones comunistas, había también algunos socialistas y brillaban por su ausencia los de la tendencia sindicalista. Dando un vuelco a su tradicional postura sobre el capital monopolista, la FORA también formó parte del movimiento. Como ya se ha visto, Spartacus le reclamaba a la FORA “fijar una posición clara y firme sobre el monopolio, sus alcances como estadio superior de la explotación capitalista y su derivación sobre el proletariado”. Pese a que concordaba con los pedidos del grupo, el cambio de la opinión habitual de la central anarquista se debió, sin dudas, más a la fuerte corriente de opinión antimonopolista en la clase obrera que a algún tipo de influencia espartaquista. La creciente conciencia entre los trabajadores de los peligros del monopolio transformó también la postura de la corriente sindicalista. El órgano de su central sindical daba cuenta del clima antimonopolista que se vivía y de la consecuente presión de la opinión pública: “Si se hiciera una consulta a la población en general, y en especial a la clase obrera recabando su opinión acerca del monopolio de transportes, a

buen seguro que más del 90 por ciento respondería desfavorablemente sobre la cuestión”. De acuerdo con la nueva posición sindicalista, “el monopolio es una manifestación del imperalismo”.⁵⁶ Sin embargo, tal como sostiene Matsushita: “la oposición de la CGT de Catamarca era muy moderada y no llegó a organizar ningún acto, limitándose a manifestar su oposición al monopolio durante la huelga de los colectiveros”.⁵⁷

Spartacus, por su parte, tenía su propia visión del conflicto. Para el grupo, la constitución de la Federación de Líneas de Autos Colectivos, que incluía a los pequeños propietarios de vehículos, era un obstáculo para la radicalización de la lucha. El avance del problema hacia amplios sectores del proletariado, que tomaban conciencia gracias a la lucha contra la Corporación de las implicancias de la economía monopolista, situaba el tema en un nivel diferente al enfrentamiento entre pequeños y grandes propietarios. La cuestión se ubicaba ahora en “el terreno específicamente obrero”. Por lo tanto, los militantes revolucionarios, en especial los que pertenecían la FORA, debían ocupar un lugar destacado en el movimiento antimonopolista para contrarrestar las tendencias reformistas existentes en su interior:

¿Qué es la lucha contra el monopolio para los trabajadores? Es una tarea de preparación, de unidad, de claridad en los cuadros obreros del transporte para sobrellevar la resistencia en todos sus aspectos, tanto en la escala actual, como mañana, en las contingencias que nos deparará el monopolio de hecho.

(...) El monopolio aparejará un recrudecimiento de la expoliación de los trabajadores del transporte y la tentativa de consiguiente captación (...) a los fines del reformismo sindical, para desviarlos de sus bases de resistencia y lucha directa frente al patronato y el capitalismo.⁵⁸

La lucha contra la Corporación brindaba a los trabajadores, por primera vez en la década, una oportunidad inmejorable para poner en práctica la unidad de los distintos sectores y tendencias sindicales con vistas a una radicalización que fuera el inicio de un proceso revolucionario. No involucrarse fuerte-

mente en el movimiento contra el monopolio implicaría “abandonar a manos del reformismo, o de soluciones ajenas al movimiento obrero, a millares de trabajadores que anhelan encontrar una salida”. Por ello, el ejemplo a seguir por los trabajadores del transporte eran los obreros de la construcción, que se hallaban en vías de constituir una poderosa federación que agrupaba a los trabajadores de todos los oficios relacionados con la rama. El grupo era por demás consciente de que un proyecto de este tipo encontraría numerosos opositores en el movimiento obrero, especialmente entre las organizaciones que presentaban un alto grado de burocratización. Una vez desarrollado el movimiento antimonopolista, Spartacus comprobó que la unificación de los gremios del transporte chocaba, en primer lugar, con los intereses de las burocracias que dirigían grandes sindicatos como La Fraternidad, la Unión Ferroviaria y la Unión Tranviarios. Pero, también encontró obstáculos entre “las camarillas que han precipitado la descomposición del movimiento forista”.⁵⁹ Como ya se ha señalado, hay a partir de la huelga general de enero de 1936 un viraje en torno de la postura del grupo respecto del rol que debía cumplir la central anarquista en la lucha contra el monopolio.

Spartacus contribuyó al movimiento contra el monopolio no sólo participando de las movilizaciones y las organizaciones dedicadas a combatirlo, sino también realizando numerosos actos de sabotajes contra las propiedades de la Anglo. A causa de uno de ellos, en 1934 Basanta resultaría herido por una bomba que explotó antes de tiempo. Según relata el protagonista:

Viajando con una compañera a la ciudad de La Plata y pasando por Avellaneda aquella porquería nos estalló en las manos. Intensamente quemados fuimos a parar a un hospital donde debí entregarme para salvar a la compañera. Del hospital al secuestro y la sala de torturas durante varios días. De ahí a una prisión de alta seguridad, el penal de La Plata, al proceso y la condena en un juicio al que fui llevado orgullosamente solo, apenas cumplidos los 17 años.⁶⁰

Luego de la aprobación en diputados del proyecto de ley de creación de la Corporación de Transporte, los sectores

antimonopolistas decidieron redoblar los esfuerzos en la lucha, dando a luz el 14 de julio de 1936 al Comité Intersindical Contra el Monopolio del Transporte. El Comité estaba formado por delegados de 36 sindicatos. Spartacus consiguió un puesto de importancia en la Comisión Administrativa a través de Lorenzo Cruz, que ocupó uno de los nueve cargos de vocal. En la Secretaría de la Comisión Administrativa fue nombrado Rubens Íscaro, del sindicato comunista de albañiles. En tanto que Antonio Cuevas (Federación Obrera Marítima) se encargó de la tesorería. Entre los vocales también es posible hallar el nombre del dirigente de la FOSC, Ángel Molesini y del secretario general de la Federación de Líneas de Autos Colectivos, Clemente Gutiérrez. Unos días después de su formación, el Comité Intersindical realizó un importante acto en el teatro Coliseo, en el que hablaron representantes de todas las tendencias que lo integraban. Por Spartacus, dirigió la palabra al público Badaraco. Por los comunistas, lo hicieron Íscaro, Molesini y Ernesto Giúdice. Además, entre otros oradores, participó del mitin Gutiérrez, por los colectiveros.

El Comité Intersindical estableció una jornada de protesta para el 21 de septiembre, en vísperas del tratamiento de la ley en la Cámara de Senadores. De la huelga de 24 horas participaron en solidaridad con los colectiveros numerosos gremios: pintores, yeseros, metalúrgicos, obreros de la madera, expendedores de nafta, la Federación Obrera en Construcciones Navales y el Sindicato de Luz y Fuerza. Cabe destacar que uno de los últimos bastiones foristas, la Unión Chauffeurs, también adhirió a la medida de fuerza. En represalia al paro, la policía clausuró los locales de la Federación de Líneas de Autos Colectivos y de cada una de las líneas de colectivos. Al día siguiente, los colectiveros no volvieron al trabajo como el resto de los gremios. Esto provocó que el intendente decretara que el transporte público debía volver a funcionar a más tardar el 23 a las 5 horas, de lo contrario los colectiveros se exponían a ver caducados sus permisos y al retiro de sus licencias de conducir. En otra resolución, el ejecutivo municipal “desconocía la personería de la Federación de Líneas de Autos Colectivos para tratar problemas gremiales con la Intendencia”.⁶¹

Estas disposiciones no consiguieron doblegar la tenaz resis-

tencia de los colectiveros que prosiguieron con la medida de fuerza. El 24 el intendente dio la orden de incautar los vehículos y que circularan conducidos por personal municipal. Sin embargo, el público, en solidaridad con los huelguistas, se negó a tomar los “colectivos carneros”. La Federación de Líneas de Autos Colectivos, por su parte, expresó que sólo consideraría retomar el servicio una vez que los impopulares medios de transporte fueran retirados de las calles. La Municipalidad debió ceder y recién entonces el gremio llamó a una asamblea para el 25. Aquel día, en el teatro Coliseo, una amplia mayoría resolvió continuar con el paro.

En una última medida para frenar la aprobación de la ley, el Comité Intersindical dispuso la realización de un paro el 28. En esta ocasión la convocatoria fue más numerosa. Participaron de la huelga 38 organizaciones. A las que lo habían hecho en la primera ocasión se le agregaron, entre otros, el Sindicato Obreros Colocadores de Vidrio, Sindicato Obreros Marroquineros, la Federación Obrera del Calzado y el Sindicato de Albañiles. La FORA participó esta vez mediante varios gremios. A la Unión Chauffeurs se le sumaron la Federación Obrera Local Bonaerense, la Sociedad de Resistencia de Obreros del Puerto de la Capital y la Sociedad Obreros Mosaístas. Durante la huelga se produjeron algunos hechos de violencia. Se incendió un tranvía y se realizaron atentados contra los trenes. Pese al apoyo recibido, el movimiento de fuerza fracasó y el 30 de septiembre el Senado dio sanción definitiva a la Ley 12.311 de Coordinación del Transporte. Los colectiveros reanudaron sus actividades recién el 4 de octubre, luego de que el Consejo Directivo de la Federación Líneas de Autos Colectivos decidiera por 42 votos contra 4 y 7 abstenciones la finalización de la huelga. Los objetivos oficialmente declarados del nuevo organismo de coordinación del transporte serían: “monopolizar gradualmente el transporte urbano de pasajeros, sanear las finanzas y condiciones operativas de todas las empresas que se le incorporasen y ejecutar una política de coordinación de los transportes urbanos”.⁶² Las condiciones desventajosas para la incorporación de los colectiveros había sido uno de los puntos más resistido. Ante la negativa del propietario de ingresar a la Corpora-

ción, la ley preveía la expropiación del vehículo. *El Auto Colectivo*, órgano de la Federación Líneas de Autos Colectivos, señalaba:

Este conjunto de disposiciones que definen el carácter monopolista de la ley, estableciendo el ingreso compulsivo de los que no desearan ingresar en la empresa por razones elementales de supervivencia, estructuran con toda claridad un sistema de despojo violatorio de las normas legales que reglan nuestra comunidad jurídica, y presentan por primera vez en nuestro país un caso de destrucción de la pequeña empresa, técnicamente evolucionada, en beneficio de una categoría de intereses contradictorios, so color de una presunta coordinación que no aparece.⁶³

En cierto modo, la derrota del movimiento había sido prevista desde mucho antes por Spartacus. El grupo consideraba, ya a mediados de 1935, que la ley sólo era una formalidad y que la dinámica de la economía capitalista difícilmente pudiera ser detenida. Aun si triunfaba el movimiento, los trabajadores deberían lidiar en el futuro con las “contingencias que nos deparará el monopolio de hecho”.⁶⁴ Por esta razón, le había solicitado a la FORA que se adelantara a los hechos para actuar “con vistas concretas a disponer la lucha de todos los trabajadores del transporte urbano bajo las condiciones que significará el monopolio”. Luego de la finalización de la huelga, Spartacus lanzó un manifiesto dirigido a los obreros del transporte. En el texto hacía un balance de la lucha antimonopolista y atribuía la derrota a la negativa a participar de los grandes gremios del transporte:

Durante la última huelga general contra el monopolio, millares de trabajadores comprendieron rápidamente que no se puede actuar por separado y que la ausencia de una directa y enérgica intervención de las organizaciones sindicales de los gremios obreros del transporte, impidió que la huelga general decretada por la Federación de Líneas de Autos Colectivos tomara las proporciones potenciales de una batalla monopolista de firmes directivas proletarias.⁶⁵

Spartacus sostenía que ningún sector por separado lograría enfrentar exitosamente las condiciones impuestas por la ley de Corporación del Transporte, que a su vez establecía “una mayor identidad de intereses” entre trabajadores pertenecientes a las distintas ramas del transporte.⁶⁶ Por esta razón, el grupo lanzaba un nuevo llamado a la unidad de todos los trabajadores del transporte automotor, ferroviarios, marítimos y tranviarios; unidad que debía realizarse “con o sin el acuerdo de los dirigentes”. Ante el hecho consumado de la creación de la Corporación, ya no se trataba, como en los comienzos del movimiento, de crear “una organización ágil, mediante un comité de relaciones de los actuales gremios del transporte”,⁶⁷ sino de ir hacia la formación de un Sindicato Único del Transporte Automotor, “expresión básica e indispensable para ir a la creación de una real y combativa Federación Local del Transporte”. Este proceso de unificación era necesario porque, frente a un capital que se concentraba, el fraccionamiento de las organizaciones obreras se evidenciaba sumamente perjudicial a la hora de defender sus intereses.

Spartacus admitía que la creación de un sindicato único del transporte no era algo que pudiera suceder de la noche a la mañana. Por ello, en lo inmediato la tarea era la formación de Alianzas Obreras Sindicales en el transporte. Éstas serían una “alianza por la base, que obligará a las directivas sindicales a tomar posición a favor del gran movimiento de unión proletaria”.⁶⁸ Ante la perspectiva de la irreversible constitución de la Corporación, los espartaquistas declaraban que la demanda alrededor de la que debían nuclearse estas organizaciones era: “un puesto de trabajo en la Corporación para todos los obreros del transporte amenazados por la desocupación que impone el monopolio”. A diferencia de lo sucedido en el movimiento de los trabajadores de la construcción, la propuesta de unidad de los espartaquistas no prosperó entre los gremios del transporte. Los obstáculos que debió enfrentar –en especial los intereses de organizaciones poderosas como la Unión Ferroviaria y la FOM, y la desconfianza entre las distintas tendencias ideológicas– fueron con seguridad lo suficientemente grandes para bloquear la iniciativa de un pequeño grupo anarquista.

NOTAS

- ¹ J. Basanta. “Nota enviada a un homenaje a Horacio Badaraco”, mimeo.
- ² H. Badaraco. “Una hora decisiva para los trabajadores”, en *Claridad*, abril de 1936.
- ³ J. Basanta. “Nota enviada a un homenaje a Horacio Badaraco”, mimeo.
- ⁴ “Una ley en vigencia y un proyecto hermanos. La ley es de Fresco. El proyecto es de Pérez Leirós”, en *Spartacus*, N° 10, septiembre de 1937.
- ⁵ “Los obreros de la construcción en un debate de trascendencia”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938.
- ⁶ “Una ley en vigencia y un proyecto hermanos. La ley es de Fresco. El proyecto es de Pérez Leirós”, en *Spartacus*, N° 10, septiembre de 1937.
- ⁷ “Los obreros de la construcción en un debate de trascendencia”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938.
- ⁸ “A los obreros del transporte”, panfleto de la Fracción Spartacus del Transporte Automotor, sin fecha.
- ⁹ “¿Cómo empezar? Los trabajadores debemos vencer a la reacción”, en *Spartacus*, N° 5, 1/5/1935.
- ¹⁰ *Ibid.*
- ¹¹ G. Lapassade. *op. cit.*, pág. 117.
- ¹² “La Concordancia”, en *CGT*, N° 4, 11/5/1934, citado en Reinoso, R., *op. cit.*, pág. 74
- ¹³ “Spartacus opone a la tesis de ‘central única’ el planteo a los obreros de todos los sectores de un programa de alianzas sindicales de lucha”, en *Spartacus*, N° 8, 1°/5/1937.
- ¹⁴ “A los obreros del transporte”, panfleto de la Fracción Spartacus del Transporte Automotor, sin fecha.
- ¹⁵ “¿Qué es el pacto obrero? Una posición para el proletariado”, en *Spartacus*, N° 5, 1/5/1935.
- ¹⁶ Rosa Luxemburg. “Huelga de masas, partido y sindicatos”, en *Obras escogidas I*, Madrid, Ayuso, 1978, pág. 169. Fragmento reproducido en *Spartacus* N° 11.
- ¹⁷ “La Concordancia”, en *CGT*, N° 4, 11/5/1934, citado en R. Reinoso, *op. cit.*, pág. 75. El subrayado es mío.
- ¹⁸ “La CGT ha hecho una declaración de propósitos”, en *El obrero ferroviario*, año IX, N° 195, 16/12/1930, citado en R. Reinoso, *op. cit.*, pág. 19.
- ¹⁹ Periódico *CGT*, N° 84, 22/11/1935, citado en N. Iñigo Carrera. *op. cit.*, pág. 255.
- ²⁰ “La independencia de los sindicatos”, en *CGT*, N° 9, 25/9/1932. Citado en R. Reinoso. *op. cit.*, pág. 49.
- ²¹ C. Castoriadis. *La experiencia del movimiento obrero*, vol. 2, Barcelona, 1979, Tusquets, pág. 118.
- ²² H. Badaraco. “Una hora decisiva para los trabajadores”, en *Claridad*, abril de 1936.
- ²³ “¿Cómo empezar? Los trabajadores debemos vencer la reacción”, en *Spartacus*, N° 5, 1/5/1935.
- ²⁴ “Spartacus opone a la tesis de ‘central única’ el planteo a los obreros de todos los sectores de un programa de alianzas sindicales de lucha”, en *Spartacus*, N° 8, 1°/5/1937.

- ²⁵ “Las tareas de la juvenil obrera. Con los jóvenes aserradores”, en *Spartacus*, N° 8, 1/5/1937.
- ²⁶ Félix Guattari. *Psicoanálisis y transversalidad*, Bs. As., Siglo XXI, 1976, pág. 317.
- ²⁷ “Comentarios y realidades”, en *La Vanguardia*, 9/1/1935, citado en Iñigo Carrera, N., *op. cit.*, pág. 267.
- ²⁸ “Spartacus lucha”, en *Spartacus*, N° 4, 15/5/1935.
- ²⁹ *Ibid.*
- ³⁰ “El deber del momento: objetivos precisos. Formulación de un programa de fondo para el proletariado”. En *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- ³¹ “Spartacus opone a la tesis de ‘central única’ el planteo a los obreros de todos los sectores de un programa de alianzas sindicales de lucha”, en *Spartacus*, N° 8, 1°/5/1937.
- ³² *Ibid.*
- ³³ “En qué se apoya la contrarrevolución. Tocando el nervio del problema”, en *Spartacus*, N° 10, 10/9/1937.
- ³⁴ Citado en A. López. *op. cit.* pág. 73.
- ³⁵ R. Lourau. *El análisis institucional*, pág. 282.
- ³⁶ “Spartacus habla”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.
- ³⁷ “Contra las fórmulas de la derrota”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- ³⁸ “La gran huelga”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- ³⁹ Celia Durruty. *op. cit.*, pág. 57.
- ⁴⁰ “Luchas y tareas de la FORA en la organización de los trabajadores del transporte urbano”, en *Spartacus* N° 5, 1/5/1935.
- ⁴¹ N. Iñigo Carrera. “La Alianza Obrera Spartacus” pág. 142.
- ⁴² C. Durruty. *op. cit.*, pág. 65.
- ⁴³ “Manifiesto de Spartacus a los trabajadores en Huelga General”, panfleto, c. enero 1936.
- ⁴⁴ N. Iñigo Carrera, 1936. *La estrategia de la clase obrera.*, pág. 161.
- ⁴⁵ N. Iñigo Carrera. “La Alianza Obrera Spartacus.”, pág. 99.
- ⁴⁶ N. Iñigo Carrera. *op. cit.*, pág. 142.
- ⁴⁷ Fuente, entrevista con su hermana Olga.
- ⁴⁸ *La República*, 10/1/1936, citado en Iñigo Carrera, *op. cit.*, pág. 197.
- ⁴⁹ Pedro Chiarante. *Ejemplo de dirigente obrero clasista*, Bs. As., Fundamentos, 1976, pág. 107.
- ⁵⁰ N. Iñigo Carrera. 1936. *La estrategia de la clase obrera*, pág. 318.
- ⁵¹ “Con los albañiles en huelga”, panfleto de la Fracción Spartacus de Obreros de la Construcción.
- ⁵² C. Durruty. *op. cit.*, pág. 66.
- ⁵³ N. Iñigo Carrera. *op. cit.*, pág. 288.
- ⁵⁴ García Heras, Raúl, *Transporte, negocios y política, La Compañía Anglo de Tranvías (1876-1981)*, Bs. As., Sudamericana, 1994, pág. 76.
- ⁵⁵ Horacio N. Casal. *Historia del colectivo*, Bs. As., CEAL, 1971, pág. 27.
- ⁵⁶ “Por qué somos antimonopolistas”, en CGT, N° 124, 4/9/1936, incluido en R. Reinoso. *op. cit.*, pág. 103.
- ⁵⁷ H. Matsushita. *op. cit.*, pág. 197.
- ⁵⁸ “Luchas y tareas de la FORA en la organización de los trabajadores del transporte urbano”, en *Spartacus*, N° 5, 1/5/1935.

- ⁵⁹ “Organización, defensa y lucha bajo el monopolio”, en *Spartacus*, N° 8, 1/5/1937.
- ⁶⁰ J. Basanta. *op. cit.*, mimeo.
- ⁶¹ H. Casal. *op. cit.*, pág. 73.
- ⁶² R. García Heras. *op. cit.*, pág. 132.
- ⁶³ Citado en H. Casal. *op. cit.*, pág. 48.
- ⁶⁴ “Luchas y tareas de la FORA en la organización de los trabajadores del transporte urbano”, en *Spartacus*, N° 5, 1/5/1935.
- ⁶⁵ “A los obreros del transporte”, panfleto de la Fracción Spartacus del Transporte Automotor.
- ⁶⁶ “Organización, defensa y lucha bajo el monopolio”, en *Spartacus*, N° 8, 1/5/1937.
- ⁶⁷ “Luchas y tareas de la FORA en la organización de los trabajadores del transporte urbano”, en *Spartacus*, N° 5, 1/5/1935.
- ⁶⁸ “Organización, defensa y lucha bajo el monopolio”, en *Spartacus*, N° 8, 1/5/1937.

5. EL NUEVO PROLETARIADO

Parte de la estrategia propagandística de Spartacus consistía en dirigirse a los sectores más postergados por el sindicalismo. Se trata de los sectores no especializados y no sindicalizados similares a los que décadas más tarde serían definidos como “no garantizados”. El grupo percibía que los más olvidados y desprotegidos por la acción sindical eran los jóvenes y las mujeres, “el nuevo proletariado industrial”:

La madre proletaria, la muchacha y el aprendiz no debieran ser olvidados. Un movimiento obrero revolucionario debe asumir sus más cotidianas reivindicaciones. Si la mujer o el niño no concurren al local sindical o a la asamblea gremial, no es omisión o culpa de ellos. Un verdadero movimiento obrero debe encontrarlos allí donde estén.¹

De esta manera, Spartacus iba en búsqueda de dos sujetos políticos emergentes para introducirlos en la vida sindical y orientarlos sobre las formas de actuar en ella. Para estos sectores la agrupación tenía secciones específicas dentro de su periódico: *La mujer obrera* y *El joven obrero*, de aparición más tardía y esporádica. Desde allí se denunciaba el maltrato, las injusticias y las arbitrariedades de las que eran víctimas y se los llamaba a organizarse para ocupar un lugar de protagonismo en el movimiento social. La participación mediante la lucha era considerada como la única forma en que podían hacer escuchar sus demandas específicas. El nuevo proletariado al que interpellaba Spartacus eran jóvenes y mujeres que hacían su ingreso en el mundo del trabajo industrial en grandes unidades productivas que llegaban a aglutinar a miles de obreros. Las ramas en las que habitualmente se producía esta incorporación eran la construcción y la fabricación de productos textiles.² Si, como señala Andreu, en el discurso anarquista de principio de siglo circulaban, además del trabajador, toda una serie de parias sociales que constituían “el cuadro multiforme de la miseria”; en Spartacus desaparecieron muchas de estas figuras (la

prostituta, el indigente, el niño desvalido, el anciano desamparado) para privilegiar a unos pocos sujetos (la mujer, el joven obrero y el desocupado). Olvidados por las cúpulas sindicales, estos sectores se encontraban atomizados y sin protección gremial. Enfrentado a situaciones de explotación extremas, el nuevo proletariado industrial se presentaba, en la perspectiva de Spartacus, como un sumamente terreno fértil para las ideas revolucionarias.

5.1. LOS JÓVENES

Con su acercamiento a los jóvenes, Spartacus se inscribía dentro de una tradición anarquista de interpelación a quienes no han ingresado todavía en la vida adulta que se remonta al folleto “A los jóvenes” de Piotr Kropotkin. Publicado en junio y agosto de 1880 en *La Revolté* de Ginebra, el historiador anarquista Max Nettlau lo consideraba el panfleto libertario más traducido de su época. En el folleto, Kropotkin llamaba especialmente a los jóvenes profesionales a poner su conocimiento al servicio de la revolución y a eludir el camino prefijado por las generaciones precedentes: el ingreso en la vida burguesa. El anarquista ruso aconsejaba: “deja el medio en que estás colocado y en que es habitual hablar del pueblo como un puñado de brutos; ven a mezclarte con ese pueblo y la contestación surgirá por sí sola”.³ A los jóvenes del pueblo sólo les pedía “cumplir con su misión histórica”: hacer la revolución social. La importancia de la ruptura generacional, la posibilidad de no reproducir la vida de los progenitores –que muchos anarquistas, entre ellos Badaraco, pusieron en práctica– era concebida por el anarquismo a escala social como un posible obstáculo contra la reproducción del capital.

Pero, a diferencia de Kropotkin, Spartacus no se dirigía a un joven que era un universal, sino que su interlocutor era el joven obrero argentino de la década del '30. El grupo otorgaba también mucha importancia a los estudiantes, entre los cuales los anarquistas tenían cierto predicamento, y a quienes se los reconocía como partícipes de importancia en los movimientos sociales de la época. Sin embargo, era específicamente

en los jóvenes trabajadores en quienes Spartacus depositaba toda su esperanza en la reconstrucción de un movimiento obrero combativo:

Son centenas de muchachos obreros. Su presencia da una nueva fisonomía al movimiento obrero. Ella infunde a las luchas un valor desconocido. Todos los puestos son llenados. En sus manos están confiadas las tareas más beligerantes de la organización (...)⁴

Una generación de jóvenes trabajadores desemboca en formaciones crecientes hacia la arena del movimiento obrero con la voluntad renovadora de engrosar sus filas y volcar en ellas sin la menor reserva el caudal de su fuerza optimista apasionada y valiente. (...) En esta juventud tiene el proletariado argentino su reserva potencial que no dejará detener su progreso, que no permitirá que su bandera sea abatida por el fuego de la represión y que impulsará hacia adelante sin desánimo las acciones de la revolución proletaria.⁵

Los primeros puestos en la lucha les estaban reservados a los jóvenes. Lugar decisivo para el triunfo de una huelga, el piquete era el ámbito desde el cual la juventud podría impulsar sus demandas junto a las del resto de los trabajadores y en donde se empezaba a configurar una nueva identidad obrera que, despojada de los prejuicios ideológicos y carente de las tendencias burocráticas de los trabajadores viejos, presionaría sobre las estructuras sindicales esclerosadas hasta hacerlas estallar, dejando definitivamente paso a lo nuevo. En las barricadas se gestaba, al margen de las pertenencias orgánicas, una nueva comunidad de intereses que oponía a las fórmulas ideológicas caducas un novedoso impulso combativo. Por su potencia física y espíritu de combate, la lucha en la calle era el privilegio del joven que tenía en sus manos la herramienta decisiva que define el destino de un movimiento huelguístico. El combate en las calles no sólo configuraba la identidad proletaria de los trabajadores jóvenes, sino los situaba en un lugar de protagonismo a la hora de hacer valer sus reclamos al interior del movimiento obrero. Los frecuentes llamados para que se organizaran intentaban demostrar la necesidad de establecer lazos permanentes

que mantuvieran el espíritu fraternal de las barricadas e hicieran de los militantes novatos algo más que la fuerza de choque de un movimiento cuyas demandas no habían contribuido a elaborar:

Es una juventud que quiere combatir y sacrificarse, que penetra y se entiende en la corriente profunda del movimiento obrero porque quiere ganarse en él el derecho a levantar en él la bandera de sus reivindicaciones juveniles y busca en los hermanos de clase la comprensión y la garantía de apoyo.⁶

Lo que anhelan los jóvenes militantes es que los distintos sectores sepan y hagan por acompañarlos en las luchas presentes. Quieren encontrarlos a su lado. El derecho a hablar a la juventud proletaria sólo se adquiere a través de la lucha.⁷

Spartacus interpretaba que se había producido una modificación cualitativa respecto de la participación de la juventud en el movimiento obrero: ya no se trataba del ocasional apoyo a una huelga o un levantamiento popular, sino de una presencia permanente a través del “vuelco en masa de centenares de jóvenes hacia el centro vivo de los problemas y las diarias contingencias de la vida sindical y revolucionaria del proletariado”. Las condiciones objetivas de vida que eran comunes a todos los jóvenes trabajadores, condiciones que los convertían en “el sector más explotado de la clase obrera”, venían a agregarse a su “espontánea predisposición combativa” y los conducía a una toma de conciencia acerca de sus verdaderos intereses y las formas más eficaces para conquistarlos. Al haber ocupado la primera línea en los puestos de combate, el joven proletario se había ganado el derecho de reclamar que sus demandas fueran tenidas en cuenta. Y sólo podían convertirse en sus interlocutores, para criticarlo o darle consejos, aquellos que hubieran participado en un plano de igualdad con ellos de las luchas obreras. Los jóvenes tenían, entonces, demandas específicas que los diferenciaban del resto del movimiento, que eran legítimas y debían ser alentadas. Las “reivindicaciones especiales”, como las llamaba Spartacus, estaban ligadas a los problemas del acceso a la cultura y el arte, el sexo, el oficio, la salud y el deporte.

La entrevista publicada sobre los obreros aserradores de San Fernando funcionaba de un modo didáctico, mostrando cómo se comenzaba la organización de un grupo sindical juvenil, cómo solicitar ayuda a los más experimentados y cuáles eran las dudas que surgían. (“¿Cómo comenzar? ¿Con qué tareas y en qué sentido ponernos en marcha? No teníamos experiencia y es indudable que necesitábamos quien nos oriente”, relata uno de los militantes.) La nota ilustraba también las persecuciones generadas por todo intento de organización gremial. El grupo de aserradores entrevistados en *Spartacus* había tenido que ocupar, ante la detención de los principales dirigentes, lugares de decisión para mantener al sindicato activo. Tarde o temprano, suponía *Spartacus*, todos los jóvenes debían pasar por una situación similar: tomar en sus manos ya no sólo la lucha directa en la calle, sino también la conducción de esas luchas.

Según *Spartacus*, el principal problema de los jóvenes trabajadores era la falta de una organización que defendiera sus derechos. Esta falencia era suplida en ocasiones con el fervor, el espíritu de sacrificio y la valentía que eran moneda corriente entre la juventud, pero parecían escasear entre los trabajadores pertenecientes al movimiento obrero más institucionalizado: los cotizantes. Era por no estar organizados en sindicatos que los jóvenes recibían menores salarios, eran despedidos arbitrariamente, sus condiciones laborales resultaban pésimas y cumplían una jornada laboral demasiado extensa. *Spartacus* cedía en ocasiones un espacio para que los jóvenes pudieran exponer estos problemas y mostrar cómo se traducían en la práctica cotidiana la falta de protección gremial. En una nota que denunciaba la explotación de aprendices de un taller mecánico, uno de los trabajadores opinaba: “Yo pienso que para conseguir aumento, menos trabajo y mejor trato, hay que pedir ayuda a los hombres y hacer huelga como hacen todos los obreros”.⁸ La preocupación por los trabajadores de los pequeños talleres no era un resabio de nostalgia anarquista por los viejos buenos tiempos en los que mano de obra se encontraba empleada mayoritariamente en este tipo de establecimientos y adhería a las ideas ácratas. La importancia de los pequeños talleres en la vida económica de aquellos años no era desdeñable. El censo industrial de 1935 señalaba que el 85% de los establecimientos

industriales tenían menos de diez obreros y empleaban un quinto del total de la mano de obra.

Los obreros de las fábricas de pintura eran la contracara del taller de la calle Alberdi. Acosados por los mismos problemas (bajos salarios, malas condiciones laborales y jornada excesiva) se organizaron en un Comité de Fábrica y lograron aumentar el jornal de un mínimo de 25 centavos a \$ 0,35. El movimiento se mostraba vigoroso y había podido organizar en apenas unos pocos meses a los trabajadores de cuatro fábricas, contaba con 200 afiliados de las cuales un cuarto eran mujeres. Quedaban pendientes una serie de reivindicaciones: salario igual para ambos sexos, estabilidad del personal, mejores condiciones de salubridad, máscaras para las tareas nocivas y reconocimiento del Comité de Fábrica, pero los primeros pasos hacia la conquista de derechos sociales habían sido dados con firmeza. Para Spartacus, los obreros de las fábricas de pintura representaban un ejemplo de organización por rama de industria de acuerdo con los principios antiburocráticos de la asamblea y la acción directa:

El nuevo proletariado industrial, que ha participado por primera vez en conflictos gremiales, necesita sacar enseñanzas de la experiencia adquirida, creando formas de organización que, como los Comités de Fábricas y comisiones de reclamos de los grandes establecimientos le permita mantener un verdadero control obrero, educándolo en la lucha por sus reivindicaciones más inmediatas y para dar al movimiento su verdadero sentido transformista con la participación directa de los trabajadores.⁹

El llamado de Spartacus a los jóvenes era doble: se los impelía a organizarse, pero al mismo tiempo se los prevenía para que las formas de organización estuvieran de acuerdo con los principios que posibilitaran la participación directa de los trabajadores, impidiendo que la agrupación se convierta en una formación burocrática. Aparece aquí la tensión entre las formas de luchas antiinstitucional y la organización de contra-instituciones, a partir de la cual surge la contradicción entre una energía hirviente y desordenada incapaz de garantizar por

sí misma su extensión en el tiempo, y las necesidades de una organización para asegurar la supervivencia. En la resolución de esta tensión se juega el destino de todo movimiento radicalizado. Spartacus apuntaba a la formación de sindicatos que funcionaran a la manera de una contrainstitución, es decir de organizaciones que pusieran su legitimidad en las iniciativas de las bases en lugar de situarla en un principio jurídico o político fijo, organizaciones que combatieran hacia adentro y hacia fuera, la división del trabajo político instituida. La juventud, entonces, era concebida por Spartacus como una gigantesca reserva de energía antiinstitucional que debía ser encauzada a través de organizaciones que no sofocaran esta energía, evitando que se desvaneciera o fuera captada por la burocracia hacia sus fines. A modo de solución de este problema y como contrapartida a la exigencia de organizarse, el grupo no daba una respuesta concreta acerca de una forma específica de organización, sino que establecía ciertos parámetros generales que podían servir de guía. Además, estaba dispuesto (como había sucedido en el caso de los aserradores) a poner su caudal de conocimientos y la experiencia de sus militantes en el movimiento obrero al servicio de los jóvenes trabajadores para que pudieran poner en marcha sus “creaciones proletarias”. Los militantes del grupo podían ofrecerse a asesorar al nuevo proletariado que buscaba organizarse porque confiaban poseer la clave para un funcionamiento sindical interno que evitara la formación de una clase burocrática en la cúpula y su consecuente efecto sobre la masa trabajadora: la transformación del “combatiente” en “cotizante”.

En la huelga del 7 y 8 de enero de 1936, la masa juvenil había demostrado su capacidad de acción. Mientras las burocracias de todas las tendencias se negaron a plegarse abiertamente a la lucha, en la calle los jóvenes “no retrocedieron ante el terror desatado por las fuerzas policiales”.¹⁰ La divisoria de aguas del movimiento obrero no pasaba, para Spartacus, por principios políticos abstractos, sino por el posicionamiento concreto que se adoptaba frente a las luchas populares. Existía una línea divisoria que separaba, por una parte, a una base emergente y combativa que buscaba una transformación social radical, y por la otra, las fuerzas burocráticas aliadas del gobierno

y la patronal. A ambos lados, se alineaban trabajadores de todas las tendencias. No era posible, por lo tanto, establecer *a priori*, de acuerdo con la definición ideológica, cuál sería la posición a tomar ante un suceso huelguístico. Para Spartacus, no era la pertenencia o la adhesión a una determinada tendencia obrera –ni siquiera al anarquismo– lo que garantizaba una postura combativa, sino la participación en esa base emergente de intereses opuestos a los de la burocracia. Como señalaba Badaraco en una nota publicada en *Claridad*: “El eje del movimiento obrero no está arriba, en las directivas burocráticas o de partido, sino abajo en la marcha progresiva del proletariado mismo. El deber de cada sector proletario es poner su ideología, su moral de combate y sus métodos en el seno creador de las masas profundas”.¹¹

En su último número, *Spartacus* publicó un artículo que tiene las características de un testamento político: “Llamado a los jóvenes obreros, campesinos y estudiantes”. Más que nunca, las grandes esperanzas sobre la posibilidad de construir un movimiento social revolucionario de envergadura estaban puestas en los jóvenes:

Siendo la juventud el sector más explotado de la clase obrera, por esto y por su condición juvenil en la que residen potentes fuerzas inéditas, reacciona rápidamente contra la presión y la violencia del capitalismo, determinándolas a tomar el camino de la lucha de clases, acrecentando con mayor vigor su natural deseo de unión, dando fuerza y carácter a su espontánea predisposición combativa.¹²

Spartacus convocaba a formar una “juvenil proletaria” que luchara contra la explotación capitalista, el imperialismo y el fascismo, y al mismo tiempo llevase adelante sus propias reivindicaciones. La unión juvenil debía tener características internacionalistas para confluir en un movimiento que abarcara toda América en oposición a los imperialismos que se disputaban la primacía en la región. A los jóvenes se les aconsejaba que tuvieran en cuenta a la hora de establecer alianzas con otras clases sociales las lecciones históricas de Italia, Alemania, España y Austria, que demostraban el fracaso de cualquier estra-

tegia de colaboración con la burguesía. Toda esta interpelación a la juventud pone en evidencia que Spartacus concebía a este sector como una fracción no contaminada de los vicios característicos del “cotizante”. Por esta razón, resultaba imprescindible para formar un movimiento contrainstitucional contar con la presencia de la juventud. La relevancia dada a este sector no sólo da cuenta de una percepción aguda de las modificaciones sociales, y de una preocupación típicamente anarquista por los grupos sociales más relegados, sino que expresa también las dificultades que encontraba, entre los militantes con más experiencia dentro del sindicalismo, la prédica de Spartacus sobre la desinstitucionalización del movimiento obrero. Es probable que el choque con la imposibilidad de transformar las organizaciones existentes haya hecho que toda la esperanza fuera depositada en quienes todavía no se habían incorporado a la militancia permanente en el campo sindical. Si no era posible sustraer al movimiento obrero ya existente de la influencia del Estado, Spartacus consideraba que al menos era posible efectuar una labor en ese sentido en las organizaciones emergentes.

5.2. LA MUJER

La cuestión de la emancipación de la mujer fue desde sus comienzos una de las principales preocupaciones del movimiento libertario en la Argentina. Las publicaciones más importantes dedicaron un espacio considerable a proclamar al anarquismo como la única vía para una verdadera emancipación femenina. Dentro de este marco, a principios del siglo xx, la FORA expresó en varias resoluciones la necesidad de dirigir los esfuerzos para “propagandizar la anarquía entre el elemento femenino”. Anteriormente, *La Questione Sociale*, el periódico fundado por Errico Malatesta, había otorgado un lugar destacado a las notas dedicadas a esta problemática y publicó folletos de amplia difusión. Luego, en 1896, un grupo de militantes libertarias, con vínculos con esta publicación, creó *La voz de la mujer*, el primer periódico anarquista hecho exclusivamente por mujeres y dirigido en especial hacia ellas. Este emprendimiento suscitó serias resistencias en el interior mismo del anarquismo por po-

ner al descubierto la subsistencia de relaciones tutelares en las parejas formadas por compañeros de ideas. La acusación principal de *La voz de la mujer* iba dirigida a los “falsos anarquistas”: “es preciso, ¡oh!, falsos anarquistas que nuestra misión no se reduce a criar vuestros hijos y lavar vuestra roña, que nosotras también tenemos derecho a emanciparnos y ser libre de toda clase de tutelaje, ya sea social, económico o marital”.¹³ La puesta en evidencia de este último tipo de tutelaje en las relaciones entre anarquistas provocó las reacciones más fuertes. Reacciones idénticas a la que, 25 años después, causó *Nuestra Tribuna*, una publicación de similares características a *La voz de la mujer*. La resistencia persistente a cualquier tipo de explicitación de los conflictos intergenéricos en el movimiento habla a las claras de las escasas modificaciones producidas en este terreno en el seno del anarquismo argentino. Hacia mediados de la década del veinte, la toma de la palabra por parte de la mujer que expresaba junto al deseo de emancipación social sus propias reivindicaciones recibía todavía un fuerte rechazo en importantes sectores ácratas. Juana Rouco Buela, la principal figura de *Nuestra Tribuna*, fue descalificada en numerosas ocasiones por parte de compañeros que llegaron a acusarla de “comadre”, “lavandera” y “loca”.¹⁴ En sus memorias, Rouco Buela hace una evaluación crítica de la labor propagandística del anarquismo respecto de la cuestión femenina. La militante le reprocha a sus compañeros de ideas no haber dejado que la mujer ocupara un lugar de importancia en las organizaciones y las luchas. En este sentido, los partidos políticos habían aventajado al anarquismo porque supieron “aprovechar la capacidad, intuición y actividad de la mujer”.¹⁵ Rouco Buela participó activamente de los fuertes debates en el interior del anarquismo de mediados de los años veinte. Barrancos conjetura acertadamente que sus disputas con *La Protesta* se debían en parte a las simpatías con el antorchismo. Esta ligazón con el sector disidente del anarquismo argentino se quiebra luego del golpe de Uriburu y no se prolonga hasta los años de Spartacus, en los que la militante no tuvo una participación política relevante.

Los investigadores coinciden en admitir que el anarquismo, al poner especial atención sobre las relaciones de poder de la sociedad capitalista, consiguió echar cierta luz sobre la doble

dominación que regía sobre las mujeres: “explotadas en sus lugares de trabajo por el capitalista y oprimidas por los hombres (padres, hermanos o maridos) en el hogar”.¹⁶ Como también señala Andreu: “la respuesta dada por los autores anarquistas al problema de la condición de la mujer no es del orden moral o sentimental, sino que establece una relación directa entre esta condición y las injusticias del sistema social”.¹⁷

A la vista de los antecedentes, la aparición de una sección específica, como la incluida en *Spartacus*, distaba de ser una novedad dentro de las publicaciones ácratas. Desde *Germinal* de 1897 hasta la publicación del grupo Ideas de La Plata en los años '20 era habitual que la prensa anarquista incluyera entre sus páginas una dedicada al tratamiento de la problemática referente a la emancipación femenina. Los esfuerzos de *Spartacus* iban dirigidos, al igual que en el caso de los jóvenes, a la incorporación activa de las mujeres al movimiento obrero. La participación directa en las luchas obreras de las mujeres se presentaba como el momento ideal para la adquisición de experiencia sindical y la inclusión permanente en las organizaciones. El título de un artículo resume la posición del grupo: “La huelga unifica y engrandece a la mujer explotada”. Allí se expresaba:

(...) La huelga las ha sacado del anonimato. Las ha destacado en un inesperado perfil, imponente y heroico, en la historia de esta vieja lucha entre explotadores y explotados. (...)

La huelga puso a la par obrera y obrero en el sindicato, en el mitin y en el camino que lleva a la cárcel. La huelga los hizo fuertes y dio conciencia de lo que es y vale la solidaridad. (...)

Esta fuerza nueva del proletariado debe encontrar un lazo de unión con las millares de mujeres trabajadoras que permanecen en sus casas puestas al quehacer doméstico y que son las mujeres, madres y las hermanas de los huelguistas.¹⁸

De acuerdo con el análisis de *Spartacus*, el proceso de industrialización había ido creando “una clase obrera cada vez más compacta, formada en parte por obreros de ambos sexos arrastrados en masa a una explotación brutal y despiadada”.¹⁹ El objetivo consistía en quebrar la brecha existente entre la incorporación masiva de la mujer a ciertas ramas del proceso de

producción y su participación real en el movimiento obrero. En cierta medida, Spartacus compartía la desconfianza de las anarquistas más radicalizadas acerca de la posibilidad de que la emancipación femenina llegara como una generosa dádiva otorgada por los varones que tenían a su cargo la gestión de la lucha obrera. Por el contrario, estas luchas se presentaban como una ocasión inmejorable para que las mujeres pudieran ingresar en las organizaciones y ganar velozmente experiencia en el terreno sindical. Esta inclusión en los combates proletarios, que le otorgaban a las mujeres una visibilidad pública a partir de la cual sus reclamos podían comenzar a ser escuchados, se convertía en la única garantía de una emancipación real. Por esta razón, en las páginas del periódico el protagonismo de la mujer en la lucha era habitualmente puesto de relieve. Dentro de su seguimiento del proceso revolucionario español, Spartacus no olvidó destacar el importante rol que jugó la mujer en la guerra contra el fascismo: “No sólo los hombres ganaron las batallas. Su compañera, la mujer, ha querido en estos momentos de abnegación ayudarlos con las armas en la mano”.²⁰ Pero no sólo en la península ibérica la mujer tomaba parte activamente del movimiento antifascista. El periódico del grupo también rescataba la experiencia de las mujeres argentinas que llevaban adelante la lucha contra el fascismo.²¹

En el caso de los obreros de las fábricas de pintura, las trabajadoras aparecen, desde título mismo de la nota, formando parte del núcleo fundador de la organización: “En la actualidad hay 200 afiliados, de los cuales una cuarta parte son mujeres, las que en su casi totalidad se han demostrado entusiastas participantes de la organización sindical”. En otra ocasión fueron las obreras de la fábrica Maggiorini las que concitaron enormes elogios por su capacidad combativa: “conocemos cómo os habéis mantenido sin vacilar ni ceder ante los desmanes y la violencia cobarde de la policía, y ante las propuestas de arreglo insinuadas por medios indirectos”.²² Irreductibles a las coacciones y los sobornos, las trabajadoras, en su combinación de honestidad y lucha, expresaban las mejores características del nuevo proletariado industrial. En otro ejemplo, las obreras aparecen rebelándose a la conducción burocrática de su gremio. Es el caso de la fábrica La Algodonera Argentina. Allí los trabaja-

dores “abandonados por la UOT y amenazados por su secretario, rompieron el cerco de traición y solos, con sus propias fuerzas (...) organizaron la lucha y recabaron la solidaridad de otras fábricas”.²³ Las denuncias contra La Algodonera Argentina, escritas bajo la firma de “una joven obrera”, habían sido frecuentes y el grupo parecía poner especial énfasis en la agitación alrededor de las malas condiciones laborales de la fábrica. El particular seguimiento de las noticias referentes a este establecimiento parece indicar que allí existía una pequeña fracción de simpatizantes del espartaquismo. La Algodonera Argentina empleaba a 2.220 personas y estaba situada en Giribone y Álvarez Thomas, en Chacarita, el barrio donde estaba ubicada la principal seccional de la UOT. Las denuncias apuntaban a señalar los malos tratos, las estafas en el pago de salarios y las persecuciones sufridas por las trabajadoras. La estafa consistía en pagar menos horas de las trabajadas. La “joven obrera” que firma la nota señalaba que “cuando un obrero u obrera se enferma debe continuar atendiendo la máquina” y daba los nombres de los capataces que ejercían una férrea disciplina sobre las trabajadoras: “La capataza Ángela también persigue a las obreras dignas. El 27 de octubre suspendió a la obrera chapa N° 123. Así le hizo perder la máquina por no dejarse pisotear en su dignidad proletaria”.²⁴ Es importante resaltar que se trata de un conflicto al interior del mismo género atravesado por relaciones desiguales de poder. El pequeño ejemplo de la fábrica textil servía para reforzar las tesis anarquistas acerca de que la verdadera emancipación femenina no debería contentarse solamente con la igualdad de posibilidades de una promoción hacia las cumbres del poder, sino que implicaba la necesidad de abolir las jerarquías para evitar la reproducción de una situación análoga a la existente.

En un artículo posterior –firmado esta vez por “una obrera de La Algodonera Argentina”– se criticaba la connivencia con la patronal de los dirigentes socialistas de la UOT, “que tenían una fuerte base en esta empresa”. En la nota se sostenía que la mayoría de los trabajadores se negaba a cotizar en el sindicato por culpa de la inoperancia de los sindicalistas para defender sus derechos. Uno de los principales reclamos giraba alrededor de los descuentos compulsivos para una mutual creada por la

patronal: “los beneficios que ella nos reporta es una atención médica que hay que pedirla casi por favor, y en caso de enfermedad prolongada un subsidio de 0,40 diarios para las menores y 0, 80 a las mayores, pero para conseguirlo hay que llenar una cantidad desesperante de requisitos”.²⁵ El sindicato textil se encontraba dividido desde 1929 entre los socialistas de la Federación Obrera Textil (FOT) que se convirtió a partir de 1934 en la UOT y los comunistas de la Federación Obrera de la Industria Textil (FOIT). Los socialistas tenían predominio en las fábricas de la zona de Barracas y Chacarita y los comunistas en Villa Crespo y Villa Lynch. La división duró hasta 1936 cuando los comunistas, siguiendo la táctica del frente popular, decidieron disolver la FOIT e ingresar en la UOT. En 1938 se elige una conducción consensuada mixta y un año después los comunistas, en alianza con el Partido Socialista Obrero, se alzan con la dirección del gremio. La UOT acompaña el proceso de crecimiento de la industria textil, que gozaba de protección aduanera, y pasa de 1.500 afiliados en 1935 a 5.200 en 1938. Un crecimiento relativo mayor al experimentado por el total de los trabajadores del ramo, que pasaron de 52.500 en 1935 a 103.000 en 1943.²⁶ Con 53.200 trabajadores, la rama textil era también la que más obreros empleaba en la Capital Federal. Según *El Obrero Textil*, vocero del sindicato, la mano de obra estaba compuesta por mujeres y jóvenes en una proporción que superaba los dos tercios.²⁷ Esta estructura sindical la convertía en una organización que se ajustaba a la perfección a los objetivos propagandísticos de Spartacus.

Pese a su intensa preocupación por la cuestión de la mujer, Spartacus eludía tratar el conflictivo tema de las relaciones de dominación en el interior del espacio doméstico. Esto queda en evidencia en la descripción de la vida cotidiana de la mujer proletaria:

Estamos en la casa, en el inquilinato, entre la cocina, la pileta de lavar y nuestros sufrimientos y nuestra amargura no trasciende al mundo exterior, ella queda perdida, oculta entre lo que constituye nuestra intimidad y nuestro mundo: la pileta, la cocina, los hijos. (...)

Ésa es nuestra elemental contribución a la vida social. Pero

debemos saber cómo está organizada la vida y por qué lo está así. Tenemos el deber de preguntarnos y saber por qué nos explotan, por qué nos roban, por qué nos hambreadan.²⁸

Si Spartacus pudo dar cuenta del surgimiento de una nueva clase de conflictos, aquellos que se producían al interior del género femenino y que eran producto de una cierta posibilidad de promoción social de la mujer, evitó expedirse sobre otros de vieja data: los conflictos domésticos sobre los que habían hecho hincapié los periódicos anarquistas femeninos. “Indefensas víctimas sin voz ni voto”, las mujeres sufrían en sus hogares por las penurias materiales producto de las relaciones de producción capitalistas. Pero ni el esposo, ni el hermano, ni el padre contribuían a aumentar este dolor. Por el contrario, en la imagen doliente de la mujer que se construye en el periódico, ésta sufría también por el ingrato destino que le había tocado a su compañero o a sus hijos. A diferencia de lo que sucedía con las mujeres burguesas, el trabajo, en el hogar o la fábrica, las hacía envejecer prematuramente: “nuestras mujeres no son seductoras. Envejecen pronto. Las marchita la pileta de lavar, el fregado, la máquina de coser”.²⁹ Según Spartacus, la brecha entre las clases era tan gigantesca que hasta el tiempo fluía de manera distinta. Más lento para el burgués y desembozadamente veloz en el caso del proletario. Por esta razón, por ser un lugar en el que la brecha parecía angostarse, la condición de madre carecía de la relevancia que poseen los rasgos distintivos de la clase: “No nos basta con sabernos madres (madres lo son las burguesas, como las proletarias) si somos esclavas, oprimidas, explotadas, si uno solo de nuestra clase, hombre o mujer, es oprimido o explotado”.³⁰

Pero si Spartacus podía convocar a cuestionar las relaciones sociales generadoras de miseria, no se atrevió a hacer lo mismo con la división sexual del trabajo doméstico, que relegaba a la mujer a la pileta de lavar y la cocina. En ocasiones parecería que se insinúa la existencia de un ejercicio del poder contra la mujer en el hogar: “una revolución no es una revolución si no puede ayudar a las mujeres doble o triplemente oprimidas que el hombre, a encontrar el camino del desarrollo individual y social”.³¹ Si bien en este fragmento aparecía mencionada la doble

opresión a la que es sometida la mujer, sus características nunca eran enunciadas explícitamente y parecieran darse por sobrentendidas. Hay, por lo tanto, en Spartacus resabios de una visión un tanto idílica de la vida hogareña de los trabajadores. Para esta perspectiva, la única fuente de los problemas domésticos era la miseria producida por las condiciones de producción capitalistas que reducían a la mujer a una insoportable servidumbre. Si el anarquismo de los primeros treinta años del siglo XX había mostrado, como afirma Barrancos, una predilección por la crítica de lo instituido que lo llevó a impugnar hasta “los recónditos recintos de la vida privada”,³² Spartacus, en cambio, careció de la osadía para trasponer el umbral del hogar proletario.

5.3. LOS DESOCUPADOS

La Argentina no fue ajena a los efectos de la crisis del '29, que produjo una brutal caída en el precio de los productos agrícolas que se exportaban y generó una gigantesca masa de desocupados. Si en 1930 el valor de lo exportado alcanzaba a 537.000.000 de dólares oro, tres años después se redujo a 285.000.000. A la caída en el volumen de las exportaciones se le agregaba la veloz depreciación del valor de la tonelada exportada: de 90 dólares oro en 1930 pasó a menos de 40 en 1932.³³ La crisis afectó principalmente al campo. En una estadística criticada debido a que su método tendía a producir una subvaluación del fenómeno de la desocupación, la Dirección Nacional del Trabajo registraba, para 1933, 350.000 trabajadores desocupados, de los cuales el 21,20% correspondía al sector agricultura, ganadería y minería. La rama industrial más afectada era la construcción con el 12%. La situación llevó a la CGT a proponerle a la dictadura de Uriburu un plan de obras públicas que paliara el fenómeno de la desocupación. El plan se basaba específicamente en la construcción de caminos: “De esta manera el país tendría vías de comunicación seguras y rápidas, grupos de desocupados se desprenderían de las ciudades para internarse en el campo”.³⁴ El problema comenzaba a trastornar el paisaje de la ciudad con la aparición de los campamentos de

los sin trabajo. Martínez Estrada, atento auscultador de las mutaciones en la fisonomía urbana, registraba el fenómeno en *La cabeza de Goliat*:

[El desocupado] Rueda a los bordes de la ciudad. Fuera de la ciudad levanta su ciudad, fuera de la sociedad forma su sociedad. (...) Tuvimos en Puerto Nuevo una de esas ciudades y sociedades marginales. Levantaron habitáculos de hojalata y madera, como los que veinte años antes vio Clemenceau por los barrios de las Ranas y Nueva Pompeya, lo suficientemente altos y amplios para una persona sentada. A lo largo hubieran sido el ataúd.³⁵

Hacia 1932, se estableció la que fue considerada la primera villa miseria en la Capital Federal. Situada en el barrio de Puerto Nuevo fue bautizada con el nombre del flagelo que la había engendrado. “Villa Desocupación” o “Villa Esperanza”, como se la conocía popularmente, se convirtió en el símbolo de la crisis y la injusticia del régimen capitalista. “No se vivía en paz existiendo ellos. La conciencia del ciudadano satisfecho fabricaba sueños en vigilia en que aparecían esgrimiendo fantásticas armas; zunchos, trozos de hierro, piedras, avanzando sobre la ciudad como en una invasión de perros rabiosos”.³⁶ Estas figuras fantasmagóricas del imaginario burgués no tardaron en convertirse en realidad. En 1933, los habitantes de la Villa atacaron las Grandes Despensas Argentinas de Canning y Paraguay al grito de “queremos comer”. Luego, los saqueos continuaron por varios comercios de la avenida Canning.³⁷ Lo que puede ser visto como la acción desesperada o espontánea respondía con precisión a las consignas lanzadas desde el periódico *El Desocupado*, órgano del Comité de Desocupados Puerto Nuevo y Palermo: “¡Apoderémonos de los depósitos de productos! ¡Ocupemos las casas desalquiladas! ¡Luchemos por pan, trabajo y vivienda, pero no pidamos limosnas!”.³⁸ En la organización de los campamentos de desocupados habían estado involucrados los anarquistas y comunistas que intentaron suscitar la solidaridad del movimiento obrero hacia los sin trabajo. El Comité de Desocupados de Puerto Nuevo, por su parte, no ocultaba sus vínculos estrechos con la FORA a quienes le agradecían el

respaldo a sus luchas. “Nosotros hemos hecho un llamado de solidaridad a la FORA porque sin los obreros combativos, que luchan con la acción directa, éramos una fuerza desconocida e impotente. La FORA no se hizo esperar, y ahora contamos con todo su apoyo para nuestras luchas”.³⁹

Spartacus compartía la preocupación de la central anarquista por organizar la lucha de los desocupados. El grupo intentaba evitar que la salida del trabajador de la esfera productiva fuera acompañada por una pérdida gradual de relaciones del movimiento obrero que lo aislara y dejase indefenso. Si esto se cumplía, las organizaciones de desocupados evitarían que los sin trabajo actuaran como “ejército de reserva” y pasaran a convertirse en una masa que presionaba por ingresar en la esfera de la producción poniendo en riesgo las luchas y los derechos adquiridos por el movimiento obrero:

Cada nuevo desocupado que pasa a engrosar el enorme ejército de los sin trabajo es un hombre más que se desplaza del seno de las organizaciones obreras y de sus luchas de carácter económico y político y escapa lógicamente a su control. El obrero desocupado va sintiéndose desvinculado de nuestros problemas. Dominado por la inactividad, desconcertándose frente a nuestras soluciones y dividiendo sus intereses de los naturales hermanos de clase.

En el interés de sus organizaciones [las del proletariado revolucionario], en el desarrollo de sus energías constructivas de la revolución, debe estar que esas masas humanas no se sientan desvinculadas, quebrantadas ni ausentes de nuestros problemas, y que por el contrario hallen en nosotros y en nuestras organizaciones la más amplia garantía de defensa, de recuperación de la vida social, de reintegro a un orden nuevo de trabajo y disfrute, de su capacitación para sumar su voluntad en la construcción de un amplio y libre régimen socialista.⁴⁰

La construcción de lazos de solidaridad entre las organizaciones de desocupados, calificadas de ámbitos de defensa naturales de los intereses proletarios semejantes al sindicato, era considerada una tarea de vital importancia para que sus reivindicaciones se empalmaran con las luchas de los trabajadores.

De esta manera, los desocupados al acompañar el proyecto del proletariado revolucionario contribuían a realizar la única solución verdadera al problema de la falta de trabajo: el control obrero de los medios de producción. La contradicción de los intereses de trabajadores ocupados y sin trabajo quedaba disuelta si ambos sectores se proponían la emancipación plena de proletariado. El resto de las propuestas no eran más que paliativos momentáneos que perpetuaban el estado de cosas:

[Los desocupados constituyen] una humanidad olvidada, despreciada, descontada de la vida. Y esta humanidad no desaparecerá jamás, por muchos platos de sopa que repartan las inefables damas de beneficencia, por muchos caminos que construyan los gobiernos (...) Esta humanidad va a desaparecer cuando desaparezca el sistema social que la ha creado.⁴¹

En una equiparación humillante, Spartacus incluía las propuestas de la CGT dentro del inocuo arco reformista en el que compartía posiciones con las tradicionales sociedades dedicadas a la caridad. De este modo, la “labor constructiva” del sindicalismo como amable consejero de los poderes estatales era puesta en ridículo por su ingenuidad política que le hacía perder de vista las raíces más profundas del problema.

La desocupación fue menguando a medida que en el transcurso de la década se acentuó el proceso de industrialización. Los datos oficiales indicaban las siguientes cifras para el índice de ocupación en la gran industria (base 1929 = 100). En 1932, había caído a 94, en 1935 fue de 113 y cuatro años después llegó a 132. El crecimiento fue tal que el gremio de la construcción, uno de los más afectados, consideró a mediados de 1941 que no existía la desocupación en las empresas de Capital y Gran Buenos Aires. Como es lógico, a la par de la caída de los índices de desempleo, la posibilidad y la necesidad política de organizar a los desocupados disminuyó también.

Los desocupados, las mujeres, los jóvenes, los campesinos, los trabajadores combativos de todas las tendencias políticas debían confluir en las masas proletarias, el sujeto revolucionario tal como lo concebía Spartacus. Los intereses de los componentes de las masas proletarias sólo se contraponían si se

actuaba de manera corporativa. Si por el contrario, se tendía a radicalizar las demandas de todos estos sectores, se produciría inevitablemente su convergencia en un proyecto revolucionario que tenía como horizonte la abolición del Estado y la liquidación del sistema capitalista. Al destacar este proceso de formación del sujeto revolucionario, los espartaquistas señalaban que “sólo los motines son empresas de partido; las revoluciones son obra de las masas”.⁴² De acuerdo con este análisis, la revolución no podía ser el producto del accionar de una única fracción política, ni siquiera del anarquismo, sino la obra colectiva de la actividad instituyente de las masas. Spartacus no consideraba necesario que para volverse revolucionarios los trabajadores debieran abandonar su identidad política para “convertirse” al anarquismo, sino que admitía que el ejercicio de las diferencias en el seno de las masas revolucionarias era un modo eficaz de prevenir la dictadura de partido. Al nivel de las bases, las diferentes opciones políticas no eran más los matices de un mismo proyecto de emancipación, que en la lucha se revelaba sintetizando todas las posiciones. Si existía la posibilidad de instalar una unidad de los trabajadores sin abolir las diferencias, era porque había “un lazo y un sentimiento que hace del proletariado de todos los países y todos los partidos una comunidad”.

NOTAS

¹ Sin título, en *Spartacus*, N° 4, 15/5/1935.

² Puede sostenerse que la mujer ingresa verdaderamente en la década del '30 en la industria. Algunos autores han puesto en duda la incorporación masiva de la mujer a la industria en los comienzos del siglo xx y afirman que se ha sobredimensionado la importancia de su participación en el proceso productivo. Véase María del Carmen Feijóo. “Las trabajadoras porteñas a principio de siglo”, en Diego Armus. *Mundo urbano y cultura popular*, Bs. As., Sudamericana, 1990.

³ Piotr Kropotkin. “A los jóvenes”, en *Panfletos revolucionarios*, Madrid, Ayuso, 1977, pág. 43.

⁴ “En los cuadros de las huelgas se está forjando la juventud proletaria”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.

⁵ “Las tareas de la juvenil obrera. Con los jóvenes obreros aserradores”, en *Spartacus* N° 8, 1°/5/1937.

⁶ *Ibid.*

- ⁷ “En los cuadros de las huelgas se está forjando la juventud proletaria”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- ⁸ “Muchachos en el taller. La explotación de los aprendices en el taller mecánico de la calle J. B. Alberdi N° 4851”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.
- ⁹ “El ejemplo de las obreras y obreros de las fábricas de pintura”, en *Spartacus*, N° 8, 1°/5/1937. La nota aparece bajo la firma de “Un obrero organizado”.
- ¹⁰ “Las tareas de la juvenil obrera. Con los jóvenes obreros aserradores”, en *Spartacus* N° 8, 1°/5/1937
- ¹¹ H. Badaraco. “Una hora decisiva para los trabajadores”, en *Claridad*, abril de 1936.
- ¹² “Llamado a los jóvenes obreros, campesinos y estudiantes”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938.
- ¹³ “Apareció aquello. (A los escarabajos de la idea)”, en *La voz de la mujer*, N° 2, 31/1/1896, incluido en *La voz del mujer*, Bs. As., Universidad Nacional de Quilmes, 1997, pág. 57.
- ¹⁴ Dora Barrancos. “Mujeres de *Nuestra Tribuna*: el difícil oficio de la diferencia”, en *Mora*, Bs. As., N° 2, noviembre de 2000, pág. 136.
- ¹⁵ Juana Rouco Buela. *Historia de un ideal vivido por una mujer*, Bs. As. Edición de la autora, 1964, pág. 54.
- ¹⁶ María del Carmen Feijóo y Marcela Nari. “Imaginando al lector/a de *La voz de la mujer*”, en Lea Fletcher (comp.), *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, Bs. As., Feminaria, 1994, pág. 281.
- ¹⁷ J. Andreu, et al, “Introducción” en *op. cit.*, pág. 17.
- ¹⁸ “La huelga unifica y engrandece a la mujer explotada”. en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935
- ¹⁹ “Llamado a los jóvenes obreros, campesinos y estudiantes”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938.
- ²⁰ “Mujeres heroicas del proletariado español”, en *Spartacus*, N° 8, 1°/5/1937. La nota está firmada por Lola González.
- ²¹ “Obreras contra el fascismo”, en *Spartacus*, N° 8, 1°/5/1937.
- ²² “A las proletarias en huelga, a los trabajadores de la zona”, panfleto del Centro Obrero Spartacus de San Martín, 19/4/1936.
- ²³ “En “La Algodonera Argentina” 3.000 obreros han ido de nuevo a la huelga, exigiendo el aumento de sus miserables jornales”, en *Spartacus*, N° 10, 10/9/1937.
- ²⁴ “Régimen de cuartel, estafa en el pago, jornal de hambre. La Algodonera Argentina”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935. La nota es firmada por “Una joven obrera”.
- ²⁵ “En la Algodonera Argentina es ya insoportable la explotación”, en *Spartacus*, N° 8, 1°/5/1937.
- ²⁶ Torcuato S. Di Tella. “La Unión Obrera Textil 1930 – 1945”, en Torcuato S. Di Tella (comp.). *Sindicatos como los de antes...*, Bs. As, Biblos, 1993, pág. 186.
- ²⁷ Citado en T. S. Di Tella. *op. cit.*, págs. 173-174.
- ²⁸ “Ahora vemos claro”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.
- ²⁹ “Nada nos iguala, todo nos separa: nuestra ciudad no es la de ellos”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.
- ³⁰ “Ahora vemos claro”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.

- ³¹ Suelto con un fragmento de *El amor en libertad*, del novelista ruso Lev Guomileski, en *Spartacus*, N° 8, 1º/5/1937.
- ³² Dora Barrancos. “Anarquismo y sexualidad”, en Diego Armus (comp.). *Mundo urbano y cultura popular*, Bs. As., Sudamericana, 1990, pág. 17.
- ³³ Raúl Scalabrini Ortiz. *Política británica en el Río de la Plata*, Barcelona, Editorial Sol 90, 2001, pág. 200.
- ³⁴ “La CGT ha hecho una declaración de propósitos”, en *El obrero ferroviario*, N° 195, 16 de diciembre de 1930, incluido en R. Reinoso, *op. cit.*, pág. 19.
- ³⁵ Ezequiel Martínez Estrada. *La cabeza de Goliat*, Bs. As., Losada, 1983, pág. 327.
- ³⁶ E. Martínez Estrada. *op. cit.*, pág. 326.
- ³⁷ Iñigo Carrera, N., *op. cit.*, pág. 53.
- ³⁸ *El desocupado*, N° 1, marzo de 1933.
- ³⁹ “A los desocupados de la ciudad y el campo”, en *El desocupado*, N° 1, marzo de 1933.
- ⁴⁰ “Los que son olvidados. Derecho al pan y la salud para el obrero desocupado”, en *Spartacus*, N° 5, 1º/5/1935.
- ⁴¹ *Ibid.*
- ⁴² “Enseñanzas del octubre español”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.

6. SPARTACUS Y EL MARXISMO

6.1. LOS ALCANCES DE LA INFLUENCIA DEL ESPARTACUISMO ALEMÁN

Spartacus no fue la primera agrupación anarquista en mostrar admiración por los revolucionarios comunistas. Ya a fines de la década del '10, la revolución rusa había provocado una crisis en el movimiento libertario con el surgimiento de los anarcobolcheviques, que a través de su periódico, *Bandera Roja*, expresaban un apoyo incondicional a los dirigentes comunistas rusos. Posteriormente, la dura represión de los bolcheviques contra el ejército machnovista y el soviét libre de Kronstadt contribuyó a reactivar un fuerte rechazo al marxismo que se remontaba a la época de la Internacional, y a identificarlo inmediatamente como una ideología autoritaria. Los sucesos de mayo del '37 en Barcelona no hicieron más que reavivar estos viejos rencores aplacados circunstancialmente por la lucha antifascista. El balance de Abad de Santillán sobre la situación del régimen soviético resume en gran parte cuál era la opinión predominante entre los anarquistas: “la revolución rusa destruyó las viejas formas capitalistas; llevó a la ruina al capital privado, pero dejó en pie a la máquina estatal y el capitalismo arrojado por la ventana volvió dos años más tarde por la puerta”.² En esta dilación a la hora de destruir el aparato estatal se fundaba uno de los puntos que habían separado históricamente el anarquismo del marxismo: la cuestión de la abolición o la extinción del Estado.

El grupo de Badaraco tampoco fue el primero que editó en la Argentina una publicación llamada *Spartacus*. En 1919 existió en Buenos Aires un periódico con ese nombre dedicado a exaltar al régimen soviético y difundir el proceso revolucionario europeo. Aquella primera *Spartacus*, cuyo subtítulo era “Documentación maximalista”, tenía una marcada línea leninista, que hacía hincapié en refutar las críticas de la propaganda adversa a la revolución, exhibiendo la opinión de terceros imparciales o desmintiendo ciertos rumores, como por ejemplo el asesinato de Kropotkin a manos de los bolcheviques, que

circulaban internacionalmente en aquella época. Si bien eran conocidas las diferencias que, al menos desde la publicación en 1904 del artículo “Problemas de organización de la socialdemocracia rusa”, separaban a Rosa Luxemburg de las concepciones leninistas, el hecho de que todavía no se hiciera público su texto más crítico hacia los bolcheviques, le permitía a la revista compatibilizar sin mayores contradicciones textos provenientes de comunistas alemanes y rusos.

La revolución rusa, precisamente, constituyó uno de los puntos en que las posiciones de la Alianza Obrera Spartacus y el Spartakusbund se encontraron más cercanos. Desde *Spartacus* se consideraba a la crítica de Rosa Luxemburg del primer Estado socialista como un aporte valioso al esclarecimiento del derrotero del proceso revolucionario soviético. Por esta razón, el periódico publicó completo, bajo el título “La atmósfera pública de la revolución proletaria”, el apartado de *La revolución rusa* dedicado a considerar “el problema de la dictadura”. El folleto, escrito por Luxemburg mientras estaba en la cárcel en 1918,² hacía un análisis crítico del proceso soviético y advertía a Lenin y Trotsky sobre el rumbo autoritario que tomaba el gobierno bolchevique. Es en este texto en donde Rosa expresó su famosa frase: “la libertad es siempre y exclusivamente libertad para el que piensa diferente”. A lo largo del artículo se exponían los defectos del proceso dirigido por los bolcheviques y se preveía que las medidas restrictivas de las libertades públicas tendrían como consecuencia la formación de una clase burocrática y la corrupción del régimen. Luxemburg acusaba a los líderes revolucionarios rusos de restringir la vida política, de provocar la muerte de las energías revolucionarias y el sabotaje a toda iniciativa espontánea de las bases: “al excluirse la democracia, se cierran las fuentes vivas de toda riqueza y progreso espirituales”.³ La represión apuntaba, entonces, no sólo a la destrucción de las instituciones políticas de la democracia burguesa (la Asamblea Constituyente, disuelta por los bolcheviques) sino también al deterioro de la vida política de los soviets, a los que Rosa Luxemburg consideraba una auténtica creación proletaria. El mismo proceso por el cual se había destruido a las formas políticas heredadas de la burguesía amenazaba ahora con po-

ner fin a la acción contrainstitucional de los consejos de obreros y soldados:

En lugar de los organismos representativos surgidos de elecciones populares generales, Lenin y Trotsky implantaron los soviets como única representación verdadera de las masas trabajadoras. Pero con la represión de la vida política del país en el conjunto del país, la vida de los soviets también se deteriorará cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y reunión, una libre lucha de opiniones, la vida muere en toda institución pública.⁴

Llegado a este punto del proceso, el escenario se mostraba propicio para el ascenso de una burocracia que, una vez sofocadas todas las libertades políticas, se transformaba en el único “elemento activo”. Como dice la propia Luxemburg, el remedio bolchevique era peor que la enfermedad de la representación burguesa que pretendía curar. La acción instituyente de las masas no era infalible –como tampoco lo era la política de los bolcheviques– pero la verdadera solución no pasaba por su confiscación en beneficio de una nueva clase dominante, sino en su potenciación a través de una “irrestricta libertad de prensa y reunión” y una “libre lucha de opiniones”. De esta manera, la actividad instituyente podría corregir sus propios errores. Lourau ha señalado con precisión cuál era el punto central de discordia en la polémica entre los espartaquistas alemanes y los bolcheviques: “según Rosa Luxemburg, tanto como Trotsky, las instituciones democráticas revelan una carencia. Pero éste opina que tal carencia las condena, mientras que aquélla la considera, por el contrario, como la condición del despliegue de las fuerzas instituyentes”.⁵

Para Spartacus, los sucesos transcurridos durante los 18 años posteriores a la muerte de Luxemburg no habían hecho más que agudizar aquellas tendencias totalitarias que la espartaquista apenas había llegado a esbozar. A mediados de los treinta, y a la luz de los procesos de Moscú, no cabía ninguna duda que el régimen soviético era una burocracia, una dictadura de partido que sometía al “heroico proletariado ruso” en su propio nombre. El grupo no negaba la enorme significación histórica que

había tenido la revolución rusa, pero advertía seriamente, tomando en cuenta el ejemplo soviético, sobre las desviaciones en que podía incurrir un proceso revolucionario guiado por el principio de la conquista del poder estatal:

Todo régimen revolucionario que se deslice, por incapacidad o pasividad política de los trabajadores mismos, a la dictadura de partido y haga de la toma del aparato del poder de Estado por ese mismo partido la cuestión inmediata y central del éxito y el desarrollo revolucionario, abre un camino a la reacción y a la guerra civil entre fracciones revolucionarias.⁶

De acuerdo con este análisis, la dictadura del proletariado, al ser una concepción demasiado ambigua, devenía de modo casi inexorable en dictadura de partido. Por esta razón, como sostenía Erich Mühsam, “los anarquistas hacen muy bien en abstenerse en lo posible en usar la expresión dictadura del proletariado”.⁷ Sin embargo, el anarquista alemán admitía que era necesario el ejercicio pleno del poder de la clase revolucionaria en el período de lucha contra la burguesía, pero que, simultáneamente, se debía estar alerta ante la posibilidad de reconstrucción del poder estatal por parte de una las fracciones involucradas en el proceso, y el consiguiente peligro de que este poder se elevara por encima de los órganos revolucionarios proletarios. Finalmente, Mühsam señalaba que para los marxistas-leninistas la dictadura del proletariado no era otra cosa que “la dictadura del ejecutivo marxista, la dictadura en última instancia del partido (...) Tal dictadura no allana el camino para la supresión de las clases, sino que, al contrario, dirige las nuevas formas de la explotación antisocialistas”. Para evitar los malentendidos que presentaba la fórmula sobre la dictadura del proletariado, que podía ser fácilmente desviada hacia la dictadura de partido (“la gangrena de la revolución”), el grupo afirmaba que el poder popular debía ser ejercido a través de una democracia revolucionaria. Tal como había sucedido en los soviets originales, a los que Spartacus también reivindicaba, la democracia revolucionaria posibilitaba la expresión del disenso, la anulación de las diferencias entre proletarios y burócratas, y la participación abierta en la discusión y

toma de decisiones. La democracia revolucionaria, caracterizada por ser “extensa, ágil y continuamente revocable”, permitiría que “todos los partidos, las organizaciones y las fracciones puedan experimentar y establecer una creciente convivencia socialista de libertad y el nexo económico y político de la revolución”.⁸ Según Spartacus, en la Rusia soviética esta posición había estado representada por los anarquistas de Kronstadt y Ucrania, que habían sido aplastados por las fuerzas bolcheviques mientras luchaban por la instauración de una democracia revolucionaria.

A pesar de las divergencias en cuanto a la valoración de las instituciones burguesas, existía una importante coincidencia en el análisis de las causas que transformaron el régimen soviético en la dictadura burocrática. Si bien, a diferencia de Rosa Luxemburg, Spartacus rechazaba referirse a la dictadura del proletario por considerarla ambigua; el contenido que Luxemburg le adjudicaba a la dictadura del proletariado no está lejos del que los espartaquistas locales le adosaban a su noción de democracia revolucionaria. Como ellos mismos reconocían, era en la doble crítica al reformismo socialdemócrata y a las tendencias autoritarias de los bolcheviques en donde se halla el mayor grado de afinidad entre ambos grupos: “en cierta medida el nivel crítico de Rosa Luxemburg sobre la función de la dictadura del partido y las condiciones de una verdadera y profunda revolución proletaria –encaminada resueltamente hacia el socialismo– es común a los anarquistas”.⁹ El otro rasgo de identidad estaba dado por la confianza en la capacidad creadora espontánea de las masas proletarias.

Spartacus se valió también de la crítica de Luxemburg para hacer frente a fenómenos novedosos sobre los cuales los anarquistas no se habían puesto a teorizar con demasiado rigor. No es difícil observar que varios artículos de *Spartacus* abrevaban en textos de Rosa sobre la burocratización del movimiento obrero, la expansión monopolista y el fenómeno imperialista. Es también evidente que la influencia de los revolucionarios alemanes no llegó hasta el punto de hacerle abandonar la táctica de la acción directa y el antiestatismo radical característico del anarquismo. Si en el Congreso Espartaquista de fines de 1918, Rosa Luxemburg había proclamado la nece-

sidad de participar en las elecciones y conquistar bancas en la Asamblea Nacional para poder apoyar desde allí la ineludible lucha en las calles, posición que Liebknecht compartía, para la Alianza Obrera Spartacus la vía electoral estaba vedada por considerar que sólo servía para desviar las fuerzas del proletariado y permitir su captación hacia fines reformistas: “no se trata de ir al parlamento de la burguesía (...) Se trata de oponer al parlamento de la burguesía el parlamento de los trabajadores”.¹⁰ El grupo de Badaraco era consciente de estas divergencias que lo separaban del espartaquismo alemán y admitía “las formales diferencias que nos separan de una parte de sus conclusiones”.¹¹ Los anarquistas no ignoraban tampoco la escasa simpatía que despertaban entre los comunistas alemanes. La propia Luxemburg había dirigido una larga diatriba contra ellos en “Huelga de masas, partidos y sindicatos”, caracterizando a esta tendencia como “el estandarte ideológico del *lumpemproletariado* contrarrevolucionario”.¹² A pesar de esto, no dejaban de considerarla una “admirable militante del proletariado internacional” y a Liebknecht como “la eterna e inmaculada columna del proletariado: internacionalismo proletario”.

Es precisamente este último aspecto, la intransigencia respecto del internacionalismo, el más relevante a la hora de desentrañar el alcance de la influencia de los alemanes en Spartacus. La admiración de Badaraco hacia la figura de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht no se debía tanto a su aporte teórico a la revolución socialista, sino que se trataba de una admiración por el sustento ético de una acción política que, a contramano de la claudicación de la izquierda occidental, continuó fiel a uno de los más importantes principios del proyecto socialista originario. Porque si bien, como señala Ernest Mandel, algunas de las concepciones de la revolucionaria alemana pudieron ser erróneas y estar escasamente desarrolladas, “la potencia intelectual y el hálito revolucionario de Rosa Luxemburg se destacan mejor aún de la mediocridad de tantos ‘ortodoxos’ que permanecen en lo cierto”.¹³ Era esto lo que Spartacus destacaba al señalar que por encima de todo “nadie como ella tuvo una inalterable fidelidad sentimental, combativa y teórica con el proletariado”. Las afirmaciones de Romano vienen a

confirmar las raíces predominantemente éticas de la influencia del grupo marxista alemán: “Badaraco siempre tuvo admiración por la vida, por la conducta de Rosa Luxemburg y Carlos Liebknecht”.¹⁴ Bayer, por su parte, coincide al considerar que la simpatía hacia el Spartakusbund estaba dada “no por su base marxista sino por esa especie de radicalismo utópico que trataba de imprimir al proletariado alemán la pensadora asesinada en Berlín”.¹⁵

6.2. LA RELACIÓN CON EL COMUNISMO ARGENTINO

Pese a que concordaban en la necesidad de reemplazar los antiguos gremios de oficios por federaciones de industria, la Alianza Obrera Spartacus y el Partido Comunista argentino tuvieron estrategias opuestas respecto de la institucionalización. El PC pugnaba por todos los medios lograr su inserción institucional y la de los sindicatos que dirigía, mientras que el grupo anarquista quería mantenerse al margen, junto con los gremios en que poseía influencia, de cualquier reconocimiento estatal. Esto provocó no pocos conflictos en el interior de los gremios en los que ambas agrupaciones convivían. Las tensiones se acrecentaron a partir de 1935 con la adopción de la táctica del frente popular y con el debate alrededor del estatuto para el Sindicato Único de la Construcción.

Ante las críticas de sus compañeros de ideas, el grupo se escudaba en un texto de Fabbri, para justificar su unidad de acción con los comunistas. En el artículo, el italiano se expresaba contra la exagerada prevención de muchos anarquistas a actuar en común con los comunistas y recomendaba: “nosotros debemos evitar esos errores tácticos: tanto el de dejarnos atraer a la órbita marxista por la hostilidad estrepitosa de los corifeos de la contrarrevolución, como el de dejarnos contagiar tal hostilidad exagerando nuestra hostilidad al marxismo hasta olvidar las verdades parciales que en él se contienen”.¹⁶ El testimonio de Romano revela que la concepción de Spartacus acerca de cómo debía ser la relación con los comunistas se ajusta de modo bastante preciso a lo establecido por Fabbri: “[Badaraco] consideraba que los anarquistas no debían de ninguna manera

dar la espalda a situaciones sociales en las cuales el Partido Comunista tuviera una preponderancia notable; (...) claro, sin llegar a identificarse, porque no había motivo para identificarse ideológicamente con los comunistas”.¹⁷ Spartacus desafiaba, de esta manera, la cómoda actitud anarquista que se conformaba con tener la dirección ideológica de organizaciones con escasa influencia política, para salir a disputarle a los comunistas la conducción de un vigoroso movimiento de masas, y evitar que cayera bajo un proceso de institucionalización. Esta postura le valió, como se ha visto, la excomunión de parte de los sectores ácratas más intransigentes respecto de la colaboración con otras tendencias obreras.

Varios testimonios coinciden en señalar el respeto que despertaba entre los comunistas la figura de Badaraco, que había compartido con ellos cárceles y persecuciones, y siempre se había mostrado abierto al diálogo. No resulta sorprendente, entonces, encontrar palabras elogiosas hacia el dirigente anarquista en algunas autobiografías de militantes sindicales como Chiarante o José Peter. Este último, con quien Badaraco había compartido su primer encarcelamiento en Tierra del Fuego, destacó en un homenaje al anarquista: “nunca Badaraco dejó de intervenir para suavizar en lo que fuera posible la vida del cautiverio (...) por ello era muy querido por todos y por todos respetado”.¹⁸ Este reconocimiento hacia su principal orientador pudo haber facilitado la inserción del grupo en las organizaciones conducidas por comunistas.

La década del '30 fue una época de oro para el comunismo argentino. Si bien se encontraba bajo el permanente acecho de la represión estatal –en especial en la provincia de Buenos Aires, donde el gobierno de Fresco lo declaró ilegal y prohibió cualquier tipo de manifestación en su territorio– logró desembarcar por primera vez con amplio éxito entre la clase obrera. Hacia mediados de los treinta los comunistas dirigían varios importantes sindicatos: la FONC, la UOT, el Sindicato de Obreros de la Industria Metalúrgica, la Federación Obrera de la Alimentación y la Federación Obreros de la Industria de la Carne. También ganaban influencia en el movimiento contra el monopolio del transporte, y una vez estallado el conflicto en España realizaron numerosos actos de solidaridad con las fuerzas lea-

les. Como admite un militante anarquista de la época: “La gente del PC nunca dejó de moverse. (...) Los bolches no bajaron la guardia en ningún momento, y en ciertas oportunidades sufrieron más represiones y bajas que otros actores”.¹⁹ En coincidencia con esta opinión, José Aricó señala que dentro del proceso de unificación sindical producido en aquella década, las organizaciones de izquierda comenzaron a tener un peso creciente, en particular los comunistas, que sacaron a relucir “una capacidad desconocida para la construcción de estructuras sindicales modernas”.²⁰

Luego de la huelga de la construcción el proceso de persecución política se agudizó notablemente. El proyecto de ley de represión al comunismo era un síntoma de la preocupación estatal no sólo por el crecimiento del comunismo en los gremios, sino también por la evidente radicalización del movimiento obrero. Que el proyecto no fuera sancionado no evitó que el sindicalismo comunista recibiera su más duro golpe en 1937. Después de haber llevado adelante una nueva medida de fuerza, el gobierno de Justo les aplicó la ley de Residencia a los principales dirigentes de los albañiles. De esta manera, Guido Fioravanti, Pedro y Emilio Fabretti, Perrucione y Pini fueron entregados a la Italia de Mussolini. La decisión del gobierno desató una ola de protesta protagonizada por los sindicatos de la construcción. Sin embargo, no fueron pocos los que consideraron que no se hizo todo lo posible para evitar las deportaciones.

Además de la capacidad organizativa destacada por Aricó, el crecimiento de la influencia comunista en el movimiento sindical se debió en gran parte a la aceptación de colaborar con otras tendencias políticas. Entre el 25 de julio y el 21 de agosto de 1935, se celebró en Moscú el VII Congreso de la Komintern. Allí, a modo de respuesta tardía al avance del fascismo, se aprobó la táctica del “frente popular” mediante la cual se autorizaba a las secciones de la Tercera Internacional a formar alianzas con fuerzas políticas afines. En los países coloniales o semicoloniales, entre los cuales se incluía a la Argentina, el frente debía poner el énfasis en la lucha antiimperialista, mientras en las naciones más avanzadas se haría hincapié en el antifascismo. Esta modificación en la postura sectaria de los comunistas tuvo efectos

inmediatos en el sindicalismo argentino. Rápidamente, al conocerse la resolución, los gremios comunistas reunidos en Rosario disolvieron la pequeña central comunista, el CUSC, y aconsejaron a sus afiliados adherir a la CGT. La afiliación de los sindicatos comunistas a la CGT se demoró hasta después de la ruptura de los socialistas con los sindicalistas en diciembre de 1935. Luego de la división, los comunistas ingresaron a la CGT Independencia, comandada por los socialistas.

Spartacus realizó duras críticas hacia las tácticas comunistas del frente popular y al ingreso en la CGT socialista. Sobre la primera cuestión, el grupo sostenía la necesidad de realizar alianzas entre todas las fuerzas con participación del movimiento obrero (esto incluía a socialistas, comunistas, socialistas obreros, sindicalistas y anarquistas) excluyendo explícitamente a los partidos pertenecientes a la burguesía nacional de toda participación en ellas:

El proletariado revolucionario tiene su bandera y ella debe estar en el torrente obrero que llena la calle y la vida buscando un cauce. Pero esta bandera, además, no puede ser puesta en manos de la burguesía: aquellas reivindicaciones no pueden ser mistificadas y hechas girar en los alientos de un partido burgués, cualquiera sea él, a título de “un bloc de fuerzas democráticas” y de una salida salvadora a través del parlamentarismo y las fórmulas gubernamentales.²¹

El grupo veía con malos ojos las esperanzas puestas por el PC en que el abandono del radicalismo de su postura abstencionista posibilitaría la construcción del frente popular. Mientras tanto, los acercamientos entre los partidos opositores al régimen conservador llegaron a su punto más álgido el 1° de mayo de 1936 con un acto en el que participaron la CGT Independencia, el Partido Socialista, el Comunista, los demócratas progresistas y la UCR. Para Spartacus, puesto que la UCR no era más que el representante local del imperialismo norteamericano, de formarse el frente estaba condenado a carecer de todo rasgo antiimperialista y terminaría “hipotecando incondicionalmente la dependencia de la acción proletaria al programa de un partido burgués”.²² De acuerdo con los espartaquistas,

nada justificaba que, poseyendo “ilimitadas reservas de reacción”, la clase obrera renunciara a los objetivos de emancipación: “Nada hay que sea índice para que el proletariado postergue o no pueda darse un programa independiente. Ni su relación de fuerzas con las demás capas de la población, ni su supuesta inferioridad sindical respecto del volumen electoral de los partidos mayoritarios”. La táctica comunista sembraba, por lo tanto, la desconfianza de los trabajadores en sus propias fuerzas y los desviaba de sus objetivos históricos más anhelados.

El balance de la experiencia histórica de los frentes populares tampoco podía ser presentado por los comunistas como una prueba exitosa. Spartacus recordaba que “el triunfo de las izquierdas no le ahorró al pueblo ibérico tener que recurrir a las armas”.²³ Puesto que “los fines e intereses del proletariado nada tienen en común con el capitalismo”,²⁴ no había ninguna posibilidad de conciliar, aunque fuera transitoriamente, los intereses de la clase obrera y la burguesía nacional. Por otra parte, los espartaquistas consideraban que la lucha antiimperialista debía marginar a la burguesía nacional no sólo para que los obreros no fueran desviados de su fines anticapitalistas, sino porque los intereses de ésta “se han ido ligando hasta hacerse comunes con el capitalismo extranjero a través de la política financiera de las potencias imperialistas con grandes y arraigados intereses en el país”.²⁵ La imposibilidad de discernir los intereses de la burguesía nacional de los del capital extranjero hacía que no hubiera dudas acerca de que la lucha de los trabajadores debía ser anticapitalista y antiimperialista a un mismo tiempo. Contra “la farsa de los partidos de la liberación nacional”, el grupo se proponía recuperar uno de los más olvidados principios fundamentales del movimiento obrero: el internacionalismo proletario.

El viraje de los comunistas –que pasaron de catalogar a candidato presidencial oficial, Roberto M. Ortiz, como “el candidato de la oligarquía” a considerarlo, luego de su triunfo, “un demócrata moderado”– fue tomado con más sorna que indignación por parte de los esparquistas. En el IX Congreso del PC celebrado en enero de 1938, se había expresado el apoyo al presidente electo “en todas las medidas tendientes a devolver al país a la normalidad constitucional”. Al mismo tiempo, se rea-

lizó un llamado “a los restantes partidos democráticos a que depusieran la política de oposición sistemática y que sellasen la unidad de las fuerzas democráticas para levantar una valla a las fuerzas reaccionarias”.²⁶ Todo da a entender que esta vez se incluía dentro de “las fuerzas democráticas” a la fracción oficialista liderada por Ortiz. Ante el repentino cambio, Spartacus denunció que se trataba de una muestra más del “repugnante oportunismo político” del PC y se lamentaba irónicamente por la suerte de las instituciones: “¡Pobre democracia burguesa; que a la hora de su muerte le hayan salido defensores tan infieles!”.²⁷

Los intentos de los militantes sindicales comunistas por hacer ingresar en sus gremios, entre los que se contaba la FONC en la que participaba Spartacus, a la CGT Independencia tampoco fueron bien recibidos por el grupo. Desde un comienzo, los dirigentes comunistas de la construcción habían expresado que la central con predominio socialista era “la verdadera central obrera”. Al abandonar los socialistas los reparos para el ingreso de los gremios comunistas, el Sindicato de Albañiles consiguió participar del Congreso Constituyente de la CGT Independencia realizado entre el 31 de marzo y el 2 de abril de 1936. Esta estrategia no era compartida por Spartacus, que consideraba al encolumnamiento detrás de una de fracciones burocráticas como poco beneficioso para el proletariado revolucionario. Estas divergencias no le impedían al grupo reconocer los méritos de los militantes sindicales comunistas. Pero también les advertía sobre los problemas que acarrearía poner, por encima de su fidelidad al movimiento obrero, la lealtad al partido:

A los obreros comunistas les decimos: recogemos de vosotros la tenacidad de que dais medida, vuestro celo por dotar al movimiento proletario de un lazo común, pero debemos señalaros que en las amplias filas de la clase explotada existe un deber de convivencia que exige que toda política de partido sea aclarada ante los trabajadores, debéis demandar del vuestro fidelidad a los compromisos que en el movimiento sindical habéis contraído desde la base, porque los queremos y no sujetos a una táctica dictada desde arriba, que a menudo os divorcia de trabajadores de otras tendencias.²⁸

El militante sindical comunista debía tener en cuenta que el movimiento obrero tenía sus propios intereses que no podían ser subordinados a las exigencias del partido. Spartacus, al convocar a los trabajadores a estar en alerta ante los intentos provenientes tanto del PC como de los socialistas por poner a los sindicatos bajo su control, colaboraba a crear una fuerte presión de la base para mantener a los sindicatos al margen de la política partidaria. Fue sin duda esta presión la que permite explicar por qué los socialistas y comunistas –una vez desplazados de la central obrera los sindicalistas, principales sostenedores de la necesidad de un movimiento obrero neutral en cuestiones políticas– mantuvieron en los estatutos de la CGT la cláusula que la declaraba independiente de “todos los partidos políticos o agrupaciones ideológicas”.²⁹

En los comienzos, cuando ambos sectores privilegiaban la necesidad de la unidad de los trabajadores de la rama industrial y poseían objetivos coincidentes sobre el antiimperialismo y el antifascismo, el grupo pudo convivir sin dificultades con los comunistas al interior de la FOSC. Posteriormente, la intransigencia contrainstitucional de Spartacus entró en conflicto con los esfuerzos de la mayoría comunista por lograr la personería jurídica de la FONC. El hecho de buscar la mediación de la Dirección Nacional del Trabajo provocó también serias fricciones con los espartaquistas. La aprobación del estatuto presentado por los comunistas para el Sindicato Único de la Construcción terminó provocando una crisis en el interior del grupo, que sería uno de los factores que contribuyó a su autodisolución.

NOTAS

¹ D. Abad de Santillán. “Menos anarquistas que Marx”, incluido en A. López. *op. cit.*, pág. 189.

² Rosa estuvo detenida desde 10 de julio de 1916 hasta el 8 de noviembre de 1918. *La revolución rusa* fue publicado recién en 1922, tres años después del asesinato de su autora.

³ Rosa Luxemburg. “La atmósfera pública de la revolución proletaria”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935

⁴ *Ibid.*

⁵ R. Lourau. *El análisis institucional*, pág. 88.

- 6 “Por qué no se expresan votos en contra en la Unión Soviética”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.
- 7 Erich Mühsam. “Los soviets vehículos de la revolución socialista”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935. El artículo está fechado en 1919. Mühsam fue asesinado por los nazis en prisión el 9 de julio de 1934.
- 8 “Por qué no se expresan votos en contra en la Unión Soviética”, en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.
- 9 Texto de presentación de “La atmósfera pública de la revolución proletaria”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- 10 “El deber del momento: objetivos precisos”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- 11 Texto de presentación de “La atmósfera pública de la revolución proletaria”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- 12 R. Luxemburg, *Obras escogidas*, vol. 1, pág. 136.
- 13 Ernest Mandel. “Prólogo”, en R. Luxemburg. *Introducción a la economía política*, México, Pasado y Presente, 1988, pág. 12.
- 14 N. Iñigo Carrera. “La Alianza Obrera Spartacus”, pág. 114.
- 15 O. Bayer. “Badaraco”, pág. 289.
- 16 Luigi Fabbri, “El ‘miedo’ al marxismo, fenómeno de desviación”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- 17 N. Iñigo Carrera, *op. cit.*, pág. 113.
- 18 Citado en Guillermo Bellomo. “Horacio Badaraco”, en *Diógenes*, Mendoza, año 6, N° 12, septiembre 1998, pág. 37.
- 19 L. Riera Díaz. *op. cit.* vol. 2, pág. 175.
- 20 José Aricó. “Los comunistas en los años treinta”, en *Controversia*, Nos. 2-3, diciembre de 1979, México.
- 21 “Partidos de la burguesía y fuerzas del proletariado”, en *Spartacus*, N° 10, 10/9/1937.
- 22 *Ibid.*
- 23 “Partidos de la burguesía y fuerzas del proletariado”, en *Spartacus*, N° 10, 10/9/1937.
- 24 “¡Basta de ‘Unión sagrada!’”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.
- 25 “Una sola salida para los obreros del transporte. Sentido real de la ley 12.311”, en *Spartacus*, N° 10, 10/9/1937.
- 26 Oscar Arévalo. *El Partido Comunista*, Bs. As., CEAL, 1983, pág. 40.
- 27 “De agente del imperialismo a demócrata moderado”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938.
- 28 *Ibid.*
- 29 H. Matsushita, *op. cit.*, pág. 167.

7. EL CAMINO HACIA LA AUTODISOLUCIÓN

En relación con la institucionalización, cabe destacar que este fenómeno no necesariamente acarrea la desaparición de una organización de características contrainstitucionales. La contradicción que implica la institucionalización como negación del proyecto original puede ser sobrellevada a través de lo que se denomina *efecto Mühlmann*. La mühlmanización es la realización simulada del proyecto originario que acompaña a su fracaso, la construcción imaginaria de la institución que viene a legitimar los cambios y las orientaciones contrarias al proyecto inicial del movimiento. El estancamiento del movimiento, la pérdida de su capacidad instituyente por un creciente proceso en dirección a su institucionalización, provoca que su profecía originaria se transforme en mito fundador de la institución: “El *efecto Mühlmann*, pronto o tarde, arrastra a las fuerzas sociales más revolucionarias a diluirse y negarse en forma tal que reproducen a las restantes fuerzas sociales institucionalizadas”.¹ Esta reproducción no se da sólo en el nivel de la ideología, como podría suponer un análisis centrado en el fracaso de la profecía, sino en todos los aspectos del fenómeno social. El pasaje de la profecía al mito tiene su correlato al nivel de las prácticas con la aparición de los ritos.

Existe para las organizaciones sociales que han verificado un grado importante de institucionalización una posibilidad opuesta a la que ofrece el efecto Mühlmann: la autodisolución. Llegado cierto punto, junto con la conciencia de la contradicción que implica la negación del proyecto original, aparecen las crisis, las disidencias y las fracciones. La autodisolución aparece como la desembocadura habitual de la dinámica instaurada en las organizaciones por un proceso de institucionalización. Luego de analizar a los situacionistas, los surrealistas y otros grupos de vanguardia, Lourau llega a la conclusión de que “todos, con estas u otras palabras, dicen: ‘constatamos que nuestra institucionalización fue demasiado lejos, tal que llegamos a un punto de negación del proyecto inicial’”.² Salida honrosa que no reniega ni tergiversa los orígenes del movimiento, la

autodisolución es en ciertas circunstancias la práctica más radical de la lucha antiinstitucional.

Parte de la especificidad de grupos como Spartacus es el carácter efímero de su formación que lo distingue de dos rasgos fundamentales de las instituciones: duración y continuidad. Su esencia es la oposición permanente a las instituciones y el Estado. Por ello, el terror de las formaciones sociales instituidas, la autodisolución, es el horizonte normal a través del que los grupos de vanguardia revelan su fuerza principal: la capacidad de escapar a las potencias de la institucionalización. Para la vanguardia, perdurar más allá del momento en que se ha verificado cierto grado de institucionalización no es un signo de fortaleza, sino por el contrario una demostración de la debilidad para reconocer el final de una experiencia de innovación que se adentra en los territorios de la estabilidad y la normalización. La autodisolución tiende a ocurrir en el momento de descenso de la curva de la capacidad instituyente del grupo: “todo sucede como si las formas vanguardistas funcionasen a manera de las *supernovas*, cuya explosión final sigue al período de mayor brillo”.³

7.1. SPARTACUS ANTE LA REVOLUCIÓN EN ESPAÑA

Las versiones dadas por los militantes de Spartacus señalan a la guerra civil española como un punto inflexión en la historia del grupo. Tanto Varone como Romano vinculan el final de la agrupación anarquista con la crisis producida luego del regreso de Badaraco desde España. La experiencia gubernamental no sólo había puesto a prueba los principios anarquistas, sino que también había sacado a relucir las discrepancias latentes en el seno de la organización.

Spartacus siguió con atención el proceso revolucionario español desde mucho antes del estallido de la guerra civil. El accionar de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), la principal organización anarquista del mundo, era un punto de obligada referencia para todos los militantes ácratas. Los espartaquistas contraponían implícitamente la actividad de la CNT a la de la FORA, mostrando en aquélla una actitud que,

sin perder su innegable vocación revolucionaria, se exhibía ajena a todo sectarismo y predispuesta a la modernización de las estructuras gremiales. En los textos espartaquistas subyacía la idea de que la experiencia de la central española demostraba que organizar los sindicatos por rama industrial no implicaba hacer abandono de ningún principio esencial del anarquismo.

En sus primeros números, la publicación del grupo se hizo eco de las polémicas desatadas por los levantamientos de octubre del '34. En aquel mes, el Partido Socialista, a través de su central sindical, la Unión General de Trabajadores (UGT), dispuso un huelga general en contra de la llegada al gobierno de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). El 6 de octubre la rebelión estalló simultáneamente en Cataluña y Asturias. Fue en esta última región la única en que la CNT tomó decididamente parte de las acciones. En el resto del país, la central anarcosindicalista se abstuvo de participar en conjunto con los socialistas, que habían sometido a la organización a una dura represión durante el lapso en que estuvieron en el gobierno. Por su parte, desde la dirigencia anarquista se negaba que la CNT se hubiera abstenido de actuar y se acusó a los socialistas de querer monopolizar el movimiento y mantener al margen adrede a las fuerzas confederales con el objetivo de eliminar los obstáculos a la toma del poder: “¿Se puede hablar de abstención de la CNT y censurarla por quienes van a la huelga sin advertirlo a nuestra organización?”, se preguntaba Abad de Santillán.⁴ Más allá de las interpretaciones, lo cierto es que la actitud prescindente de la CNT determinó el fracaso y rápido sofocamiento de la insurrección, con la excepción de Asturias, en donde los combates se prolongaron durante más de diez días. El resultado final del levantamiento fue: 3.000 obreros muertos, 7.000 heridos y más de 40.000 presos.⁵

A diferencia de los levantamientos anteriores, como los de enero de 1932 y diciembre del año siguiente, el de octubre de 1934 ponía en evidencia al mismo tiempo la necesidad de establecer algún tipo de alianza con otras fuerzas obreras y la escasa disposición entre los cenetistas, salvo los pertenecientes a Castilla y Asturias, para llevarlas adelante. En el seno de la organización comenzaron a alzarse voces a favor de un enten-

dimiento con la UGT. Esta posición fue resumida, con anterioridad a la insurrección, por Valeriano Orobón Fernández, que elaboró la consigna: “Alianza revolucionaria, sí; oportunismo de bandera, no”. Orobón Fernández declaraba, ya en febrero del ‘34: “La conjunción del proletariado español es un imperativo insoslayable si se quiere derrotar a la reacción. Situarse de buena o mala fe frente a la alianza revolucionaria es situarse frente a la revolución”.⁶ En lo inmediato, las previsiones del militante anarquista sobre la imposibilidad de que sólo una organización pudiera emprender la revolución, parecieron haber tenido en un principio escasa repercusión en el ámbito confederal.

Las páginas de *Spartacus* no fueron ajenas a la polémica desatada por el fracaso del levantamiento. El grupo destacó la necesidad de realizar un análisis crítico de lo sucedido porque los trabajadores desconfiaban de los movimientos que no hacen un examen de sus tácticas luego de una derrota. La postura de *Spartacus* se aproximaba bastante a la de Orobón Fernández. Se elogiaba la acción de los trabajadores asturianos de todas las tendencias que lucharon codo a codo, deponiendo las rivalidades ideológicas en pos de un objetivo común:

La cuenca asturiana o el resto de España donde esta síntesis revolucionaria se obtuvo por sobre las vacilaciones, demostraron, en el contenido de su lucha, en las consignas que se levantaron, que no eran el instrumento dócil de un partido ministerial o tropas de asalto lanzadas a un golpe fascista.⁷

Aunque para el grupo no cabían dudas de que el futuro de la revolución seguía en manos de la CNT, el levantamiento de octubre necesitaba que se reflexionara acerca de él para poder extraer algunas conclusiones aplicables a hechos futuros. En la evaluación de los espartaquistas, la central anarquista había tenido un error de interpretación del alzamiento. No vio en él un movimiento de masas con objetivos propios que sobrepasaban a las consignas de quienes habían lanzado la orden de la insurrección, sino solamente una acción sometida a los dictados del Partido Socialista que se proponía retornar por la fuerza al poder. No había sabido distinguir entre las bases socialis-

tas, que actuaron de acuerdo con su propio interés, con las direcciones burocráticas que buscaban “ensayar toda la gama de las combinaciones ministeriales y gubernativas en nombre y a espaldas del proletariado”:

El formidable error español estriba en haber superpuesto una cuestión sentimental a una cuestión de lógica revolucionaria, en no haber apreciado, con certero instinto de clase, la coyuntura que unía y hacía desembocar a los trabajadores contra la reacción, en haber subestimado, quizá por sobresaturación de energías, el paso pronunciado de las masas obreras socialistas al terreno de la insurrección.⁸

El error fundamental, entonces, era haber interpuesto “a las cuestiones fundamentales que hacían y conducían al desarrollo del proceso insurreccional accesorias cuestiones de fracción o banderismo revolucionario”. El grupo advertía que nada garantizaba que la CNT, de seguir cometiendo estos errores, continuara siendo una organización revolucionaria. Si bien el fracaso del levantamiento dejaba en claro que no habría en España revolución sin la CNT, Spartacus insinuaba que no había nada que impidiera que si la central anarcosindicalista se convertía en un obstáculo para la realización de las reivindicaciones de las masas, éstas la dejaran de lado y pasaran a constituir nuevas organizaciones revolucionarias. Luego del comienzo de la guerra civil, la mirada retrospectiva sobre la sublevación de octubre la señalaba cómo el último prolegómeno de las actividades que desembocarían en la revolución. En el marco de este debate, *Spartacus* publicó un polémico artículo de Abad de Santillán sobre las insurrecciones ibéricas. En el texto, titulado “La revolución ha perdido lo que tenía que perder”, el dirigente español reconocía que “el proletariado español ha perdido terreno”.⁹ Señalaba, además, “la revolución ha perdido lo que tenía que perder, la ilusión del triunfo repentino, por arte de magia como escena de teatro”. Estas expresiones suscitaron la reacción de González Pacheco, que en uno de sus *carteles* la emprendió duramente contra Santillán. Para el que había sido el principal referente de *La Antorcha*, la frase que daba título al artículo significaba: “los que yacen en los cementerios y cár-

celes por la intentona de Asturias, que revienten y se pudran por estúpidos”.¹⁰

Luego del estallido de la reacción popular al levantamiento fascista del 19 de julio de 1936, Spartacus decidió que debía enviar a uno de sus militantes a colaborar con el pueblo español. Como era previsible, la responsabilidad recayó en Badaraco. El principal dirigente de la agrupación había establecido contacto en la década de 1920 con quienes se convirtieron en los principales referentes de los milicianos anarquistas. En 1925, Buenaventura Durruti, Francisco Ascaso y Gregorio Jover se embarcaron hacia Buenos Aires para continuar con su “gira de expropiaciones” en América Latina. Una vez en la ciudad, asaltaron la sucursal San Martín del Banco Nación y la estación Primera Junta del subte línea A. Badaraco se encontraba entre los que ayudaron a los integrantes del grupo Los Solidarios. Cuando al año siguiente Durruti, Ascaso y Jover fueron detenidos en Francia acusados de conspirar para asesinar al rey de España, se generó un movimiento internacional de solidaridad por su libertad, que en la Argentina fue encabezado por *La Antorcha*. Desde las páginas de su periódico, *Spartacus* recordaba que diez años atrás sus militantes habían salido en defensa de los ahora líderes de las milicias libertarias, en momentos en que los sectores más moderados del movimiento libertario los acusaban de “anarcobandidismo”. El periódico recordaba que “al ser liberados expresaron su emocionado saludo en París y desde *Le Libertaire* a los camaradas de *La Antorcha* y el Comité Pro Presos Sociales que no vacilaron en la lucha por el rescate de estos admirables y ejemplares revolucionarios españoles”.¹¹ Sin dudas, un blasón que pocos podían ostentar.

Al llegar a España, Badaraco se estableció en Barcelona. Según lo acordado con Durruti, el espartaquista debía ocupar un lugar en el diario de la regional catalana de la CNT. Sin embargo, antes de recalar definitivamente en *Solidaridad Obrera*, Badaraco pasó por otros periódicos. Entre ellos, *Juventud Libertaria* y *Tierra y Libertad*, el órgano oficial de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) en Cataluña, dirigido por su compatriota, Jacinto Cimazo (seudónimo de Jacobo Maguid). Los roces con Cimazo, militante de la FACA, impidieron que su tarea como colaborador se extendiera por un lapso prolonga-

do. El propio Maguid confiesa en sus memorias haberle rechazado artículos “por su franco corte marxista”.¹²

Badaraco y Cimazo no fueron los únicos anarquistas argentinos en Barcelona. Jacobo Prince, perteneciente también a la FACA, ocupó un puesto de redactor en *Solidaridad Obrera*. Anita Piacenza trabajó en *Tierra y Libertad*. José Grunfeld, Antonio Casanova, Pedro Di Cesare, Laureano Riera Díaz y José María Lunazzi, entre otros, también fueron a luchar por la causa libertaria. Entre los anarquistas más reconocidos que viajaron a la península desde la Argentina se encontraban González Pacheco, que fue convocado por la CNT para dirigir su teatro y Simón Radowitzky, el legendario matador del coronel Ramón Falcón. Una vez instalado en *Solidaridad Obrera*, Badaraco escribió –utilizando como seudónimo “Ariel”, el nombre de su hijo– numerosas crónicas desde el frente retratando el ambiente de transformación en los pequeños pueblos. Dentro de sus funciones como cronista realizó una entrevista, firmada con su propio nombre, a Gregorio Jover, jefe de la División Ascaso en el frente de Aragón. Jover declaraba allí: “Nosotros aspiramos, en los frentes como en la retaguardia, a que los trabajadores sean fieles creadores de un mundo nuevo, y que su creación sea, lo más posible, en la medida de su capacidad y de fuerza proletaria y revolucionaria”.¹³ Mientras tanto, en Buenos Aires, Romano quedaba encargado de la publicación con la ayuda de Varone y Cabrera. El espacio dedicado a España ocupa en ocasiones la mitad de *Spartacus*. En su mayoría se trataba de notas enviadas por Badaraco desde el lugar de los hechos, aunque también hubieron textos de periódicos anarquistas españoles y artículos escritos por quienes se quedaron en la Argentina.

Al comenzar el conflicto, el grupo sostuvo que la revolución española era la concreción de todos sus presagios, la puesta en práctica de las alianzas obreras revolucionarias que buscaba impulsar entre los trabajadores argentinos. Nacidas como un movimiento espontáneo de las masas y no como la acción programada de un partido, la existencia de una organización como la CNT les había permitido dar el salto de la acción defensiva antifascista a la ofensiva revolucionaria. Si había habido una revolución era porque “existía firmemente en pie un enorme sector obrero y campesino educado en el anarcosindicalismo,

en una línea revolucionaria no quebrada jamás”. Aunque no por ello era despreciable el aporte de otras tendencias políticas, que no debían ser excluidas del proceso revolucionario:

Y por lo mismo que una revolución es obra de las masas, a ella confluyen las fuerzas de los sectores y las fuerzas políticas obreras de manera general y, a pesar de ser conducidas por finalidades distintas y ciertos principios ideológicos opuestos a ninguno de ellos puede serle negado el derecho de participar, enjuiciamiento y control revolucionario.¹⁴

Los anarquistas españoles habían aprendido la lección de octubre y ahora aceptaban colaborar con obreros de otras tendencias. El ejemplo de los trabajadores asturianos en aquellas jornadas se había finalmente expandido hacia todas las fuerzas confederales que no ponían trabas a la acción en conjunto entre las fuerzas políticas revolucionarias: “La formulación de las alianzas, alentadas a través del octubre asturiano, y hoy hecha realidad activa, aparece como fruto del instinto revolucionario certero de las masas”. Durante la guerra civil española se produjo un hecho inédito en el movimiento libertario internacional: los anarquistas pasaron a ocupar cargos gubernamentales. Los cenetistas adujeron, a favor de esta medida, que la destrucción del poder político terminaría por volverse en contra de la revolución al acrecentar el aislamiento internacional de España. La intención era mantener una fachada de gobierno democrático burgués para conseguir el apoyo de las potencias mundiales. García Oliver lo expresó sin tapujos: “debíamos dar la impresión de que los amos no eran los comités revolucionarios, sino el gobierno legal: pues si no no tendríamos nada de nada”.¹⁵ A pesar de su importancia vital para la lucha antifascista, la CNT obtuvo apenas cuatro ministerios de menor importancia en el gobierno central: Justicia (Juan García Oliver), Sanidad (Federica Montseny), Industria (Juan Peiró) y Comercio (Juan López). En tanto que las principales carteras continuaron en manos de los socialistas. La fórmula de transacción alcanzó también a las organizaciones nacidas al calor de los primeros días de lucha, como el Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, que

terminaron por ser disueltas en beneficio de la reconstitución del aparato estatal.

Los libertarios caían, de esta manera, en la trampa tendida por las fuerzas que deseaban detener el impulso revolucionario y aceptaban la falsa disyuntiva de privilegiar la revolución o la guerra. Como explicó Abad de Santillán luego de la derrota a manos de los fascistas: “sabíamos que no era posible triunfar en la revolución, si no se triunfaba antes en la guerra”.¹⁶ Esta concepción recibió numerosas críticas, entre ellas la de Camillo Berneri, para quien la profundización de las conquistas revolucionarias era la mejor garantía del triunfo en la guerra. El italiano escribía en abril del '37, cuando se empezaba a hacer evidente que la colaboración gubernamental no había dado los frutos esperados: “El dilema guerra o revolución no tiene ya sentido. El único dilema es éste: o la victoria revolucionaria sobre Franco gracias a la guerra revolucionaria, o la derrota”.¹⁷ González Pacheco planteó objeciones similares: “La disyuntiva era otra: ganando desde el gobierno desarmábamos de razón al anarquismo”.¹⁸

La actitud de la central sindical dio lugar a una gigantesca polémica en los ámbitos libertarios. Se constituyeron dos bandos. Los “principistas”, por un lado, y los “circunstancialistas”, por otro. Los primeros encontraron su principal bastión en las Juventudes Libertarias de Cataluña que rechazaban el abandono de las “principios y tácticas consubstanciales y permanentes” y la participación en los órganos estatales. Como señalaban en su periódico *Ruta*, en marzo del '37: “el dilema no es entre fascismo y democracia. No, la alternativa trágica (...) es el Estado o la revolución”.¹⁹ La segunda posición estuvo representada por la CNT y la FAI, que argumentaban que en vistas de la situación excepcional que implicaba la guerra antifascista se imponía “el sacrificio circunstancial de los principios”. Como señala Peirats, en los comienzos de la guerra las urgencias de la lucha mantuvieron latente el conflicto que estalló “a medida que iban acumulándose las decepciones políticas”.

Es posible encontrar en Spartacus, especialmente en los artículos escritos por Badaraco, un alineamiento con la segunda posición. El grupo adoptó la argumentación de la dirigencia cenetista: la participación en el gobierno no implicaba una con-

tradición con la trayectoria intachable de la CNT y se encontraba plenamente justificada por el desarrollo de los hechos:

El anarcosindicalismo no ha perdido ninguno de sus valores revolucionarios. (...) Le correspondía ir a las trincheras, participar del gobierno, ocupar puestos responsables en los organismos nacidos a través de la revolución y allí estuvo y está manteniendo en alto sus consignas anticapitalistas ante el block dirigente comunista y socialdemócrata que hacen votos por estancar la revolución sobre la línea de la restauración de la democracia burguesa.²⁰

Lejos de ser una defección a los principios esenciales del anarquismo, la participación en el gobierno intentaba conjurar la “contrarrevolución preventiva” llevada adelante desde el propio gobierno republicano contra las conquistas revolucionarias de las masas: “En las mismas filas de la república azañista se afilaron las armas del levantamiento que debía detener y ahogar en sangre el avance arrollador de millones de trabajadores”. Los espartaquistas insistían que no había contradicción entre lo resuelto con anterioridad y lo ejecutado luego de la guerra. De acuerdo con la visión del grupo, en lo referente al establecimiento de las milicias obreras, el accionar de la CNT no hacía más que aplicar lo resuelto por el V Congreso de la AIT. En aquella reunión, se había solicitado que las seccionales estudiaran “los medios para apoderarse de los stocks de municiones y armas, así como de las fábricas de material guerrero”.²¹

Desde *Spartacus*, no sólo se hizo un análisis político de la situación española, sino que también se le brindó difusión a la obra constructiva de la revolución explicando el proceso de socialización industrial y colectivización de la tierra. Un artículo aparecido en el número ocho, por ejemplo, contaba paso a cómo funcionaba la industria socializada del plomo en Barcelona. Se destacaba que la socialización había terminado “con los jornales de miseria (...) teniendo todo el personal de la CIPLO médicos y medicinas gratis, así como todos los seguros por accidente”.²² Como ha señalado Lourau, este proceso de socializaciones se “efectúa fuera de todo marco jurídico previsto y

garantizado por el Estado, guardián de lo instituido”.²³ Al tomar el control de los medios de producción y ponerlos a trabajar en pos de la desaparición del Estado, los revolucionarios españoles conseguían conjugar inextricablemente ambos momentos de la lucha antiinstitucional: la acción no institucional y la acción contrainstitucional. Esta última era llevada adelante con un fervor inédito que la distinguía, por su escala y profundidad en el cuestionamiento de lo instituido, de todas las experiencias anteriores. A pesar del entusiasmo de las bases, las contrainstituciones españolas cedieron también ante la potencia de la institucionalización producida por el Estado, al que la dirigencia anarquista se negó a dar el tiro de gracia: “la institucionalización del movimiento de las colectivizaciones, su negación, comienza en el verano de 1936 con la entrada de los líderes anarquistas en el Comité Central de la Milicias de Cataluña”.²⁴ La marea revolucionaria que producían las socializaciones a gran escala comenzaría un proceso de reflujo acelerado luego de mayo de 1937.

Los sucesos de mayo en Barcelona no hicieron más que poner en evidencia las tensiones existentes entre las diversas facciones del bando republicano. La refriega comenzó cuando guardias de asalto, en cumplimiento de una orden de incautación proveniente del Consejo de Seguridad Interior, atacaron el día 2 el edificio de la Telefónica, en manos de los anarquistas desde comienzos del conflicto bélico. Los disturbios generalizaron a toda la ciudad. Los comités libertarios y sedes de sindicatos fueron el blanco predilecto de las fuerzas oficiales. Desde las instancias superiores de la CNT se intentó una salida negociada y se realizaron varios llamados a un cese del fuego. El día 5 ambas centrales sindicales acordaron llamar a los trabajadores a reanudar las tareas. Sin embargo, la convocatoria no tuvo mayores repercusiones. Al día siguiente murieron en circunstancias parecidas, al atravesar con su coche una calle en la que se estaba produciendo un tiroteo, el dirigente de la UGT, Antonio Sesé y Domingo Ascaso, hermano de Francisco. En aquella jornada, el auto en que se desplazaba Federica Montseny, que había viajado a Barcelona para mediar entre las partes en conflicto, fue baleado desde una barricada oficial.

Las hostilidades se reanudaron entonces con mayor intensi-

dad. La CNT continuaba con llamados al cese del fuego que, ante las constantes provocaciones de las fuerzas gubernamentales, no eran acatadas por sus militantes. Luego de una semana de combates callejeros, el conflicto llegó a su fin: “De una parte y otra no había modo de que se pusieran de acuerdo para abandonar simultáneamente las barricadas. Al parecer el ejemplo lo dieron los confederales más que por espíritu de ejemplaridad por disgusto y abatimiento hacia lo que consideraban una claudicación revolucionaria suicida”.²⁵

Los resultados de los enfrentamientos tuvieron como víctima inmediata al Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), que fue perseguido con saña por las fuerzas gubernamentales hasta su desaparición. Las otras víctimas de la recomposición del poder estatal fueron las organizaciones revolucionarias libertarias. El Consejo de Aragón, que nucleaba a las colectividades campesinas, fue declarado disuelto el 19 de agosto por el gobierno central. Luego, las tropas comunistas al mando del general Líster se encargarían de disolver también a las propias colectividades. “Del 9 al 15 de junio fueron propinados dos nuevos golpes a las conquistas revolucionarias. Las célebres Patrullas de Control fueron disueltas y asimismo los comités de control obreros de las fuerzas armadas. (...) Por otra parte fueron incautadas por el gobierno las emisoras de radio de los partidos y organizaciones. De momento la sola emisora suprimida fue Radio CNT-FAI”.²⁶ Comenzaba la definitiva liquidación del movimiento libertario.

Las jornadas de mayo sirvieron para el ajuste de cuentas con reconocidos militantes revolucionarios. Tal fue el caso de Andréu Nin y Camillo Berneri. Los trotskistas denunciaron que en el asesinato del primero estuvo implicado Victorio Codovilla junto con otros argentinos. Como también señala Ernesto Goltar: “Codovilla no es ajeno al asesinato de Andréu Nin ni a la persecución contra el POUM”.²⁷ Los estalinistas habían planificado para Badaraco un final semejante al del dirigente marxista disidente. De acuerdo con el testimonio de Ángel Ortelli, militante comunista de la construcción que también fue acusado por los trotskistas por la desaparición de Nin, el atentado fue abortado a último momento.²⁸ Tal vez fue el temor a los efectos que pudiera tener sobre el prestigio del PC la divulga-

ción de la noticia en el país, lo que contribuyó a salvarle la vida al militante de Spartacus.

Todos estos hechos tuvieron su repercusión en el interior del grupo provocando su primera crisis de importancia. A la vista de los enfrentamientos y el escaso resultado que tuvo la táctica del “fachadismo”, comenzó a producirse una divergencia de interpretación sobre el rumbo que tomaba el proceso revolucionario español. Si Badaraco, que aún se encontraba en España, seguía siendo “circunstancialista”; en Buenos Aires, Romano y el resto parecían desplazarse hacia una postura más “principista”. Esto se deja traslucir en algunos artículos, que fueron presumiblemente el punto de discordia, en los que se adoptó una posición más crítica hacia la conducción de la CNT. De esta manera, empezaron a aparecer referencias al abandono de “las exigencias teóricas y principios revolucionarios”.²⁹ Al principio del conflicto, el grupo había admitido la necesidad del ingreso en el gobierno, mientras que ahora se ponía de relieve que la disyuntiva: la revolución o la guerra, era falsa. Más cerca de las posturas de Berneri y González Pacheco, se negaba ahora que “la guerra llamada antifascista planteaba a los compañeros españoles el dilema de apoyar a su propia burguesía o por el contrario favorecer a Franco”.

También empezaban a surgir objeciones antes acalladas sobre contradicciones que entrañaba la colaboración con las fuerzas políticas burguesas en el frente antifascista, que ahora era calificada como “política de concesiones”. A la central anarcosindicalista se le reprochaba también haberle propuesto a la AIT una modificación a la resolución la cual “el sindicalismo que tiende a la destrucción del Estado no puede fusionarse para creación de una sociedad nueva en un partido político ni una organización sindical cuyo objetivo es la conquista del poder del Estado”.³⁰ De acuerdo con Peirats, con esta medida los confederales pretendieron “acomodar los estatutos de la AIT a la trayectoria de una CNT ‘new look’”.³¹ La publicación de fragmentos de una carta abierta de Berneri a Federica Montseny, en la que el italiano realizaba una dura crítica sobre el rumbo al que había conducido la participación de los anarquistas en el gobierno, es también un signo de la profundización que habían tomado las objeciones al anarquis-

mo español. Si bien desde *Solidaridad Obrera* también se había reivindicado la figura del italiano, las observaciones a la conducción nacional de la CNT eran mucho más leves. Frente al desplazamiento de los anarquistas del gobierno central, desde la regional catalana de la CNT se apostaba todas las fichas al establecimiento de una alianza con la UGT, que recién pudo concretarse en marzo de 1938.

Mientras tanto, Badaraco ponía todas las esperanzas de la salvación del proceso revolucionario español en el surgimiento de un movimiento internacional de solidaridad: “el deber de la clase obrera, de las centrales sindicales, de las fracciones que interpretan a fondo el cometido de la revolución obrera, es hablar y dirigirse al proletariado internacional, reclamándole la intervención frente a sus propias burguesías nacionales”.³² Badaraco reconocía que el movimiento antifascista no era puramente proletario, pero era el proletariado “la única clase capaz de solidificar y unir la guerra a la revolución”. Para el principal ideólogo del grupo, la lucha del proletariado español continuaba siendo, “a pesar las facetas contradictorias, del curso cambiante de algunos acontecimientos, una guerra de clases, una guerra de carácter, extensión y profundidad revolucionaria”. Esto se contradecía con lo expuesto en otro artículo, probablemente escrito por Romano, que señalaba que la reconstitución del aparato de Estado había “transformado a la guerra civil en guerra interimperialista”.³³

El retorno anticipado de Badaraco, a principios de 1938, sorprendió a todos y desató una fuerte crisis en el grupo. De acuerdo con la interpretación de Varone, la incapacidad de los anarcosindicalistas españoles le había provocado una gran desilusión que precipitó su regreso: “[Badaraco] en su corta estadía como periodista del órgano anarco-sindicalista *Solidaridad Obrera* observó la actuación lamentable de los anarquistas y regresó antes de lo previsto, disgustado, con conclusiones que le servirían para confirmar el pensamiento que estaba madurando”.³⁴ En realidad, la vuelta se debió a cuestiones familiares y nada tuvo que ver en ello la política.³⁵ La experiencia española no hizo que Badaraco flaqueara en sus convicciones libertarias. Por el contrario, el líder de los espartaquistas intentó retornar a España con documentos falsos, pero fue detenido por la policía

antes de embarcar.³⁶ Por otra parte, siguió vinculado con los libertarios ibéricos que le encomendaron la creación de la filial argentina de Solidaridad Internacional Antifascista (SIA). SIA había nacido en Valencia en 1937 por iniciativa de la CNT y se proponía agrupar a las entidades que se solidarizaban con los combatientes antifascistas. Si bien es cierto que existió un acercamiento al PC al final de su vida, más allá de las polémicas Badaraco –al contrario de lo sucedido con Varone– nunca renegó de sus ideales y se reivindicó como anarquista hasta último momento.

Una vez arribado a Buenos Aires, Badaraco se mostró disconforme con el tratamiento que el periódico le había dado al rumbo de la revolución española y consideró que se habían extralimitado con las críticas hacia la CNT. Varone y Cabrera, que habían aprobado el contenido de los artículos en cuestión, se sumaron a los reproches hacia Romano, que al no verse respaldado por los compañeros se retiró del grupo. Según Romano: “eso significó que el grupo Spartacus desapareció (...) ya prácticamente Spartacus había salido de escena, no se podía resucitar eso, ahí terminó. Tanto que Varone y Cabrera lo creyeron así y adhirieron al PC”.³⁷ En realidad, el grupo sobrevivió a esta crisis y siguió existiendo durante al menos un año y medio más después de la edición del conflictivo último número de *Spartacus* en marzo de 1938. En el análisis de la historia del grupo aparece otro factor, no tenido en cuenta por los militantes de Spartacus, que es más relevante que el regreso de Badaraco a la hora de establecer por qué se produjo su autodisolución. Se trata de la aprobación del estatuto del Sindicato Único de la Construcción. A través de este hecho, Spartacus sufriría en carne propia una crisis similar, aunque a muy pequeña escala, a la que provocó el proceso de institucionalización en el movimiento libertario español.

7.2. EL DEBATE ALREDEDOR DEL ESTATUTO DE SINDICATO ÚNICO DE LA CONSTRUCCIÓN

El último número de *Spartacus* incluía unas palabras de Liebknecht que, en vista de la trayectoria posterior del grupo,

resultaron ser tan proféticas como lo habían sido en su momento respecto de la propia vida del alemán: “estamos acostumbrados a ser precipitados desde las cimas más altas hasta los abismos. Pero nuestra nave sigue su ruta con seguridad. Y si nosotros no vivimos cuando la meta sea alcanzada, vivirá nuestro programa”.³⁸ En cierto modo, los espartaquistas parecían vislumbrar la crisis definitiva que les produciría la formación del Sindicato Único de Obreros de la Construcción.

Una vez finalizada la huelga de la construcción en enero de 1936, comenzaron las gestiones para unificar a todos los sindicatos que componían la FOOSC. La FOOSC había nacido en 1935 por iniciativa del gremio de pintores espartaquista e incluía a una serie de pequeños gremios conducidos por anarquistas (marmolistas, picapedreros, colocadores, parquetistas, montadores de calefacción, obreros de la industria eléctrica y yeseros) y a dos importantes organizaciones comunistas: el Sindicato de Obreros Albañiles, Cemento Armado y Anexos de la Capital Federal y el sindicato del mismo nombre de La Plata. Al comienzo, la federación no tuvo un poder centralizado, sino que, como señala Durruty: “inicialmente esos sindicatos conservan su autonomía, y el lazo federativo sólo existe como alianza de las direcciones sindicales en movilizaciones simultáneas”.³⁹ A través de las distintas instancias de unificación de los gremios, los comunistas intentaron terminar con esta estructura para imponer una de tipo centralista que entraba claramente en conflicto con los postulados federalistas libertarios.

Las primeras hostilidades de magnitud entre los espartaquistas y la dirección comunista de los albañiles tuvieron lugar en junio de 1936, durante la primera Conferencia Nacional de la Construcción de la que participaron 90 delegados pertenecientes a 61 sindicatos de gran parte del país. En aquella reunión, Lorenzo Cruz por la minoría expuso la postura de los anarquistas a favor de una organización de base federalista. Los otros puntos de discusión eran la adhesión a la CGT y la intervención del Estado en los conflictos entre patrones y trabajadores. Rubens Íscarro fue el encargado de exponer el proyecto de los comunistas para la federación. Según el propio Íscarro: “La mayoría destacaba la necesidad de que la Federación Nacional tuviera un carácter centralizado, marchando al

mismo tiempo a la transformación de los sindicatos de especialidades en sindicatos únicos de la industria, determinaba una política clara frente al Departamento Nacional del Trabajo; propiciaba la unidad dentro de la CGT; destacaba una posición antiimperialista”.⁴⁰ Como lo había demostrado la resolución de la huelga de la construcción “la política clara frente al Departamento Nacional del Trabajo” que propiciaban los comunistas, desde la óptica anarquista implicaba favorecer la intromisión de Estado en las relaciones entre el capital y el trabajo. Desde el punto de vista comunista, los anarquistas permanecían anclados en posiciones anacrónicas incompatibles con el desarrollo actual de las relaciones institucionales. Esta tara ideológica les impedía comprender, como afirma Íscar, “la utilización que hacía el sindicato de los organismos gubernamentales en beneficio del éxito de la huelga”.

La Conferencia designó una Comisión Provisoria Nacional que se encargaría de establecer las bases para una organización que abarcara a todo el país. Spartacus logró estar representado en la Comisión a través de Antonio Cabrera. El paso siguiente en la unificación de los sindicatos fue la convocatoria en noviembre a un Congreso Constituyente del que surgiría la FONC. La voz cantante de la oposición anarquista en aquella reunión parece no haber corrido por cuenta de los espartaquistas sino de Ángel Geraci, militante de la FACA, que ante las disidencias con los comunistas se retira de la reunión.

En 1937, los gremios de la construcción encararon nuevamente una serie de importantes conflictos. El 17 de octubre una asamblea de los albañiles declaró una huelga pidiendo aumentos de salarios. La medida de fuerza se extendió hasta el 2 de noviembre y según la Dirección Nacional del Trabajo participaron 35.000 trabajadores. Para detener la deportación de sus principales dirigentes, los gremios de la construcción realizaron el 30 de octubre y el 15 noviembre dos paros en protesta contra la medida que resultaron infructuosos. Para Spartacus, la intransigencia de la patronal ante los reclamos de los trabajadores de la construcción era la revancha por el triunfo obrero en la huelga de 1935/36. El grupo expresaba su apoyo incondicional a los huelguistas y llamaba al resto de las ramas de la construcción a solidarizarse con ellos. Sin embargo, se pueden

entrevé en algunas expresiones los signos de las tensiones existentes con la conducción comunista. Los espartaquistas no se olvidaban de mencionar que se sentían representados en la organización nacional de la construcción “a pesar de todas sus fallas, de todos sus vicios, de todas sus debilidades y desaciertos –los que hemos señalado desde nuestros puestos de base”.⁴¹ Se destacaba además que la huelga había sido resuelta por la presión de las bases contra los obstáculos opuestos por los dirigentes: “cuando ella se impone y hace presente por la determinación de la mayoría y la base, aun a pesar de la dirección, no es una huelga artificial, equívoca o arbitraria”.

Las tensiones entre los espartaquistas y los comunistas insinuadas durante la medida de fuerza de octubre del '37 terminaron por estallar en marzo del año siguiente, durante la discusión del estatuto del Sindicato Único de Obreros de la Construcción en el cual confluían los distintos sindicatos de la rama. Cruz y Cabrera presentaron un proyecto que pretendía organizar el sindicato de acuerdo con bases que salvaran a la organización de caer en la pendiente de la institucionalización. El estatuto propuesto tenía como objetivo lograr:

una organización que asegure una democracia interna en sus diversas especialidades. Centralismo en su economía, pero de manera que cada especialidad pueda disponer de sus fondos sociales cada vez que lo estime necesario al planteamiento de su organización o de sus luchas y facultades para autodeterminarse en los asuntos concernientes a su especialidad.⁴²

El proyecto espartaquista no implicaba al parecer la liquidación de la agrupación por oficio sino un lazo federativo entre las mismas con la posibilidad de plantear demandas y luchas económicas específicas ante la patronal. El grupo temía que el centralismo, entre otros defectos, consagrara la aplastante hegemonía de los albañiles y terminara por someter a los otros pequeños sindicatos, cuyas reivindicaciones se verían relegadas. Una organización centralista también corría fácilmente el riesgo de caer en desviaciones burocráticas. Por esta razón, Spartacus realizó una dura crítica contra el proyecto de la mayoría comunista. De acuerdo con su análisis, el estatuto impul-

sado por los comunistas: “carece de sentido proletario y tiende a asegurar la legalidad renunciando a los postulados fundamentales que dieron nacimiento al movimiento obrero internacional”. Una de las principales objeciones estaba dirigida a la obtención de la personería jurídica y el establecimiento de comisiones paritarias con representantes del Departamento Nacional del Trabajo. El grupo advertía severamente a los participantes del debate acerca de las consecuencias de reclamar el reconocimiento jurídico del sindicato: “la ‘personería jurídica’, (...) establece normas legales que obligan a las organizaciones obreras que la adoptan a someterse a sus disposiciones [las del Estado]”. Si todo sucedía tal como lo planeaban los comunistas, se terminaría por “hacer de la clase obrera sindicalmente organizada un instrumento de colaboración a [las] instituciones de orden capitalista anulándola de sus funciones de clase oprimida que lucha por su liberación”. Para los espartaquistas, esto significaba una negación de los orígenes combativos de un movimiento que “en 1935 organizaron la más potente y unánime huelga en las luchas del proletariado del país”. Spartacus denunciaba, de esta manera, la müllhmanización implícita en el proyecto de los comunistas, que hacían a un lado los principios clasistas de la FOOSC e iniciaban “el camino hacia el corporativismo sindical prefascista”. Sin ambages, los dirigentes del PC eran acusados de caer en un “renunciamiento” que traicionaba los intereses de la clase obrera en la lucha por la instauración de una sociedad sin clases. Según los espartaquistas, el proyecto comunista utilizaba la unificación de los gremios de la construcción como caballo de Troya para la liquidación de cualquier rastro de contrainstitución en beneficio de un encauzamiento de todas las luchas a través de la acción institucional, y la consecuente perpetuación de las condiciones capitalistas de producción.

Los comunistas, por su parte, consideraban exagerada la prevención de los anarquistas hacia los organismos oficiales y negaban que la institucionalización de los conflictos con la patronal significara el abandono de los principios revolucionarios:

No podía afirmarse que tal posición encerrase una concepción reformista, pues ella no radicaba en esperar que la solu-

ción del conflicto partiera de los apartados gubernamentales que no son más que representantes de la clase dominante, sino que presionábamos con la potencia del movimiento para que se vieran obligados a buscar una solución que estuviera de acuerdo con nuestros propios intereses.⁴³

Desde su intransigente postura contrainstitucional, Spartacus era consciente del peligro que, para la capacidad revolucionaria de la organización, entrañaba la búsqueda de cualquier reconocimiento legal. Por esta razón, al comentar el proyecto de Pérez Leirós, cuyo objetivo era establecer un marco regulatorio para la actividad gremial, expresaba: “el propósito fundamental es (...) anular el movimiento obrero en su acción independiente de clase, subordinándolo a los del Estado, como presunto órgano regulador de los intereses colectivos”.⁴⁴ Si el Estado era el instrumento de la clase dominante, como admitían los propios comunistas, difícilmente podía entonces convertirse en árbitro imparcial en los conflictos de esta clase con el proletariado. La utilización de los instrumentos estatales en beneficio de los intereses de la clase obrera, la táctica de los comunistas respecto de la institución, era por lo tanto una contradicción flagrante que ignoraba que la única que se veía beneficiada con la adopción de la personería gremial era el Estado, que de ahora en más gozaba del derecho de inmiscuirse en la vida interna del movimiento obrero. No había, por lo tanto, astucia política capaz de impedir que, una vez emprendido el camino del reconocimiento legal, se cayera en la pendiente de la institucionalización, el burocratismo y la colaboración con la clase antagónica. Con el Estado, como bien habían aprendido los libertarios españoles, no había transacción posible, ni medias tintas. Sólo cabía el mantenimiento a ultranza de la independencia de los sindicatos para que continuaran siendo un instrumento al servicio de la emancipación del proletariado.

Según la crítica de los espartaquistas, a través de su proyecto de sindicato único, los comunistas pretendían que los obreros de la construcción, que habían dado muestras de un grado de combatividad inédita, pagaran un alto precio por el reconocimiento estatal: la supresión en los estatutos de cualquier mención a la opresión de clase y la lucha por emancipación defini-

tiva del proletariado. La carencia de todo principio clasista vendría a facilitar la labor de las tendencias burocráticas existentes en una organización centralista. Por otra parte, el avance del fascismo presentaba un motivo adicional para evitar toda tendencia hacia la institucionalización: “[frente al fascismo] los métodos del reformismo sindical fueron impotentes para presentar batalla y en la esperanza de mantener la legalidad de las organizaciones adoptó una actitud pasiva producto de sus métodos de colaboración con la clase dominante”.⁴⁵ En abril de 1938, se formaba finalmente el Sindicato Único de la Construcción de la Capital Federal organizado de acuerdo con el estatuto comunista. Los espartaquistas veían cómo la potencia de la institucionalización hacía que la unificación de los sindicatos de la construcción, un proceso en el que habían colaborado fervientemente, se realizara sobre bases y con objetivos que no eran los que ellos habían promovido. Sin embargo, el sindicato de pintores que respondía al grupo se mantendría al margen, por el momento, del Sindicato Único.

El ingreso de los pintores se produjo recién el 27 de noviembre durante una asamblea de los gremios de la construcción y causó un gran revuelo entre las filas del grupo y el gremio. El principal dirigente espartaquista de la construcción, Cabrera, justificó la adhesión al Sindicato Único en “la necesidad indudable de no quedar aislados, sin beligerancia dentro de la construcción”. No todos estuvieron de acuerdo con esta tesis. Según consta en las actas de la reunión de Spartacus del 1° de diciembre, un sector de los afiliados espartaquistas al gremio, disconformes con la resolución de la asamblea del día 18 de noviembre en que se había determinado el ingreso al Sindicato Único, entregó su carnet a modo de protesta. El conflicto se vio agravado porque ese mismo sector le pidió a la Comisión Administrativa la anulación de lo resuelto en la asamblea. La Comisión dio un dictamen favorable a este sector disidente, lo que provocó una dura reacción de Cabrera que consideró antidemocrática la anulación por parte de la Comisión de lo resuelto en una asamblea. Según lo transcrito en el acta, Cabrera manifestó: “las Comisiones deben ajustarse y ejecutar las resoluciones de la asamblea y no proceder a su nulidad y reconsideración cuando ellas son contrarias a la opinión de la

mayoría de los miembros de la Comisión”.⁴⁶ Todo indica que el malestar suscitado por el ingreso en un sindicato cuyo estatuto había sido fuertemente vilipendiado por el grupo, alcanzaba no sólo a las bases del Sindicato de Obreros Pintores, sino también a los dirigentes que intentaron dar marcha con lo resuelto en la asamblea. Cabrera, por su parte, intentaba minimizar los alcances del conflicto y sostenía que “todos comprendían que no había otra salida que el ingreso al Sindicato Único y que [los disidentes] sólo hacían una cuestión de procedimientos en el método seguido en las gestiones con la FONC”.⁴⁷

Badaraco y Delgado le propusieron a los disidentes reunirse para “evitar una agudización de la crisis planteada en la Comisión Administrativa de Pintores” y recuperar estos elementos para “el trabajo ulterior de la fracción en la construcción”. Contrariamente a la opinión de Badaraco, que propiciaba “la reincorporación de estos compañeros para la fracción”, Cabrera rechazaba la posibilidad de un entendimiento porque consideraba que la actitud de ellos había desautorizado su actuación al frente de la fracción espartaquista de pintores. El principal referente sindical de los espartaquistas amenazaba también con dejar de formar parte de la fracción Spartacus de obreros de la construcción si no se desaprobaba lo hecho por los disidentes. No fue, sin embargo, Cabrera quien terminaría dejando al grupo. La crisis provocada por el ingreso de los pintores en el Sindicato Único desembocó sorpresivamente en el alejamiento de Badaraco de Spartacus en enero de 1939. El principal dirigente en un principio presentó su renuncia al grupo, para luego retirarla. Sin embargo, pese a continuar afiliado, dejó de participar en sus reuniones. El resto de los militantes opinó en un principio que el alejamiento se había producido sin motivo que lo justificara y lo invitó en varias ocasiones a reincorporarse a la actividad política con resultados negativos. En febrero, Badaraco rechazó la convocatoria a participar en las reuniones del Secretariado de Spartacus, y le comunicó a un emisario del grupo que sólo concurriría si un plenario de afiliados se lo pedía. A pesar de la respuesta negativa algunos militantes insistieron en la necesidad de pedirle a Badaraco su reingreso en la agrupación. Uno de ellos, Viola, presentó en la reunión del 9 de febrero una moción solicitando que fuera invitado a participar del

próximo pleno. La presentación fue desestimada por el resto de los militantes, que resolvió que no correspondía realizar tal invitación. Éste parece ser el punto final de la relación entre Spartacus y su principal fundador, que siguió participando en política a través de la SIA y su colaboración con la Federación Universitaria de Buenos Aires.

Spartacus continuó existiendo a lo largo de 1939 y tuvo todavía cierta influencia en los gremios de la construcción a través de Cabrera, que fue elegido en mayo miembro de la Comisión Directiva del Sindicato Único de Obreros de la Construcción. Sin embargo, hacia mediados de año comenzaron a aparecer frecuentes reproches sobre el escaso trabajo realizado por el grupo.⁴⁸ Las quejas también ponían énfasis en los desequilibrios en la distribución de las tareas, que era adjudicado al “escaso número de camaradas dispuestos a responsabilizarse de trabajos en la Alianza”.⁴⁹ Resulta importante analizar el hecho de que durante el período de supervivencia a la crisis por la aprobación del estatuto del Sindicato Único, el grupo no sacó a la calle ningún nuevo número de *Spartacus*. Indudablemente es significativa, para la ausencia de una nueva edición del periódico, la salida de sus dos principales redactores. Sin embargo, esto puede atribuirse también a que los espartaquistas nunca pudieron expresar públicamente aquello que sostenían en el interior de la agrupación: para seguir poseyendo cierta capacidad de influir políticamente era necesario no quedar marginados de las organizaciones de la construcción, aunque éstas estuvieran basadas en principios contradictorios con los suyos. Una concesión evidente a las fuerzas tendientes a la institucionalización con las que el grupo se había negado a transigir desde sus comienzos. De haber caído en la müllhmanización, Spartacus podría haber proclamado que no existía ninguna contradicción en el ingreso al Sindicato Único, y que esto era en realidad la realización del proyecto inicial del espartaquismo: la unidad de la rama de la construcción. Lejos de adoptar esta postura, el propio Cabrera advertía que la negación del proyecto originario existía aunque, al mismo tiempo, consideraba que no había otra alternativa.

Pero si el grupo pudo eludir la tergiversación de su concepción de la unidad al admitir que la fusión de los gremios de la

construcción no venía a realizar su proyecto original de formación de sindicatos por rama de industria, porque ese proyecto suponía que las organizaciones debían tener otras bases (federalistas) y otros fines (anticapitalistas), no pudo evitar, en cambio, la tendencia opuesta: la autodisolución. No se dispone de un manifiesto de autodisolución de Spartacus para poder establecer con precisión el momento en que esto se produce, pero las actas dejan entrever una creciente disconformidad con el trabajo, considerado insuficiente, de las fracciones del grupo hacia agosto del '39. Indudablemente, las sucesivas crisis producidas luego del regreso de Badaraco de España y el fracaso por imponer el estatuto del Sindicato Único, al provocar la expulsión y renuncia de varios militantes, entre ellos dos de sus principales figuras, dejó al grupo sumamente debilitado para emprender cualquier tarea de envergadura dentro del movimiento obrero. La autodisolución no parece haber sido decidida sino que se produjo de hecho cuando los espartaquistas constataron que estaban haciendo exactamente lo contrario a lo que habían establecido en su proyecto inicial. Al entrar en el proceso de autodisolución se producen enfrentamientos violentos entre fracciones del grupo, aparecen las diferencias insalvables entre los diferentes sectores, “hasta que la única solución de esta crisis de la institucionalización es la autodisolución”.⁵⁰

NOTAS

¹ R. Lourau, *op. cit.*, pág. 33.

² R. Lourau, “La revuelta contrainstitucional”, en *La letra A*, Buenos Aires, año 2, N° 4, pág. 17.

³ R. Lourau, *op. cit.*, pág. 238.

⁴ D. Abad de Santillán. “Los anarquistas españoles y la insurrección de octubre”, en *El anarquismo y la revolución en España*, pág. 223.

⁵ Pierre Broué, y Emile Témime, *La revolución y la guerra de España*, vol. 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pág. 63-64.

⁶ José Peirats. *Los anarquistas en la crisis política española*. Bs. As., Alfa, 1969, pág. 93.

⁷ “Enseñanzas del Octubre Español. Cómo y en qué condiciones está en manos de la CNT el futuro de la revolución”, en *Spartacus*, N° 4, 15/5/1935.

⁸ *Ibid.*

⁹ D. Abad de Santillán. “La revolución ha perdido lo que tenía que perder”, en *Spartacus*, N° 6, noviembre de 1935.

- ¹⁰ Rodolfo González Pacheco. “Con los rebeldes siempre”, en *Carteles*, vol. 1, pág. 139.
- ¹¹ Sin título, en *Spartacus*, N° 8, 1/5/1935.
- ¹² Cimazo, Jacinto, *Recuerdos de un libertario*, Bs. As., Reconstruir, 1995, pág. 48. Estos conflictos no le impidieron reconocer a Badaraco como uno de los militantes más relevantes del anarquismo argentino.
- ¹³ “Aragón, o frente para la defensa. Solidaridad Obrera entrevista al camarada Gregorio Jover”, en *Solidaridad Obrera*, Barcelona, 1/7/1937.
- ¹⁴ “Con la cara vuelta a España”, en *Spartacus* N° 8, 1/5/1937.
- ¹⁵ P. Broué, y E. Témime, *op. cit.*, pág. 241.
- ¹⁶ P. Broué y E Témime, *op. cit.*, pág. 242.
- ¹⁷ Camillo Berneri. *Guerra de clases en España (1936-1937)*, Barcelona, Tusquets, 1977, pág. 230.
- ¹⁸ R. González Pacheco. *op. cit.*, pág. 102.
- ¹⁹ Citado en R. Lourau. *El Estado y el inconsciente*, pág. 217.
- ²⁰ “Con la cara vuelta a España”, en *Spartacus* N° 8, 1/5/1937
- ²¹ “Acuerdo sobre milicias obreras y armamento del proletariado”, en *Spartacus*, N° 8, 1/5/1935.
- ²² “La economía en manos de obreros y campesinos”, en *Spartacus*, N° 8, 1/5/1935.
- ²³ R. Lourau, *op. cit.*, pág. 211.
- ²⁴ R. Lourau, *op. cit.*, pág. 217.
- ²⁵ J. Peirats, *op. cit.*, pág. 252.
- ²⁶ *Ibid.*
- ²⁷ Ernesto Goldar. *Los argentinos y la guerra civil española*, Bs. As., Contrapunto, 1986, pág. 157.
- ²⁸ Fuente: entrevista con Ariel Badaraco. Véase también J. Rosales. *op. cit.*, pág. 326. Aunque aquí el hecho no aparece ubicado cronológicamente con exactitud.
- ²⁹ “La disyuntiva de siempre. Las lecciones de la revolución española a través de sus etapas”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938.
- ³⁰ “El debate de la tesis unitaria en el seno de la AIT”, en *Spartacus*, N° 5, noviembre de 1935.
- ³¹ J. Peirats. *op. cit.*, pág. 203.
- ³² “Diplomacia capitalista e internacionalismo obrero. La guerra y la revolución de cara al proletariado mundial”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938.
- ³³ “La disyuntiva de siempre. Las lecciones de la revolución española a través de sus etapas”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938
- ³⁴ D. Varone. *op. cit.*, pág. 147.
- ³⁵ Fuente: entrevista con Ariel Badaraco. También rescata esta versión J. Rosales. *op. cit.*, págs. 328-329.
- ³⁶ J. Rosales. *op. cit.*, pág. 333.
- ³⁷ N. Iñigo Carrera. “La Alianza Obrera Spartacus”, pág. 168.
- ³⁸ “Como en fortaleza sitiada”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938. Se trata de un fragmento de “A pesar de todo”, el último artículo escrito por Liebknecht antes de ser asesinado. Véase Rosa Luxemburg y Carlos Liebknecht. *La comuna de Berlín*, México, Grijalbo, 1971.
- ³⁹ Celia Durruti. *op. cit.* pág. 57.

- ⁴⁰ R. Íscar. *Breve historia...*, pág. 43.
- ⁴¹ “A los albañiles en huelga”, panfleto de la Fracción Spartacus de Obreros de la Construcción, circa octubre de 1937.
- ⁴² “Los obreros de la construcción ante un debate de trascendencia”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938.
- ⁴³ R. Íscar. *op cit.*, pág. 48.
- ⁴⁴ “Una ley en vigencia y un proyecto hermanos. La ley es de Fresco. El proyecto es de Pérez Leirós”, en *Spartacus*, N° 10, 10/9/1937.
- ⁴⁵ “Los obreros de la construcción ante un debate de trascendencia”, en *Spartacus*, N° 11, marzo de 1938
- ⁴⁶ Acta del 1° de diciembre de 1938.
- ⁴⁷ *Ibid.*
- ⁴⁸ Acta del 7 de agosto de 1939.
- ⁴⁹ Acta del 14 de enero de 1939.
- ⁵⁰ R. Lourau. “La revuelta contrainstitucional”, pág. 17.

8. EPÍLOGO

Todo parece indicar que la autodisolución se produjo en los primeros meses de 1940. Domingo Varone lo insinúa en cierta manera al recordar su afiliación al PC en 1946: “Finalizaron con brillantez las sesiones del XI Congreso. Se abría un nuevo período para el país y para el movimiento obrero y comunista de la Argentina, nuevo y muy complejo, de una complejidad distinta. De hecho, yo ya había ingresado al Partido mucho antes, sólo me faltaba llenar la ficha de afiliación y entonces lo hice”.¹ Algo similar ocurrió con otros militantes que ingresaron al PC, luego de colaborar sin estar afiliados. Joaquín Basanta se afilió al partido en 1945 y Antonio Cabrera lo hizo sólo dos años después.

La trayectoria ulterior de Badaraco luego de su salida de Spartacus es, aún hoy, tema de debate. Sus compañeros que posteriormente pertenecieron al comunismo han señalado su acercamiento al PC. Varone afirma que en los tramos finales de su vida Badaraco había adherido al comunismo y que, tal como le había sucedido a él, sólo le faltó llenar la ficha de afiliación. Esta interpretación se desprende de una frase del último texto político de Badaraco: “A menudo, durante años somos miembros ignorados de un partido político”.² Otras pruebas de su adhesión al PC serían su participación en el acto comunista del 1° de mayo de 1946, su saludo al XI Congreso del partido en agosto de ese mismo año, y una carta escrita a un pariente que deseaba afiliarse al PC y le pedía un consejo sobre la determinación a tomar. Allí, Badaraco manifestaba que él, sin ser comunista, comprendía “el papel nacional e histórico de los partidos obreros entre ellos el Partido Comunista”. En ese mismo texto, se seguía reivindicando como anarquista: “yo continúo sosteniendo mi concepción obrera sindical aplicada a la larga experiencia anarquista de más de setenta años. Eso no me impide, porque estoy por la lucha, estar en contacto con corrientes socialistas y comunistas”. Un último dato parecería reforzar la tesis de Varone: pese a la confirmación de su credo anarquista, la carta fue publicada por primera vez por el periódico del PC, *Orientación*.

La Alianza Obrera Spartacus constituyó mucho más que un espacio de transición entre el anarquismo y el marxismo para un grupo de experimentados dirigentes provenientes del movimiento libertario. Significó un esfuerzo lúcido por unificar y abstraer al sector emergente del movimiento obrero en los años '30 de las potencias que lo conducían hacia la institucionalización y la burocratización, que terminaron signando el resto de su historia. El carácter fugaz de la experiencia está vinculado no sólo con las características intrínsecas de los grupúsculos de vanguardia, sino también con la rapidez con que se produjo la institucionalización de las organizaciones del “nuevo proletariado industrial” desde la cual los espartaquistas planeaban la revitalización de la acción contrainstitucional en el movimiento obrero. Respecto de la velocidad con que se produce esta institucionalización, es paradigmático el itinerario que en pocos meses realiza el movimiento de trabajadores de la construcción, que comenzó de acuerdo con los principios de la acción directa anarquista y se resolvió con la institucionalización del conflicto mediante la intervención del Estado.

Ante el advenimiento del peronismo, los lamentos producidos en el arco de la izquierda argentina han sido bastante similares, ya sea que se trate de una u otra tendencia. Un reproche común está dirigido contra la propia incapacidad para dirigir el fenómeno que se estaba gestando hacia la construcción de un movimiento con objetivos revolucionarios. El editorial del periódico comunista *Orientación* resume la reacción inmediata de buena parte de la izquierda ante el espectáculo dado por las masas el 17 de octubre: “el peronismo logró engañar a algunos sectores de la clase obrera, pequeños por cierto, en especial jóvenes y mujeres recientemente incorporados a la producción y del interior, a quienes no había llegado la prédica democrática por la represión del movimiento obrero y popular”.³ Un militante anarquista realizó años después una evaluación en la que subyacen ciertos presupuestos comunes con los comunistas: “cuando esa inmigración cesó [la extranjera] y fue sustituida por la inmigración interior y los países vecinos hacia los lugares en que la FORA había arraigado, se perdió la base de sustentación. El ‘lenguaje’ que se había utilizado con éxito frente a la inmigración europea (...) se mantuvo inalterable frente a la

inmigración interior y de países vecinos que no lo comprendió y le dio la espalda”.⁴ En ambos casos, está presente la idea de un nuevo sujeto político sobre el que no se pudo llevar adelante una labor propagandística de envergadura por diversas razones, ya sea por el obstáculo impuesto por la represión estatal o por la incapacidad para elaborar un mensaje en un “lenguaje comprensible”. Badaraco, ante el fenómeno del peronismo, expuso la premisa falaz que compartían ambos razonamientos: tanto comunistas como anarquistas, nunca pudieron realizar una tarea propagandística que tuviera como objetivo a ese sujeto político, simplemente porque no lo identificaron como tal sino hasta que fue demasiado tarde. De allí la reprimenda que lanza hacia toda la izquierda: “ésa es la clase obrera que ustedes no conocen”.⁵ Estas palabras dejan entrever que Badaraco estaba convencido que aquel “nuevo proletariado industrial” que desde Spartacus intentó ganar para una causa revolucionaria terminó convirtiéndose, gracias a una sumatoria de incapacidades políticas y transacciones con lo instituido, en el principal apoyo del peronismo. Pese a ser uno de los pocos que comprendió tanto la existencia de un nuevo sector proletario como la necesidad de dirigirse hacia él en un nuevo lenguaje, asumía como propios los errores de toda la izquierda y manifestaba: “el peronismo y el triunfo del peronismo es el castigo por nuestras insuficiencias en materia política”.⁶

Además de haber reconocido lúcidamente las transformaciones producidas en la clase obrera argentina, la Alianza Obrera Spartacus también fue consciente de las implicancias instaladas en el deseo de institucionalizar a aquellos sectores que habían escapado al reconocimiento oficial. Al discutir con los comunistas el estatuto del Sindicato Único, los espartaquistas ponían de relieve que aquéllos no comprendían que la menor brecha a través de la cual se pudieran filtrar las potencias que impulsaban su institucionalización tenía como resultado que los sindicatos terminaran convirtiéndose en un elemento objetivo del sistema, transformándose en ámbitos donde la capacidad instituyente del proletariado era confiscada en beneficio de lo instituido. Estaba claro que una política de auténtica emancipación de la clase obrera sólo podía ser llevada adelante por medio de la acción contrainstitucional. Paradójicamente, los

comunistas terminaron siendo las principales víctimas de su estrategia de sofocación de la energía antiinstitucional existente en sus organizaciones sindicales. Es allí donde se deben buscar las razones de la relativa facilidad con que los sindicatos comunistas fueron liquidados por el Estado en los prolegómenos del peronismo. La FONC, por ejemplo, que había luchado encarnizadamente en 1935 por obtener el reconocimiento patronal y estatal, fue disuelta once años después sin mayores protestas. No en vano Durruty ha señalado que, en este caso, los comunistas impulsaron un modelo de organización “burocrática de masas”, que fue el precursor del sindicalismo industrial peronista.

Ante los sujetos políticos emergentes, Spartacus se ubicaba en un lugar opuesto al de los comunistas. Se presentaba como el poseedor de una clave capaz de evitar que las conraintituciones devinieran en organizaciones burocráticas. Nuevamente, fue en la polémica con los comunistas en donde salió a la luz en qué consistía esta clave. La creación de una universidad obrera y de una mutual significaba para los espartaquistas que los dirigentes gremiales de la construcción pertenecientes al PC impulsaban un sindicato que no fuera solamente un organismo de lucha. La críticas centrales apuntaban a señalar que una organización que combatiera por la emancipación de la clase obrera no podía contar con estos elementos sin terminar necesariamente arraigándose en lo instituido. En este mismo sentido, la constitución de grandes organizaciones con posesiones materiales importantes traía consigo el riesgo de privilegiar, ante el temor de que la derrota en el combate hiciera perder lo adquirido, una táctica conciliadora con los enemigos de clase. Según Spartacus, la clave para contrarrestar los efectos de las tendencias hacia la institucionalización y su consecuente burocratización era un funcionamiento de las organizaciones que se asemeja al modelo de lo que se conoce como máquina de guerra: “desde todos los puntos de vista, la máquina de guerra es de otra especie, de otra naturaleza, de otro origen que el aparato de Estado. (...) La máquina de guerra responde a otras reglas (...) a una puesta en tela de juicio de la jerarquía, un perpetuo chantaje al abandono y la traición, un sentido del honor muy susceptible, y

que impide, una vez más, la formación del Estado”.⁷ Esta máquina contra el aparato de Estado está animada por una lógica del combate permanente, al estilo de las sociedades sin Estado, que apunta a conjurar la formación en el interior de la organización de un aparato de Estado a pequeña escala. Esta lógica bien podría ser la *lógica de Spartacus*: “cambiar el carnet por las balas, abandonar la petición por la barricada”.⁸ La concepción de la organización sindical como máquina de guerra se puede apreciar también en la cuestión de las Alianzas Obreras. A los principios de organización jerárquicos, arborescentes, especie de negativo de la metainstitución estatal, Spartacus les oponía una red de organizaciones de tipo rizomático capaz de dar cuenta de la variedad de “creaciones proletarias” estableciendo conexiones múltiples entre el comité barrial o de fábrica, la organización obrera de masas, la milicia obrera y el piquete. Contra la organización estática que poseía una estructura arraigada en lo instituido, Spartacus proponía la dinámica contrainstitucional de una máquina de guerra nómada. Es en la progresiva reducción de ámbitos con estas características donde pueden encontrarse las principales causas de la autodisolución del grupo.

En la década de 1960, el grupo francés Oposición de Izquierda estableció una certera definición del funcionamiento y las tareas de la vanguardia obrera: “el papel de la vanguardia revolucionaria es el de contribuir a la unificación de las luchas, de *interpretar* cada una de sus etapas en una perspectiva de conjunto, proponer consignas que permitan pasar a un nivel de lucha superior”.⁹ Es evidente que Spartacus, pese a su negativa a identificarse como vanguardia, cumplió con este rol a través de sus esfuerzos por conectar los diferentes movimientos pasibles de desembocar en una lucha anticapitalista. A diferencia de lo sucedido con organizaciones y grupos de otras tendencias, su ausencia de compromiso con lo instituido le permitió ser a un mismo tiempo antimonopolista, antiimperialista, antiburocrático y, en definitiva, antiestatal y anticapitalista. Otra de las razones de la autodisolución deben buscarse, precisamente, en el fracaso por empalmar estas diferentes luchas elevándolas a un nivel superior de cuestionamiento de las relaciones de producción instituidas.

La otra preocupación fundamental de los espartaquistas estaba referida a la constitución de organismos desde los cuales llevar adelante estas luchas. En la persecución de este objetivo, los espartaquistas obtuvieron su logro más significativo: haberle devuelto brevemente al anarquismo su carácter de alternativa real a lo instituido, al insertarse en las grandes luchas obreras mediante la participación de organismos surgidos de y para la lucha, como el Comité de Solidaridad y Defensa de los Obreros de la Construcción y el Comité Intersindical Contra el Monopolio del Transporte. Después de Spartacus, ya no es posible hallar al anarquismo argentino inserto, con cierto protagonismo, en luchas de masas conducidas por el movimiento obrero. Ello se debe a que la tendencia decidida del movimiento obrero hacia la institucionalización no sólo hizo fracasar el proyecto espartaquista sino que terminó por hacer del sindicato un espacio refractario a las ideas ácratas.

NOTAS

¹ D. Varone. *op. cit.*, pág. 147.

² *Ibid.*

³ Editorial de *Orientación*, N° 310, 24/10/46, reproducido en *Controversia*, N° 2 - 3, noviembre de 1979, México.

⁴ A. López. *op. cit.*, vol. 1, pág. 72

⁵ O. Bayer. "Badaraco", pág. 290.

⁶ *Ibid.*

⁷ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas*, Valencia, Pretextos, 1988, pág. 366.

⁸ Slogan en *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935.

⁹ F. Guattari. *op. cit.*, pág. 147.

APÉNDICE: ARTÍCULOS DE SPARTACUS

(SIN TÍTULO)

Un orden nuevo expresa una voluntad social. No basta con el hecho económico. Desde la economía es preciso resolver el sentido creador de las masas. La revolución más profunda será aquella que concilie y resuelva, como defensa y conquista este enunciado. El comunismo anárquico moviliza estas condiciones, elevando y unificando a campesinos y obreros en el verdadero orden nuevo y de la victoria revolucionaria del libre socialismo, sin clases y sin Estado.

(En *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935)

NADA NOS IGUALA, TODO NOS SEPARA: NUESTRA CIUDAD NO ES LA DE ELLOS

Atravesamos diariamente esta ciudad para ir a la fábrica, lejos de nuestro barrio. Los tranvías a esa hora van cargados de obreros. Blusas, alpargatas, gorras, jovencitas con cara de sueño. Muchachos serios. Pocas palabras. Vamos a comenzar otra jornada: repetir mil veces el mismo gesto, el mismo movimiento de las manos, idéntica y agotadora fijeza de los ojos sobre el ir y venir zumbador de las máquinas.

Cuando cruzamos esta ciudad, todos los días, sin poderlo evitar, nuestros ojos observan sus casas enormes, lustrosas y mudas. A esa hora, cuando vamos, están siempre así, hundidas en un obstinado silencio. Sus calles húmedas y casi desiertas. Todo con el espeso sopor de sueño tardío y contenido. Miramos y leemos con dificultad incomprensible letreros que en esta hora matinal tienen un aire de rostros marchitos o ciegos.

Pero de regreso, en la tarde, la fisonomía de esta ciudad ha cambiado. Un fluido vital y nervioso nos sacude y transfigura todo. En el corazón de estas casas inaccesibles se adivina la animación. Atruenan el aire un rumor sostenido y discorde que

fluye y refluye como las mareas... En las aceras van y vienen hombres elegantes con caras satisfechas, limpias y seductoras mujeres con caras sonrientes y andar triunfador. Los incontables letreros ahora brillan con encendidos colores, haciendo alegres guiños: TIENDA, BAR, TEATRO. Alegría de vivir; embriaguez de los sentidos, refulgente océano de luces, de cálidas voces, de inquietante sensualidad. La ciudad de “ellos”, pensamos.

Nosotros volvemos de las fábricas. En nuestras cabezas todavía las máquinas están moliendo su canción de hierro. Una extraña sonoridad nos hierde los nervios cansados, y nos parece que no van a obedecernos cuando tengamos que descender. Luces tempranas y múltiples; rollizos y reposados señores que fuman puros sentados en las aceras ante la mesa de un bar. Oficinas, bancos de puertas cerradas. Cegadores escaparates. Automóviles fantásticos que conducen a lo desconocido a desconocidas criaturas. Sí, la ciudad de “ellos”, pensamos. La ciudad de los negocios; la ciudad del dinero y del poder, la ciudad del placer y del arte; la astuta y burlona ciudad de la ley. Aquí se albergan y gozan los bien alimentados burgueses, los pacíficos hombres de negocios y los poderosos banqueros. Aquí están los generales y los ministros. Aquí están sus deliciosas mujeres. Es la ciudad de los catedráticos y de los escritores, de los policías y de los jueces. Toda la canalla que mantiene y resguarda el “orden” burgués, toda la canalla que nos explota; todas las canallas para quienes trabajamos. Bancos, teatros, bares. Pasamos. Nuestra ciudad está allí donde terminan éstos.

Otra vez nuestras calles de tierra o mal empedradas. La escasa luz. El inquilinato. El barrio de extramuros. Aquí no hay banqueros, ni artistas, ni rollizos señores. Es todo lejano, extraño a la otra ciudad.

Nuestras mujeres no son seductoras ni elegantes. Envejecen pronto. Las marchita la pileta de lavar, el fregado, la máquina de coser. El fogón a menudo sin lumbre, y la pelambre mal cubierta de sus desnutridos hijos les llena de amargor el alma. De aquí que no conozcan el amable arte de mirar con ojos sonrientes.

Obreros de toda la vida. Desocupados sin pan. Muchachas fabriqueras. Trabajo, hambre, tristeza. Nuestra ciudad.

De ella, cada mañana se desata la vieja y oscura fuerza que

fabrica, que edifica, que impulsa y mantiene activa desde la más pequeña a la más grande obra. Y así, en la ciudad del placer y del poder, los hombres engordan y sus delicadas mujercitas pueden seguir siendo seductoras, y ambos conocer y gozar tranquilamente de todas las artes. Incluso la de algún misterioso vicio. En tanto acá, en nuestra ciudad, podemos continuar esmirriados, rotosos y torpes para comprender el arte.

Mas aquí se incuba también una esperanza, se acaricia también un sueño y se agita el corazón. La enorme esperanza de que un día se ha de acabar la amargura de nuestras mujeres, la tristeza de nuestras muchachas y la ofensa a nosotros todos. El rojo sueño que un día nuestra proletaria ciudad de tierra y de lata ha de conquistar la poderosa ciudad burguesa para hacerla obrera. El común coraje que un día confluirá a ella por todas sus calles para el esperado y final desquite.

(En *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935)

UNIÓN GREMIAL Y REVOLUCIONARIA BAJO LA COMÚN BANDERA DEL
TRABAJADOR FORISTA
LA FORA EN LA PREPARACIÓN DE LOS NUEVOS GRANDES COMBATES DE
NUESTRO PROLETARIADO

En todo el país en estos momentos se están librando grandes luchas obreras. Luego de los movimientos de la Capital Federal y Rosario, con los madereros, los pintores, los sastres, etc. vinieron los estallidos huelguísticos de Rosario y La Plata. Millares de trabajadores participaron en estas luchas. La convulsión huelguística ahora pasó a los campos santafesinos. La lucha del proletariado agrícola debe sobrellevar una reacción sostenida con choques con presión gubernativa, pero también con la resistencia enérgica y los piquetes armados de campesinos. El reguero de huelga continúa agitando a la clase obrera: los proletarios de la construcción, los ferroviarios, los trabajadores de los ómnibus, de los colectivos, contra los salarios de hambre, contra los descuentos, las expulsiones en masa y el monopolio se apresan a nuevos combates. Organizados o no, todos ven en la huelga la solución única. El obrero forista, el hombre de sin-

dicato, el organizador proletario, debe estar dispuesto a enrollar estas luchas bajo su común bandera.

La FORA debe asumir su presencia, presencia de combate, de dirección coherente, de expansión tácita, a través de los movimientos actuales.

Ningún trabajador negará un puesto a la institución proletaria, porque todo trabajador reconocerá en ella, desde el ferroviario hasta el de la construcción, la vieja bandera del proletariado nacional. Haga cada obrero forista un examen de la situación y reclame de su organización, de su asamblea, de su movimiento, ese puesto de lucha a que tiene derecho. Sin tardanza unión gremial y revolucionaria bajo la común bandera. Sin tardanza intervención con esa bandera en toda lucha, canalizándola en el camino de la revolución proletaria. (...)

(En *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935)

SPARTACUS HABLA:

En esta hora de confusión y desánimo de las masas, el verdadero revolucionario, menos que nunca debe confundirse o desanimarse. Hay muchas cosas que trae el viento y las amontona, hasta hacer montañas con ellas. Son aquellas que luego otro viento se lleva. Pero él no es de éstos, sino más bien todo lo contrario: un gestador de vendavales.

Por eso, cuando éstos braman o cantan es cuando él menos falta hace. Es ahora que está confuso o desanimado que debe redoblarle trabajando. Ésta es la hora de la agitación abajo, al ancho y al largo del pueblo y en su profunda y oscura entraña.

Cada cual a su arado. Hendir la reja y repechar a través de las masas. La orientación y el coraje que éstas buscan no se les puede trazar en el aire como trazan en el aire los frailes las cruces, sino en la tierra, en la vida, con hechos como surcos.

¡Agitación y lucha! ¡Por los presos sociales! ¡Por los presos de Bragado! ¡Contra el Estado! ¡Por el comunismo anárquico! ¡Agitemos, luchemos!

(En *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935)

SPARTACUS LUCHA:

En verdad digamos que de no existir un pueblo que protesta o llora de las iniquidades del Estado, no habría presos sociales tampoco. Pues éstos son aquéllos que resumen como una flor o una esponja, nuestra altivez y nuestro llanto. Y lo gritan y lo estallan contra nuestros tiranos.

Sepamos ver en el caudal erguido de esas bravas existencias lo que hay en ellas de nuestro dolor o pensamiento. Nada de cuanto hicieron nos es extraño. Al contrario; todos, débil o intensamente, deseamos alguna vez hacerlo: desde violar caudales para volver al hambriento el pan que se le robó, hasta volar en un dinamitazo a los que lo atesoran o custodian, milicos y burgueses.

El preso social es nuestro vengador o nuestro héroe; es nuestra secreta vida revelada, siquiera una vez altivamente. Es nuestra honra, porque es nuestro coraje y nuestra conciencia.

¡Por el preso social, nosotros! ¡Por Vuotto, de Diago y Mainini, trabajadores!

(En *Spartacus*, N° 4, 15/4/1935)

LUCHAS Y TAREAS DE LA FORA EN LA ORGANIZACIÓN DE LOS TRABAJADORES DEL TRANSPORTE URBANO

Los sectores hasta ahora movilizados frente al monopolio comprendían sólo un aspecto del problema. No negaremos su importancia, ni disminuirémos su fuerza, no sabida aprovechar por nosotros desde los primeros momentos. Pero las cosas han ido avanzando y en la actualidad el problema de la lucha frente y bajo el monopolio del transporte urbano se ha ido colocando en el terreno específicamente obrero, ya que sólo el proletariado de esta rama –como ya mismo en las empresas de ómnibus–librará las más grandes luchas.

¿Qué es el monopolio del transporte urbano? Es una faz aguda de la penetración del gran capitalismo en el país, estrechamente unida al plan general de colocar todos los resortes de la economía en manos –bajo el alto comando financiero inter-

nacional, que subvenciona los golpes fascistas y procura el estallido de la guerra.

¿Qué es la lucha contra el monopolio para los trabajadores? Es una tarea de preparación, de unidad, de claridad en los cuadros obreros del transporte para sobrellevar la resistencia en todos los aspectos, tanto en la escala actual, como mañana, en las contingencias que nos deparará el monopolio de hecho.

Nosotros no podemos descuidar el problema. El monopolio aparejará un recrudecimiento de la explotación de los trabajadores en la rama del transporte y la tentativa de su consiguiente captación –caso ferroviarios, caso tranviarios, obreros de ómnibus– a los fines del reformismo sindical, para desviarlos de sus bases de resistencia y lucha directa frente al patronato y el capitalismo.

El monopolio involucrará, asimismo, la transformación de la economía actual con vistas a la más cruda explotación, bajo condiciones de trabajo y jornales aún desconocidos del transporte, la violenta y previa supresión de sus cuadros y focos gremiales –procesos de As. Ilícita, fichero policial en colectivos, ley 4144 para choferes y lavadoras–, la anulación de las conquistas alcanzadas, la marcha hacia una total represión del movimiento obrero, como una violenta opresión económica, sobre la población trabajadora en general. (...)

Lejos de perderse, las características de la lucha y resistencia obreras cobrarán de inmediato un desarrollo agudo y violento, como resultado del descontento, malestar y disposición de las masas obreras a no entrar pasivas en el mecanismo y rodaje de la explotación monopolista. Este doble proceso, monopolista en la economía del país y de transformación en los cuadros del movimiento obrero, debe ser comprendido claramente por los trabajadores, pues sólo así las luchas y las tareas inmediatas y futuras encontrarán en ellos verdadera replicación. Ya se ha operado con suficiente madurez, hasta sus más acentuados límites corporativos y legales, la resistencia de los sectores y pacos de pequeños propietarios e industriales. Rebasar esos límites no lo podrán hacer por sus propios medios. Sus mismos y limitados intereses, la conformación de sus cuadros, como la Federación de Líneas de Colectivos, les impiden la aguda transformación de sus luchas y un paso más adelante, en el

terreno del proletariado, aparte de la no mínima penetración politicante, que lejos de fortificar, desnaturaliza y limita a esos sectores. Sólo los trabajadores pueden afirmar una línea consecuente, colocar la lucha en sus verdaderos términos por su posición de clase y dar al numeroso contingente de pequeños propietarios una salida que los eleve a la resistencia revolucionaria. Cuando todo el actual aparato de burocrática y verbal oposición al monopolio se haya diluido y ceda en sus problemas contingentes, sólo los obreros del transporte quedarán en la lucha y directamente enfrentados al capitalismo.

El movimiento obrero no puede depositar fuera de sus cuadros naturales ningún problema. Menos aún frente al monopolio. El deber del movimiento obrero revolucionario es tender a crear las bases para resistirlo, dar unidad al proletariado, clarificar el camino y procurar que las luchas bajo la economía concentrada del capitalismo sean resueltas en condiciones y con elementos aptos de organización.

La F.O.R.A. en ese sentido, con sus centros sindicales ya constituidos, con larga tradición, larga lucha dentro del proletariado del transporte urbano, tiene una inmediata tarea que sobrellevar sin pérdida de tiempo. Debe fijar una posición clara y firme sobre el monopolio, sus alcances como estadio superior de la explotación capitalista y su derivación sobre el proletariado.

Debe dar unidad a este planteo con la constitución de un cuerpo de relaciones que vincule a las entidades obreras afines del transporte urbano y examinar los fines y la extensión de la organización en ese terreno. Debe proponerse actuar en adelante con vistas concretas a disponer la lucha de todos los trabajadores del transporte urbano bajo las condiciones que significará el monopolio. Debe facilitar, con ello, dar las bases a un mismo tiempo, para que esa lucha pueda desarrollarse de tal modo que el obrero pueda disponer de un instrumento de adecuada organización y con su garantía entablar las luchas futuras.

Esta actuación, de la que dependen la organización y la defensa frente y bajo el monopolio, debe ser reclamado por todos los trabajadores del transporte urbano. Allí donde existan cuadros sindicales aptos de tomar en su base las tareas primeras, como donde haya núcleos de obreros vinculados a los mismos,

la lucha debe ser planteada. La F.O.R.A. no puede abandonar en manos del reformismo o de soluciones ajenas al movimiento obrero, a millares de trabajadores que anhelan encontrar una salida. Con una organización ágil, mediante un comité de relaciones de los actuales gremios del transporte, con planteos concretos, con claridad de métodos, con la garantía de que allí estarán polarizados todos sus problemas.

El proletariado del transporte urbano, las capas más explotadas del mismo, aquellas para las cuales la promulgación del monopolio significa desocupación inmediata, despidos en masa, concentración bajo una explotación racionalizada, buscarán en las fichas de una organización tal el derecho al pan, la condición de la defensa y el nervio de la huelga.

El movimiento de concentración proletaria se está operando en todas las ramas. La construcción, con millares de trabajadores en vísperas de una total reorganización unitaria, con los centenares de huelguistas que en los últimos tiempos han revistado en sus cuadros gremiales, opondrá al capitalismo de empresa el compacto block de un proletariado que ha elaborado bajo las normas del más nítido federalismo obrero, verdaderas armas para la lucha sindical revolucionaria. El otro vasto sector proletario, los trabajadores del transporte urbano, deben buscar un vínculo igual. La F.O.R.A. no puede defecionar en esta iniciativa. Millares de trabajadores serán puestos de pie y ocuparán un lugar de vanguardia en las luchas futuras, si bajo su bandera revolucionaria y mediante la participación y el estrecho vínculo de sus organizaciones la F.O.R.A. sabe conquistar una posición en el proletariado del transporte urbano.

(En *Spartacus* N° 5, 1/5/1935)

¿CÓMO EMPEZAR?

LOS TRABAJADORES DEBEMOS VENCER LA REACCIÓN

No podemos considerar separadamente la situación represiva por la que atraviesa un gran sector del movimiento obrero, los procesos por “asociación ilícita”, clausura de locales, deportaciones, confinamientos, terrorismo policíaco, privación de

la libertad y el derecho de prensa, reunión, palabra y organización sin comprender todos estos aspectos bajo el ángulo del cuadro general de la represión capitalista.

No existen episodios aislados de reacción o judiciales, o policiales, o gubernativos. Todos están ligados al proceso y desarrollos capitalistas. Para vencer, pues, la reacción, los trabajadores debemos empezar por plantear al capitalismo luchas de fondo. En la medida en que nuestra fuerza crezca cederá la presión terrorista sobre el proletariado. Y en la medida que sepamos movilizar grandes sectores obreros, llevando la lucha a un terreno que enfrente en bloque a la reacción, ésta limitará su esfera, doblada por la ofensiva económica y política del proletariado.

Debemos considerar, entonces:

1°) Que toda lucha defensiva debe asumir la forma subsiguiente e inmediata de la lucha ofensiva.

2°) Que los propósitos terroristas del capitalismo deben hallar en el deber y la función de éste, una respuesta orgánica, colectiva, de progreso constante, y que para esto es preciso que los trabajadores estén alerta y rechacen, en la medida en que ofrezcan un cuadro de reducción o desmoralización, todas aquellas tendencias al clandestinismo previo, la ilegalidad sindical, etc. que no respondan a una situación de hecho o sean el resultado de grandes luchas contra el capitalismo.

3°) Que en todo momento los cuadros del movimiento obrero deben comprender en esta base su desarrollo bajo la reacción, actuando para ese fin, en el camino de un movimiento de masas, con el vínculo y la participación combativo del proletariado, agitado y movilizado en ese orden, en sus centros de trabajo, bajo sus más inmediatos problemas defensivos y elevando revolucionariamente a estas acciones de conjunto que han de nivelarnos frente a la reacción y opondrán un dique al terror policial, judicial y gubernativo.

Con estas bases, debemos proponer estas cuestiones elementales:

Lucha constante por situar los cuadros del movimiento obrero en el interés y las reivindicaciones de la mayoría del proletariado.

Desarrollo de todos nuestros problemas al ritmo creciente

de una ofensiva, y evitar todo repliegue defensivo, clandestinista o de ilegalidad minoritaria, sin antes haber agotado todos los aspectos las cuestiones que harán posible que la gran mayoría de los trabajadores tenga la sensación de nuestro esfuerzo y se decida a acompañarnos en la situación creada.

Situar, ligar, dar unidad a nuestra lucha allí donde las acciones tomen volumen y donde, por su propia condición, el resto del proletariado la encare substancialmente como una única salida unida a sus más íntimos intereses de clase, vida y conquistas.

El ejemplo de los madereros y los pintores, debe indicarnos el camino. La actuación pública, las asambleas sindicales, los locales abiertos, el derecho de organización y de huelga, el vencimiento de la reacción judicial, sólo será posible cuando los cuadros del movimiento obrero, con su programa de lucha, enrolen no sólo contingentes de cotizantes pasivos, sino los más elementales intereses que agitan y colocan frente al capitalismo a sectores cada vez más numerosos del proletariado.

(En *Spartacus* N° 5, 1/5/1935)

¿QUÉ ES EL PACTO OBRERO?

UNA POSICIÓN PARA EL PROLETARIADO

Lo que a menudo diferenciamos como una época del movimiento gremial argentino, y aún en no escasos sectores obreros se la añora como la época de oro de nuestro proletariado por lo súbito y violento de su combatividad, y se la considera producto de ciertas condiciones subjetivas, no es sino el reflejo de determinadas fases del desarrollo económico, la extensión y el incremento de las fuerzas de producción y del capital financiero en este mercado mundial. Volviendo las páginas de nuestro movimiento obrero, vemos cómo una larga trayectoria gremial, brillante y colmada de incontables sacrificios, responde a causas que hoy el trabajador revolucionario debe someter al análisis retrospectivo, pues sólo a través de esa vigorosa arma del discernimiento proletario podrá el movimiento obrero encontrar su exacto camino. El progreso y la fuerza del proletariado,

aquí y en todas partes, tiene una ubicación histórica y radica en tanto actúa con sentido de protección clasista, y es un espejismo sobrestimar la función del sector o la corporación gremial, confiando a determinadas organizaciones la clave y el futuro del movimiento obrero. Si por espacio de diez o más años, una formación sindical determinada contó con las filas más compactas, sobrellevó las luchas más recias, alcanzó las más brillantes jornadas, eso no significa que continuará ofreciendo esas fases en su desarrollo. La expansión industrial irá paulatinamente transformando la faz gremial y lo que hasta hace algunos años constituía un oficio diferenciado, con elementos capaces de presionar sindicalmente en una rama, hoy o mañana engrosará un rodaje de producción más complejo. El no advertir a tiempo la formación de estas nuevas condiciones nos conduce y nos ha conducido no pocas veces al desastre. El simplismo gremial (ilegible) estos fenómenos bajo consabidas frases culpará a los trabajadores del desglosamiento de los cuadros sindicales, aguardando pasivamente “épocas mejores”, así como el repetirse de condiciones anteriores, porque al gremio tradicional y no otro, o a una nueva estructura gremial, debe estar confiado el elemento motor y de vanguardia en el movimiento obrero argentino. (...) La corporación, el oficio, el gremio no se bastan ya a sí mismos. El proletariado ha sido empujado a otras condiciones y abandona el viejo simplismo gremial. El obrero industrial, el de la construcción, el del transponte, adquiere una homogeneidad que transforma el antiguo contenido de la lucha sindical y lo orienta hacia la necesidad de reconstruir sus cuadros. Y ubicar su acción en organizaciones más aptas. (...) El divorcio en las reivindicaciones, las soluciones de oficio, son un elemento extraño para litigar frente a un capitalismo que ha nacionalizado el trabajo. (...) La necesidad de la organización y la federación va de lo local a la escala nacional.

El instinto de clase hace entrever al proletariado que el sectarismo y el individualismo gremial han terminado. Le hace comprender asimismo que la descomposición de las viejas formaciones gremiales será tan lenta como lento fue el período que condicionó las grandes organizaciones legalizantes y de reforma, No puede dar saltos, no quiere dar con el vacío. Mientras el período de la desintegración, la reconstrucción simultánea

nea avanza, la marcha del proletariado no puede operar interrupciones, a la espera de “tiempos mejores”, porque no actúa en función de partidos o minorías, sino en función de una mayoría social que todos los días debe afrontar la realidad capitalista. Esto la salvará de caer en el aventurerismo o el derrotismo, en las escisiones o defecciones, las soluciones hijas del fenomenalismo capitalista o las pequeñas soluciones para pequeñas fracciones. El proletariado necesita conocer sus medios, sus móviles, necesita una teoría y un programa. ¿Dónde irá a buscarlos? Los partidos políticos declinan con la declinación del régimen parlamentario democrático capitalista, las fracciones especulan en demasía, por sobre y al margen del movimiento obrero, y actúan de rechazo en el interés exclusivo de sus organizaciones particulares. Unos y otras no ofrecen la coyuntura necesaria al proletariado. (...)

No es una teoría más en el movimiento obrero, larvada desde arriba. Es una teoría hija de sus fuerzas, de su composición y posición de clase y un programa revolucionario. Es un PUENTE lanzado en este período de transición por el propio movimiento obrero que quiere buscarse y salvarse a sí mismo. El “PACTO OBRERO” no es una formulación de partido o de sector, es una amplia formulación de clase. El obrero necesita PACTAR con el obrero. Cada día un nuevo hecho, múltiples circunstancias económicas o políticas de la lucha de clase revelan esta necesidad. PACTARON sin mengua para sus organizaciones respectivas. Elevamos el contenido del PACTO ECONÓMICO, por reivindicaciones, por conquistas, por control sindical, al contenido militante del PACTO POLÍTICO, etapa superior del movimiento obrero, por la defensa del derecho de organización, de prensa, de huelga, por los presos, contra la reacción, y veremos cómo ambas fórmulas trascienden a una sola, el “PACTO OBRERO REVOLUCIONARIO” en el ataque como a la defensa, necesariamente estrechado en toda circunstancia para que el repliegue sea más compacto y la ofensiva más acerada y más firme.(...)

Entre el presente y el período revolucionario es preciso establecer un nexo en el proletariado, que no puede situarse en esporádicos paros generales, o en explosiones y recursos de terror individual, o en puch (sic) o levantamientos de fracción o de partido. Muchas “sugestiones” llegan en tal sentido todos

los días al proletariado. (...) Ninguna basa su función en comprender el desarrollo, la mecánica y la estrategia del movimiento obrero.

Pero el camino es preciso tomarlo Y he ahí el porqué del PACTO OBRERO. El PACTO OBRERO, conjunción de todas las organizaciones sobre una base común, que escalona desde el episodio de huelga hasta la acción defensiva su ofensiva armada, respetando la finalidad y la función de cada una de ellas sellará la inicial y primer etapa de la verdadera trabazón e interrelación sindical, pondrá en vivo contacto las asambleas, intercambiará delegaciones sobre cualquier aspecto de la lucha, creará un nexo orgánico donde afluirán constantemente esfuerzos e iniciativas, acercará a grandes sectores obreros y hará madurar la política revolucionaria del proletariado.

No una formación burocrática, de comités extraños al contenido real de la lucha obrera, sino un verdadero frente común, una viva democracia proletaria para todo momento, el conocimiento exacto de los hombres y de las fuerzas, el constante intercambio y la suma de esfuerzos, la transición y la síntesis del actual movimiento obrero argentino, eso es el PACTO OBRERO, creado, sellado y sostenido por trabajadores de todos los oficios, industrias y tendencias.

(En *Spartacus* N° 5, 1/5/1935)

LOS QUE SON OLVIDADOS

DERECHO AL PAN A LA VIVIENDA Y LA SALUD PARA EL OBRERO
DESOCUPADO

REIVINDICACIÓN DE SUS LUCHAS Y CAMPAMENTOS

Cada nuevo desocupado que pasa a engrosar el enorme ejército de los sin trabajo es un hombre más que se desplaza del seno de las organizaciones obreras y de sus luchas de carácter económico y político y escapa lógicamente a su control. El obrero desocupado poco a poco va sintiéndose desvinculado de nuestros problemas, dominado por la inactividad, desconcertándose frente a nuestras soluciones organizativas y dividiendo sus intereses de los de sus naturales herma-

nos de clase. Así, con esta conciencia, el desocupado se ha unido al desocupado; el hombre sin pan, sin techo, sin derecho social, ha buscado la compañía del hombre que está en su misma situación de incertidumbre y desesperanza y han dado nacimiento a los grandes campamentos concentraciones de desocupados; a la formación de una verdadera humanidad olvidada, despreciada, descontada de la vida, Y esta humanidad no desaparecerá ya más, por muchos platos de sopa que repartan las inefables damas de beneficencia, por muchos caminos que construyan los gobiernos.(...) Esta humanidad va a desaparecer cuando desaparezca el sistema social que la ha creado. Mas la verdad es que esos campamentos de sin-trabajo son, en la misma medida que nuestras organizaciones de defensa sindical formaciones naturales y de clase. El medio más apto para los obreros desocupados permanentes en razón de sus reivindicaciones, de la ligazón, de las movilizaciones de carácter revolucionario. Y esto no puede ser desconocido por el proletariado revolucionario. En el interés de sus organizaciones, en el del desarrollo de las energías constructivas de la revolución, debe estar que esas enormes masas humanas no se sientan desvinculadas, quebrantadas ni ausentes de nuestros problemas, y que por el contrario, hallen en nosotros y en nuestras organizaciones la más amplia garantía de defensa, de recuperación en la vida social, de reintegro a un orden nuevo de trabajo y de disfrute, de su capacitación para sumar su voluntad en la construcción de un amplio y libre régimen socialista.

Si no entendemos en su forma más elemental este problema del creciente sector de los desocupados en relación con el estallido de una revolución verdaderamente social, no podrá seros nunca posible plantear en sus aspectos más concretos y consecuentes, la necesidad, la agitación, el razonamiento y el hecho de la revolución.

En nosotros debe afirmarse con toda certeza esta fiel y necesaria aspiración que los obreros sin trabajo, sus familiares, sus problemas contingentes, sus reivindicaciones, su derecho al pan y la vivienda, sus campamentos y movilizaciones empalmen con nuestras luchas y encuentren en nosotros, trabajadores revolucionarios, la más amplia garantía de defensa, de apoyo y de

reivindicación a través de nuestra prensa, de nuestros actos y de movimientos de protesta y de solidaridad.

(En *Spartacus* N° 5, 1/5/1935)

LA GRAN HUELGA

Ahora las obras están desiertas; los rascacielos nacientes detenidos en su ascensión; el crecimiento de la urbe paralizado porque el nervio obrero, el puño del proletariado está crispando en un arma que sólo va a serle arrebatada con sangre: ¡el pliego de condiciones!

En las asambleas del Luna Park está la cara de la huelga. Es la cara firme, recia, curtida de un obrero; de cualquiera de esos treinta, cincuenta o sesenta mil obreros que semana a semana han colmado la capacidad inmensa del estadio.

No hay palabras suficientemente gráficas, o no las hallamos, que puedan llevar a los que están lejos de aquí la visión exacta del espectáculo conmovedor y vigoroso que son las asambleas, mítines, que los trabajadores de la construcción en huelga realizan. Pero quien puede gustar el júbilo de hundirse en ese océano, de sentirse confundido en él, de comprenderse ligado a la misma preocupación y a la misma esperanza de todos, no olvidará jamás lo que ha visto; y si lo quiere habrá extraído de allí la más sabrosa enseñanza: el obrero raso, ignorante y humilde es dueño de la única sabiduría fecunda y cierta que importa para su vida, la sabiduría de luchar.

Por sobre el rumor de colmena de la muchedumbre que llena el estadio, puñados de blancos volantes flamean en el aire. Las manos se alzan y cazan al vuelo los papeles. Hay sed de leer todo lo que pueda decir una palabra nueva de la huelga; manifiestos y periódicos tiemblan en esas manos endurecidas por los trabajos más rudos. Cuando el altavoz grita su primer palabra, el rumor se ahoga en un suspiro denso y los millares de ojos buscan la cara amiga de los camaradas del comité de huelga y de los delegados. La asamblea comienza. Blusas azules; gorras manchadas de cal y de tizne, todo el indumento proletario tiene aquí y en este momento la extraña prestancia y el timbre altivo

que la cursilería burguesa no conocerá nunca. De estas asambleas se sale conteniendo un grito de loco entusiasmo, se sale dispuesto a vencer. Y los obreros, cuando regresan a sus guaridas, en voz baja, cortante y grave se pasan la orden: “¡No aflojar! ¡Firmes!”.

Hoy, por resolución vuestra, por voluntad vuestra, es la huelga general. Desde vuestro seno, a vuestro lado, luchando junto a vosotros, los trabajadores anarquistas os invitamos a levantar la causa de la huelga general, lo más alto que os sea posible para sacarla de lo más profundo de las masas proletarias, del corazón y los puños de los millares de jóvenes, de obreras y obreros ardientemente identificados en la calle, como una sola y enérgica voluntad de clase, de la inmensa clase obrera que por sobre todas las defecciones, los derrotismos, el terror las prisiones, deportaciones y procesos, sabe concentrar en sí misma la vigorosa respuesta de la huelga general contra el patronato industrial, la reacción y el fascismo.

Esta huelga general culmina un largo período de luchas de nuestro proletariado. Ella resuelve en la calle la más vigorosa afirmación de solidaridad proletaria. Es el paso adelante, el paso que ilumina y da conciencia, que vuelca en la arena proletaria del país la realidad y la voluntad de lo que el proletariado quiere.

Esto recogemos nosotros en nuestro llamado. Éste es el cauce por el cual queremos significar la magnífica voluntad y fuerzas proletarias que os levantáis y por el cual, luchando junto a vosotros os decíamos:

Sea la huelga general la afirmación totalitaria del vuelco del proletariado en la calle. Sea el creciente y vigoroso acto donde todos los trabajadores, unidos en la lucha, por sobre las defecciones y las sombras de derrota, las jefaturas parlamentarias y de partido, divisionismo de las burocracias sindicales y todos los emboscados propósitos de entrega, hagan la recapitulación de su verdadera fraternización proletaria. Alzad, entonces, el movimiento de la huelga general al nivel de las grandes demandas del proletariado:

Por los 60.000 explotados de la Construcción;

Por la libertad de organización, prensa, reunión y lucha para todo el proletariado;

Por todos los presos obreros, los derechos a la actuación del trabajador extranjero, contra las deportaciones y procesos por asociación ilícita.

Por Vuotto, Mainini y De Diago, por los 14 obreros panaderos, contra la represión judicial a los militantes revolucionarios;

Por la lucha a fondo contra el fascismo en todas sus formas, desde las bandas armadas al copamiento fascistizante del movimiento obrero.

Trabajadores de todos los sectores, de la C.G.T. de la F.O.R.A., de todas las tendencias;

Los anarquistas llamamos calurosamente a todos a fraternizar, dar un paso adelante y hacer un lazo vigoroso y enérgico en este pie de lucha, con esta bandera y esta afirmación de vuestra voluntad.

Consagrad, pues, a través de la huelga general estas demandas. Ponedlas al frente de esta gran lucha. Estrechar codo con codo por ellas.

Todo trabajador en la afirmación de esta voluntad de lucha.

Todo trabajador en la calle. Al lado vuestro, nosotros. Junto a nosotros, vosotros. ¡Viva la huelga general! ¡Viva el proletariado en lucha!

(En *Spartacus* N° 6, noviembre de 1935)

LOS PIQUETES

Ninguna huelga se mantiene ni triunfa sin la existencia de los piquetes. Ellos son el vigor de la lucha, el fuego de primera línea, las brigadas de avanzada en el ataque. En el piquete pueden estar el joven y el viejo, contagiados de la misma fiebre audaz; pero el piquete es del joven, del obrero nuevo en el que el optimismo, el coraje y la inquietud forman una sola línea tensa y vibrante. Esta línea avanza al encuentro del traidor y lo domina; busca al equivocado y lo convence y lo empuja al lado de los camaradas. Del piquete depende la huelga. De la muchachada obrera que lo forma estará siempre pendiente su crecimiento o su receso. En cada puñado de hombres dispuestos que mañana y tarde abandona el local y toma

un rumbo desconocido, camina el espíritu de la huelga a través de la ciudad Por lo que los piquetes informan y relatan de regreso al local, y es posible tomar el exacto pulso del movimiento y situar sus fallas.

Y esta huelga inmensa y magnífica de los trabajadores de la construcción se ha fortalecido y tomado el volumen que hoy tiene, haciendo pie en la actividad incesante de los piquetes, para los que nunca han faltado voluntarios, ofreciéndose a llenar los claros dejados por los camaradas presos, hasta el punto de suplirlos con exceso. Todas las obras han sido recorridas por ellos, convenciendo a los remisos y haciendo frente a los crumiros sin detenerse a pensar si la policía podría tolerarlos o no. Así es como han hecho sumarse a la huelga el contributo de la mayoría de los obreros del subterráneo. Y así es como ahora sesenta soldados de esos piquetes sufren en Villa Devoto la impotencia de una inactividad forzosa. Pero los sesenta puestos están ya ocupados y los piquetes siguen su trabajo indetenido, con el mismo celo y la misma pasión, con la conciencia de que ellos son los que dan y seguirán dándole temple y filo a la huelga más grande que haya visto el proletariado de la capital.

(En *Spartacus* N° 6, noviembre de 1935)

CONTRA LAS FÓRMULAS DE LA DERROTA

En la arena proletaria del país, se están librando las más grandes luchas de los últimos tres años. Cada día es más vasto y más decisivo el proceso de las huelgas. Son movimientos que abarcan a millares de trabajadores, cuyo lanzamiento a los sucesivos crecientes conflictos no es el producto circunstancial de las actitudes de un sector del proletariado sino la acumulación de aspiraciones, cada vez más imperiosas en las masas obreras. El mismo hecho de la ligazón rápida de los estallidos de la huelga, de que los huelguistas se cuentan a millares indica que la actual movilización proletaria deviene de causas profundas cuyas raíces arrancan en el malestar proletario.

Ha pasado el tiempo de los redentores de buena voluntad que descendían a contemplar los diarios problemas del proleta-

riado y aportaban soluciones que muchas de las veces no eran elaboración real de los sentimientos que agitaban las filas compactas del proletariado.

Así es posible que aún haya trabajadores que en el país, desnaturalizando su deber de solidaridad y de clase, tomen por buenas fórmulas que los llevarán a chocar contra la pared, mientras millares de otros millones de proletarios cerca de ellos están luchando, creando vastos movimientos contestando posiciones y reagrupando el esfuerzo obrero.

Sin embargo esos trabajadores están a igual nivel de los que luchan, tienen los mismos problemas, giran bajo una misma explotación capitalista, son perseguidos y hay centenares de ellos que han trazado de forma heroica el historial proletario del país, en forma inexplicable callan, vacilan, están ausentes al fervor combativo de la hora obrera argentina.

Nadie volvería contra ellos una acusación. Pero sí cabe advertir y señalar a su pasividad, en la sensación de amargura e impotencia que los domina, causas extrañas a ellos mismos, que culminan en la insolidaridad y anuncian el desastre en sus propias filas. Esos sectores proletarios deben reaccionar porque tienen aún capacidad para reaccionar. Deben reaccionar antes de que sea demasiado tarde y que la desesperación los arrastre a conclusiones antiproletarias.

(En Spartacus N° 6, noviembre de 1935)

¿QUÉ HAY DETRÁS DE JUSTO?

INSTRUMENTO DE FRAILES, “TRABUCAIRES” Y GENERALES FASCISTAS

Entre el alto sitial del comando burgués y las masas agrarias e industriales de la Argentina, una densa cortina de humo oculta a los ojos de éstas la pronunciada pendiente por la que discutir la vida política y económica del país, y cómo y dónde nacen, se avivan y crecen los factores que apresuran este descenso. Es la cortina de humo del cinismo, las mentiras o el silencio del periodismo de las grandes rotativas y las grandes empresas que hacen filigranas literarias para equilibrar la realidad con el sofisma; que señalan advertidamente las contradicciones y las

crisis de los Estados exteriores y disimulan con arte las líneas de la histeria negra, de lacayismo y de sangre que se está haciendo en este propio país; que exhiben del lobo un pelo, denunciando taimadamente resultados superficiales, ocultando la raíz y los alcances de la línea reaccionaria del gobierno.

Es la cortina de humo de los discursos presidenciales expandidos a los cuatro vientos que hacen el panegírico exaltado de una democracia muerta, mil veces burlada y ya dejada atrás para siempre como lastre inútil a los intereses de la vida burguesa; discursos que queman incienso a las páginas de una constitución, tachadas ya al día siguiente de ser escritas por el lápiz rojo de las violencias y los abusos del crimen gubernamental contra las clases inferiores de la nación, y con la que el actual gobierno enguirnalda sus actos diarios de escamoteo, de complicidad y entrega a la política siniestra de la internacional fascista. Es la cortina de humo de una prosperidad artificial inflada ante los ojos del pueblo por las declaraciones ministeriales que señalan la alza de los valores para las carnes y los cereales argentinos en los mercados mundiales; la red de caminos nacionales y el auge de la construcción; la demanda de brazos; la amortización en millones de la deuda exterior; el plan para embellecer la capital; los congresos por la paz y la esperanza y el augurio de un porvenir risueño...

Así se expresa la realidad desde los órganos del poder. Pero la realidad que viven los obreros y los campesinos de esta tierra, el hecho concreto de la vida amarga y miserable de millones de trabajadores sigue en pie a pesar de esa cortina de humo. Ninguna leyenda puede hacernos olvidar el camino andado, lo que vemos y los episodios que cotidianamente nos circuyen denunciando el engaño, la moneda falsa de la paga burguesa y la falacia de la palabra oficial. Tenemos el deber de no dejarnos engañar. Detrás de Justo, de los discursos, de los ministros y de la prensa lacaya, los señores de la banca y del alto comercio, los generales y los bandidos del clero ultiman los finales capítulos de la entrega del poder al dominio fascista. Detrás de Justo los políticos de la burguesía ordenan el plan que desatará sobre la clase obrera argentina la ola de violencia de sangre necesaria al apuntalamiento del orden nacionalista. Detrás de Justo se prepara la guerra, la moral chauvinista levanta alambrada y cava

las trincheras donde será arrastrada la juventud proletaria de las ciudades y los campos.

Los días que vienen no traerán para nosotros el regalo próspero de la abundancia. Aquí, en las fábricas, en las obras, en los millares de puesto de la producción, en las barriadas pobres y en los cuarteles, el lenguaje de la vida no tiene artificios, no lo tienen en las chacras, en los obrajes y el rancherío de los pueblos. Para nosotros, campesinos y obreros, mujeres y jóvenes trabajadores, desocupados y soldados de la patria argentina, está racionado el pan y lo estará aún más.

(...) Ya nada tiene el pueblo argentino. La burguesía se lo ha robado todo, lo ha vendido a sí mismo con la tierra, con la riqueza entregada, con cada palmo de suelo cedido al dominio capitalista. Somos un pueblo embretado para el sacrificio lento en los engranajes de un método de expoliación y hambreamiento sistemático. El método aplicado a los órganos de la economía y la política por la presión imperialista ya en los momentos actuales, en el instante oportuno cobrará la intensidad necesaria para establecer en la vida civil del país una era de oprobio, de esclavismo y mordaza. Será llegado ese instante cuando los trabajadores hayan por completo bajado las armas de su defensa y cruzado los brazos, engañados por la cortina de humo que no deja ver la realidad y simula el restablecimiento del equilibrio democrático y la vuelta de la vacas gordas. Entonces el fascismo que hoy levanta su andamiaje tras la figura sonriente de Justo, aparecerá en el poder como un hecho concreto, físico, con todos los resortes del Estado vueltos contra la vida y la seguridad de las clases pobres de esta patria vendida. (...)

PARTIDOS DE LA BURGUESÍA Y FUERZAS DEL PROLETARIADO POSICIÓN PERMANENTE DE LA CLASE OBRERA

Sobre la angustia de los obreros, los partidos de la burguesía hacen su juego de aventura y posibilismo siniestro y tras los altibajos de la historia política del país —que es la historia de los terratenientes patriotas y los banqueros e industriales

imperialistas— el proletariado ha llenado su historia con lágrimas y hambre. (...) Con un método implacable el gobierno de Justo ha constreñido paulatinamente todas las manifestaciones sociales propias de la clase obrera, le ha ido reduciendo y vedando una a una todas las libertades más indispensables de su vida política y a fuerza de habilidad y terror, ha llevado adelante su plan de fascistización sindical.

(...) la burguesía industrial terrateniente ha envilecido las condiciones económicas de las masas obreras, de los trabajadores de la tierra, amparada en la máxima impunidad que le aseguraba una clase obrera amordazada e inmovilizada a punta de bayoneta. Éste ha sido, realmente, “el patriótico estoicismo y el profundo sentido de la realidad con que el proletariado supo soportar la repercusión que tuvieron sobre él los sacrificios impuestos a la industria y el comercio”, según el juicio del candidato Ortiz, que el editorialista de “CGT” glosa entusiastamente en el número correspondiente al 13 de agosto. Es todo un proceso represivo que se inicia ya con un carácter marcadamente sistemático, “planificado”, justamente con el desplazamiento del radicalismo de las funciones gubernamentales. Pero los trabajadores caen en el más profundo de los equívocos cuando juzgan esta circunstancia como un hecho determinante, cuando ven en el empeoramiento general de su situación una consecuencia directa y única del receso radical y no ocultan su convencimiento de que la salvación está en restituir al poder a este partido. Mas esta opinión pierde todo asidero si los trabajadores no se niegan a confrontar el desarrollo y el sentido de la política interna del país con los caracteres generales de la política internacional porque entonces podrán apreciar a una luz meridiana cómo los distintos partidos de la burguesía nacional, en especial el conservadurismo y el radicalismo, no son más que los agentes y el instrumento esencial del imperialismo inglés y norteamericano.

(...) todos los partidos del continente son presa disputada entre Nueva York y Londres, y la política interior de cada una de ellas denuncia por sí sola el sello del imperialismo que ha tomado mayores posiciones —y que mueve más grandes intereses. La tierra argentina, con sus vidas y haciendas, entre negociados y concesiones, ha pasado en su mayor proporción a ma-

nos de los banqueros y estadistas ingleses. Y si el gobierno provisional de Uriburu y los seis años del gobierno de Justo han posibilitado la penetración y el copamiento de las mayores riquezas del país por el capitalismo inglés, la garantía más seria para éste como salvaguarda de sus intereses está en la permanencia en el poder del mismo partido cuyo comando congrega a la alta burguesía nacional, y todos sus poderosos recursos están siendo movilizados en tal sentido. ¿Qué expresa por su parte el radicalismo como movimiento opositor y de arraigo popular, con sus reivindicaciones democráticas y nacional-liberales? Para responderse, basta advertir el pronunciado desplazamiento favorable a este partido que, acompañando a la pequeña burguesía en desgracia, se marca en un amplio sector de las masas obreras. Aún los que en treinta años repudiaron de él, juzgándolo culpable de muchas esperanzas insatisfechas, se le acercan de nuevo convencidos de que, a pesar de todo, a pesar de los excesos de su historia, sólo sus fuerzas pueden dar la salida hacia un porvenir de economía próspera y de política democrática. Para la pequeña burguesía en ruina, para el pequeño comercio en crisis y amenazado constantemente por la quiebra, el radicalismo expresa la salvación, aunque sea transitoria. Para los trabajadores hambreados y acobardados por los decretos coercitivos y las medidas de terror y que ceden a su desorientación, el radicalismo expresa la derrota del fascismo y un atenuante a su miseria. Y, por arriba de unos y otros, para el imperialismo yanqui expresa una batalla importante ganada al imperialismo inglés. Sólo éste último actúa sobre seguro. (...)

En ninguna circunstancia el apoliticismo, la prescindencia crítica, la negación a examinar a la luz de una posición teórica de política revolucionaria todas las alternativas del juego gubernamental burgueses, ha salvado al proletariado de ser el principal actor en las consecuencias de las crisis en que, lógicamente, desembocan todos los elencos turnantes en el poder. Nosotros no podríamos desde luego, a título de nuestra condición de anarquistas y elementos revolucionarios, ignorar y pretender mantener una posición equidistante a las fuerzas obreras enroladas en los partidos de la burguesía. Si la masa obrera y el campesinado, desorientados y fluctuantes entre las soluciones parlamentarias y la lucha a través de sus organismos y recursos

de clase, se inclina en ciertas circunstancias históricas hacia la primer posición, los sectores revolucionarios del proletariado no quedan por eso relevados de su responsabilidad; si los trabajadores ceden al engaño de las soluciones gubernamentales, se entregan a las urnas, los elementos revolucionarios, con su equidistancia no salvan su florcita de azahar.

(...) El proletariado revolucionario, sus fuerzas caracterizadas y sus resortes específicos están en el seno del pueblo para señalar el camino y mantener erguidas en todo momento y en cualquier circunstancia, tanto en la paz como en la guerra, en la transición democrático-burguesa y en las situaciones en que el aventurerismo capitalista da un golpe de mano —como el 6 de septiembre o el que se presiente ahora—, sus reivindicaciones propias y sus demandas precisas de clase.

El proletariado revolucionario tiene su bandera y ella debe estar en el torrente obrero que llena la calle y la vida buscando un cauce. Pero esta bandera, además, no puede ser puesta en manos de la burguesía: aquellas reivindicaciones y demandas no pueden ser mistificadas y hechas girar en los alientos de un partido burgués, cualquiera sea él, a título de “un bloc de fuerzas democráticas” y de una salida salvadora a través del parlamentarismo y las fórmulas gubernamentales. Alentar en las masas obreras esta ilusión, es hacer con ellas la más condenable de las traiciones. Cuando partidos de formación obrera, como la fracción escindida del socialismo y el comunista, se aparcan al radicalismo y ponen todo el fervor de su prédica en prestigiarlo ante los trabajadores, haciendo de él la tabla salvadora, y relegando al olvido más absoluto todas las consignas y las demandas específicas de la clase obrera, hipotecando incondicionalmente la dependencia de acción proletaria al programa de un partido burgués, lo que hacen es empujar por la espalda hacia un abismo de desmoralización y derrota venideras a los obreros y campesinos. Ni siquiera tienen, para hacerlo, un antecedente triunfal de esta “táctica” en el Frente Popular español. El triunfo de las izquierdas no le ahorró al pueblo ibérico el tener que recurrir a las armas. Se conduce al proletariado a depositar su confianza en las posibles gestiones pseudo-democráticas de un partido burgués y se lo aparta conscientemente de su posición de independencia combativa, desestimán-

do sus propios recursos y su fuerza de clase. Si la tensión actual se resuelve en un nuevo cuartelazo o en el cumplimiento de las amenazas del comando radical de apelar a cualquier medio para hacer valer el triunfo en las urnas, que presume seguro, los trabajadores serán hechos servir como fuerzas de choque del radicalismo, porque de antemano se les ha falseado el sentimiento de su propia defensa, de su moral proletaria y de su conciencia política anticapitalista. Los trabajadores argentinos necesitan y deben recuperarse, pero a través de sí mismos, con sus teorías de clases y su propio instrumental de lucha. Esta lucha no empieza con el triunfo de las derechas, ni termina con el triunfo del radicalismo. Ninguna reivindicación expresivamente combativa del proletariado debe ser atenuada o postergada en estos momentos. Ocurra lo que ocurra. La derrota del conservadurismo sólo abrirá, cuando mucho, un paréntesis entre dos épocas de restricciones, violencias sobre los derechos y libertades del movimiento obrero. (...)

¡Camarada, proletario de las fábricas, obreros de los sindicatos: no permitamos que sean ahogadas por el engaño, olvidadas o dejadas atrás nuestras reivindicaciones; por nuestra prensa, por nuestros locales; por la calle libre para la voz de los trabajadores; por nuestros presos fuera de las cárceles! ¡Basta de control policial a las organizaciones! ¡Basta de torturas y deportaciones a los revolucionarios! ¡A no arriar esta bandera en ningún momento y en ninguna circunstancia! ¡Que las fuerzas del proletariado se impongan a los partidos de la burguesía!

(En *Spartacus* N° 10, septiembre de 1937)

LLAMADO A LOS JÓVENES OBREROS, CAMPESINOS Y ESTUDIANTES

A medida que el capitalismo financiero internacional va acentuando su copiamiento y hegemonía en el progresivo desenvolvimiento económico del país; a medida que el desarrollo del capitalismo nacional adquiere fuerza y volumen asimilado a los intereses imperialistas del capitalismo extranjero, el proceso de la producción en la Argentina va creando una clase obrera cada vez más homogénea, más compacta, formada en gran

parte por jóvenes obreros de ambos sexos arrastrados en masa a una explotación brutal y despiadada.

Siendo la juventud el sector más explotado de la clase obrera, por esto y por su condición juvenil en la que residen potentes fuerzas inéditas, reacciona rápidamente contra la presión y la violencia del capitalismo, determinándolas a tomar el camino de la lucha de clases, acrecentando con mayor vigor su natural deseo de unión, dando fuerza y carácter a su espontánea predisposición combativo.

La ALIANZA OBRERA “SPARTACUS”, identificada en sus orígenes y desarrollo a esta fundamental tendencia revolucionaria de las clases proletarias, unida teórica y espiritualmente a la trayectoria histórica combativa de las masas obreras y campesinas de la Argentina, comprendiendo el papel y la importancia cada vez mayor de las juventudes en el proceso de una profunda revolución popular: se propone forjar los cuadros de una juvenil proletaria, que, actuando en todos los terrenos de la lucha y el movimiento obrero revolucionario a través de los organismos sindicales y de clase del proletariado, a través de la unión y la lucha de las masas campesinas empobrecidas por la explotación latifundista, vayan elaborando palmo a palmo todo el instrumental ideológico, técnico y combativo que, situándolos sobre la eventualidad fraccionaria de los partidos, los haga confluir finalmente hacia una salida en bloque de las juventudes obreras, campesinas y estudiantiles de la Argentina y de América en unión férvida y coherente entre sí con los hombres y mujeres de la clase trabajadora.

Los objetivos precisos de esta unión de juventudes revolucionarias se destacan cada vez con mayor claridad a medida que con mayor fuerza se plantea la necesidad de una salida vigorosa, enérgica, que rompa la espesa mata de los intereses imperialistas que proliferan en la banca, en el comercio, en la industria, en el parlamento, en la magistratura, en el ejército y en la prensa, que disipe la confusión reinante de los partidos de la burguesía nacional y social-demócrata ligada por mil hilos invisibles a esos intereses; que mande al traste con las consignas neutralizantes y antiproletarias que en la guerra inter-imperialista agudizada en el mundo a través de la guerra revolucionaria en España y de la invasión japonesa en la China, lleva

a la clase trabajadora a tomar partido por las grandes potencias capitalistas democráticas, bajo el signo de un confuso antifascismo que es a la vez antisocialismo, es decir oposición y aplastamiento de todo intento revolucionario social que conduzca a las masas oprimidas a su completa liberación.

Unión y organización de los jóvenes obreros y campesinos y estudiantes fundada en los principios de la lucha de clases, de la unión proletaria, del internacionalismo obrero, de la Alianza Sindical Revolucionaria.

Para la lucha contra la explotación capitalista, contra el fascismo y los métodos fascistas de los gobiernos democráticos, contra la guerra imperialista y la política imperialista de la clase burguesa y terrateniente argentina.

Por las reivindicaciones económicas de la juventud trabajadora.

Por los derechos de los jóvenes obreros, campesinos y estudiantes pobres.

Unión de juventudes obreras y campesinas para la lucha contra el fascismo y el imperialismo.

Por la liberación de las clases oprimidas de la Argentina.

Este movimiento juvenil que iniciamos, al proponerse crear las bases de una organización revolucionaria de las Juventudes Obreras y Campesinas de la Argentina, debe centrar su acción en los problemas que por su carácter y significación son fundamentales para la unión de los jóvenes obreros y campesinos.

Primero: la lucha contra el imperialismo invasor y guerrero, plantea cada vez con mayor fuerza un serio problema de las juventudes de la Argentina y de América oprimidas y explotadas por el capitalismo nacional y extranjero y burladas por los gobernantes al servicio del voraz capitalismo imperialista, que ha creado verdaderas condiciones de esclavitud para la clase trabajadora argentina, de miseria y represión permanente.

Segundo: la lucha contra la guerra a que nos conduce esta política imperialista desarrollada por las potencias capitalistas extranjeras que desean de la Argentina sus grandes y ricas fuentes de abastecimiento.

Tercero: La lucha contra el fascismo y la burguesía. Las sangrientas experiencias de Italia, Alemania, Austria y España con el fracaso de los métodos de colaboración con los sectores de la

burguesía y de las democracias capitalistas, determina de manera concreta que esta unificación de las juventudes obreras, campesinas y estudiantiles para que realmente llegue a poseer un contenido profundamente liberador, debe resolverse a través de la ALIANZA REVOLUCIONARIA de clase, cuya única garantía solamente la puede ofrecer una firme dirección proletaria.

Cada joven obrero, campesino o estudiante encontrará en nuestro programa, puesto de trabajo y una tarea.

Por los derechos de las Juventudes Trabajadoras.

Por los derechos de las Juventudes de la Argentina y América oprimida por el imperialismo.

Por la Revolución Social Obrera y Campesina.

(En *Spartacus* N° 11, marzo de 1938)

BIBLIOGRAFÍA

ENTREVISTAS

Ariel Badaraco, 28/5/2002

Olga Basanta, 20/10/2002.

LIBROS Y ARTÍCULOS

Abad de Santillán, Diego., *El anarquismo y la revolución en España. Escritos 1930/38*, Madrid, Ayuso, 1977.

—, *La FORA. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, Bs. As., Nervio, 1933. (Utopía Libertaria, 2005.)

Abad de Santillán, Diego y Emilio López Arango, *El anarquismo en el movimiento obrero*, Barcelona, Cosmos, 1925.

Arévalo, Oscar, *El Partido Comunista*, Bs. As., CEAL, 1983.

Aricó, José, “Los comunistas en los años treinta”, en *Controversia*, México, Nos. 2 - 3, diciembre de 1979.

Arnaiz, María del Carmen (comp.), *Movimientos sociales en la Argentina, Brasil y Chile*, Bs. As., Biblos, 1995.

Baily, Samuel L., *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Bs. As., Hyspamérica, 1986.

Barranco, Dora, “Anarquismo y sexualidad”, en Diego Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular*, Bs. As., Sudamericana, 1990.

—, “Mujeres de Nuestra Tribuna: el difícil oficio de la diferencia”, en *Mora*, Bs. As., N° 2, noviembre de 2000.

Basanta, Joaquín, *Apuntes para una autobiografía*, mimeo.

Basanta, Joaquín, “Nota enviada a un homenaje a Horacio Badaraco”, mimeo.

Bayer, Osvaldo, *Los anarquistas expropiadores*, Montevideo, Ediciones Recortes, 1992.

—, *Rebeldía y esperanza*, Bs. As. Ediciones B, 1994.

—, *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*, Bs. As., Legasa, 1999.

Bellomo, Guillermo, “Horacio Badaraco”, en *Diógenes*, Mendoza, Año VI, N° 12, septiembre 1998.

Berneri, Camillo, *Guerra de clases en España (1936-1937)*, Barcelona, Tusquets, 1977.

Broué, Pierre y Emile Témime, *La revolución y la guerra de España*, 2 vol., México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Casal, Horacio N., *Historia del colectivo*, Bs. As., CEAL, 1971.

Castoriadis, Cornelius, *La experiencia del movimiento obrero*, vol. 2, Barcelona, 1979.

—, *La institución imaginaria de la sociedad*, 2 vol., Bs. As., Tusquets, 1989 y 1993.

- ___, *Los dominios del hombre: Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona, Gedisa, 1994.
- ___, “Hacia una sociedad autónoma”, en *La letra A*, Bs. As., año 2, N° 4, 1992.
- Chiarante, Pedro, *Ejemplo de dirigente obrero clasista*, Bs. As., Fundamentos, 1976.
- Cimazo, Jacinto (seud. Jacobo Maguid), *Recuerdos de un libertario*, Bs. As., Reconstruir, 1995.
- Cirigliano; Antonio Ángel, *Federico Pinedo: teoría y práctica de un liberal*, Bs. As., CEAL, 1986.
- Clastres, Pierre, *Investigaciones en antropología política*, Barcelona, Gedisa, 1981.
- Colombo, Eduardo, “El imaginario estatal”, en Colombo, E., *El imaginario social*, Montevideo, Nordán - Comunidad, 1989.
- Corbière, Emilio, “La fundación del P.C.” en *Todo es historia*, Bs. As., año IX, N° 106, marzo de 1976.
- ___, *Orígenes del comunismo argentino. El Partido Socialista Internacional*, Bs. As., CEAL, 1984.
- Del Campo, Hugo, *Los anarquistas*, Bs. As., CEAL, 1971.
- ___, *El sindicalismo revolucionario*, Bs. As., CEAL, 1986.
- ___, *Sindicalismo y peronismo. Los orígenes de un vínculo perdurable*, Bs. As., Clacso, 1983.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari, *Mil mesetas*, Valencia, Pretextos, 1988.
- Di Tella, Tocuato S., “La Unión Obrera Textil 1930-1945”, en Di Tella, Torcuato S. (comp.), *Sindicatos como los de antes...*, Bs. As, Biblos, 1993.
- Durruty, Celia, *Clase obrera y peronismo*, Córdoba, Pasado y Presente, 1969.
- Etchenique, Jorge, *Pampa Libre. Anarquistas en la pampa argentina*, Santa Rosa, UNQ - Amerindia, 2000.
- Feijóo, María del Carmen, “Las trabajadoras porteñas a principio de siglo”, en Armus, Diego, *Mundo urbano y cultura popular*, Bs. As., Sudamericana, 1990.
- Feijóo, María del Carmen y Marcela Nari, “Imaginando al lector/a de *La voz de la mujer*”, en Fletcher, Lea (comp.), *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*, Bs. As., Feminaria, 1994.
- García Heras, Raúl, *Transporte, negocios y política, La Compañía Anglo de Tranvías (1876-1981)*, Bs. As., Sudamericana, 1994.
- Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Bs. As., Paidós, 1966.
- Godio, Julio, *El movimiento obrero argentino (1930-1943)* Bs. As., Legasa, 1989.
- Goldar, Ernesto, *Los argentinos y la guerra civil española*, Bs. As., Contrapunto, 1986.
- González Pacheco, Rodolfo, *Carteles*, 2 vol., Bs. As., Americalee, 1956.
- Guattari, Felix, *Psicoanálisis y transversalidad*, Bs. As., Siglo XXI, 1976.
- Gutiérrez, Leandro H y Luis Alberto Romero, *Sectores populares y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Bs. As., Sudamericana, 1995.
- Iñigo Carrera, Nicolás, “La Alianza Obrera Spartacus”, en *Pimsa 2000*, Bs. As., N° 4, año IV, 2000.
- ___, 1936. *La estrategia de la clase obrera*, Bs. As., Pimsa - La Rosa Blindada, 2000.

- Iñigo Carrera, Nicolás y Jorge Podestá, *Movimiento social y alianza de campesinos. Chaco (1934-1936)*, Bs. As., CEAL, 1991
- Íscaro, Rubens, *Breve historia de la lucha, organización y unidad de los trabajadores de la construcción*, Bs. As., S.E., 1940.
- Kalmanowicki, Laura, "La Unión Sindical Argentina: de la revolución prometedora a la incorporación en el sistema político", en Di Tella, Torcuato S. (comp.), *Sindicatos como los de antes...*, Bs. As, Biblos, 1993.
- Koestler, Arthur, *Espartaco*, Barcelona, Altaya, 1996.
- Kropotkin, Piotr, *Panfletos revolucionarios*, Madrid, Ayuso, 1977.
- Lapassade, Georges, *Grupos, organizaciones e instituciones*, México, Gedisa, 1985.
- _____, *Socioanálisis y potencial humano*, Barcelona, Gedisa, 1980.
- Lapassade, Georges y René Lourau, *Claves de la sociología*, Barcelona, Laia, 1973,
- López, Antonio, *La FORA en el movimiento obrero*, 2 vol., Bs. As., CEAL, 1987.
- Lourau, René, *El análisis institucional*, Bs. As., Amorrortu, 1988.
- _____, *El Estado y el inconsciente*, Barcelona, Kairós, 1980.
- _____, "El fuego de la hornalla", reportaje de Silvia Chejter en *El ojo mocho*, Bs. As., año I, N° 2, invierno de 1992.
- _____, "Instituido, instituyente, contrainstitucional", en Ferrer, Christian (comp.), *El lenguaje libertario*, Montevideo, Nordan-Comunidad, 1991.
- _____, "La revuelta contrainstitucional", en *La letra A*, Buenos Aires, año II, N° 4, 1992.
- _____, *Libertad de movimientos*, Bs. As., Eudeba, 2001.
- Luxemburg, Rosa, *Obras escogidas*, vol. I, Madrid, Ayuso, 1978.
- _____, *Introducción a la economía política*, México, Pasado y Presente, 1988.
- Luxemburg, Rosa y Carlos Liebknecht, *La comuna de Berlín*, México, Grijalbo, 1971
- Martínez Estrada, Ezequiel, *La cabeza de Goliat*, Bs. As., Losada, 1983.
- Matsushita, Hiroshi, *Movimiento obrero argentino. 1930-1945*, Bs. As., Hyspamérica, 1986.
- Michel, Robert, *Los partidos políticos*, Bs. As., Amorrortu, 1969.
- Molyneux, Maxine, "Ni dios, ni patrón, ni marido", en *La voz de la mujer*, Bs. As., Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Bs. As., Siglo XXI, 1971.
- Nettlau, Max, *La anarquía a través de los tiempos*, Madrid, Júcar, 1978.
- Peirats, José, *Los anarquistas en la crisis política española*. Bs. As., Alfa, 1969.
- Peter, José, *Crónicas proletarias*, Bs. As., Esfera, 1968.
- Potash, Robert, *El ejército y la política en la Argentina*, vol. 1, Bs. As., Hyspamérica, 1986.
- Quesada, Fernando, *Joaquín Penina. El primer anarquista fusilado*, Rosario, Centro de Estudios Sociales, 1974.
- _____, *Sacco y Vanzetti. Dos nombres para la protesta*, Bs. As., Reconstruir, 1997.
- Reinoso, Roberto, *El periódico CGT*, Bs. As., CEAL, 1987.
- Richards, Vernon, *Malatesta, vida e ideas*, Barcelona, Tusquets, 1977.
- Riera Díaz, Laureano, *Memorias de un luchador social*, vol. 2, Bs. As., edición del autor, 1981.

- Romero, José Luis, *La ideas en la Argentina del siglo XX*, Bs. As., Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Rosales, Juan, *Badaraco, el héroe prohibido*, Bs. As., La Rosa Blindada, 2001.
- Rouco Buela, Juana, *Historia de un ideal vivido por una mujer*, Bs. As. Edición de la autora, 1964.
- Rouquié, Alan, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, vol 1., Bs. As., Emecé, 1987.
- Scalabrini Ortiz, Raúl, *Política británica en el Río de la Plata*, Barcelona, Editorial Sol 90, 2001.
- Semprún Maura, Carlos, *Revolución y contrarrevolución en Cataluña*, Barcelona, Tusquets, 1977.
- Suchy, Agustín, *Erich Mühsam. Su vida, su obra, su martirio*, Barcelona, Ediciones Tierra y Libertad, S.F.
- Suriano, Juan, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires 1890-1910*, Bs. As., Manantial, 2000.
- Torre, Juan Carlos, *La vieja guardia sindical y Perón*, Bs. As., Sudamericana, 1990.
- Troncoso, Oscar, *Fundadores del gremialismo obrero*, 2 vol., Bs. As., CEAL, 1983.
- Varone, Domingo, *La memoria obrera*, Bs. As., Cartago, 1989.
- Vuotto, Pascual, *El proceso de Bragado ¡Yo acuso!*, Bs. As., Reconstruir, 1991.

PUBLICACIONES

- Acción Libertaria*, órgano del Comité de Relaciones Anarquistas, (1935-1936).
- La Protesta*, periódico anarquista, (1935-1936).
- Organización Obrera*, órgano de la Federación Obrera Regional Argentina, (1934).
- Solidaridad Obrera*, órgano de la Regional Cataluña de la Confederación Nacional del Trabajo (1936-1938).
- Spartacus*, órgano de la Alianza Obrera Spartacus (1935-1938).

ÍNDICE

Agradecimientos	7
En nombre de un esclavo, por Christian Ferrer	9
1. Presentación	13
2. Introducción: el movimiento obrero y el anarquismo en los años '30	17
3. La anarquía según Spartacus	29
4. El movimiento obrero	79
5. El nuevo proletariado	115
6. Spartacus y el marxismo	137
7. El camino hacia la autodisolución	151
8. Epílogo	177
Apéndice: artículos de Spartacus	183
Bibliografía	211